

OLIVIER ROLIN

LITERATURA MONDADORI



Tigre de papel

Olivier Rolin (1947), figura relevante por su actividad política en el ámbito de la extrema izquierda francesa en el mayo del 68, está considerado como uno de los mejores escritores franceses contemporáneos. Periodista y crítico literario, en la actualidad es editor de Éditions du Seuil, donde trabaja desde 1978. Ha publicado nueve libros desde 1983, entre los que destacan *Port Sudan* (premio Fémina 1994), *Siete ciudades* (2001) o *Méroé* (1998). Con *Tigre de papel* ha obtenido el premio France Culture 2003.

Diseño de la colección: Luz de la Mora

Ilustración de la cubierta: dibujo de un tigre extraído de *Historiae Animalium* (hacia 1551-1558). © Corbis

N
ROL
tig



3092849
N ROL tig



Tigre de papel

Literatura Mondadori, 255



R. 131670

Tigre de papel

OLIVIER ROLIN

Traducción de Alberto Conde



MONDADORI

Barcelona, 2005

Obra publicada con la ayuda del Ministerio Francés de
Cultura-Centro Nacional del Libro.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita
de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en
las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cual-
quier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el
tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Tigre en papier*

© 2002, Éditions du Seuil

© 2005, de la edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2005, Alberto Conde Calvo, por la traducción

Primera edición: enero de 2005

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-397-1085-2

Depósito legal: B. 50.441-2004

Fotocomposición: Fotocomp/4, S. A.

Impreso en Limpergraf

Mogoda, 29. Barberà del Vallès (Barcelona)

GM 1 0 8 5 2



Pero esas historias dormían en los periódicos de hace treinta años y ya no las conocía nadie.

MARCEL PROUST,
El tiempo recuperado

How can the human condition be improved?
and the human condition is the central
theme.

Alfred Tennyson
The Charge of the Light Brigade

What is the meaning of the Charge of the Light Brigade?

The Charge of the Light Brigade is a famous poem by Alfred Tennyson, written in 1851, which describes the military disaster at the Battle of Balaclava in 1854. The poem is a dramatic narrative, written in the form of a ballad, and is one of the most famous and popular of Tennyson's works.

The poem is a dramatic narrative, written in the form of a ballad, and is one of the most famous and popular of Tennyson's works. It is a story of a military disaster, the Charge of the Light Brigade, which took place at the Battle of Balaclava in 1854. The poem is written in the form of a ballad, and is one of the most famous and popular of Tennyson's works. It is a story of a military disaster, the Charge of the Light Brigade, which took place at the Battle of Balaclava in 1854. The poem is written in the form of a ballad, and is one of the most famous and popular of Tennyson's works.

Verde esmeralda sobre azul negro PERIFÉRICO INTERIOR FLUIDO PERIFÉRICO EXTERIOR FLUIDO. Esmeralda te gusta ese nombre, vete a saber por qué. ¿A cuenta de Esmeralda, la primera chica que te hizo soñar gracias a los rasgos, o por mejor decir las curvas, de Gina Lollobrigida? ¿O porque de niño pasabas las vacaciones en la Costa Esmeralda? Ni tablas de surfing ni fuerabordas ni nada en el agua, el mar entonces estaba tan vacío como el de los cuadros. Había que tener cuidadito con las minas a la deriva, la marea seguía devolviendo algunas, gruesas bolas de muerte pacientes, oxidadas. Esperando su hora. Estábamos muy cerca del final de la guerra. Nacistes exactamente a medio camino entre la Madre de las Derrotas y Dien Bien Phu, que ya son ganas. La melancolía histórica la has mamado con la leche de tu madre. Os llevaba a tu hermano y a ti a ver la puesta de sol desde una punta cercana a la casa. Sentados en un banco, aguardabais. No era que el sol cayera, os explicaba ella, sino que la Tierra giraba, se volcaba, se hundía en la noche. Al otro lado del mundo, en Asia, en Indochina como se decía entonces, nacía el día. Resultaba difícil de creer. Albergabais la esperanza de ver el rayo verde, pero no lo visteis nunca. Regresabais en silencio, perplejos y decepcionados. También te gusta el nombre de la noche, navío night, *noche triste*, notta continua. En alemán no vamos a decirlo. Calzada lustrosa, negra cobriza BOBIGNY LILLE BRUSELAS PORTE DE BAGNOLET torres negras

con la cima perdida en la bruma PORTE DE MONTREUIL
HIPERMERCADO AUCHAN verde rojo NOVOTEL azul
550 M N302 CAMPANILE verde SAINT-MACLOU PEU-
GEOT PARÍS NORTE. Primeros días del siglo XXI. Viviste
por allí, a la derecha, donde la noche negra, arriba de la calle...
¿qué calle era? ¿Hace cuántos años de eso? La noche de los
tiempos... Fue con Judith. Vivir es mucho decir. Allí dor-
míais. ¿Cuántos años? Veamos... como unos treinta. ¿Es po-
sible? No existía Internet, ni siquiera los ordenadores. Ni los
perif* ni el TGV ni los portátiles ni el cable ni los walkman ni
siquiera los contestadores, ¿te das cuenta? Las marquesinas de
Baltard abrían sus paraguas sobre el vientre de París, la tele era
en blanco y negro, había sólo una cadena o tal vez dos, ya no
te acuerdas, aquello queda tan atrás, está tan profundamente
hundido en el pozo del tiempo... Los supermercados eran
una novedad, el PS un grupúsculo, el PC, se decía «el Parti-
do», sacaba el veinte por ciento de los votos... Y Judith, ¿tenía
todavía aquel pelo largo que tanto te gustaba? Suave pelaje de-
rramado a un lado del leve cuello, ¿cuál?, que le resbalaba por
delante entre los senos. Como un animalillo sedoso posado en
su hombro. Un gozoso animalillo sedoso. ¿No solía coger un
mechón y llevárselo a la boca? Pelo corto, ahora, a lo erizo.
Vivíais en casa de un rubio anémico o, más bien, en casa de su
madre; era mercera, un oficio desaparecido. El rubiales vivía
en casa de su madre y vosotros en casa de ellos. Eran amigos
de La Causa: ella os preparaba la cena, luego Judith o tú fre-
gabais los platos, ya era algo, no siempre pero con frecuencia;
después os abríais la cama plegable en el living, como se decía
entonces. Allí debía de haber un aparador con porcelana, una
tele en su mesita, el presidente Pompe en la tele, dobles cor-
tinas de terciopelo granate, alfombras rameadas, un tapete de
encaje encima de la mesa, en fin, aquel estilo: era antes de Há-

* Apócope popular de «periféricos», las circunvalaciones interior y exterior de París. (N. del T.)

bitat-Ikea. Lo que tuvisteis que hacerles la puñeta... Ser amigo de La Causa no era una sinecura. Ser de La Causa tampoco era muy descansado, hay que reconocerlo. Había un curso de agua canalizado que pasaba por el sótano: seguramente el arroyo de Ménilmontant que se convierte en la cloaca por la que se fuga Jean Valjean. Judith ahora vende pisos. Soñaba con ser Rosa Luxemburgo o Tamara Bunke alias Tania, aquella joven a la que liquidaron en Bolivia al lado del Che, o incluso Tina Modotti, fotógrafa, agente secreta, enamorada, belleza que se lleva muerta un taxi en la noche de México. En fin, soñaba con una vida de aventura y riesgo. LA GRANDE PORTE rojo CARREFOUR azul 700 M N34 PORTE DE VINCENNES PORTE DORÉE DÉCATHLON azul ÉTAP'HOTEL verde 245 F LA NOCHE HOTEL F1 700 M ESTACIÓN DE SERVICIO ¡joder! Un camión de gran tonelaje que cambia bruscamente de carril, sin avisar, te pone el corazón en un puño y te obliga a echar el coche hacia la izquierda, por suerte los frenos no bloquean las ruedas, sólo derrapa un poco. ¡Asesino! La hija de Trece ni se ha inmutado, tiene sangre fría. Sale a su padre. Y tú conservas todavía los reflejos. Unos reflejos que datan de cuando conducías por las carreteras heladas un Mercedes robado, con un rectángulito de chapa recortado tras el brazo del asiento, en la parte de atrás, para comunicaros con vuestro prisionero del maletero, un diputado que había sido miliciano,* ¿cómo se llamaba aquel cabronazo, hombre? Te suena que tenía nombre de cardenal. Habíais mangado los coches en la estación de Vesoul, es la única vez que se te ha ocurrido ir a Vesoul, dejando a un lado la canción. El agua estaba congelada en las regueras de las calles de Vesoul. Circulabais por pistas de hielo departamentales, para preparar el golpe, con los vehículos en contacto gracias a unos aparatos de radio

* El término tiene connotaciones opuestas en Francia y en España: la Milicia francesa fue creada por el gobierno colaboracionista de Vichy para combatir a la Resistencia. (N. del T.)

de fabricación casera. Llevabais chalecos y tronchantes sombreros de fieltro para parecer notarios o médicos de pueblo, al menos es lo que os imaginabais. ¡Notarios de veinte años! Ahora es cuando a lo mejor podías dar el pego, lo único es que ya se te han quitado las ganas. ¿Eso es lo que tenemos «ahora»: pelo gris, pinta de burgués y que se te han quitado las ganas? Todo alrededor eran extensiones nevadas desgredadas por el viento, a rayas negras por los árboles, con cernícalos encaramados en estacas de deslinde que iban levantando vuelo pesadamente a vuestro paso. Las vacas ateridas daban la impresión de tomaros realmente por notarios, os miraban sin emoción. Vacas antiguas, vacas de hace treinta años, explicas a la hija de Trece. Papeadas hace la tira. No conocieron la EEB. La gente ya sólo se preocupa por eso en estos tiempos: ¿no te has fijado? Seguridad alimentaria. Principio de precaución. La muerte ronda en el fondo del plato. Gilipollas. ¿Te quieres creer que eso es el «presente», el miedo a morir zampando? Aquel marco del Alto Patata, como llamaban los quintos al Alto Saona, te recordaba el de una curiosa peli de vaqueros, *El gran silencio*: Trintignant, el bueno, el justiciero, mudo porque los malos lo habían degollado un poco de niño; acababan cargándose lo al final de la película, en medio de la nieve. Un poco como a Brando, asesinado a traición al final de *Viva Zapata*. Siempre acaban asesinando a la Revolución. Rosa Luxemburgo abatida en la nieve, en la orilla del canal al que van a arrojar su cadáver. El Che ejecutado en la escuela de Vallegrande, tumbado desnudo, hirsuto, ojos vidriosos, como preparado para la disección, con las manos cortadas y la máscara mortuoria que le arranca la piel del rostro. Tamara-Tania acribillada a balazos en el Vado del Yeso, con su cadáver a la deriva en las aguas del río Grande. Teníais la cabeza trufada de esos iconos trágicos. Hacer la Revolución no era tanto preparar la toma del poder como, más bien, aprender a morir. Eso parece útil cuando se es muy joven. Ya no ibais al cine entonces, la Revolución no tenía tiempo que perder con aquellas chanzas y cuchufletas, pero

vosotros vivíais como en una película, un thriller de bajo presupuesto. Trintignant te hubiera cuadrado muy bien en el papel de ti haciendo tu papel. Al final, no tuvisteis que gritarle nada por el hueco del apuntador a aquel miliciano-diputado con nombre de obispo, porque aquella carne de cañón desapareció justo cuando ibais a atraparlo, como solía ocurrir.

VINCENNES DORÉE ESTACIÓN DE SERVICIO
JOHNNIE WALKER KEEP WALKING PERIF FLUIDO
puentes luces amarillas París a la derecha bajo un cielo
de oscuro lila delante paneles esmeralda METZ NANCY
PORTE DE BERCY DISNEYLAND 32 KM los neumá-
ticos desgarran la seda negra cobriza traje de noche esperan-
za A4-A86 FLUIDO A4-A104 FLUIDO todo está fluido tú
también MR. BRICOLAGE rojo para bricolaje tú. Las dos
de la mañana. BERCY 2 verde CARREFOUR azul BER-
CY EXPO rojo a la derecha gran baranda noctiluca del Mi-
nisterio de Finanzas 300 M N19 el cielo se aclara ante la
proximidad del Sena. Los ríos difunden esa especie de fosfo-
rescencia en la oscuridad del cielo. Cuando fuiste a My Tho
presentiste el Mekong por aquel fulgor entre las nubes. No
habías ido hasta allí, al delta cochinchino, por Marguerite
Duras, no, sino por ver el lugar del que salió el teniente una
mañana, el año de después de tu nacimiento, para morir en
un rach del Mekong. El teniente era tu padre. Ya ves Marie,
le dices a la hija de Trece mientras rebasáis los haces de hierro
brillante de la estación de Lyon, las carlingas naranja y azul
gris que empapa el rocío, ya ves no sé más sobre mi padre que
tú sobre el tuyo. Si me fui para allá fue porque ya no queda-
ban más que aquellos remotos lugares para decirme, quizá,
algo, no para enseñarme lo que fuera, no, sino para hablarme,
como hablan los ríos y los bosques, el fuerte calor, los lán-
guidos vuelos de las mariposas, las cucarachas y las putas
serpientes y el plomo fundido de los mediodías, esos testigos

inmutables. Todas las demás voces se habían callado: muertas. Y así ocurre, a menudo: sólo tienes verdaderas ganas de oír hablar de las cosas cuando se han callado las voces que podrían enseñártelas. En una foto antigua ¿quién es, por ejemplo, ese rostro femenino que hay junto a tu padre a bordo de un río que no se sabe si es de aquí o de allí? Nadie podrá ya contestarte y ese rostro, banal si se quiere, tendrá la gravedad de lo que va a permanecer para siempre en silencio. Yo sigo con vida: te viene al pelo, le dices a la hija de Trece. Aprovecha. En las afueras del sur de Saigón que llamaban ahora Ho Chi Minh embarcaste a bordo de un sampán que cubría la línea del delta. La cubierta estaba atiborrada de bicis y grandes cestos de mimbre, los pasajeros estaban en el entrepuente, eran campesinos que volvían de vender sus verduras en los mercados de Ben Thanh o de Cho Lon, te miraban con curiosidad no disimulada, sin demasiada simpatía. Había también un mono en una jaula de pájaros al que aquellos paltos se entretenían en desquiciar. El viento hacía restallar los toldos que resguardaban la cubierta, el cielo era una efervescencia gris y blanca sobre una tierra muy fina, comida por el agua. En un recodo del río, más allá de los manglares, de los techos de latania o de chapa, divisamos los grandes edificios de Ho Chi Minh coronados con banderas rojas y anuncios de marcas japo o coreanas o americanas, DAEWOO HONDA HITACHI SUZUKI CANON IBM HEWLETT-PACKARD TOSHIBA, las mismas que aquí por todo el perif, que en todas partes alrededor del mundo. Ho Chi Minh era quizá, de todas las que habías visto, la ciudad donde con más impudicia se exhibía la pasión por la pasta. Luego se entraba en la llanura de Los Juncos: aldeas acuáticas, cesterías bulliciosas de bambú, de paja, de caña, ocas y patos y cerdos negros chapoteando bajo los pilotes, arrozales de un verde fluorescente, un verde de élitro de cetonia o de pluma de pavo real, entre las que a veces se veía una tumba blanca. Puentes de hierro protegidos por casamatas de la época de los americanos o in-

cluso de los *phap*, los franceses. Los diversos tramos del canal eran un hervidero: sampanes ventrudos con un ojo propiciatorio adornando la proa, provistos de portas por las que asomaban cabezas piojosas, desdentadas; lentas gabarras de nombre para ti ignoto, que revolucionaban el agua al final de sus largos árboles de hélice, a punto de sucumbir bajo el peso de enormes amasijos de vegetales de cuyo nombre no tenías ni puñetera idea, pobre intelectual; y también una especie de góndolas cargadas con las mismas leguminosas, que irradiaban brillos verdes y malvas mientras caía la noche y se deslizaban sin sacudidas gracias a los embates de unas mujeres con sombreros tonkineses, de pie, a popa, que se lanzaban hacia delante, un poco con el movimiento del esgrimista que se tira a fondo, para hundir el remo, llevándolo hasta ese punto en que permanece flotando en la estela, acompañado por los brazos recogidos, volviendo a empezar (¡oh, eternidad trilladísima de Asia! ¡oh, estereotipo!), and so on.

300 M CRÉTEIL MARNE-LA-VALLÉE METZ NANCY
QUAI D'IVRY PORTE D'IVRY aquí habría que haber salido por ahí vive ella pero te has pasado el enlace llevado por la inercia ya del relato ¿y si siguiéramos? le has propuesto a la hija de Trece. A menos que tengas prisa por volver a casa. ¿No? Yo voy estupendamente. Un poco chispa pero no demasiado. Entonces seguimos. Vamos a hacer girar toda esta historia como una bala de plomo en el centro de una honda, que vuele lejos. A la derecha los diedros salpicados de luces de la BNF* semejan torres de lanzamiento a la izquierda las toberas de la gran incineradora escupen sus estelas de nave espacial. ¿Y si nos ponemos un ratito en órbita, qué te parece? ¿Vale? Dicho y hecho. ¡Cinco cuatro tres dos uno fuego! ¡Uuuuooohmmm! ¡Cóctel molotov! Arrancas a todo gas, so-

* Biblioteca Nacional de Francia. (N. del T.)

brevuelas las vías de Austerlitz, las turbobombas ronronean como gatos, encendido del segundo cuerpo propulsor, largas los propulsores auxiliares, menudo cohete, trayectoria anunciada, perif fluido, asciendes al terciopelo negro, anulas la atracción de la gran bola dormida a tu derecha: ¡atajo de pijamas! Ahí vas tú transformado en ángel, en viejo ángel a los mandos de la nave Remember, tenéis que cumplir, la hija de Trece y tú, un programa de experimentación sobre la memoria en estado de ingravidez. La Tierra va quedando atrás, abajo NANTES BURDEOS ORLY RUNGIS ÉVRY LYON CASINO rojo CASTORAMA azul BRICOLAJE DECORACIÓN VOLVO azul JACK DANIELS (¡hola, Jack!) PORTE DE GENTILLY HOTEL IBIS ÉTAP' HOTEL NOVOTEL azul desplegamos los paneles solares, pétalos de oro en medio de la noche, ya suben en el horizonte la Porte d'Orléans, el campanario de Montrouge plantado en la corteza de cerdo del cielo rojo. Te acuerdas de una escena con la que te ha llevado mucho tiempo poder sonreír. A decir verdad, años.

Es esta: estás sentado a la entrada de un apartamento que te ha prestado un amigo en uno de esos HBM* de ladrillo de la Porte d'Orléans, ¿estamos, quizá, en el... 67? Estás sentado a una mesa escribiendo un panfleto. No sería de extrañar que fuera el panfleto más largo de toda la historia de la agit-prop porque: a tu izquierda está abierta la puerta que da al dormitorio. ¿Qué hora puede ser? ¿La una, las dos de la mañana? En aquellos tiempos no existía la noche, la noche para dormir era un invento de la burguesía (es una creencia que has conservado). Por la noche hacíais reuniones. (También por el día: es alucinante el tiempo que dedicabais a debatir. Había que «disecar los gorriones», según una fórmula del Gran Timo-

* Habitation bon marché, «vivienda barata». Paradójicamente, la sigla se usaba en masculino. (N. del T.)

nel —era una manera fina de decir «aburrir a las ovejas».) La mañana os encontraba aletargados en jergones, colchones de espuma, sacos de dormir, en medio de tazas de café atiborradadas de colillas. Viejo Nescafé frío y zumo de tobas, uno de los recuerdos más repugnantes de esa época. Seguro que había habido una «reu» aquella noche, en Porte d'Orléans, en fin ahora estás escribiendo un panfleto. Un panfleto, internautas (un panfleto, explicas a la hija de Trece), veamos cómo se hacía: se tecleaba con la máquina sobre una especie de papel cebolla que se llamaba *stencil*. La máquina, utilizada sin cinta, iba perforando el *sten*, ¿me sigues? A continuación extendíamos este cliché sobre el rodillo entintador de una *ronéo** (Téc.: instrumento para multicopiar; primera mitad del siglo xx), y dábamos vueltas a la manivela —en ciertos modelos de lujo se apretaba el interruptor: un breve planeo y los panfletos se iban apilando, pringosos de tinta, negros de términos vitriólicos, listos para el reparto a esa hora abominable a la que los proletarios salen pitando hacia el agobio, bajo la palidez creciente del cielo. Un panfleto es algo que no puede ocupar más de un anverso-reverso y ya un anverso completo es excesivamente largo porque a la hora abominable a la que los proletarios salen pitando hacia el agobio, en la madrugada ventosa, hora de las telarañas en los ojos, las náuseas, las acideces de estómago, hora de los cafelillos solos en la barra, infectos solos con esas burbujitas arremolinándose en la superficie que ni que fuera agua de fregar, como se arremolinan en la avenida las hojas secas (hasta en primavera están secas las hojas cuando uno va al agobio), hora en que parpadean las farolas y los anuncios luminosos en lo alto de los edificios, a esa hora, señor, no se lee. Uno está todavía parpadeando, mal encendido, se apaga, no tiene ganas de encenderse, a lo mejor tiene muchísimas ganas de apagarse de una vez, se bebe un café infame con unas gotas de calvados para quitarle el nervio en

* El nombre de la multicopista provenía de una marca registrada. (N. del T.)

unos vasitos con forma de trompeta, al alba. «Al proteger a los mercenarios del imperialismo americano, has escrito, la policía fascista ha levantado un gran pedrusco para dejárselo caer en los pies.» Aunque eres, en conjunto, partidario de un estilo puramente nacional, una fórmula china por aquí, por allá no viene nunca mal. Levantar un gran pedrusco para dejárselo caer en los pies es una buena broma del Gran Timonel. Hay en los «órganos de propaganda» de La Causa adeptos del tono «Padre Duchesne»: pero tú no aprecias esa lengua supuestamente populachera. Podrías escribir, desde luego, «asquerosos maderos os colgaremos por los huevos», tal vez algo así gustara en las altas instancias, pero no, a ti te repele. Un mínimo de modales se te antoja deseable. Eres una especie de Malherbe de la poesía revolucionaria, que es como decir un social traidor en potencia. No detestas el estilo pesadamente irónico del Marx panfletario. Hasta los burgueses pueden leer algo así, sobre todo los burgueses, los universitarios, en fin suena serio, tranquilizador. El Aragon patriota, *Diana francesa* y todo aquello, eso es lo que sigue siendo, según tú, literatura popular. «Nunca olvidaré las lilas y las rosas», «La muerte no deslumbra los ojos de los partisanos»: ¡ah, ah! Eso te hace llorar, halaga tu lado más pathos... flor azul roja... Mientras que «asquerosos maderos»... no, la verdad. «Nuestra tarea —dice la resolución del último congreso de los Comités Vietnam (jadoptada por unanimidad!)—, consiste en hablar de la justa lucha del pueblo vietnamita en el lenguaje de las amplias masas francesas.» De acuerdo, pero ¿qué lenguaje hablan las «amplias masas» esas? Y, para empezar, ¿por qué se las llama «amplias», adjetivo con el que las masas, por su parte, califican exclusivamente a las carreteras y las camisas? Arduas cuestiones sobre las que hay opiniones divergentes. «Al proteger la presunta embajada de los fantoches survietnamitas, los monos...» No, ya nadie dice eso de «los monos». ¿«La bofia», entonces? No, demasiado macarra. Lengua de hampón. ¿«Los de la madama»? ¿Tampoco? Vale para una peli con Bourvil.

La irresistible comicidad francesa. ¿Por qué no «la pasma», ya puestos? ¿«Los polizontes»? Banal; pero venga eso de los polizontes. «Los polizontes han mostrado claramente que no eran más que una milicia auxiliar...» «Claramente»: este adverbio sí que os gusta. Todo ha de ser claro, siempre: si no, ¿cómo evitar morir de angustia? Gedeón es el maestro de la claridad, su poder iluminador le viene del Gran Timonel. ¿Quién es Gedeón? te pregunta la hija de Trece. Espera, ahora voy con eso. Nuestro Gran Dirigente. «Los polizontes han mostrado claramente que no eran más que una milicia auxiliar de los B-52 americanos.» ¿O de los USA? ¿O mejor «amerikkkanos»? No. No se entendería la alusión. Los B-52, le haces notar a la hija de Trece, son una de las poquísimas cosas que no han cambiado, o muy poco, que vienen volando desde esa época de la que te estoy hablando hasta hoy. Los B-52 y Johnny Hallyday, vamos. Hermosa longevidad, del Golf Drouot al Zénith y al Stade de France, de *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú* a la Tormenta del Desierto. Les han hecho un pequeño lifting, les han revisado los remaches, pero en conjunto son los mismos, inoxidables: el mismo rockero, los mismos cacharros que alfombraban con bombas y desfoliantes las junglas de Vietnam. Material de primera. Los *stencils*, las *ronéos*, las amplias masas, el Oriente Rojo, el Gran Timonel, todo eso ha desaparecido, el movimiento de la Tierra ha borrado todo eso, pero los B-52, no, explicas a la hija de Trece. «Los polizontes han mostrado claramente, pues, que no eran más que una milicia auxiliar de los B-52 americanos. Pero no son más que tigres de papel y los partisanos les pagarán con la misma moneda elevada al céntuplo.» No, tachado: «la misma moneda elevada al céntuplo» resulta como de coña. «Les devolverán el céntuplo de los intereses de sus exacciones»: no, tachado. «Exacciones», demasiado complicado. Lengua de intelectual pequeñoburgués. Y, además, «intereses» no es una imagen muy afortunada. «Los partisanos...» Hum... Mientras vas escribiendo eso... que ya de por sí es difícil... mientras intentas

escribir eso te distrae, pero una barbaridad, lo que estás viendo a tu izquierda, en el marco de la puerta del dormitorio.

FLAT TV PHILIPS RUÁN PORTE DE CHATILLON
PORTE DE MONTROUGE ITINERIS 02.30 TEMP 12°
todo va bien a bordo los instrumentos lucen suavemente la
Tierra se va alejando, esperas que de un momento a otro res-
plandezca el arco eléctrico del alba sideral tras la gran bola de
noche. En la radio, en sordina, lalalá lalalá lalalá la... do-mi-la
do-la-sol si-sol-la mi...: la *Appassionata*. También la música
era contrarrevolucionaria en aquella época. Unos años des-
pués de lo del piso de la mercera y su hijo habíais alquilado
—con nombre falso, naturalmente— un cuartucho minúsculo
cerca de Buttes-Chaumont. Había una especie de litera que
se plegaba contra la pared y un aparador que tenía encima,
maravilla insólita, lo que entonces se llamaba un «electrófo-
no». Judith había cogido en casa de su padre, un judío ruso
amante de la música a quien las peripecias del siglo habían lle-
vado a poner un negocio de importación-exportación en
Francia, uno o dos discos; entre ellos, una grabación de esta
sonata interpretada por Richter. ¡Vaya si te acuerdas! Cuando
la escuchabais, por la noche, tras una jornada de arduos tra-
bajos subversivos, tenías la impresión de estar incurriendo en
un lujo culpable. ¡Anda que si se enteraba el Gran Dirigente!
No iba a hacerle mucha gracia, seguro. Do-mi-la do-la-sol si-
sol-la mi... Lalalá lalalá lalalá la HOTEL MERCURE FORD
ARISTON ELECTRODOMÉSTICOS PARÍS EXPO BIO-
VIMER TERAPIA SOFITEL SHARP PORTE DE SÈ-
VRES SECURITAS el astro negro a tu derecha surcado de
destellos de neón de erupciones azules rojas verdes blancas a
veces una ventana encendida vela en la noche. Esta enorme
peonza de tinieblas está hecha de Historia comprimida, des-
plomada sobre sí misma, le dices a la hija de Trece, la ciudad
es el ovillo en que se anudan y se aprietan millones de hilos,

vidas presentes y pasadas, vividas y soñadas, en algún lugar en esta materia inextricable se halla mi propia historia, y la de Trece, y todas las demás que estaban ligadas a las nuestras, las de Gedeón, Judith, Chloé, Angelo, Fishauí alias Julot, Jean d'Audincourt, me los imagino a todos en las profundidades de la oscuridad, Juju, Amédée, Roger el Belga, Momo Zampacarrojos, Reureu el Hirsuto, Cagalera, Bombabirra, Klammer, los santos y los soplones, los broncas y los pusilánimes. Y están también todas las historias más altas, más trágicas, con las que enlazaban las nuestras por el cordón del sueño, Saint-Just en la guillotina y el muro de los Federados, las barricadas de febrero y de junio, el disparo del coronel Fabien en el andén del metro Barbès, el Cartel Rojo, todas aquellas historias enmarañadas en un enorme pelucón, unas grandes y potentes, otras frágiles pero capaces de sacar de las primeras una ingenua fuerza. Todo ese pasado embrollado, intrincado, apilado en la forma de una ciudad, basta con coger el hilo bueno y tirar de él con mucha delicadeza para devanarlo, comentas mientras discurren a la deriva en la noche locuaz AQUA-BOULEVARD NANTES BURDEOS PERIF FLUIDO PERIF FLUIDO QUAI D'ISSY PUENTE DEL GARIGLIANO 200 M el Garigliano ¿quién se acuerda de lo que es el Garigliano? El teniente estaba en aquel sangriento arroyo de Italia en 1944. Joven al que una rebeldía sin nombre, sin palabras, había empujado a escapar de una familia burguesa de provincias en el África Ecuatorial, lo que se llamaba entonces «las colonias». Entérense bien, señores nuevos biempensantes, maníacos del «arrepentimiento» —estos eunucos han expulsado a Dios intoxicándose al tiempo con lo más dudoso del cristianismo, los arrodillamientos, las mortificaciones, echas pestes mientras sobrevuelas por segunda vez el río—, entérense bien allí no sólo hubo chusqueros sádicos y plantadores vampiros, también hubo chalados por la aventura, apóstoles, sabios, utópicos o simplemente melancólicos. Rimbaud traficaba con fusiles en el Cuerno de África, ¿verdad? En el fon-

do, os jode, ¿eh? Os hubiera gustado más que fuera «pooeta», que recibiera en casa los martes, con el codo apoyado en la esquina de la chimenea, ¿eh? ¿Que firmara escritos reivindicativos? Y Conrad, ¿seguramente hubierais preferido que fuera anticolonialista? Pues, lo siento, no lo era. Pero nada en absoluto, vamos. Y otra rebeldía, la misma en verdad, contra la cobardía de los notables, impelió al teniente, ya en el otoño de 1940, a unirse a los franceses libres: hermosa expresión hoy ya casi oxímoro. Y también estuvo en Bir-Hakeim, el otro puente que se adivina a lo lejos, allí a la derecha, perpendicular al agua lacada, neblinoso fantasma de hierro. De nada te sirve, a ti para quien el nazismo es de verdad una bestia inmundada, de nada te sirve intentar pensar como sería conveniente pensar, como te han incitado, te empeñas en considerar más estimable y útil aquella Resistencia, a cañonazos, que la de Sartre o Breton, o Aragon (etc.). Siempre se te ha hecho raro que parezca raro pensar así. Esa extrañeza es, entre otras cosas, lo que te indujo a adherirte a La Causa en su momento: lo que te impelía no era tanto el amor al proletariado como el asco por los notables, y la desconfianza hacia esos notables más taimados, con más pose que los demás que son a menudo los intelectuales. Se te antojaba, se nos antojaba a Trece y a mí, explicas a su hija, que los pobres eran menos falsos. Queríamos creerlo, en todo caso. En el metro Bir-Hakeim, una noche, para protestar contra una subida de las tarifas de los transportes públicos, robasteis miles de billetes. Se vendían por «carnets» cosidos, en la época —¡en la época del revisor de Lilas!* Un centenar de carnets, mil billetes, lo que hacía un ladrillín bien compacto, nada engorroso. Trece estaba en el ajo, por supuesto. Para vigilar, mientras le dabais a la ganzúa en la estación, habíais apostado, bajo las ventanas de *El último tango en París*, a un camarada alumno de la Politéc-

* Alusión a la popular canción de Serge Gainsbourg «Le Poinçonneur des Lilas». (N. del T.)

nica —se te ha olvidado su nombre— ataviado con uniforme de ceremonia, bicornio y todo, en compañía de una guapa morena carnosilla. Tenían que besarse lánguidamente, estilo regreso del Baile de puesta de largo, sin dejar de guipar los contornos. Si los polis pasaban por allí, calculabais, se sentirían favorablemente impresionados por la pareja, y a lo mejor hasta saludaban. La dificultad, después, consistió en repartir aquellos miles de billetes, en las estaciones o a la puerta de las fábricas. Con los panfletos la gente estaba habituada por entonces, los atrapaban al vuelo con desgana, se los echaban al bolsillo, pero unos billetes... Unos billetes de segunda, todavía... (los billetes de segunda eran de color amarillo pálido, aclaras a la hija de Trece, de color... exactamente del color de los libros griegos de *Belles Lettres*, color Platón o Esquilo, you see?) pero unos de primera, verde reseda... Se temían un marrón.

EDF GDF SNECMA FRANCE-TÉLÉVISION TF1 cristalerías a babor y a estribor SABLIÈRES MORILLON-CORVOL tolvas trenes de pontones cargados de noche RUÁN PORTE DE SAINT-CLOUD N10 BOULOGNE 100 M los HBM de ladrillo del Quai du Pont-du-Jour. Tuviste un cuartucho de criada por allí. Militabas en un comité Vietnam que llevaba el nombre del barrio, Point-du-Jour,* y no lo hubieras cambiado por ningún otro —ese nombre que te transportaba hacia el lugar de todo nacimiento y todo renacimiento, ese Oriente Rojo por donde salía el sol de las Revoluciones para disipar las tinieblas de una vez por todas. Intentabais que los vecinos del barrio se interesaran por los éxitos de la «guerra del pueblo». Pegabais en las paredes carteles hechos a mano, no os desagradaba rotularlos con mimo utilizando diferentes colores, por la noche, mientras tomabais unas cervezas; el olor

* Significa «Amanecer». (N. del T.)

procuraba un flipe moderado, pero lo que os gustaba, sobre todo, era majar cuchillas de afeitar en la cola con que los untabais, con la mente puesta en los lacayos del imperialismo, que no dejarían de intentar arrancarlos: jóvenes fachas de Occidente, viejos capullos de Acción Francesa, que ofrecían su hoja parroquial en el mercado donde vosotros vendíais, impreso en rojo y negro en un bonito papel de avión, *Le Courier du Vietnam*. Una vez perseguiste a uno de esos miserables monárquicos hasta el interior de la iglesia de la Porte de Saint-Cloud, volcando sillas y reclinatorios. Otra cosa que tu vida ha ido apartando, se te ocurre: las viejas cuchillas de afeitar. Como las locomotoras de vapor que echaban los bofes bajo las cristaleras de la estación de Montparnasse, las largas calderas negras montadas sobre ruedas motrices rojas, que tiraban de los trenes hasta la Costa Esmeralda; como los *stencils* y las *ronéos*, las máquinas de escribir, los portaplumas, los anchos y relucientes clavos de los pasos para cruzar que seguimos empeñándonos en llamar «claveteados» (¿o acaso soy ya el único? le preguntas a la hija de Trece: a eso lo llamamos ahora «pasos de peatones», te contesta ella. Ah, bueno. Sí, sí): todo eso ha tenido menos aguante que los B-52. Hojillas de acero azul oscuro recortadas de un modo raro bien juntitas en librillos en los que figuraba el busto del señor Gillette: un careto bastante desquiciante de gentleman de Nueva Inglaterra, te parece ahora (aunque no podrías jurarlo), cejas arqueadas, bigotito fino y un mentón impecable, por supuesto, alzado sobre un cuello de pajarita. Una especie de Faulkner bostoniano, si no lo recuerdas mal (pero no es seguro). Las rondas nocturnas de pega de carteles —rompecabezas bajo los asientos del coche, puños americanos en la guantera— tenían también su encanto. Teníais la impresión de estar patrullando en Petrogrado, en 1917, de ser *Los doce* de Aleksander Blok —a quien no conocíais. Por muy extraño que pueda parecer, no era raro que asistieran amas de casa a vuestras reuniones públicas en una sala encima de un café de la Avenue de Versailles: ante sus estu-

pefactas miradas desplegabais mapas en los que barras y flechas representaban frentes y ofensivas; en ellos habíais simbolizado ríos, carreteras y colinas que lucían nombres exóticos, Khe Sanh, Tay Ninh, Dong Khe... Aquellas junglas os parecían cercanas o, más bien, teníais la certeza de que el eje del mundo pasaba por allí, de que el lugar donde os encontrabais, Europa, Francia, París, la Porte de Saint-Cloud, no era más que una lejana periferia de aquel centro. Pensabais que la historia del siglo se había escrito aquí cuando aún no habíais nacido, y que seguía escribiéndose en lo más alejado de donde estabais. No teníais ni la menor idea de qué podíais ser vosotros: aparte de unas sombras de otro tiempo, si acaso. Vivíais como en la ausencia de lo que podríais haber sido, en un lugar que había dejado de ser, le dices (tratas de hacer entender) a la hija de Trece. Pero ¿por qué erais así? te pregunta ella. ¿No os gustaba la vida? Claro que sí que nos gustaba, pero, perdóneme la fórmula demasiado... conocida, pensábamos que la auténtica vida estaba en otra parte, en eso que la jerigonza maoísta llamaba la «zona de las tormentas», el tercer mundo que rodeaba a las metrópolis imperialistas. Y éramos demasiado intransigentes para contentarnos con una falsa vida. Hay generaciones que nacen de lleno en la Historia, dan de lleno en el blanco. Y otras que viven al margen de las cuestiones candentes. Esa era la impresión que teníamos. Estábamos privados de grandes cosas. ¡Cuánto orgullo! Y las amas de casa, por su parte, ¿qué iban a buscar al primer piso del café? Graves expresiones extrañas como «estación seca», «liberación nacional», «estación de las lluvias», «alfombrar con bombas», «diques del río Rojo», a lo mejor las hacían soñar tanto como a vosotros os exaltaban. A lo mejor también acudían a vuestras clases de estrategia porque estaban solas, abandonadas, insatisfechas. ¿Cuántas Bovarys habría entre ellas? Entonces no os hubierais atrevido a haceros esa pregunta —o, de habéroslo hecho, a preguntarles si estaban tristes. Las cosas sencillas os parecían mucho más complicadas que una batalla en el confín del mundo... De re-

pende te viene a las mientes, allí, mientras te traga el túnel de la Porte de Saint-Cloud, que el especialista de aquellos paneles didácticos, que ponía en prepararlos y comentárselos a las amas de casa de Point-du-Jour la pasión de un Saint-Loup en Doncières, era un estudiante de filosofía cuya cabeza coloradota y afilada sugería bastante lo que podía ser, aumentado mil veces, un mosquito alcohólico. Francamente endeble, escuchimizado incluso, no se lo pasaba tan bien como tú, Trece y los demás en las trifulcas callejeras: su ardor, que no era menor que el vuestro, lo centraba en la fabricación y el comentario de aquellos mapas. Pero el nervio de su pasión no era diferente: empollándose unos toscos folletos de Ediciones en Lenguas Extranjeras de Hanoi como si se tratara de Tucídides o Clausewitz, lograba una especie de embriaguez yendo a contracorriente de aquello para lo que estaba destinado, para lo que lo habían formado —igual que vosotros con vuestro aprendizaje para llegar a ser unos pequeños bestias. Más tarde, urgido por La Causa a apuntarse a una fábrica pese a su debilidad física, escogió una industria de bombillas, las lámparas Claude: así, decía con humor, sólo tendría que acarrear vacío. Mucho después escribiría un libro, te suena que sobre los presocráticos.

PORTE MOLITOR PORTE D'AUTEUIL A3-A12 FLUIDO A13-A14 FLUIDO todo es una balsa de aceite la gran galaxia espiral del Parque de los Príncipes VERSALLES SAINT-QUENTIN-EN-YVELINES RUÁN allí a la izquierda está Rhin-et-Danube la rotonda y más allá el puente y la autopista ahora la llaman A13, en honor a Trece, lo mismo, le dices a su hija. En aquella época se llamaba autopista del Oeste. No sé si conseguiré hablarte de tu padre, que fue y sigue siendo mi amigo (y es que el amigo de verdad es eterno), pero me gustaría al menos que entendieras que quizá fuimos los últimos —sí, nosotros, por ridículos que fuéramos, medio

Quijotes medio Sanchos— en interesarnos por la eternidad. Sí, eso es, confirmas tras un instante de reflexión (porque en cualquier caso la afirmación se las trae): más que por cualquier otra cosa, por la eternidad. En la autopista del Oeste habíais planeado, Trece y tú, una emboscada contra los CRS.* Eran los sombríos días de junio del 68. La reacción se salía con la suya; las banderas rojas, inexorablemente, desaparecían de los tejados; las fábricas, una tras otra, volvían al trabajo. Teníais esa edad a la que se tiene demasiada imaginación y, sobre todo, escasa cultura para darle una forma plausible: os gustaba veros como resistentes, o también desde luego como «Marie-Louises», aquellos jóvenes quintos de 1814 que seguramente pensaban defender las ruinas de la Revolución contra el lúgubre ejército de los reyes. Os habíais enfrentado con la policía en los alrededores de la fábrica Renault, en Flins. La campaña, el sol reverberando en los cascos enemigos, al fondo de unos campos sobre los que las nubes arrojaban sombras azuladas, las volutas de humo que el viento desgarraba en las ramas de los árboles, el contraste entre las detonaciones, el zumbido de los helicópteros en el cielo, y la reptación minúscula, por una caña de centeno hirsuto, de un insecto de élitros esmeralda, daban a aquellas escaramuzas la apariencia de una guerra de verdad (lo que también te exaltaba, piensas ahora, era la certeza inconfesada de luchar por una causa ya perdida). En las colinas de los contornos algunas granjas podrían haber sido la Haie-Sainte o el monte Saint-Jean. Entonces aún se veía en los campos las sangrientas escarapelas de las amapolas, como en un cuadro de Monet o una canción de Mouloudji. Un joven alumno de instituto murió en aquella movida; te habías pasado la noche de antes de su muerte debatiendo con él y con otros, en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud, en torno a un fuego de campamento. Aquello tenía su lado boy-

* Siglas de la *Compagnie Républicaine de Sécurité*, los llamados «anti-disturbios». (N. del T.)

scout, quizá, puede decirse, pero vosotros creíais ver moviéndose en la oscuridad los grandes estandartes de la Historia. Esperabais que aparecieran de un momento a otro los matones del SAC, la milicia del partido en el poder: gorilas de discoteca, chulos de putas corsos, chusqueros. Aquellos cabrones estaban crecidos de repente, se dedicaban a «limpiar» lo que quedaba del pavoroso mes de mayo. Porque sabes, Marie, informas a la hija de Trece: hoy todos los pudientes afectan que la historia aquella les resulta cómica, una auténtica gansada, una broma estudiantil, una bufonada, ni cinco muertos siquiera, fíjense, ni un solo tiroteo como Dios manda, ¡ah, vaya historia! Pero en realidad ya les gustaría que les indemnizaran por el miedo que pasaron, porque, en su momento, puedo asegurarte que estaban acojonados. Y los que aspiraban a la gloria, el poder, el dinero —y que ahora los tienen—, tanto o más que los que ya los poseían. Y una parte de su odio actual viene de ahí: ¡haber pasado tanto miedo para tan pocos muertos! Equipados con protecciones varias, con cascos, apoyados en los mangos de vuestros picos, bajo la negrura de los árboles, titubeante por la luz de las hogueras, os figurabais que estabais montando guardia en las trincheras de la Ciudad Universitaria de Madrid, en 1938. Así era: el mundo que teníais a la vista, en el que vivíais, estaba como profundizado, transfigurado por un poder que vinculaba cada acontecimiento, a cada individuo, con toda una antigua cadena de acontecimientos e individuos más grandes, más trágicos. Esto puede parecer ridículo, pero en todo caso era un modo de poesía. En la actualidad da la impresión de que ya no hubiera más que presente, pura instantaneidad; el presente se ha convertido en un colosal hormigueo, una inervación prodigiosa, un big bang permanente, pero en aquella época el presente era mucho más modesto, era de hecho la modestia misma. Era el pasado el que tenía una presencia formidable, y también el porvenir. Habían matado a aquel joven estudiante de instituto, Gilles, en fin, se había ahogado en el Sena al intentar escapar de la

policía, y era la primera vida que veías segada así, con el sonido de su voz aún fresco en tus oídos, con todos sus gestos habituales y casi infantiles desplegados todavía en torno a él: era la primera vez que moríais. Fuisteis corriendo, Trece y tú, a la Escuela Normal Superior de la Rue d'Ulm, que era como el búnker del Gran Dirigente. Una pasarela cerrada, pero no custodiada, salvaba la autopista del Oeste tomada por el retén de aquellos CRS a los que una asonancia facilona os llevaba a insultar con el remoquete de SS. No debía de ser demasiado complicado, llegada la noche, para alguien provisto de un cortapernos y una buena banasta de cócteles Molotov, cizallar el candado de la verja de acceso y atacar un convoy desde lo alto de la pasarela, y replegarse con rapidez. Mientras exponías el plan de venganza que habíais concebido Trece y tú, el Gran Dirigente, alisándose la perilla, os escuchaba sin mostrar el más leve signo de aprobación o reprobación, pero se intuía, intuía, intuías que iban formándose sentencias definitivas en su cabeza, poniéndose en movimiento como los elementos de un engranaje.

Túneles hileras de neón pálido árboles negros a la izquierda se llega hacia el Bosque a 700 m siguiendo este rumbo está la Porte Molitor, luego la Porte d'Auteuil donde una vez te quedaste atascado, en una furgoneta atestada de armamento heteróclito, en medio mismo de una mani de chavales de instituto. Toda aquella parafernalia, la furgoneta Fiat con todas las trazas de ser robada (según otros era una Renault Estafette) y las escopetas chuscas, debía servir para «arrestar», tal era el término que utilizabais, al general retirado Chalais, director general de una empresa que había despedido a unos huelguistas. Aquella mañana estabais con todo a punto, pertrechados, caracterizados, pero él no acudió a la cita, debía de andar en viaje de negocios. Esperasteis una hora larga frente a su casa, pero al cabo de todo ese tiempo empezó a dispararse

la tensión, qué horror, y encima a Trece le entraron ganas de mear, la leche... Os dio un ataque de risa que sacudía peligrosamente la chapa, pese a que el compañero disfrazado de chofer repartidor, al volante, permanecía impassible, ibais a acabar por llamar la atención. Y cuanto más pugnabais por reprimir el descojono, agazapados en la parte de atrás, invisibles, entalegados, congestionados, más se meaba Trece, y más redoblaba la risa contrarrevolucionaria; al final aquello era insostenible y tuvisteis que levantar el asedio. El compañero que conducía era Fishauí alias Julot, un tunecino bajito con una sangre fría a prueba de bombas y, además, cachondo. Ahora lleva una ferretería cerca de la Mutualidad. Siguiendo con gran disciplina el itinerario previsto para el repliegue, de pronto se vio cortado y rodeado por una masa de alumnos de instituto surgidos de golpe de Jean-Baptiste-Say para manifestarse contra qué sé yo qué reforma de la educación de esas cuya moda empezaba a extenderse. O a lo mejor era para protestar contra alguna brutalidad policial, algo también muy en boga. Naturalmente estabais de acuerdo con ellos, por principio, seguro que en aquella vociferante multitud había hasta miembros de La Causa: daba igual, la situación se estaba poniendo chungu, vosotros bloqueados, con vuestros falsos bigotes las pelucas y los trabucos, en medio de aquellos jóvenes exaltados, a quienes la policía, conociéndola como la conocíais, no iba a tardar en buscar las cosquillas. Fishauí alias Julot una vez más resultó admirable, le vas contando a la hija de Trece al tiempo que surge frente a la nave Remember una especie de gigantesco sombrero de la reina de Inglaterra malva trapezoidal con fulgor de lentejuelas barrido por proyectores ondulantes, ¡oh! el Palacio de Congresos con nuevo look sin su color old lady lovely. Convenció a los camaradas de instituto de que era un camarada trabajador y que su jefe lo echaría si no hacía la ruta a tiempo. Vosotros, en el fondo de la camioneta, conteníais la respiración. La cosa terminó en entusiasta confraternización y los manifestantes, puños juve-

niles en alto, os abrieron paso justo antes de que aparecieran los primeros cascos de la guardia móvil.

FRANCE TÉLÉCOM PORTE DE CHAMPERRET en el rumbo el cometa HITACHI enrojece en medio de la bruma LECLERC azul D911 600 M PORTE DE CLICHY PEUGEOT blanco CASINO rojo abres la ventanilla para tomar un poco el fresco, una salidita al espacio te vendría bien, empieza a apestar a tabaco frío dentro de Remember primera lanzadera espacial sin compartimento no fumador CONFORT INN amarillo PORTE DE CLICHY PANASONIC blanco PENTAX rojo SUZUKI HERTZ amarillo ALQUILER DE MATERIAL PAPERMATE azul rojo aquello es un huracán de colores en medio del cual avanza a toda pastilla Remember, una aurora boreal una tormenta magnética. ¿Cuántos años hace ya que murió tu padre? le preguntas a la hija de Trece. Ya te lo dije: hace veinte años, yo tenía cuatro te contesta mirándote de soslayo. Ah claro es cierto si tú lo dices yo sabes no me acuerdo nunca de las fechas. El texto del pasado en mi memoria está completamente deformado, chafado. ¿Y qué había detrás de la puerta, en Porte d'Orléans? te pregunta ella. ¿Cómo que qué había detrás de la Porte d'Orléans? Pues Montrouge, o Malakoff, ya no sé, bueno, lo de siempre. No te estoy preguntando eso, insiste ella, no te hagas el imbécil, me contabas que estabas escribiendo un panfleto y que algo tras la puerta... es que siempre te paras en medio de tus historias. Es el efecto de la ingravidez sobre el habla, aclaras. Y un poco también del alcohol, añades. Pero muy poco. Ahora estoy casi sobrio.

«Los partisanos advierten», no, tachado, demasiado grandilocuente y tampoco es eso. «Advertimos a los perros de presa de los imperialistas que su perfidia no quedará impune.»

Mmmvaale... «Perfidia» evidentemente eso ya apenas se dice pero aun así es un viejo término cargado de rabia, de desafío: merece una rehabilitación, ¿no? Estás, siempre has estado a favor de la alianza entre lo antiguo y lo nuevo, en el fondo no ves tanta diferencia entre Juana de Arco y Louise Michel. Algo así despierta suspicacias, podría traerte complicaciones pero ¿qué vas a hacer? De todos modos por el momento, en el piso cedido por un amigo, en Porte d'Orléans o por ahí, estás muy lejos de pensar en las posibles complicaciones que pudieran acarrearle tus fantasías ideológicas, lo único que ocupa a tu mente —ocupa... preocupa, ¡sí! ¡Obnubila, más bien!— es lo que estás viendo mientras haces como que no te enteras: a tu izquierda, tras una zona de la biblioteca donde pulula todo un florilegio de libracos sobre la guerra civil española, la Resistencia, Cuba, la Revolución de Octubre, los motines del mar Negro, la guerra de Argelia, China, Vietnam, el anarcosindicalismo y otros temas reconstituyentes (¡nada de Venecia, desde luego!), tras este muy conveniente preámbulo, o vestíbulo, pues (¿conoces, le preguntas a la hija de Trece, la canción de Queneau sobre el tipo que se ha tragado un péndulo? ¿No? ¿Y que le cae encima de los vestíbulos? Lo que me gustaría, insiste ella, es que termines la historia. De acuerdo), tras ese vestíbulo pues hay una puerta abierta por donde asoma en diagonal la mitad de una cama sobre la que se vislumbran las piernas desnudas de Chloé, no el resto de su cuerpo. Y esas piernas se mueven. Es poco decir que se mueven: se enredan, se separan, se escurren, se frotan entre sí. Con todo lo cretino que seas, no se te escapa que esas piernas hablan, y más concretamente que te hablan a ti: e incluso con toda la franqueza del mundo. Claro que estás fascinado y aterrado por lo que te dicen. No hablan la lengua empalagosa de las «reus», ni esa con la que andas perpetrando tu panfleto. Las ves airo-sas. Te parece que no hay por qué mezclar las piernas con la política. Naturalmente no es eso lo que piensas de verdad: en lo más recóndito del tembloroso y verídico fondo de ti mis-

mo piensas sobre todo que los cuerpos, y muy en particular los que tú deseas, y más en particular si cabe lo que en ellos es como la firma de su singularidad, son puro espanto en tres dimensiones. Y a ti te espanta entender —en fin, intuir— que si esa cosa que balbucea en el fondo de ti, tú la repudias y la disfrizas invocando la «prioridad de la política», de ese panfleto por ejemplo que estás escribiendo, o haciendo como que escribes, interminablemente, para disimular tu miedo, entonces poco a poco es todo el discurso en el que está atrapada tu vida, enredada como en los alambres de un emparrado, lo que podría no ser más que una tremenda superchería. Lo que en el fondo te importa más que nada, crees entender, y también te espanta más que todo lo demás, es esto: el lugar en torno al cual se agitan las piernas de Chloé, el lugar que significan y que el tabique te impide ver. No te da miedo que te partan la cabeza ni ir a la cárcel, pero te asusta el sexo de Chloé: esa es la verdad. E intuir esa verdad es a su vez algo aterrador. ¿Todas las junglas de la «zona de las tormentas», todo el Oriente Rojo estaría ahí, en esa carne en forma de V como Vietnam (y que también recuerda, se te ocurre ahora, a un libro desplegado)? La llanura de Los Juncos, el delta del Mekong, la pista Ho Chi Minh, los montes Tsinggang... ¿todo eso no sería ninguna otra cosa para ti? Tu presunta valentía... ¿y si no fuera más que el disimulo de ese enorme y ridículo temblor? Vuelves a sumergirte en la redacción del panfleto. «Dos ojos por ojo, boca entera por diente»: fórmula un tantito vulgar, pero eficaz e histórica. Probada de sobra. Vamos. Te encantaría tirarte... toda la noche con ese panfleto.

PERIF FLUIDO PORTE DE SAINT-OUEN GSM LIM-
PIEZA INDUSTRIAL BOUYGUES TÉLÉCOM SONI-
DO DIGITAL CASIO SONY CITROËN Claudia Schiffer
en la nieve EL NUEVO XSARA rojo azul verde rojo azul
azul túnel toda aquella noche de entonces, hace... hace más

de treinta años. La noche de los tiempos. Las nieves de antaño. La hija de Trece ni siquiera había nacido. Aquella época distaba menos años del final de la guerra que hoy de entonces. Te ha hecho falta envejecer para empezar a comprender que tu juventud, la de tu generación, había resultado trastocada del todo por la proximidad de esa enorme masa muerta, la guerra mundial, la derrota, la colaboración. Un día no hace mucho hiciste un tramo de la carretera 175 que va hacia el mar, hacia el monte Saint-Michel enhiesto sobre campos donde pacen los corderos: y en los mojones kilométricos rosas que jalonan la «carretera de la Liberación», mojones que te sugerían de niño helados de fresa, reconociste la carretera antigua de las «vacaciones de verano», que conducía hasta la lejana Costa Esmeralda a través de lo que parecían inmensidades de colinas, bosques, pequeñas poblaciones dormidas. Mundo aún bajo el imperio de la naturaleza y la lentitud, mundo de olores, de silencios, de rumores, Francia olvidada, minúscula (pero que se creía un continente), de cazadores, chalanes, taberneros, maestros y curas, donde las figuras de la Edad Media, las figuras de la iglesia de Saint-André-des-Champs, se encontraban en cada esquina. Carretas tiradas por caballos percherones. Y de repente te deja estupefacto esta evidencia: cuando tu tío te llevaba por esa carretera, con tu madre y tu hermano, en su Renault Frégate (aún quedaban tramos adquinados, se veía cómo hacía borbotones la gasolina en los cilindros de cristal de los surtidores Avia o Caltex), aquellos mojones eran muy recientes, los pecios de los combates que conmemoraban debían todavía de regar el campo. Precisamente de ahí, de ese desastre enorme sales tú, chaval: sin comértelo ni bebértelo. Tu generación surgió de un acontecimiento que no llegó a conocer. SAGEM PROGRAMAS DE GESTIÓN SALIDA PORTE DE SAINT-OUEN JVC SIEMENS ELECTRODOMÉSTICOS HOLIDAY INN HOTEL FORMULE UN rojo verde blanco blanco amarillo rojo en la época de que te hablo, le dices a la hija de Trece cuyo

perfil oscuro recortado sobre las arborescencias eléctricas entrevéis al volverte levemente, en aquella época no existía, por supuesto, este chisme. El perifluído. La frontera entre la ciudad y las afueras seguía siendo tal como la habían descrito, digamos, Cendrars o Céline, una cutrez descangallada y poética, una corona hirsuta, amasijo de viviendas heteróclitas, chalets, pisos de obreros, viejas villas hechas polvo, cachos de pueblo, y poblados de chabolas; y además fábricas, talleres, naves, y también chatarreros y descampados, huertos incluso, chamizos, todo siniestro y a veces cómico, todo infecto, desmadrao, manga por hombro. Aquello olía todavía a fortificaciones, siglo XIX, industria, revoluciones. Y hablando de poblados de chabolas, en La Causa asumimos la defensa de uno muy grande, por ahí —alargas el brazo izquierdo por el hueco de la ventanilla hacia la noche, más allá de los anillos de hormigón, de los semirremolques en órbita, de los cometas de neón resplandeciente, más allá de todo eso que ves por el rabillo del ojo y de lo que no ves pero que debe de estar más lejos por allí, un meandro, un puente de hierro, otro, el cementerio de perros, el recuerdo de las regatas impresionistas—, un grandísimo poblado de chabolas que el ayuntamiento pretendía dismantelar. Y no creas que el ayuntamiento era de derechas, qué va, eran comunistas, «revisos», revisionistas que se decía entonces —después el término ha cambiado de sentido. Y ellos y nosotros estábamos en guerra. Ellos querían a la URSS y nosotros creíamos querer a China, en fin la verdad es que era algo más complicado que todo eso pero no voy a entrar en detalles. Sea como fuere por entonces no eran para nada esos chavalotes majetes un tanto patosos que organizan desfiles de moda en la sede del Comité Central: si hubieran podido mandarnos a Siberia, lo hubieran hecho encantadísimos. Y entretanto no le hacían ascos a dejarnos en manos de la pasma. En el poblado, todos eran proletarios marroquíes y argelinos que curraban en Chausson o en Simca-Poissy, tipos magníficos, graves y reservados, solemnes y generosos, nada que ver con los mafiose-

tes de ahora. Aquí notas en la hija de Trece una reacción instintiva. Es verdad se te había olvidado, es propio de su edad, está podrida de esa ideología burguesa del buen rollito; los «jóvenes de los suburbios», alias «los jóvenes» para simplificar, son sagrados, meras víctimas, da igual que vayan de navaja y de pitbull, que camelleen y extorsionen, violen, quemén sinagogas, aterroricen a profes y proletarios, son la hostia consagrada, sí, el Agnus Dei de los *bobós*.^{*} Antes cuando éramos marxistas, le aclaras a la hija de Trece, no progresistas, no humanitarios por dos duros, llamábamos a esa ralea lumpenproletariado; eso quería decir aproximadamente lo mismo que sicarios, matones, chivatos, SA, milicianos, asalariados del terror, lacayos de dictaduras. No nos sentíamos obligados, pero ni de coña, a admirar al lumpen. Aunque no sé por qué te hablo de esto, de todos modos no nos vamos a entender. La ideología es la pasión por el falso testimonio, y es una pasión muy imperiosa. Así que hablemos de otra cosa. Te decía que en la época no existía el perifluído. Y cuando se pusieron a construirlo, esto se te va a hacer raro pero estábamos convencidos de que no era para que circularan coches y camiones para lo que hacían aquello, ¡a otro perro con ese hueso! Estábamos seguros de que era para encerrar París, el París de las revoluciones en el que creíamos seguir viviendo, Trece y yo y los demás, para enjaular ese París, pues, ese París rebelde y batallador, en la elipse de un inmenso estadio. Para situar encima —aquí donde estamos en este momento, y en todas partes— carros de asalto, con el cañón y el proyector apuntando hacia la ciudad de las insurrecciones. Para hacernos otra vez la del manifiesto de Brunswick —un príncipe prusiano o austríaco, ya no sé, un noble que amenazaba con destruir París en la época de la Revolución, añades enseguida porque te figuras que tus referencias no son las de la hija de Trece. Pero se que-

^{*} Acrónimo formado a partir de «bourgeois bohème», «burgueses bohemios». (N. del T.)

dó con las ganas. El perif, ya ves, era para evitar que París saliera de sí misma, se saliera de sus casillas, se convirtiera en París-Berlín-Moscú y Shanghai y todas las ciudades. Parece bastante delirante pero es lo que nos temíamos. Volviendo a la historia de aquel poblado, fue... fue creo recordar pocos meses después de lo del primer hombre en la Luna. A nosotros nos la pelaba. Subir allí arriba no era precisamente lo que iba a impedir a los imperialistas ser tigres de papel. En el poblado caíamos muy bien a la gente. No era tanto que se sintieran seguros con nosotros, pero creo que les distraíamos del aburrimiento, que es el más sórdido de los mantos de la miseria. Nos preocupábamos por ellos, y eso era una novedad. Tenían esa mezcla de reserva triste y de curiosidad casi infantil que es típica de los exiliados. Los domingos por la mañana amotinábamos a la población en su favor en un gran mercado junto al Sena. Llevábamos banderas rojas con astas muy gordas y gorras blindadas. Los del ayuntamiento mandaban contra nosotros a los contratados fijos de la CGT o del Partido, o a la gente de los clubes deportivos o la agrupación de boxeo. Eran batallas merovingias. Arramblábamos con los puestos, sangraban las piteras. Saltaban los dientes, que quedaban desperdigados por el asfalto con las monedas de los cajones. Una vez, después de una de aquellas peleas, Angelo estaba reponiendo fuerzas en un bareto cuando vio aparecer, babeando de rabia, a la mitad de los miembros del club de boxeo, que venían también ellos a refrescarse el gaznate. Le dio el tiempo justito de refugiarse en los meaderos sin que lo vieran pero luego, ¿qué hacer? Desde detrás de la puerta oía cómo iban calentándose los deportistas con sólo imaginar los terribles tormentos que le reservaban al primer izquierdoso al que pudieran darse el gustazo de ponerle la mano encima. En cualquier caso no podía eternizarse allí dentro, con los otros, cerveza mediante, que empezaban ya a sacudir la puerta, a aporrearla con sus puños de pugilistas. Había sí un ventanuco, pero demasiado pequeño para pensar en poder esfumarse por

él. Entonces Angelo hizo una cosa completamente demencial, que no tenía más que una posibilidad sobre cien de funcionar; sin darle más vueltas abrió de golpe la puerta y se lanzó afuera, blanco como el papel (no tenía que esforzarse mucho con el canguis que llevaba), diciendo a gritos que no entraran, ni de broma, que había una serpiente en el agujero. Era un váter a la turca claro. Estupor. ¿Una qué? Una serpiente, como una víbora, pero eso sí más gorda. Sin comparación. ¿Una serpiente de cascabel, a lo mejor? ¿De qué? ¿Dónde? En el agujero del meadero. Pasión, hipótesis, controversias, todos los cachas de golpe en semicírculo alrededor de la puerta del lugar del siniestro, sobreexcitados pero prudentes, eso sí, exponiendo cada uno su plan, 'enemos catraerla, que no, yo te'igo que, y mientras tanto Angelo escabulléndose con toda tranquilidad. Y hasta dejando propina, aseguraba, el muy fantasma.

Angelo estaba entonces en *hypokhâgne*,* le explicas a la hija de Trece, era el jefe de los de instituto de La Causa. Con el apoyo de sus tropas interrumpía a los profesores a base de rechiflas o imprecaciones, dependía del humor, se paseaban en bolas por los pasillos, introducían animales apestosos en los locales de la administración, respondían con lanzamientos de granadas artesanales a las observaciones de los «surgentes», organizaban, los días buenos, sesiones de baño en los estanques de los patios de honor, invitaban a furcias a clases de filosofía, creaban en una sala de estudio una «cárcel del pueblo» donde pretendían encerrar a supuestos fascistas... vamos que no se aburrían. Instituían una oposición para inventores de nuevos cócteles con Nesim de presidente del tribunal. Era lo que se llamaba la «rebeldía antiautoritaria». ¿Y quiénes son esos tipos, Angelo, Nesim? te pregunta la hija de Trece. No sabes

* *Hypokhâgne* y *khâgne* son los dos cursos preparatorios de Letras para acceder a la Escuela Normal Superior. (N. del T.)

contar una historia, lo mezclas todo. Es al revés chavalilla, le contestas: el embrollo forma parte de la historia. Sobre Angelo y Nesim y todos los demás, ahora vamos con ellos. Déjame que brujulee todavía un poquito más. Como los profesionales de la enseñanza de la época no estaban habituados a las vejaciones, hubo algunos ataques cardíacos. Desde entonces, evidentemente, se han robustecido lo suyo. Mejora de la especie. El padre de Angelo, un *pied-noir* de origen español, había sido resistente, miembro del Partido Comunista y luego de la OAS, su madre era una italiana cuyas convicciones anarquistas no habían logrado erradicar del todo un correoso catolicismo; en resumen había en su linaje cierta predisposición a un extremismo desordenado. Un año —pudo ser en 1970— lo enviasteis como delegado vuestro a Pekín, a no sé qué congreso en que los emisarios de grupúsculos uruguayos, belgas, o incluso franceses, se suponía que representaban el apoyo de los pueblos del mundo a la línea china frente a la línea soviética. Después de interminables discursos reunían a todos aquellos figurantes en unas escaleras, tras una primera fila de dignatarios en uniforme mao; cada uno blandía el «pequeño libro rojo» (abreviatura: PLR) esbozando su sonrisa más mema y ¡clic! tiraban una foto que aparecería luego en la sección «tenemos amigos por todo el mundo» de *China en construcción*. A los amos de la China-roja-para-la-eternidad no les gustaba La Causa (o más bien a los burócratas que se encargaban de aquellos asuntos subalternos en un rincón de la Ciudad Prohibida): veían en ella no sin razón a un hatajo de irresponsables anarquizantes susceptibles de fastidiarles sus negocios con la Francia del presidente Pompe. Y no era precisamente la embajada de Angelo lo que podía incitarles a cambiar de idea. Empezaron por largarlo sin remisión a la peluquería, les pareció que tenía el pelo demasiado largo. De poco le sirvieron sus protestas, tuvo que dejarse delinear las orejas. Luego, en presencia del mariscal Lin Piao, el delfín de la época, detalló el plan que había concebido para establecer en el

perímetro Saint-Jacques-Soufflot-Sainte-Geneviève-Saint-Germain una Comuna insurreccional universitaria y de instituto defendida con las armas. Eso tiene muchos santos observó atinadamente aquel mariscal con pinta de criado de comedia que unos años más tarde iba a desintegrarse en el cielo mongol. Al final llevaron a Angelo, en el seno de una delegación de «amigos occidentales», ante la encarnación del Sol rojo: embutido en la tela caqui, los pies pequeñitos —calzados en zapatos de charol— cruzados entre los dragones de quiebrahacha de su trono, el verrugoso déspota se llevaba a la boca, con aquella manita rosa y como cocida que tanto había impresionado a Malraux, incesantes cigarros rubios. Con la otra mano se sobaba displicentemente la bragueta. Seguramente el viejo Minotauro acababa de honrar a alguna alumna de instituto de las que encargaba le trajesen. En el momento en que la delegación penetró en aquella sala que, te diría mucho más tarde Angelo, sugería más un gran restaurante chino de Belleville que un lugar pensado para el poder, resonaron los acentos como chillidos minúsculos de *Oriente Rojo: Dong-fan-ang hong, tai-yan-ang sheng...* «Oriente es rojo, sale el sol...» Aquello era demasiado: embargado por la emoción, Angelo se desmayó.

Vuestro Gran Dirigente tenía el seudónimo de Gedeón debido a las iniciales de su cargo, GD. Gedeón podía hablar una hora sin notas, sin el menor titubeo, sin cometer la más nimia falta de sintaxis. Su voz uniforme, que no se veía afectada por ningún cambio de tono o ritmo, ningún lapsus, ninguna broma tampoco, claro está, tenía un poder literalmente hipnótico. Las únicas asperezas a las que cabía aferrarse para intentar, en vano, resistirse a la turbadora voluntad de adhesión absoluta que uno sentía crecer dentro de sí al hilo de sus palabras inexorables, eran el brillo de sus gafitas de montura metálica y el lento movimiento giratorio de sus finas manos, color marfil, índice y corazón estirados: pero hasta aquellas distracciones

acabaron enseguida reforzando, por su regularidad repetitiva, la especie de beatitud en que uno se sentía sumergir. En el rostro del Gran Dirigente, mientras vertía en los oídos el filtro de su palabra, cundía un aire de leve repugnancia, como si estuviera un poco hartado de impartir enseñanzas a unos calamidades como vosotros. Cuando se callaba, las situaciones más complicadas resultaban de repente sencillas, se abrían vías luminosas en la maraña del mundo, cada uno sabía lo que le quedaba por hacer. Si Gedeón había decidido —y no era raro— administrar una cura de humildad a tal o cual sátrapa de La Causa, el acta de acusación que pronunciaba con voz suave, imperturbable, no dejaba al pecador otra salida que la de una confesión y una contrición absolutas (una vez empero uno de ellos, llamado Robespierre porque ejercía su talento en Arras, y hacía gala por cierto de una intransigencia cercana al fanatismo, aguantó dos días enteros antes de ceder: y seguramente fue el hambre lo que lo hizo derrumbarse, pues se habían agotado desde el día anterior las provisiones de arroz y salsa de tomate que constituían vuestro condumio cotidiano). Te acuerdas ahora de aquello, y también de su porte un tanto encorvado pese a su corta edad, de su rara y cuidada perilla, pero durante mucho tiempo no supiste siquiera a qué se parecía. Sabías tan sólo que formaba sus temibles pensamientos en algún rincón del interior de los muros de «la Escuela», en la Rue d'Ulm. Aquel sitio no revestía otro prestigio a tu juicio que el de albergarlo. Conocías a unos camaradas que lo conocían, o que al menos lo habían visto, oído. Por lo demás ninguna protección especial os impedía llegar hasta él, sólo el respeto, ese sentimiento que vuestros maestros no eran capaces de suscitar en vosotros. La primera vez que lo viste fue ese día de junio del 68 en que te presentaste con Trece, le cuentas a su hija, para exponer vuestro plan de emboscada en la autopista del Oeste, hoy llamada A13. Había hecho falta nada menos que la entrada en escena de la muerte para atreveros a solicitar una entrevista, aquello no contribuía medianamente

a espesar la sombra que lo rodeaba, cual Plutón o Anubis de la Revolución. Mientras ibas hablando, estabas mucho más impresionado por el silencio impenetrable de Gedeón, la espera de su veredicto, que por las circunstanciales consecuencias del acto que os proponíais consumir. Tú hablabas, él se acariciaba la perilla, con el busto levemente inclinado hacia delante, con cara de asco, y sentías que el discurso se te iba enredando, agotando, paralizando de miedo literalmente. Perdidó, pasabas el testigo a Trece, que lo intentara él, mierda. Que resultara convincente. «Hemos pensado...», estaba arrancando, pero Gedeón levantó su manita de marfil como la de un cetro. Sus gafas con montura de acero lanzaron un breve fulgor. Bastaba de tonterías. En pocas frases casi desdeñosas condenó vuestro plan. No habíais entendido nada de las leyes de la violencia simbólica. Aún os quedaban por hacer progresos teóricos. Algo ya os lo figurabais.

Ves Marie, le dices a la hija de Trece mientras cruzáis meteoros de neón rojo blanco azul BOSCH EQUIPAMIENTO PARA AUTOMÓVILES AUDI KOREAN AIR VUELOS DIRECTOS PANASONIC SAINT-DENIS CH. DE GAULLE A1-A104 FLUIDO SANYO SAMSUNG rojo azul gran nebulosa naranja a la izquierda ves éramos a la vez muy duros y muy infantiles, estábamos dispuestos seguramente a matar y con toda seguridad a que nos mataran, y al mismo tiempo temblábamos ante el sexo, y nos aterraba la autoridad de un jefe que nunca era más que un estudiante algo más sabio que nosotros, algo más mayor también, dos o tres años más quizá pero al igual que las distancias que parecían inmensas en la infancia, cuando uno las recorre tiempo después, se tornan minúsculas (el camino que había que recorrer, por ejemplo, en la Costa Esmeralda, entre la casa familiar y la playa que irónicamente llamaba mi madre «Edén Roca»), del mismo modo unos cuantos años se antojaban en la época un abismo tem-

poral, veíamos a Gedeón investido de una ancianidad formidable, estaba como ungido por la Historia y también por «la Teoría», como se decía entonces. Y es que había sido un alumno próximo a aquel filósofo cuyo nombre resultaría conocido para el gran público el día en que estranguló a su mujer, pero cuyos libros habíais leído, unos libros que parecían devolver al marxismo la dignidad de una ciencia. Las vidas son bosques llenos de sombra y de misterio, Marie, le dices a la hija de Trece, en la noche de cada vida se descomponen cosas enormes, montan su sabbath animales con hocico. Aquel maestro que era a vuestro entender la imagen misma del rigor, mientras os preguntabais estúpidamente a qué esperaba para unirse a las filas de La Causa, desvariaba, se imaginaba que secuestraba un submarino nuclear o desfalcaba el oro del Banco de Francia, se arrodillaba temblando a los pies de la mujer a la que terminaría matando. Uno de los primeros días en que las banderas rojas invadían las calles de París, al principio de aquel lejano mayo del 68, él cruzaba la ciudad en la ambulancia de una clínica psiquiátrica. Jamás creyó que pudiera llegar a ocurrir algo así: las avenidas transformadas en campos de amapolas. Y él en fuga, despavorido. ¿De qué había servido «la Teoría»? Todavía no sabíais hasta qué punto los hombres están tejidísimos de noche, cosidos a cicatrices de pavor, la literatura podría habérselo enseñado pero habíais rechazado la literatura, sólo creíais en la «vida», y la «vida», la «práctica», iluminadas por la Teoría, por los análisis y las instrucciones de Gedeón, eran de una simplicidad pavorosa. Erais intransigentes y tremendamente ignorantes —y no habría resultado agradable decíroslo. Pero ¡cuidado! adviertes a la hija de Trece: precisamente por eso erais tan temerarios, tan apasionadamente seguros de que el mundo, un día quizá no próximo pero tampoco tan lejano, sería como creado de nuevo, liberado de todos los fatalismos, de las viejas lacras infames de la desigualdad y el desprecio, y que sólo hacía falta, como en el tiempo de los grandes precursores, audacia, audacia y

más audacia. No dejes que los cínicos, jauría cebada con publicidad y sondeos, no dejes que nos insulten más adelante: éramos ignorantes pero audaces, le subrayas a la hija de Trece, al tiempo que os aprestabais a completar vuestra primera revolución alrededor del astro negro, negro sol de la melancolía, la anémona y la aguileña, la ciudad del Gran Cadalso y de la Rueda,* esfera nocturna poblada del pasado del que no se ha hecho tabla rasa, salváis las gavillas de raíles de la estación del Norte, por ahí os largasteis Trece y tú con el tren correo después de que... pero espera es mejor que empiece por el principio METZ NANCY PORTE DE LA VILLETTE verde esmeralda como la costa de tu infancia N301 150 M DAEWOO irradiando rojo en plena bruma ESTACIÓN DE SERVICIO TOTAL PERIF FLUIDO PORTE DE PANTIN CASINO VILLAGE HOTEL 240F CLIMATIZADO CAMPANILE IBIS HEINEKEN ABBAYE DE LEFFE azul verde azul rojo blanco HOTEL MERCURE luego las vías de la estación del Este y el canal del Ourcq similar al Landwehrkanal al que arrojaron, un día de nieve y sangre, el cuerpo de Rosa Luxemburgo (qué quieres Marie eso es lo que me sugiere un canal, no una cadena de televisión), luego al amparo del parque los invernaderos reverberantes de la Ciudad de las Ciencias las balizas azules el Zeppelin Zénith y al otro lado las torres de casona señorial gótico hollywoodiense burg hugoliana de los Grandes Molinos N3 PORTE DE PANTIN justo ahí teníamos nuestro taller de fabricación de documentación falsa, en Porte de Pantin, en una callecita tranquila detrás de las tasas de chalanes. El bastidor de serigrafía que servía para reproducir las filigranas estaba camuflado bajo un cambiador, evidentemente había un pestazo excesivo a ácido tricloracé-

* «... le soleil noir de la Mélancolie», extracto de «El desdichado», soneto de *Las Quimeras*, de Gérard de Nerval. «L'anémone et l'ancolie», primer verso de «Clotilde», en *Alcools*, de Guillaume Apollinaire. «Ville ... du grand Gibet et de la Roue», de *La prose du Transsibérien et de la petite Jeanne de France*, de Blaise Cendrars. (N. del T.)

tico para tratarse del dormitorio de un bebé, y sin embargo había uno, en fin un bebé no residente, aunque hacía compañía a su padre mientras este trajinaba los papeles falsos. Su madre trabajaba en una fábrica de municiones, mangaba balas de fogueo para nuestra armería; después de toda esta historia se metió en una secta. Se hace raro pensar que ese bebé vive en algún sitio ahora mismo, ¿qué edad tendrá? un poco mayor que tú, le dices a la hija de Trece, lo mismo curra de ejecutivo en publicidad o una cosa de esas, es probable que nos deteste, o bueno no no forzosamente, es probable pero no seguro, las cosas no son tan simples. ¿Cómo se llamaba, hombre? Ya no me acuerdo, un nombre de resistente, seguro, los hijos de los camaradas siempre tenían nombres de resistentes... mientras discurre a estribor la cúpula observatorio radomo radar de la Ciudad de la Música... música de las esferas...

A la hija de Trece te la encontraste en el cumpleaños de Judith. El quincuagésimo. En un bareto un poco modelno de Belleville. El dueño es un ex de La Causa, Bombabirra, antiguo golfillo bastante ingenioso reconvertido ahora a la gaseosa. En fin, la gaseosa, es una forma de hablar. Su nombre de verdad, el del registro, es Pompabert. De hecho hay una cortesana que se llamó Pompadour y un presidente Pompidou, alias Pompe. Da igual, eso de Pompabert crea como un destino. En los viejos tiempos, una agilidad verbal y casi un barroquismo inesperados en un ser tan brutal lo distinguían de sus colegas de la banda de Issy-les-Moulineaux. Era gran inventor de insultos complicados, con efecto, liftados, como voleas insuperables; unas invectivas deflagrantes que, pillando al adversario desprevenido, lo dejaban patidifuso antes incluso que machacado. Un orfebre del embrollo, ese arte popular que combina la labia y las hostias. Un día, le cuentas a la hija de Trece, sentado en la esquina de una mesa de billar, en el bar de Bombabirra (mientras te dedicas a hacer pompas en tu copa de whisky), un día lo viste, en un bareto obrero del distrito XV (porque antiguamente en París había unos tugurios, no te puedes ni imaginar, le dices: y por ejemplo las enormes fábricas Citroën en el XV, y todo alrededor baretos obreros: ¿me sigues?), en un garito de la Porte Brancion, por tanto, un día, lo viste pidiéndose una caña con la espuma bien tirada y acercarse después a un tipo del sindicato amarillo, a un medio ma-

dero, vamos, largarle: «Tú, brocha,* voy a afeitarme contigo», y soplarle la espuma en toa la cara. Y al instante, claro, coco-tazo que te crió. Pues qué quieres que te diga, eso es un puntazo, lo de «brocha y tal». Es casi de Homero, coño. En fin ese Bombabirra, cuando te vio, hace un rato, más bien cuando te presentó Judith, Martin, ¿cómo, no reconoces a Martin?, se pegó los puños a las caderas, en actitud clásica de incredulidad tabernaria, y exclamó que anda, pero si no daba crédito, Martin, o sea... —¿tú? No, la verdad, en la vida lo habría —te habría— reconocido. Ay va la hostia... cómo has cambiado, no me lo puedo creer. Y seguía soltando que si «vamos, en la vida», que si «no es posible», zureando como un palomo en celo, con el trapo al hombro, el rubicundo, llamando a los demás para que fueran a verlo, a constatar aquel prodigio, Martin, coño —¡tú!—, acabaste poniéndote un poco nervioso. A él en cambio se le reconoce enseguida. No ha perdido ni un ápice de su elegancia. El *chic* del luchador de catch, pura carne de gallito, los bigotes con las puntas hacia arriba y pelo en las falanges.

Esa especie de melancólica incomodidad te la veías venir; cada vez que coincidís, de tarde en tarde, pasa lo mismo: seréis para los restos, entre vosotros, lo que fuisteis juntos, unos jóvenes febriles, intolerantes, ascéticos, pero el tiempo os ha ido encerrando a lo tonto a lo tonto en pellejos de viejos chochos. Y vosotros empeñados en hacer carreras de sacos en esos odres, cómicos, hacia la muerte. Hay errores de los que no escapa uno cuando es un joven algo romántico, por ejemplo imaginar el propio entierro. Ahí están las novias, las amantes, pálidas y hermosísimas, inclinándose sobre un rostro de marfil tan demacrado como el de Chopin, o Shelley: pero no, lle-

* Juego de palabras intraducible: *blaireau*, en el original, significa a la vez «brocha» y «primo, capullo».

gado el día, las que aún se acuerden de vosotros se contonearán patosas, torpemente afligidas, en torno a un careto más seco que la mojama. Pero ese sarcasmo que los cuerpos dirigen a la imagen de lo que uno fue, la materia a la memoria, hasta ahora, mejor o peor, te lo habías evitado: de lo que se extrañaban era más bien de que no hubieras «cambiado casi nada». Y tú mismo, en tu ligereza, habiendo estado siempre al margen de todo, incluso, te creías, del paso del tiempo, no te veías en el pellejo de quien va envejeciendo. Un día, pensabas (o más bien dejabas que una inercia imbécil pensara eso por ti, en ti), un día serías mayor: y, entonces, a lo mejor habría llegado el momento de centrarse en la vejez, de considerar vagamente algo tan extravagante, tan alejado de todo lo que habías imaginado nunca —cuando resulta que la muerte había sido siempre extrañamente posible, familiar a su manera. Mientras que ahí... buscas tu imagen, a lo tonto, en los espejos del bar y, Dios mío... ni el menor parecido, la verdad, con la célebre foto del Che... el careto con el pelo rizado bajo la boina, los ojos sombríos, el careto en contrapicado del ángel negro de las revoluciones, bamboleado entre tantos senos jóvenes por todo el mundo desde aquel día de octubre de 1967 en que la máscara mortuoria aplicada deprisa y corriendo por el teniente coronel de carabineros Alberto Quintanilla lo dejó desollado como el morro de un conejo en la tabla del carnicero, rojo y sangrante, sin barba y sin párpados y sin piel, en el depósito de cadáveres del hospital de Vallegrande. No, nada de esa belleza, esa fragilidad, esa épica, en lo que a ti respecta, al ojear a la chita callando tu reflejo en los espejos del bareto modelno de Bombabirra, en las alturas de Belleville. ¡Joder! Más bien un incipiente parecido con Daladier. La pasta, la pátina de la edad. Recuerdas haber sentido una especie de tristeza contemplando los retratos que ilustran una biografía de Nabokov: tras las fotos de un joven de belleza levemente demoniaca venían las de un hombre de letras engreído y luego las de un abueleto gordinflas, en short inglés y

calcetines altos, persiguiendo lepidópteros por pastizales suizos. Una tristeza y una curiosidad también: ¿dónde, cómo había podido acontecer algo así? Y esa degradación, esa traición a uno por uno mismo, que uno no ve cómo se abre paso en las fotos demasiado escasas, demasiado espaciadas en el tiempo, de una biografía, tú tampoco la has visto producirse, por razones opuestas —demasiadas instantáneas— en tu propia vida: y son las burdas exclamaciones de ese Bombabirra las que te han hecho descubrir de golpe tu imagen en el espejo, la de un cretino que corre tras las mariposas negras de la muerte. Vemos a nuestros amigos casarse, después a los hijos de los amigos, y no entendemos lo que eso significa, dice el narrador de *El tiempo recuperado*: por miedo, o por pereza. ¿Un parecido con quién? te pregunta la hija de Trece, con el culito encaramado en la orilla de la mesa de billar. Con Daladier, un presidente del Consejo de la III República, un duro de pega que se rajó ante Hitler en Munich, ¿habrás oído hablar de Munich, por lo menos? En fin, un tipo con el que no hace gracia que lo comparen a uno.

Al mismo tiempo, alrededor de tu rostro inmóvil, que ya no reconoces, flanqueado por el más pequeño y pálido, y más fresco y bonito desde luego, de la hija de Trece, van y vienen en el espejo, leve, misericordiosamente difuminadas por la usura del azogue y la roña del cristal, nimbadas por el humo del tabaco, las caricaturas irónicas de una juventud antigua. Judith, que todavía te importa, te toca, pero en plan erizo y no zorro, hablando con Foster, ¿por qué ha invitado a ese cara de membrillo? Es un pequeño notable socialista en la actualidad. Está echando barriga, lleva barba del sindicato de la enseñanza. Hay apetitos, los del dinero y los honores, que crecen con la edad, hasta tal punto que uno se dice que la muerte, que normalmente se impone por lenta extinción de los circuitos, desbandada y ascos terminales, en esos casos en



cambio debe de venir provocada por una sobretensión, una aceleración chernobyliana del reactor: Foster es de ese tipo, cada vez más radioactivo con los años. Ese tipo, le dices a la hija de Trece, me hace pensar en aquella pulla de Victor Serge destinada a los delegados de los primeros congresos de la Internacional: «Qué contentos están de ver por fin desfiles desde las tribunas oficiales». ¿Víctor qué? Víctor Kibalchish, alias Victor Serge, hay que explicarlo todo, un ácrata magnífico, unos parientes suyos arrojaron ollas de dinamita bajo las carrozas de los zares, exilio, él enchironado en Francia como cómplice de la banda de Bonnot, sublevado en Barcelona, bolchevique en Petrogrado, deportado a Asia Central por trotskista, en fin, en dos palabras, una vida, coño. En sus *Memorias* hay una escena en que están pegándose tiros, en los tejados de Petrogrado, una noche de primavera de 1919, con unos blancos: se disparan a cubierto un poco al tuntún, apostados tras unas chimeneas, y él de lo que se acuerda es de la blancura de la ciudad en la noche ártica, y del color del cielo reflejado por los canales. Hay gente a la que amamos por una frase, un pensamiento, una sonrisa. Este barbudo al que le estorba el fusil, que apunta mal y no tiene realmente ganas de matar a nadie, ni al «enemigo de clase», y que se maravilla de la belleza del Petersburgo nocturno, forma parte de mi pequeño panteón portátil. Me imagino muy bien a Whistler pintando eso, lo que ve Serge. Hay que reconocer que Petersburgo, o Petrogrado, ha hecho mucho por la teatralidad de la Revolución. Hay en algún momento de un relato de Isaac Babel una descripción de la perspectiva Nevski nocturna, desierta, incendiada por unos caballos muertos, helados, con las patas tiesas apuntando al cielo: de joven era una de las imágenes que me formaba yo de la Revolución: palacios abandonados, con el brillo de algunas velas a través de las ventanas negras, y todos los caballos del mundo patas arriba, con las crines apiñadas en la calzada y los cascos en las nubes. Bueno, entonces Foster, con todo esto, no ha logrado más que ser director de gabinete de

no sé qué, en fin de un ministro. Tal vez sea eso lo que lo condena más: ser un ambicioso sin espaldas anchas. Antaño, cuando era jefe de La Causa en Normandía, reconocíamos su colchón de espuma, en el piso colectivo, por el retrato de Stalin que había encima clavado a la pared con chinchetas. Era la pin-up que se gastaba. Fishauí alias Julot tiene ahora una melena blanca, pero ¿no tenía ya a los veinte años el pelo prematuramente gris? Bajito, vivo, feliz, napias al aire, quitándose un mechón de la cara, los puños hundidos en los bolsillos, sigue teniendo la misma pinta —¿o acaso te inventas la de antes a la luz de la de hoy? No. Estás encantado de verlo, de aquellos años es uno de los que más aprecias, todo lo contrario que Foster. Habría que preguntarse (te has preguntado) incluso por qué no lo ves con más frecuencia, pero no, el tiempo, que no os ha convertido en extraños al uno para el otro, os ha alejado empero sin remedio. Así es el tiempo. Fishauí, entre otras cosas, era responsable de las emisiones piratas, pero hay que reconocer que no era lo que se dice su fuerte. Localizó a un radioaficionado de la zona de Amiens, un viejo cazador de agachadizas (aunque lo mismo eran cercetas) que había sido resistente y se jactaba de poder construirle una emisora a quien quisiera. El invento, al final, ocupaba tres baúles metálicos. Hacían falta dos hombres robustos para mover cada uno de ellos. Si se hubiera tratado de un aparato capaz de desintegrar París, la relación calidad/peso habría resultado conveniente, pero aquello... Hicisteis una prueba, una tarde, en el tejado de un edificio nuevo de la Porte de Vanves. Subir aquellos armatostes hasta arriba del todo, a las siete de la tarde, sin llamar demasiado la atención, sin cascar además toda la vetusta cristalería de lámparas que bamboleaba en el interior, no había sido un paseo agradable. Si os preguntaban algo, ya habíais previsto contestar que estabais haciendo un traslado de vajilla. Al final tuvisteis suerte, todo el material llegó a buen puerto, a la hora del aperitivo, allí arriba, entre los tubos de las chimeneas. Después, hubo que desplegar la antena, docenas

de metros de hilo de cobre, o de latón, como para poner a secar toda la colada del edificio. ¿Estaba allí Trece? te pregunta su hija. Sí, Trece estaba en todos los ajos, o casi, pero esa vez estaba conmigo, en un coche, a pocas calles de distancia. Sobre el terreno, o sea, en el tejado, estaba al mando Fishauí alias Julot. Trece y yo esperábamos en el vehículo echando un cigarrillo tras otro, con la radio puesta en la longitud de onda que pretendíamos piratear. Es una casa azul adosada a la colina... los que viven allí han tirado la llave... Elija bien elija But... Es una bonita novela es una hermosa historia, es una romanza de hoy... Y mierda. Nos habíamos aviado un vibrante llamamiento en contra de las subidas de los alquileres HLM.* Vibrante pero conciso, por una vez: había que espabilar, para que no nos pillaran los coches-gonio que la policía iba a echarnos a los talones. El corazón se nos salía del pecho. Esperábamos que nuestra voz enorme, la voz de los «Nuevos Partisanos», se elevara sobre París. Sobre París como mínimo, porque viendo el tamaño de la instalación, no podía dejar de regar generosamente el territorio. El cazador de agachadizas tenía aspecto serio, de quien conoce su oficio.

No era el caso de todos, desde luego. Entre los proletarios los había, y más de uno, que no te inspiraban ninguna confianza. Aquel tío de Flins, por ejemplo, que te invitaba con insistencia a rellenar con pólvora y pernos tubos de hierro colado, y luego a ir a largar todo aquello a la comisaría de Les Mureaux (¿o era la de Meulan?). Él, personalmente, debido a sus cargas familiares, lamentaba profundamente no poder tomar parte en el asunto. Ya le hubiera gustado, pero uno no puede hacer siempre lo que quiere, es triste decirlo, pero bueno, cuando triunfe la Revolución será distinto, ¿verdad? Eso sí, se ofrecía

* Habitation à Loyer Modéré, viviendas municipales de alquiler moderado destinadas a familias con ingresos bajos.

para suministrar todo lo de fontanería y tornillería. No, gracias. O aquel tarado de Norte, un tío alto y melancólico sobre el que te habían consultado Victoire y Laurent. Victoire y Laurent, la pareja más guapa de La Causa, dicho sea de paso. Allí está ella, ¿la ves, con ese aire de Fanny Ardant? Fueron portada de la prensa cuando los detuvieron, bueno a lo mejor no portada, pero los sacaron en fotos de gran tamaño en las páginas interiores de *Nord-Éclair* y de *La Voix du Nord*; hoy a la salida del talego les ofrecerían contratos en la moda, la publicidad, la tele... Su belleza tenía algo que incomodaba a algunos de nuestros camaradas. ¿Te parece extraño? Tienes razón, Marie, es extraño, y hasta bastante monstruoso, pero aquella desconfianza respecto a la belleza, preludio del odio a la belleza, era una especie de lepra moral con la que teníamos infectada la mente. ¿Y por qué? Pues incluso ahora, tantos años después, no sé explicarlo bien. ¿Quizá sencillamente porque la belleza resiste frente a esa terrible voluntad de nivelación que nos corroía? ¿Porque es lo contrario, lo que distingue, lo que se da injustamente a unos y se niega a la mayoría? Pero aquí se trata de la belleza humana, mientras que nosotros despreciábamos también la belleza de una iglesia de pueblo, que no se da o se niega a nadie en particular, la de un cielo con nubes, la de los tejados de una ciudad —nosotros no éramos como Victor Serge, no nos habría conmovido el espectáculo de Petrogrado en la noche verde (eso lo vi después, esa noche de opalina sobre el Neva, los canales, los airones de oro): y eso es lo que no puede ser. Lo que no podía ser. Y de la belleza del arte mejor ni hablar. La detestábamos sin conocerla. La belleza hace desvariar, divagar, y nosotros lo que amábamos eran «las masas», como se decía entonces. No la excepción. Y luego había una especie de sacralización bastante asquerosa de la desdicha. Durante los pocos meses en que viviste con Chloé, ¿te acuerdas? (pocos meses, el tiempo que tardó en hartarse de tus chorradas), te violentaba algo deslumbrante en ella que te parecía contrario a... ¿a qué, tartufo? A la decencia,

eso es, a la decente modestia. Un militante no podía tener de novia a una chica ante la que se volvían los demás. No estabas lejos de pensar que su seducción era satánica, ¿eh? ¿Eh, talibán? Ella estaba empezando una carrera de modelo que se iban a cargar la política, primero, y sobre todo la droga y el alcohol, después: esa profesión también te incomodaba (ahora te encantaría, ¿eh, viejo verde?). Temías, pobre hombre, que Gedeón tuviera algo que decir al respecto. Durante el poco tiempo que vivisteis juntos, te preocupaba tanto que vuestra relación, como una culpa, permaneciera secreta, que por ejemplo no salías de una «reu» en su compañía, no: quedabas con ella por lo bajini en una esquina de la calle, doscientos metros más allá. ¡Vaya rata! Ese recuerdo te avergüenza, como te avergonzaría el simétrico, si te hubieras dedicado a exhibirla por todas partes con la ridícula vanidad de un machito. Eras idiota, opina en voz alta la hija de Trece, con ese modo que tienen los jóvenes de empujar pomposamente las puertas abiertas. Gracias por la información. Esa manera un tanto aprendida que tiene ella de balancear las piernas entrecruzadas, sentada con su faldita negra en la orilla de la mesa de billar... Nada más bello, en general, en el vasto universo, que ese dibujo (ni siquiera el de los labios): líneas plenas, tensas, lisas, de la carne bajo el borde de la falda, ahondadas de repente en torno al canto reluciente de la rodilla, y que se ensanchan luego, una pierna cruzada sobre la otra, estrechándose de nuevo en los tobillos, y todos los deslizamientos de la luz sobre esas formas fatales, esos fuselajes, que insultan a las palabras... Deseos furiosos de meter mano... ¡Eh, cuidado! ¡Ni se te ocurra tocar! ¡Es la hija de Trece, tu amigo muerto, muerto y bien muerto! Hace la tira... ¿Qué ha venido a hacer aquí, al baile de los vejestorios —nosotros? ¿Ocupar el sitio de Trece? ¿Representarlo entre las *still life*, las vidas calmadas, amortizadas, las naturalezas muertas? No. Ella te lo ha dicho hace un momento: indagar sobre él. Enterarse por nosotros de quién era ese padre que ella no llegó prácticamente a conocer

—muerto antes de que la palabra fluyera de uno a otro. Así que tú, evidentemente, su «mejor amigo»... eres el primer testigo llamado a declarar... ante el tribunal sentado en la orilla de la mesa de billar. Dime quién era. Pero, Marie, yo no puedo hablarte de él sin hablarte de nosotros. No sé cómo hacértelo entender, no éramos auténticos «yoes» en la época. Eso tenía que ver con nuestra juventud, pero sobre todo con la época. El individuo nos resultaba desdeñable, despreciable incluso. Trece, tu padre, mi amigo eterno, es uno de los nuestros. Una de las fibras de una madeja. No puedo desembrollarlo, devanarlo, arrancarlo de nosotros, de lo contrario lo mataría por segunda vez. Sin nosotros, su imagen se marchitaría —sin «nosotros», se borran todas nuestras memorias. Estábamos juntos, hasta el absurdo. No éramos la Historia, pero éramos unas historias, reales, imaginarias, entrecruzadas, que forjábamos, un ramillete de historias. He entendido, replica, no soy idiota, así que háblame de vosotros. Empinando el culito sobre la orilla de la mesa de billar, los dos brazos desnudos estirados a cada lado, las manos apoyadas de plano sobre la madera, ¡hop! Y ahora esa pierna, la derecha, puesta encima de la izquierda, que se balancea... pie tendido, tacones altos... yo sueño... Y ahora esa manera de decirme que con Chloé había sido un idiota. Gracias por la información. Balancea la pierna luminosa. De los primeros momentos de tu vida con Chloé te acuerdas de sobra, pero no se los contarás a esta pécora, que de repente te pone nervioso: que te deje con tus historias, que se invente el padre que quiera, no serás tú, en todo caso. Ibais a asaltar la embajada de Vietnam del Sur. Queríais tomar al asalto la «supuesta embajada de los fantoches survietnamitas», en vuestra lengua de la época. Tú te adelantaste hacia la oscura y centelleante muralla de cascos, viseras, escudos, canilleras, de donde salía disparado el embriagador fuego de artificio de las granadas, blandiendo... ¿qué era? Curiosamente te acuerdas muy bien de la certeza que tenías, al empezar a correr por delante de las primeras líneas de la mani, de que iba a pa-

sarte algo, te acuerdas del choque y la dislocación de las mandíbulas, de la caída y el dolor, al romperte los dientes la cuchara de la granada, del estupor y al tiempo de una especie de satisfacción al constatar que había ocurrido algo, en efecto, aquellos sangrientos añicos, aquel regusto salado en la boca, y de la obsesión casi simultánea de reincorporarte para escapar de los *pigs*, que es como en referencia a los Black Panthers yanquis llamabais a los policías cuando no los tratabais de SS: todo aquello el lapso de una detonación, de un disparo de lanzapatas; pero se te ha olvidado lo que se aprestaba a lanzar tu mano derecha: ¿adoquín, cóctel Molotov? Y esa mano, a continuación, te la sostiene Chloé: estás tumbado en la consulta de un cabrón de médico que, a la vez que te va suturando con toda la brutalidad que puede, te declara que no tienes más que lo que te mereces: y ese capullo no tiene pinta de entender que no podías soñar con nada más hermoso que aquello, estar echado en su puta mesa, apestando como un herido de una guerra de verdad, con los morros en sangre y la mano de Chloé sosteniéndote la tuya. Algo así como el Paraíso. Qué románticos éramos, le haces notar a la hija de Trece (porque de todos modos, con ayuda del whisky, que vuelve inmensamente bocazas, hace que literalmente pululen las palabras, no has podido evitar contarle esta historia, al ritmo de su pierna, que bate en la penumbra), y al mismo tiempo te dices que seguramente no habrías saltado así, absurdamente, al asalto de los cascos y los escudos, si no hubieras leído la *Ilíada*, ni visto en una famosa foto de Robert Capa a un miliciano fulminado por una bala en toda la cabeza frente a Córdoba, y que así se preparan extraños cócteles Molotov en la sesera de los jóvenes, carambolas explosivas, cortocircuitos de imágenes.

Victoire y Laurent, sea como fuere, estaban agobiados por el caso de un proletario melancólico al que se le había metido en la cabeza hacer descarrilar el TEE París-Bruselas (¿es que

también hace falta traducir esto del TEE en la época del Thalys: Trans-Europ-Express, un tren normal, coño? Con vagones, compartimentos, fuelles, eeso). Lucien, que trabajaba en una fábrica de géneros de punto, todavía existían, se imaginaba que el TEE iba atiborrado exclusivamente de plutócratas, tipos fumándose un puro, vestidos con chaqué gris perla, corbata blanca y chistera, como aquel barón de Rothschild del que había visto una foto en el pesaje del premio del Arco de Triunfo, en una de las revistas hípicas que tanto le apasionaban. El paso del fastuoso convoy, con sus rugidos y pitidos, entre los caseríos de los mineros, los escoriales, las armazones de los pozos, los campos de remolacha, le parecía un ultraje tan intolerable como la profanación cotidiana de un poblado de chabolas por un Rolls-Royce. Se imaginaba los sarcasmos de los peces gordos allí dentro, contemplando el mundo de los pobres, el suyo, a través de los aros de humo que perpetraban redondeando y proyectando los labios y de las burbujas del champagne con el que brindaban. Sus putos guantes de color avellana apoyados en el borde de sus putos sombreros. Victoire y Laurent trataron de darle una idea un poquito más realista de lo que eran los pasajeros medios de un TEE, pero nada. Urgía que «dejaran de creerse con derecho a todo»: fórmula que, en su brutal sencillez, cuadraba bastante bien con la filosofía de La Causa. Por lo demás, Victoire y Laurent se sentían algo violentos intentando moderar un odio social tan ingenua y poéticamente puro. Ese tipo, Lucien, era un aduanero Rousseau de la lucha de clases, y ellos, por su parte, estaban ahí pretendiendo castrarlo con vacuas consideraciones de sociología burguesa. Entonces, renunciando a apartarlo de su implacable chifladura, haciendo como que por fin aprobaban su plan, se conformaban con sabotearlo a la chita callando. Lo único es que resultaba agotador. Una vez al mes por lo menos, para satisfacer su tenebrosa fijación, hacían como que confeccionaban una bomba con plastilina. El otro pirao, más que pálido, supervisaba las operaciones.

¿Estáis seguros que es del bueno? preguntaba soplándose un vaso de cerveza. Sí, sí, 'te preocupes, un plástico cojonudo, nos lo ha pasado Trece, un camarada de París, un tío importante, el segundo de Martin: vamos que ni comprado en Fauchon. Lucien tenía una mujer gigantesca y desconfiada —no le gustaban «esos chanchullos», como decía (Victoire y Laurent estaban bastante de acuerdo con ella sobre ese punto, pero no se atrevían a confesarlo)— y un hijo mongólico, como todavía se decía en la época. La mujer pasaba una y otra vez con eso que suele llamarse «un aire de complicidad», el hijo berreaba con sordina en un rincón. La tele estaba encendida todo el día. El hijo berreaba, la mujer acarreaba alrededor de ellos su enorme cuerpo, haciendo restallar las chancletas, Lucien se trincaba su litrona de Valstar (¿o era de Dumesnil?) fumándose sus Gauloises, lívido, con malas pulgas, eructando, Victoire y Laurent apretujaban la plastilina en una lata de conservas, plantaban encima un detonador y fijaban a este, con un mordisco, una mecha Bickford, metían todo en una bolsa de deportes y se marchaban en plena noche a una guerra tan fingida, pero por otras razones, como la de *Così fan tutte*. Lucien, en esto igualito que el tío de Flins, tampoco llevaba el odio de clase tan lejos como para plantearse la posibilidad de echar una manita en el descarrilamiento. Esta vez no se saldrán con la suya, ¿eh? interrogaba siniestro en el umbral de su puerta. Y luego cada vez había que discurrir un motivo por el que no había funcionado el invento, una vez demasiada bruma, imposible patrullar, otra demasiada lluvia, se iba a anegar la mecha, en otra ocasión se había puesto a ladrar un perro, habían empezado a iluminarse las ventanas en la carretera de Wassingue. Vamos a tener que darle unas albóndigas a ese chuchó, sugería, conocía una receta de carne picada aliñada con estropajo metálico que ya había demostrado su eficacia, nada de veneno, sólo cosas buenas y naturales, el olfato del animal no lo pondría en guardia: ante semejante panorama, una sonrisa a lo Buster Keaton le crispaba el rostro. Otra vez eran los gen-

darmes, que andaban merodeando por allí en su 4L azul metiendo las narices por todas partes. Como si se olieran algo. ¿Por casualidad tu mujer no habrá... sin querer...? Esa era la idea perfecta: esa sospecha, con todas las consecuencias que arrastraba fatalmente, reportó varios meses de margen. Así y todo, la vida de Victoire y Laurent se convirtió en una extenuante ficción. Fabricar bombas de mentira, inventar motivos de mentira para sus fracasos de mentira (y todo para evitar que un proletario de verdad cometiera, a través de —sus propias— personas interpuestas, una masacre de verdad): aspirados por aquella vorágine de trolas, se preguntaban de cuando en cuando si en eso consistía la Revolución por la que habían dado portazo a la familia y los estudios, la Revolución cuya misión —habían creído— era sacar a la luz la verdad del mundo, ser el gran Revelador. Era un mal comienzo... Pero ¿por qué hacían eso? pregunta la hija de Trece. Pues porque amaban al proletariado, Marie, y entonces no querían entristecer al tal Lucien: ¿no lo entiendes? Y lo mismo el susodicho Lucien era un soplón, a lo mejor era precisamente la policía la que le había pedido que montara todo aquel tinglado con idea de pescar a Victoire y Laurent poniendo una bomba en el cambio de agujas, y el rollo de la plastilina los desquiciaba a todos. Pero lo mismo también era simplemente un perverso leve, le había dado en serio por cargarse un TEE y luego después no se había dejado engañar por el jueguecito de Victoire y Laurent, pero de repente le había cogido gusto a eso: a verlos enredándose en la mentira, consumiéndose inventando historias infumables, ¡y todo por él! ¡Por darle gusto! Como si bailaran para él, en definitiva... Yo personalmente es la hipótesis que prefiero.

En fin, el cazador de agachadizas (o de cercetas) sí que tenía pinta de ser un tipo serio. Un tanto bebedor empedernido de cerveza, por supuesto, como es de rigor en esos septentriones

pantanosos, tierra de luz escasa, y baja y triste, tierra de guerras mundiales: pero para nada un enfermo mental. Así que Trece y tú aguardabais con cierta confianza, echando un pitillo tras otro en el Citroën robado y camuflado, que resonara por todo París el llamamiento a la huelga de los alquileres HLM. El tiempo corría no obstante. Aquello no sonaba. Los lunes al sol... ¡Calla la boca! ¡Que te electrocuten! La risa del sargento la loca del regimiento la preferida del capitán de los dragones... Gilipollas... Jamás confíes jamás oh jamás de los jamases que me quierreeuuus... ¿Qué hostias estaban montando arriba, joder? Las campanadas de las noticias (habíais elegido parasitar una radio popular). El presidente Pompe se entrevista con Leónidas Brezhnev en Minsk... Noticias rumores... Ofensiva norvietnamita en Camboya... Bombardeos estadounidenses en el delta... B-52 esparcen capas de agente naranja... región de My Tho... Discreto sobresalto. Precisamente allí murió el teniente, en esas antípodas de las que ofrecen imágenes en televisión, hervidero de aldeas de bambú y perpiaños a orillas de los canales, bajo las alas de los bombarderos, perchas, búfalos, pistas rojas por donde circulan blindados, caras aterrorizadas bajo el sombrero tonkinés, todo un pequeño cúmulo de estereotipos, un Asia ready-made... Piidos, críos, cerdos, patos chapoteando bajo los pilotes... Cadáveres inflados en el curso del Mekong... Tu padre, el teniente, muerto en un rach, un afluente, pocos meses después de que nacieras. Tu vida apenas comenzada y ya marcada, como las piezas de la carnicería, con la tinta violeta de la muerte, en ese lugar que no conoces, esas junglas sobre las que hoy (entonces) llueven mantos oblicuos de desfoliantes. Te gustaría explicarle eso a Trece, le dices a su hija, pero no te atreves. Todos recibimos herencia de la muerte, no se puede evitar, a uno le gustaría poder rechazarla —esa herencia que uno siente le va a envenenar la vida— pero no puede ser: no me atrevía a decirle esto a tu padre; el mío, después de todo, había sido un «militar colonialista», su muerte no pesaba más

que una pluma, como decía el Gran Timonel, no había lugar a más comentarios. Pero te preguntas vagamente (no te atreves, y seguramente no puedes preguntártelo claramente) si no será pese a todo por culpa de esa muerte absurda de la que procede tu herencia, a la que no has podido negarte, en la que por así decir naciste, por lo que te encuentras ahora (entonces) sentado en un Citroën blanco robado echándote unos Gauloises, a la espera de una emisión pirata que no llega. Porque decididamente no llegaba. No quedó más remedio que levantar el campamento. Después supimos, ya no sé cómo, le cuentas a la hija de Trece, que nuestra emisión había sido captada en el edificio, no más allá. Era un edificio grande, un bloque lineal, pero aun así... ¿Y te habría entendido él, si se lo hubieras dicho? te pregunta ella. No lo sé, ¿cómo quieres que lo sepa? Pero creo que sí. Por eso era y sigue siendo mi amigo eterno.

Y mientras vas contando estas historias que acompasa el metrónomo de una pierna joven al ritmo de una de esas músicas que ponen en las fiestas de viejos, Cesaria Evora o Paolo Conte, o Alain Souchon para dar un toque más popular, o un viejo temazo de los Rolling Stones para recordar que también nosotros fuimos jóvenes, o quizá Richard Anthony o Françoise Hardy, todos los chicos y chicas de mi edad, por bacilar (y puede que estas historias se las estés dirigiendo a esa pierna llena de gracia y a la otra sobre la que, cruzada, va rebotando, a nada ni a nadie más, puede que esas piernas que hacen brotar tanta luz de la corta tela negra de la falda sean el lejano reflejo de las de Chloé, como los signos de un paréntesis que se cierra y en que habrá cabido casi toda tu vida), mientras así hablas las máscaras prosiguen su lenta danza de ciprinos en las profundidades del espejo, turbias como las de un agua estancada hace mucho tiempo. ¡Nadad, viejas escamas! En peces es en lo que ahora hacéis pensar, todavía alguna vivacidad ner-

viosa bajo las agallas, en la mandíbula, pero con vientres blancos y fofos y ojos globulosos, bolsas y arrugas y rictus de carpas. Y vuestro perezoso nado va desparramando en su estela nubes de excrementos. Amédée, ese de ahí, que no se quedará más que un poquito, es ahora un hombre demasiado importante para entretenerse, pero qué majo ha sido viniendo (todo el mundo, no sólo Judith, siente por ello una secreta satisfacción en su amor propio), Amédée sería más bien un lucio. Mandíbula huesuda, perfil hidrodinámico, ya os podéis preparar, gobios... Hace ya mucho que no lo ves, la vida, como suele decirse, os ha separado, te cae bien, no obstante: ha hablado con benevolencia de uno de tus libros. Periodista famoso hoy, cultiva la apariencia de un capo de la mafia, pelo engominado, trajes de chaqueta cruzada, anillotes de sello. Su guturalizante voz ha pasado a ser una de las de la República. Soñamos cosas tan poco razonables, le dices a la hija de Trece. Que mataríamos, que nos matarían. Y luego ya ves, al final nos impresiona Amédée porque es un notable, tan trivial como eso, un notable incluso al que no va a cepillarse ninguna mujer de este mundo con un revólver de culata de nácar, como le pasó en su día a Calmette. ¿Quién? Un dueño de *Le Figaro*, da igual. Y tampoco desafiará a nadie en duelo, como hacía Clemenceau, o el mismo Defferre. A lo mejor sería capaz, vete tú a saber. Pero es la época. Si yo me dedicara a la política, le dices a la hija de Trece, incluiría la autorización al duelo en mi programa, y hasta la incitación al duelo. Desgravaciones fiscales por cada desafío. La ves que se pone tensa en la orilla de la mesa de billar. La muerte es el gran Satán para estas criaturas. Seguro que ella no te votaba. Pues qué le vamos a hacer. Que os den por culo. Votad a los Verdes si es lo que os apetece, majetes. Votad por la ensalada. ¡Yo voto a Pushkin, mierda! Y ese otro pez de ahí, picón todo lleno de espinas, con -por proa- una mascarilla de piel tensa, agrietada, cerosa, donde giran unos ojos inquietos, es Chloé, sí, tu primer amor. Ahora es camarera en una tasca por Porte de la Chapelle. Y ese

mero que nada con tantos remolinos, panzudo, ojerudo, barbilludo, es César, el insigne arquitecto, el hombre más vanidoso y generoso del mundo. Y allí está Max, un editor, un coco que no va a arruinarse a agua mineral, eso seguro, con aire abotargado entre dos vinos, pero no te fíes, lo graba todo, el viejo rascacio, con los ojillos laterales semicerrados, los oídos erizados de bosquecillos de antenas, ¡cuidadito con ponerte al alcance de sus fauces! Todos estos seres anfibios llevan en sus cuerpos y caras en pleno envejecimiento algo de lo esencial de sus rasgos de jóvenes: algo de una nitidez antigua cuyo perfil se ha enmarañado. Unos, aún no demasiado alejados del original, son su caricatura, mientras que en otros, totalmente retapizados por la proximidad de la muerte, apenas subsiste de su apariencia de antes algún detalle disimulado —a menudo en la mirada— cuyo descubrimiento hace que uno se sienta de repente atónito, violento como si hubiera sido testigo involuntario de una cosa obscena. Y uno no sabe cuál de los apriorismos de la memoria es más extraño: según prefiera reconocer, pese a todo, al joven en el memo que usurpa su nombre o, por el contrario, se niegue en redondo por más pruebas que le aporten (como Bombabirra, hace un rato, tan incrédulo ante aquella especie de Daladier —tú— allí, en su garito, como Marcel al descubrir, en los salones del príncipe de Guermantes, al altivo d'Argencourt convertido en «sublime gagá»). La hija de Trece acanala los labios, lanza un perfecto aro de humo. Hum... Fuma como un tío menudo. Y tú que te has quitado hace un año, porque había ya demasiado chapoteo ahí dentro, en el pecho... Estás en la edad profiláctica. La edad de los gimnasios y los chequeos de colon...

Las voces parecen lo que menos ha cambiado, la voz aguda, aflautada, de Judith, la voz guturalizante de Amédée, la voz chillona de Foster... la de Fishau alias Julot, con como una especie de funda encima. Y sin embargo es imposible. A al-

guien a quien no conocemos, a quien no hemos visto nunca, podemos calcularle la edad, al teléfono, cinco años arriba cinco años abajo: así que a vosotros también, está claro. Tienes la impresión de estar oyendo sus voces de antes, la de Fishaui comentando el fracaso de la emisión pirata con un humor descarado que no era muy frecuente en La Causa, pasándose la mano por el pelo, que ya entonces debía de haberse puesto gris, cano no, pero gris, seguro, la de Foster anunciando no sé qué «plan de lucha-crítica-reforma» (no vale la pena intentar explicarte lo que era, le dices a la hija de Trece, por lo demás, ya no sé, un rollo heredado del peor cristianismo, del cristianismo de la mortificación. Se agarraba a uno y ya no se le soltaba hasta que se hacía su propia autocrítica), la voz de Judith diciéndote... ya no sabes lo que te decía, ni lo que le decías, le susurrabas tú, en aquellos tiempos, qué palabras, ¿tenías palabras de amor en aquellos tiempos? Pasándole la mano entre el pelo, que ella llevaba largo y le caía por encima del hombro, cuál, ya no te acuerdas, hasta formarle cascada entre los senos, y también se te ha olvidado cómo tenía los senos —bonitos, eso sí. Y ahora, hace un momento, lo que te anuncia es que van a operarla de las rodillas y tú, por no quedar mal, por decir algo amable, que deje claro que perteneces a la misma cofradía, ahí estás soltándole un rollo sobre tus hernias discales... Señor... Tienes la impresión de estar oyendo vuestras voces de antaño, pero lo que en realidad oyes es el soplo del tiempo. ¡El gran cachalote! Y de repente una nueva visión se superpone a la del acuario: sois una colección viva de exvotos. En cada uno de vosotros hay un órgano, una facultad en que se concentra y se muestra la enfermedad del tiempo, como los brazos rotos, los pies zambos, los ojos ciegos, los bocios de hojalata, por los que la piedad popular se encomienda a Dios a cuenta de una desgracia de la carne. Una parte de vuestro cuerpo hace de imagen y plegaria, una parte de cada uno de vosotros está clavada en la pared de la vida, como súplica muda. Esos ajamientos, en los espejos don-

de os afeitáis, os maquilláis, los habéis visto despuntar en la superficie de cada uno de vosotros: primero incrédulos, y luego también intrigados, y al final casi honrados, al principio (como unos críos contentos de estar enfermos): era el tiempo, ese viejo protagonista de la Historia, no un cualquiera precisamente, el que os visitaba a vosotros en persona. Pero al poco, se acabó la risa. Esa lepra se instalaba, se acomodaba en vosotros, lo ponía todo patas arriba. Ojos llorosos, párpados hinchados, festoneados, baldaquinos... ojeras color jamón rancio, cuperosis, tirabuzones pilosos que sobresalen por las narices, las orejas... mechoncetes de pelo cómicamente erizados... masa de crepe disfrazando las facciones... papadas, manchas... arrugas, patas de gallo... todas esas gorrinadas, ese kit de la cadaverización... y eso sólo en el careto... no hablemos de lo demás —catarro intestinal, piernas varicosas, panzas flatulentas, brazos en cabestrillo, vértebras mal engrasadas—, que obliga a caminar doblado como un lacayo: toda esa lastimosa panoplia eres tú, vosotros. Los avíos... Las voces parecen lo que menos ha cambiado, pero es imposible. Una vez, cuentas a la hija de Trece, preparasteis un formidable altavoz para asustar a los vigilantes de la Santé, donde estaban encarcelados unos camaradas de La Causa, entre ellos Foster (a ese podían habérselo quedado). A fin de cuentas en el trullo estaban tan tranquilos, mucho más por lo menos que antes de su detención, tenían visitas y libros que leer, ninguna cuenta que dar a nadie, ni autocríticas que hacer, ni hostias que comerse, era como estar en una clínica psiquiátrica: algo austero, de acuerdo, no les importaba sólo tenían un miedo y es que estuviéramos lo bastante locos para intentar liberarlos, y fuéramos lo bastante afortunados para lograrlo (nos sobrevaloraban)... Y luego estaba Beatriz, la abogada de los ojos amarillos, bella como una loba... Ah... Estábamos todos enamorados de ella, pero claro los que estaban entre rejas tenían derecho a verla varias veces a la semana y los de fuera, en cambio, teníamos que limitarnos a soñar con ella... Estoy convencido de

que los hubo que se dejaron pillar sólo para encontrarse con ella en el locutorio... No fue Foster el que me contó todo esto, qué va, en la vida ha tenido humor bastante para algo así, ni de coña, fue Danton, el tipo algo rechoncho que está ahí charlando con una guapa pelirroja, ¿lo ves? Ah, Danton también me gusta mucho. Nadie conoce a Mozart como él, ni a Schubert. No era un vándalo. Si acaso un vividor, como su ilustre homónimo. Lo habrían guillotinado en París en 1794, fusilado en Moscú en 1936. Al principio de toda esta historia todavía nos daba a veces por irnos de farra, con Angelo y Trece, al Harry's Bar. Si llega a enterarse Gedeón, nos cae encima una buena autocritica... Sin contar la que se preparaba luego. No nos librábamos de Sochaux-Montbéliard, las fábricas Peugeot eran nuestra Siberia. Eso hacía que nos pusieran más si cabe los cócteles que nos trasegábamos, Blue Lagoons, Alexandras... cosas que se beben de joven para dárselas de vieja estrella de cine. Una vez estábamos los cuatro —no, estaba también Nesim, claro, mucho más puesto que nosotros en cócteles y todo lo que va con ellos—, o sea, los cinco, echando la pota en cuclillas encima de las regueras de la Avenue de l'Opéra; los morros planos de los camiones de la basura de la SITA avanzaban lentamente hacia nosotros, bajo el papel carbón del alba, envueltos en los gritos de los basureros, el choque de los cubos de chapa y los rugidos de las mandíbulas eléctricas, y Angelo proclamó que parecíamos las ocas del Capitolio asistiendo al paso de los elefantes de Aníbal y puede parecer idiota, le dices a la hija de Trece, no era más que un chiste de *khâñoso* pero ya me gustaría a mí reírme una o dos veces más en mi vida como nos reímos esa madrugada, entre dos hipos biliosos, sobre el regatillo que reflejaba el cielo azul violeta, que empezaba ya a volverse rosa por los Grandes Bulevares... En cuanto a Nesim, su padre, un banquero libanés, poseía un alambicado castillo, bastante feo, por Fontainebleau. ¿Montargis, quizá? Había en el parque un estanque con pollas de agua; una vez viste al padre de Nesim volviendo de pescar en

él: lo seguía un criado que llevaba la caña y un lucio dispuesto en una fuente de plata. Si Lucien el de los TEE llega a ver aquello... Tú mismo, la verdad, no dabas crédito. No pensabas que pudiera existir eso, ricos tan expresionistas. Plutócratas salidos en carne y hueso de un cuadro de Grosz. ¿Qué coño pintaba Nesim en La Causa? Debió de sentirse vagamente atraído por eso tan grande, terrible y *chic* que era la Revolución. Porque hubo una época en que resultaba «in» coquetear con ella. La universidad estaba de su lado, y poco a poco también los intelectuales y los mundanos. La señora Verdurin habría sido izquierdista. ¡Atención! Marie, le dices a la hija de Trece: ahora hay quienes nos insultan, notables, señores que están en la Academia, condecorados, esa ralea, se les ocurre que no valíamos ni la cuerda con que colgarnos, que éramos aprendices de asesinos y, además, ridículos: pero en su día sus respetados maestros eran nuestros amigos, filósofos, cineastas, novelistas, así que como puedes imaginarte ellos mismos hacían cola a nuestra puerta, deseosos de firmar, de reivindicar, de desfilarse, de subirse a los toneles, de repartir el periódico, de aparentar que estaban en el ajo: como lo estarían más tarde, cuando cambiaron los tiempos, de recibir condecoraciones, embajadas, exenciones de impuestos, meras invitaciones a cenar... No les resultábamos tan repugnantes en la época en que éramos un poquito peligrosos. Ponían el óbolo para el culto... Nesim no era el único heredero que mariposeaba alrededor de vosotros. Una vez, recuerdas que hicisteis una gran reunión, un comité central o algo así, en una casa que pertenecía a una rama de la familia Rothschild. Así como suena. La hija, que estudiaba en Vincennes, era simpatizante de La Causa. Aquello quedaba por Saint-Cloud, se veía a golfistas pasando a lo lejos bajo enramadas azuladas, seres irreales en lo más recóndito de cuidadas praderas con macizos de flores cual islas tropicales. Cuando no es rencoroso, el pequeño-burgués es medroso: estabais más que nada pasmados, impresionados, con miedo a romper algo. Cortadísimos. Pero los

proletas no. Allí estaban Bombabirra, Momo Zampacerrojos, Reureu el Hirsuto, la banda de Issy. Muy a sus anchas, ellos. En lo suyo. Forzaron la puerta de la bodega (a Momo le venía el mote de sus habilidades en ese terreno) y arramblaron con docenas de botellas. Mouton-rothschilds, pétrus, haut-brions, sólo burdeos carísimos, pero no tenían ni puñetera idea de con qué tesoros se las habían. Les parecía que las botellas, tan llenitas de polvo, estaban «mal conservadas». Les manchaban los dedos a aquellos delicados... Unos ricachones así podrían haber contratado a alguien para quitarles el polvo, es lo mínimo, vamos digo yo... Se imaginaban que, para regar el camembert matutino, aquel tinto resultaría mejor que el Gévéor (o el Kiravi) en litronas estrelladas que solían atizarse, sin más. Por entonces, como te decía, cuentas a la hija de Trece, Foster inició en la Santé una huelga de hambre. Danton también, obligado, pero en plan suave: se cascaba agua con azúcar por lo bajini. En la cabeza se inventaba tremendas recetas de cocina. Así que, para apoyar su lucha, compramos dos altavoces, los más enormes que pillamos: no tan gigantescos como los que usaban en la época los norcoreanos para encomiar, por encima de la zona desmilitarizada, las bondades de su gran espichadero socialista, pero así y todo suficientes para hacerse oír. La idea era instalar aquel equipo de sonido en un tejado cercano a la cárcel, para enviar mensajes a todo el mundo, compañeros y guardias. Y antes fuimos a probarlo al campo, a Normandía. Blitz nos prestó su casa. El famoso productor. Bueno, en la época, no era tan famoso. Rodaba películas sobre huelgas, no era con eso precisamente con lo que iba a lograr el estrellato. Buscamos un sitio bien desierto por la zona, en una carreterita que databa de cuando las carretas de caballos, y después mandamos el percal. Trece fue quien grabó el mensaje. El estilo, directo, eficaz, sin florituras. Celadores, cuidaíto con los cojones, y en ese plan. ¡Ah, esta vez sí que se oía! ¡Nada que ver con la discreción de la emisión pirata! ¡Aquello era Big Brother! Pero entonces pasó algo ines-

perado: todas las vacas de la comarca pegaron la oreja y ¡hala! ¡Al galope! ¡Las veíamos cargar contra nosotros desde lo más profundo del horizonte! ¡Saltar vallas, fosas! ¡Hipnotizadas por nuestros altavoces! El suelo temblaba bajo sus pezuñas. ¡Qué acojono nos entró! Cortamos el sonido y se pararon también ellas en seco: como si las hubieran desenchufado. De golpe todas a pacer, tan chulas, como si tal cosa. Aparentemente había algo en nuestros berridos, una longitud de onda, o una frecuencia, que las atraía prodigiosamente. O si no sería la voz de Trece. A lo mejor tu padre era el Orfeo de las vacas.

En estas hete aquí que pasa, precavido, sujetando por la base una copa de vino, dirigiéndote una sonrisa enferma, Winter. Winter era antaño un delgado y guapo joven, con delicadeza femenina en los rasgos. Habría quedado de cine en el papel de san Sebastián (o de Saint-Just, por cierto). No sé qué, una fragilidad dolorosa que parecía aspirar al martirio. Una piel pálida y transparente, una piel de chica, se mofaban los demás. Dejó los estudios para «colocarse», como se decía entonces, en la Lainière de Roubaix. Compartía un piso amueblado en una casa de ladrillo a orillas de un canal con una ex alumna de instituto quien, a su vez, estaba colocada en una fábrica de galletas. Una belleza del siglo XIX, melancólica, larga melena oscura recogida con una goma sobre la frágil nuca, parece, parecía (nunca la viste), grácil, piel de marfil bajo la que se insinuaban las nervaduras azul verde de la sangre, una discreción que no existe, simétricamente, más que en ciertas familias de la aristocracia y otras del pueblo, y ese era su caso: padres mineros. Y sabes, le dices a la hija de Trece, lo que es hermoso más que todo lo demás en una joven: la esbeltez de la cintura. Que casi se puedan juntar las manos ciñéndola. Es por las caderas por donde se envejece: cuando eso empieza a llamarse el vientre. Y Cosette tenía así la cintura, cintura de avispa. Sí, Cosette, ese es el nombre que le pusieron sus pa-

dres. Porque ciertos libros, antaño, ayudaban a creer en un porvenir humano. Tú ya no puedes entender eso, le preguntas a la hija de Trece: ¿eh? Los libros te quedan muy lejos, ¿no? Y ella te saca un buen trozo de lengua triangular, entre unos labios que te encantaría seguir con el dedo, bajo una nariz agujereada por un pequeño piercing brillantito: Fuck! Vale, vale, tiene razón. Todas las mañanas, después de quitarle el candado a sus Mobylettes, se abrazaban con fuerza largo rato en la niebla amarilla del canal —el aire, por la mañana, era como una mancha de grasa. Su amor ingenuo, solemne como todos los jóvenes amores, fastidiaba un poco a los demás: a los que, carentes, sentían celos; a los que afectaban cinismo; a los que estaban ya quemados de amores decepcionantes. Un buen día Gedeón, inspirándose en las locuras de China, decretó una medida que bautizó con el ridículo nombre de «par rojo»: se trataba de poner a cada joven «intelectual» bajo la tutela de una especie de preceptor (o comisario político) obrero. Foster y otros se fueron a extender la buena nueva por las provincias, añadiendo de su cosecha, como suele ocurrir con todos los coadjutores, un rigorismo extra. En Norte, algunos vieron aquí la oportunidad de separar a Winter de su estudiante. A lo mejor no por auténtica maldad: más que nada por ver, por poner a prueba su disciplina, con un poco de malicioso placer no obstante. A ella le exigieron que se mudara a Valenciennes para ponerse a las órdenes de un medio analfabeto: Barouf no era ni proletario, sino jefe de sección de Auchan (¿o era de Intermarché?). Le gustaba llevar, cosa rara entre vosotros, anchas corbatas multicolores con chaquetas ceñidas, estaba orgulloso de sus patillas y detestaba a los «intelectuales». Lo que hoy resulta incomprensible es que obedecieron. Pero es que éramos como los jesuitas, ya sabes, *perinde ac cadaver*. Cosette dejó la casa del canal. Winter creyó enloquecer. Al principio quedaron varias veces para verse. Pero en Mobylette Valenciennes está muy lejos de Roubaix. Y además, al plegarse a aquella orden absurda en nombre de una

abstracción revolucionaria, sospechaban que se habían traicionado mutuamente: la vergüenza y el rencor entraron en su amor, empezaron a corromperlo. En Valenciennes Cosette ocupaba un piso colectivo: se encontraban en baretos ruidosos, cargados. Había borrachos que se tambaleaban y los insultaban: dos chicas... De pronto la vulgaridad de aquella vida los dejaba al borde de las lágrimas. Seguían besándose pero furtiva, desgraciadamente, con un bochorno que jamás habían experimentado. Llovía, el mundo era estrecho y negro, rayado de humaredas. Mientras permanecieron juntos, no les abrumó aquel viejo paisaje industrial de Norte, sentían allí aunque fuera de modo confuso, me contaría mucho más tarde Winter, algo así como una ruda y fea concha que protegía su amor en su regazo; pero ahora que estaban separados, aquellos lúgubres horizontes no les inspiraban ya más que angustia y asco. Ella cayó enferma, no volvieron a verse durante dos meses, no volvieron a verse nunca más. Winter ahora es un profesor que envejece —todavía no del todo un viejo profesor, pero pronto lo será, lo sabe y le importa un pito, aguarda con cansancio la vejez. Se supone que da clases de Letras, en Lille, a pequeños macarras más preocupados por las artes marciales que por Baudelaire o Apollinaire. Sigue siendo pálido y frágil, lo que no contribuye a reforzar el respeto que le consienten sus alumnos, pero el alcohol ha puesto en su silueta una hinchazón difusa. Winter bebe, mucho, solo, sin alegría, también sin furia. Se lo traga como quien toma medicinas, y en realidad ese debe de ser el caso. Ha emprendido una nueva traducción de la *Eneida* que seguramente, según propia confesión, no acabará nunca. Habla como en sueños, con un tono siempre igual, una sonrisita en los labios, ausente, tirando suavemente de una pipa, puf, puf. Parece que te mira desde detrás de un velo. Mírale los ojos, le dices a la hija de Trece: ni que los tuviera cubiertos con una gasa. Como si se los hubieran hervido. Winter es un fantasma. Nunca ha olvidado a Cosette, ni se ha perdonado haberla dejado marchar. Y fíjate,

hace bien en no perdonarse: uno puede perdonar a los demás si quiere, si le da por ahí: pero no a sí mismo. Le asustaba la vida, como a tantos de nosotros, y le echaba por encima oropeles heroicos. Quizá encontraba demasiado hermoso aquello —aquella historia, aquel amor—, demasiado aterrador. Es extraño pero en nuestra formación no figuraba aceptar la felicidad sin controversia. Pero ¿por qué? te pregunta ella. Eso no acierto a entenderlo. Pues porque, no sé, supón por ejemplo que no hubiera para la humanidad, en un momento dado, más que cierta cantidad de felicidad disponible, digamos mil millones de megavatios —lo digo por decir algo: si coges demasiada para ti, estás robando a los demás, quitándoles parte de su pequeña ración, ¿entiendes? Y entonces les cuesta alumbrarse, por culpa tuya. Las cosas se pueden ver así. Eso es una chorrada completa, te dice ella: al contrario, es siendo feliz como ayudas a los demás a serlo. ¿Tienes la prueba de lo que afirmas? le solté para hacerla rabiar. Vuestros arreglitos con la felicidad son también demasiado simples. En fin, da igual. Winter está acabado hace mucho tiempo. Por eso le tengo cariño. Igual que a tu padre, después de todo, te recuerdo que está acabado pero de la hostia (no sé por qué no puedo reprimirme semejante grosería). Hay montones de cosas que yo no sabría explicar bien, le dices a la hija de Trece, no sabría explicarlas porque ni siquiera sabría realmente pensarlas, para eso tendría que vivir mucho más de lo que voy a vivir, no soy muy rápido, muero más deprisa que pienso. Entre esas cosas, se me ocurre esto: tiene que haber una relación entre vuestro culto naif a la felicidad individual —sí, el vuestro, ultramodernos— y el hecho de que seáis tan supinamente ignorantes de lo que es la Historia. Porque está trufada de tragedia, Prometeo y lo que vino luego, lo siento, la cosa no funciona sólo a base de regocijo individual. Pero vuestros modelos los sacáis de la publicidad, esa especie de eternidad de pacotilla que es la antítesis de la Historia. Y así, claro, felicidad para todo quisque. Pero las cosas no van por ahí, la humanidad, coño, no so-

mos top models... Los santos, los héroes, los revolucionarios no son forzosamente unos coleguillas bien equilibrados... de salud boyante... levantaditos temprano, pelo suelto y mentón bien afeitado... Empiezas a pontificar, te señala ella irritada, sacudiendo una trompa de ceniza de la punta del cigarrillo. Quizá tenga razón. Controla y no vayas de viejo plasta. Despacito y buena letra, como decían en las pelis de antes, las policiacas donde salían Gabin y Lino Ventura, donde perforaban cajas fuertes con el sombrero inclinado sobre el pitillo... O incluso: «Los bajos bajito». Tu tío diciendo eso, alzando el índice, alzando su diestra del volante de falso marfil del Renault Frégate en ruta dando tumbos hacia la Costa Esmeralda, tu madre sentada a su lado, entre Avranches y Pontorson, el monte Saint-Michel en línea de mira, sobre prados salados, cuando empezabais a montar demasiado jaleo detrás, tu hermano y tú. Asientos de plástico amarillo y negro (se dice «paja y negro», resulta más *chic*). Tu madre sentada en el «sitio del muerto» (pero es el tío quien está de manera más verídica en el sitio del Muerto, del Muerto con mayúscula), fumando sin parar tabaco inglés. Los mojones helado de fresa desfilando, por cierto bastante despacito, por la «carretera de la Liberación». En el salpicadero, para que no se caigan los paquetes de Players de tu madre, una especie de barrera pequeña de plástico ondulado. «Materia plástica»: esa expresión quiere decir «modernidad». Tu madre está en contra. Piensa que da cáncer. La «modernidad», para ella, es más o menos todo lo acontecido tras la muerte del teniente. La modernidad es un torrente impetuoso en cuyo curso hace tiempo que ella ha perdido pie. Cuidadito no te ahogues como ella en la corriente del tiempo, piensas tú ahora. Tu vida apenas iniciada y ya marcada, como las piezas de carnicería, con la tinta violeta de la muerte, en un lugar que no conoces, del que ignoras hasta el nombre, un río de Extremo Oriente cuyo nombre te ocultan, cuyo nombre resulta vergonzoso porque quiere decir «guerra colonial» y una guerra colonial es ya, a

partir de esta época, una cosa para no jactarse, una cosa no prevista en el programa de la vida y la muerte «por Francia», en ciertas familias por lo menos, un río de Extremo Oriente en cuyo delta, veinticinco años más tarde, lloverán mantos oblicuos de desfoliantes y enjambres de bombas de racimo, sin que te atrevas a decirle a Trece, en el Citroën blanco robado, que en cierto modo naciste allí, naciste a una vida extraña que su hija, piensas hoy, un día tan lejano en el futuro como lo era entonces el de la muerte de tu padre en el pasado, ya no iba a entender. Muerto por Francia... Muerto en balde, sí. O por unos billetes. Segado por su propio obús, encima. Pero esto no lo sabes en la época, por supuesto. Tu madre fuma, sin decir palabra, nerviosa, destruida para siempre: después de haber decidido absoluta, rigurosamente, que ese era su papel, seguro. Tu vida apenas iniciada y ya marcada... Pero ¿por qué, marcada? A fin de cuentas, también ella, la hija de Trece, perdió a su padre cuando era una cría, por razones que no conoce, y sin embargo ha decidido que no estaría marcada, que la felicidad sería su respuesta. ¡Buena suerte! Al tío, un francés de pura cepa, nada de héroe por dos duros, le cabrea sobremanera ese lado dramático de su hermana. De su cuñado está hasta los mismísimos. Todavía más coñazo, si cabe, muerto que vivo. Tener que hacer, además, de chofer de los monstruos... Se le salen las marchas (la caja de cambios era el punto débil del Renault Frégate). ¡Rrrrraccc! ¡Cisco de piñones! El coche fúnebre de «flancos blancos» para burgueses post-Liberación prosigue empero su camino hipando, ranteando, apretando los dientes hacia el oeste. Tu hermano y tú os tiráis de los pelos, luego hacéis como que devolvéis un poco en el plástico «paja y negro» del asiento trasero. «Los bajos bajito», sentencia el tío, alzando su diestra del círculo de falso marfil del volante. En el habitáculo flota un olor a caucho quemado. Antes los coches siempre olían a caucho quemado. O (y al mismo tiempo) a perro mojado. Aunque a perro mojado era el olor normal, el olor corrientito, mientras

que el caucho quemado era el principio de los problemas mecánicos. Cuando por casualidad no se percibía ni una brizna de caucho quemado, había tanto miedo de que llegara el olor que acabábamos por notarlo. Tu madre apura los Navy Cut de boquilla de corcho. «¿No te parece que huele a caucho quemado?», le pregunta a tu tío, en un tono que deja a las claras que en el fondo le dan exactamente igual todas esas movidas mecánicas. Y lo demás, ya que nos ponemos.

En qué tienes la cabeza, te pregunta la hija de Trece. En nada. En recuerdos de infancia. Winter compró la casa del canal. La arregló, la puso bonita. Allí vive, solo, o bueno a lo mejor de vez en cuando, unos días por aquí por allá, con una profe joven, o incluso alguna de sus alumnas, no lo sé. Allí se emborracha, solo, allí aguarda el regreso de Cosette. Traduce a Virgilio viendo cómo cae la lluvia al canal, traduce hasta que la ebriedad le nubla la vista y la mente. El regreso de Cosette... no creo que lo espere en serio, pero él aguarda: no es exactamente lo mismo, ¿verdad? Uno puede aguardar una cosa que ya no espera, eso es lo auténticamente humano, tal como lo veo yo. Sé a qué me refiero. A qué te refieres, te pregunta ella. Luego. Te contaré luego. Y la muerte, mira: aguardamos su llegada sin esperarla. En fin, en general. ¿De qué te estaba hablando? Antes de Winter, quiero decir. Ella ya no se acuerda. Demasiado embrollo. Pero resulta que así es la vida, Marie, esta madeja embrollada... Precisamente cuando no entiendas nada, cuando te hagas un lío con todo el mundo, entonces tendrás una idea de cómo éramos, de cómo era tu padre, entre otros. Eso es exactamente lo que quiero decirte: cómo era tu padre entre otros, entre nosotros. Retrato de grupo con Trece. Ah, ahora me acuerdo, te estaba hablando de Nesim. No formaba parte del primer círculo de La Causa, ni siquiera del segundo. Demasiado rico, y luego también demasiado cobarde. El capítulo de las grescas en la calle

no era al que más afición le tenía en el folletín novelesco de La Causa. Así y todo hacía acto de presencia de vez en cuando, para no marginarse del ajo, provisto de una especie de caña-espada con empuñadura de marfil que se había mercado en el rastro. Se las apañaba para llegar con retraso, cuando la suerte arrojada por los puños americanos y los garrotes había zanjado el asunto. Era un detalle por su parte que viniera. Nadie le obligaba. Hasta incordiaba un poco, con sus cazadoras de piel de cebú y sus pañuelos de seda, para ir de bandararra... Le teníais mucho cariño, era el compadre de vuestras cogorzas clandestinas, era incluso el que pagaba la cuenta, pero no obstante era lo que llamabais con algo de desprecio un «simpatizante»: un pollo no del todo digno de confianza, sino tajable y sableable a placer. Tenía una vieja Bentley de los años cincuenta, le obligaste a venderla para alimentar los fondos de La Causa, menos la caja de herramientas, que conservasteis, un cofrecito de caoba que contenía una colección de tenazas y destornilladores muy prácticos para apañar revólveres y metralletas. Pero más que nada tenía alquilada una casita en el distrito XVI, no lejos del domicilio del general retirado Chalais, director general de Atofram. Así que un día anunciaste a Nesim que había sido elegido para cumplir un gran destino. Esa Anunciación tuvo lugar en su casa; apareciste con Trece para darle más peso a la cosa. Nesim os recibió vestido con una bata granate y calzado con babuchas. Os puso unos bourbons; vasos y botellas tintineaban en una bandeja de plata. Bueno, vosotros diréis, os preguntó mientras se acariciaba el fino collar de la barba. Tenía una tendencia a la solemnidad que le venía de su educación entre ayudas de cámara. Se sentía halagado pero inquieto. ¿Íbamos a obligarle otra vez a vender algo...? No sabías por dónde empezar. Hemos decidido detener a un enemigo del pueblo. Naturalmente, no podemos revelar su nombre. Era un buen comienzo. A él, Nesim, le cabría el honor de poner su casa a vuestra disposición como base inicial. No hacía falta precisarle que en adelante quedaba

sujeto al máximo secreto so pena de los peores castigos. Aún estaba a tiempo de negarse, pero debía hacerlo en el acto. Nesim se puso lívido. Con un faldón del albornoz granate se limpiaba compulsivamente, tras quitárselas de la sudorosa frente, los cristales de sus gafas con montura de acero. No se había imaginado que sus amigos de farras esporádicas iban a hacerle un día la putada de tomarse semejante confianza. Luego el hombre volvía a ponerse las gafas, os miraba fijamente, como dudando de que sus atormentadores fueseis realmente vosotros: Trece y tú. No había error. ¿Y cuál sería... eh... en qué consistiría... hum... su papel? ¿Llegado el caso? Para esos detalles, le cediste la palabra a Trece: reparto de tareas que quedaba muy profesional a tu entender. Nesim estaba descompuesto, pero al mismo tiempo era ese tipo de emoción que estaba esperando de vosotros hacía mucho. Para irse de farra al Harry's no os necesitaba. Aceptó. Y qué ha sido de él, te pregunta la hija de Trece. ¿No está aquí esta noche? Oh, murió. Una muerte bastante jodida, por cierto. Lo arrojaron al vacío por una ventana de la torre Murr, en Beirut. Mira dónde lo llevaron todas estas historias. Fue la mala conciencia lo que lo convirtió en una especie de revolucionario. Asqueado por la injusticia que representaba el dinero de su familia. La Bentley, en realidad, no le costó nada del otro mundo venderla. Los coches... se deshacía de ellos como si fueran camisas. Su primer carro, un Austin Healey, lo tuvo a los quince años. En Líbano, cuando eres hijo de rico, puedes conducir un Ferrari en pantalón corto. Regresó a Beirut en plena guerra. Al lado «palestino-progresista», por descontado. No me preguntes qué quiere decir eso: no quiere decir nada. Lo que Nesim había aprendido de nosotros era que se imponía estar en guerra con lo más íntimo de uno mismo. Y a él le daba vergüenza ser feliz a costa de los demás, le daba vergüenza haber tenido siempre batas de seda y coches despotables y ayas y luego amantes que iban incluidas con todo eso, y acaso era mala de verdad esa vergüenza, debes de andar

pensando tú, le dices a la hija de Trece, pero no sé yo, no estoy tan seguro. ¿Acaso no hay que estar en guerra con uno mismo, y no sólo cuando se es rico heredero? Lo cierto es que se enroló en el campo de sus peores enemigos. Oh, no se hizo francotirador, no era lo suyo, pero prestó sus servicios, no sé cuáles. Se alistó en ese bando precisamente porque eran los enemigos de la parte de sí mismo de la que quería ser enemigo. Musulmanes cuando él era cristiano, indigentes, supuestamente, cuando él era rico. Todo eso era idiota, desde luego. El jefe del partido «progresista» era el mayor señor feudal del país, mientras hacía liquidar distraídamente a algunos miembros de la familia de Nesim sus caballos corrían el Arco de Triunfo, y él en persona se encontraba con el padre de Nesim en las ventas de Deauville o de Chantilly, ponderando el cuello de los mismos yearlings como habían ponderado el culo de las mismas damas damascenas, y no hace falta que me mires así, le dices a la hija de Trece, lo que acabo de decir no tiene nada de especialmente machista: primero es la verdad, y después es de Apollinaire, ¿vale? Vestidos ambos de franela gris, imágenes gemelas estereotipadas en *Jours de France* para excitar la imaginación antiplutocrática de Lucien el de los TEE. Había dos rascacielos, dos torres más bien, una enfrente de otra sobre las ruinas de Beirut, a cada lado de la línea de demarcación. Hormigón reventado, incendiado, bufado, siniestro, poblado de tiradores de élite: a un lado la torre Murr, al otro el Holiday Inn. El mar muy próximo, gran margen malva, insólita calma. La torre Murr era la caseta de tiro de los «palestino-progresistas». Un día encontraron abajo el cuerpo desmembrado de Nesim. ¿Qué es lo que empuja a los individuos a caminar hacia los lugares donde los van a matar, hacia la emboscada, el matadero que les han preparado? No te fíes de las Idus de Marzo, y uno sin embargo se presenta en el Senado. Muy pocos escapan a esa inconsciente fascinación: los más instintivos, los más animales. Pero Nesim, complejo, refinado, angustiado, era la antítesis de un animal. A partir de vosotros,

de ese día —digamos— en que en compañía de Trece le anunciaste el gran destino que le estaba reservado, caminó, sonámbulo, hacia ese descansillo de hormigón devastado de la torre Murr donde unos tipos barbudos, presumiblemente (como él), en uniforme de combate seguramente (cuando él prefería el príncipe de Gales), pasados de heroína lo más probable (cuando él era aficionado a la cocaína), iban a ayudarlo a acabar de una vez por todas con el odio a sí mismo que la idea revolucionaria había cultivado en él. Beirut. Hace no mucho que volviste por allí. A dar una conferencia en la universidad. Ese es ahora tu oficio: hombre de letras... Intentaste reconocer los lugares por donde te guió en su día Nesim, cuando fuiste a verlo, pocos meses antes de su defenestración. Entonces ibas de periodista. Caminasteis al crepúsculo bajo los amontonamientos de contenedores picados de metralla, algunos hinchados como palomitas de maíz por la explosión, en el interior, de un obús de mortero, que formaban una muralla de chapa entre las dos partes de la ciudad. Y en esa muralla oxidada, a un lado y otro de la cual se apuntalaba Beirut, obcecada en su odio, enterrada viva en esa tierra rencorosa de Oriente Próximo, se veían pintados los nombres de los puertos del mundo entero, Singapur Yokohama Pusan Dubai Buenos Aires, los nombres de alta mar, de la mar de la mano del sol y las lenguas del mundo, como una invitación al viaje. Fue la única vez en tu vida en que oíste de verdad balas silbándote cerquita por encima de la cabeza, lo que se llama silbar, o chisporrotear como avispa metálicas, barrenas en busca de la tapa de los sesos, de la tuya en persona, como al comienzo de *Viaje al final de la noche*. Nada agradable, pero Nesim, tan cobarde antaño, se había vuelto curiosamente flemático, así que no te atreviste a ponerte a cubierto cuando él caminaba tan tranquilo, con las manos en los bolsillos, fumando sus Benson (salvo que fueran Murattis). Esa flema era la muerte en camino. Los árboles habían levantado el asfalto, la ciudad retornaba a la vegetación. Intentaste reencontrar aquellos lugares, pero en vano.

Seguían viéndose edificios tan despanzurrados, reventados, fundidos como la cera de las velas, que semejaban grutas con estalactitas de hormigón trufado de hierros. En zonas de descampados prosperaban higueras, acacias; las cabras tascaban allí en medio de un pifostio de automóviles. Pero por todas partes lo nuevo, el relumbrón levantaban las ruinas. La vida, que se llamaba también el dinero, hacía limpieza a lo grande. También aquí se pasaba del tiempo de la Historia al reino del dinero. Era menos sangriento, había que reconocerlo. Tu último paseo con Nesim, pocos meses antes de su defenestración, se amoldó a los cimientos de una ciudad nueva entre marina y centro comercial: pertenecía para los restos al ámbito de la arqueología. Como el que, haciendo no pocas eses, te diste una noche, más abajo de Achrafieh, en compañía de un viejo médico militar retirado que conoció al teniente. Aquel tipo había estado en Cassino, practicando amputaciones en carne viva bajo los muros del monasterio benedictino, y se acordaba perfectamente del teniente. ¡Hostia! ¡Era la primera vez que dabas con alguien, que no fuera tu madre, capaz de hablarte de tu padre! Estuviste tomando arac con él, a la luz de las velas, en una bodega donde fuiste a parar cuando te dejó Nesim (no volverías a verlo). El médico militar retirado era un borrachuzo del copón, mataba sin convicción el tedio y la angustia de la vejez ofreciendo sus servicios a una organización humanitaria en la que algunos jefes eran antiguos camaradas de La Causa. Cada cual según él se las apañaba como podía con la idea de su propia muerte, si él mismo estaba allí no era desde luego por amor a la doliente humanidad, la humanidad no recogía más que lo que sembraba, tal era su punto de vista tras cierto número de chupitos de arac, y tú, a quien el alcohol abocaba como siempre a un sentimentalismo exacerbado, a veces belicoso y a veces fraternal (pero en ese caso el hecho de que el médico militar retirado hubiera sido un compañero de armas del teniente te abocaba a una babosa indulgencia), tú compartías del todo su manera de ver. *Za zdaro-*

vie! Te encantaba beber en ruso. Fue precisamente en Beirut, en 1941, donde el médico militar conoció al teniente recién desembarcado de África Ecuatorial tras remontar el Congo y hacer el descenso del Nilo, en piragua o similar. Según él no pasaba desapercibido, un día al pretender entrar en moto en el casino, otro volcándole un cubo de hielo en la cabeza, en un restaurante de la cornisa, a un oficial vichysta. Pendenciero, arrogante, de esos que llevan pañuelos de seda y cortejan con descaro a las mujeres de los burgueses y los pesebreros. ¿Adónde habría ido a parar el casino? te preguntabas entonces, en medio de aquel montón de cascotes en que se había convertido Beirut. La ciudad en la que el teniente había ejercido de gallito había desaparecido en las ruinas de la ciudad por donde te guiaba Nesim, igual que dichas ruinas habían terminado por desaparecer a su vez bajo el hormigón de la reconstrucción. Los escasos rasgos del teniente que iba pescando en su memoria el médico militar retirado no componían que se diga un retrato muy simpático, tenía un lado chuleta a lo Romain Gary, pongamos, pero te gustaba lo que creías entender de la inmodestia de ambos: un desprecio seguramente bastante desesperado por la cobardía de sus conciudadanos. ¿En virtud de qué debían comportarse como buenos chicos quienes se jugaban voluntariamente el pellejo para lavar, en la medida de lo posible, la ignominia de su país? Quienes consideraban un deber morir para que se pudiera adjuntar sin mofa, al nombre de «francés», el adjetivo «libre», tenían seguramente todo el derecho del mundo a mostrarse tan insolentes como esos escritores «revolucionarios» que jamás se habían planteado combatir el nazismo y encontraban suficientemente «libre» a su gusto la zona sur, o los salones neoyorquinos. No sé si logro que entiendas una o dos cosas de nuestras vidas, le digo a la hija de Trece: pero desconfiábamos totalmente de los intelectuales, de su amor por la declamación, su tendencia al heroísmo confortable, con cuarto de baño y vistas al mar... desayuno en la cama... Y con razón o sin ella fue esa descon-

fianza, la creencia de que no había intelectuales valientes, la que nos empujó a convertirnos en aprendices de bárbaro. Éramos muy jóvenes, muy radicales, bastante ignorantes también hay que reconocerlo. Pero no una panda de hastiados, de vacunados contra el asco, y eso es lo que cuenta. La verdad es que la humanidad le importaba un huevo al médico militar retirado. Le resultaba un estorbo. Eso no le impedía atenderla, en la medida de sus fuerzas, pues ella siempre encontraba el modo de ir a dar con sus huesos a urgencias. Regresasteis los dos, tambaleándoos, haciendo eses a través del laberinto de la ciudad perfectamente oscura bajo un cielo que irradiaba una noche mediterránea: inmensa forma intacta (y es que la negrura disimulaba el minucioso trabajo de la destrucción) pero aparentemente purgada de toda presencia humana, paisaje chiricano de calles vacías, blancas de luna, donde se alargaba la sombra de fachadas en las que no penetraba ninguna luz, ventanas taponadas con sacos terreros, ni una lámpara, ni un coche, ni asomo de un borracho noctámbulo aparte de vosotros, un silencio hecho —se sentía— a base de docenas de miles de angustiadas esperas, insomnios, respiraciones contenidas, y que rompían de vez en cuando lejanas explosiones, prueba evidente de la existencia de vidas ocultas en la medida en que algunas de ellas procuraban, de aquella ruidosa manera, suprimir otras. Entre los bloques de sombra de la montaña y el mar fosforescente, aquel desierto a través del que vagabais el médico militar retirado y tú era tan extraño (en cuanto hecho con decorados acostumbrados a acoger la vida, la agitación, la luz) que invitaba, le cuentas a la hija de Trece (y aun cuando no hubierais estado en esa disociación íntima que aporta fácilmente la borrachera), a salir de uno mismo para echarse a volar hacia las puras y frías estrellas a fin de contemplar desde allí arriba esa agitación minúscula, ese incongruente residuo de humanidad en un decorado puramente mineral: tambaleándoos, tropezando, haciendo eses, apoyándoos entre vosotros, el médico militar retirado y tú, tú borracho de arac

pero también de la sensación de ir andando por las calles por las que había pasado el teniente, en compañía de un tipo que compartió con él esa prueba de la extrema verdad que fue la guerra. Como dentro de un rato, cuando te lleve a tu casa, le dices a la hija de Trece, porque te llevaré hasta tu casa, estarás al lado de un tipo que compartió aventuras picarometafísicas con tu puto padre, mi amigo eterno. A través de las sombras de un París que ya no existe. Ya ves, las historias son poco numerosas, es inevitable que se repitan.

En fin, ya ves lo que fue de Nesim, prosigues tras un breve silencio destinado a examinar en tu fuero interno si la proposición vagamente borgesiana que acabas de soltar tiene sentido o no (juicio visto para sentencia): un cuerpo desmembrado bajo los cadalsos de hormigón de la torre Murr. Aquella tarde, unos años antes, mientras Trece y tú le anunciabais el gran destino que le teníais reservado, en el saloncito-biblioteca de su casa del distrito XVI, le temblaba algo la mano al llevarse el vaso de bourbon a los labios. Vuestro look (gabardinas, etc.), vuestra fría determinación, la brutalidad del dilema que le planteabais, todo aquello le recordaba escenas de películas, bandidos o resistentes, entre *Círculo rojo* y *El ejército de las sombras*, lo mismo le daba, era la irrupción en su vida de hijo de papá de una fraternidad fuera de la ley. Sólo por eso os habría dado un beso. Pero al mismo tiempo, su pragmatismo de rico le hacía oler que había algo chungo en aquella movida, que vosotros quizá no erais de la pasta de Pierrot le Fou ni de la de Jean Moulin, y que en consecuencia resultaba extremadamente imprudente unir su suerte a la vuestra. Le temblaba algo la mano al echar los cubitos de hielo en el bourbon, pero aceptó. Enseguida se percató de que sus malos presentimientos no eran infundados. Para montar guardia sin problemas frente a la casa de Chalais, con vistas a descubrir sus costumbres, decidisteis disfrazaros de ricos. Pero la idea que os ha-

cíais de los ricos era más o menos tan pertinente como la que lleva a los Dupondt, en *Objetivo: la Luna*, a emperifollarse con unas enagüillas para pasar por syldavos. Os comprasteis en el rastro unas chaquetas cruzadas blancas, o más bien amarillentas, y por debajo os apalancasteis unas panzas de pega de miraguano. Con vuestros bigotes falsos y vuestras gafas negras parecía que estabais haciendo de camareros suramericanos en una comedia musical. En el origen de aquellos disfraces tan grotescos subyacía la idea de que un rico es forzosamente gordo, y viejo, o en todo caso joven no. Semejante cerrazón era más aberrante si cabe teniendo en cuenta que precisamente teníais a un rico, pero de los buenos, delante de las narices: joven, y delgado, y barbudo. A él por su parte, que sabía qué pinta tenía un rico (la suya, por ejemplo), le espantaba ver todos los días a aquellos barrigudos, con la ropa lavada con lejía, saliendo de su casa para ir a apostarse en un coche robado frente a la de Chalais, en la Rue des Marronniers (¿o quizá era más bien la Rue des Belles-Feuilles? En fin, había botánica en el nombre). Con semejante debut, el bueno de Nesim preveía serios marrones cara al futuro.

Remember es un viejo Tiburón gris plateado, la belleza misma, con su morrazo de raya de ojos móviles. Como a menudo no te acuerdas muy bien de dónde lo has aparcado, te toca andar revolviendo por la Place des Fêtes, up and down Belleville, y a medida que te pones a dar vueltas está claro que se lía la madeja... Torres negras sobre el cielo ojo a la funerala, antenas de semáforos cual cofas de navío. Fina llovizna bajo las farolas naranja, mantos que se abaten sobre la ciudad como las capas de desfoliantes allí, en las junglas del delta. Desde la parte alta de la Rue des Solitaires se ven los mazacotes de hormigón de la Place des Fêtes, BRZAN ESPECIALIDADES BALCÁNICAS COMIDA RÁPIDA, Rue des Annelets hombre tengo un amiguete que vive ahí, Rue Arthur-Rozier, las siluetas de los árboles se recortan sobre el cielo malva por encima del tejado bajo y largo de un antiguo taller, en la esquina de la plaza, enfrente de L'Arc-en-ciel restaurante mediodía y noche menú 65F, los baños-duchas de ladrillo marrón tienen una chimenea que sugiere un horno crematorio. Algo más abajo brilla la Rue de Belleville sometida al vaporizador de la llovizna, BOCADILLERÍA FALAFEL, un sanitario público y una cabina telefónica con los cristales pulverizados bajo una acacia umbeliforme bastante africana, el vidrio Sécurit hecho migas sugiere el hielo picado de un cóctel, beberse el décimo mojito es como bajar cuesta abajo una pista de esquí, pero sin esquíes, decía más o menos (te parece) Papá Hemingway tambaleándose por las calles de la vieja Habana. Jo-

der, ¿dónde coño has podido aparcar a Remember? Te parece que era en una calle en cuesta, con el morro apuntando hacia el cielo negro, pero evidentemente calles en cuesta no es lo que falta por aquí. BAR LE MISTRAL BOXES AUTO DE ALQUILER ALIMENTACIÓN ÓPTICO LENTES DE CONTACTO a la derecha la Rue du Télégraphe. Anda, mira, por ahí tuviste tu primer piso burgués con Judith, se puede decir así, burgués: debía de tener dos habitaciones (o incluso tres). Fue cuando, al final de La Causa, decidisteis con todo el dolor del corazón echar el telón, dispersaros. En Alemania y en Italia la historia de aquellos años estaba bañada en sangre. Conservabais suficiente sentido común para no querer nada de eso, a vosotros os bastaban alcohol y desparrame, un suicidio por aquí, por allá, o sea, la vida misma... Mira, ahora hay un jardincito público en la esquina, con juegos para niños, ¿no era un cementerio en la época? Bolera de Télégraphe, un espacio arenoso que de nuevo te sugiere una ciudad africana, y luego un muro de morrillos, ah, ahí está el cementerio, dominado por un doble depósito de agua de cemento armado. En el muro una placa: allí hizo Claude Chappe, en 1793, «la experiencia del telégrafo aéreo, que anunció las victorias de los ejércitos de la República». Oh, soldados del año II... La gran fragua retumbaba entonces. Otra placa, pequeña: «La altitud de este punto situado a 128 m 508 cm sobre el nivel medio de los mares es la más elevada de París». Imaginar las mareas yendo y viniendo a unos ciento treinta metros por debajo... y la Historia también yendo y viniendo... para retirarse al final... reflujo definitivo... Ahora, adiós a los grandes oleajes, toca marea baja para siempre, a nosotros los viles placeres de la pesca del molusco, los peligros de las arenas movedizas... ¿Has leído *Noventa y tres*? le preguntas a la hija de Trece. Le has amarrado el brazo derecho y has desplegado por encima de ella la bóveda abollada de un paraguas. No. Me hubiera extrañado. Pues deberías. Victor Hugo. Te parecerá carroza, pero entonces estábamos todos empapados de esos

grandes relatos. Bueno, ¿dónde vivíais Judith y tú a ciento veintitantos metros sobre el astil de la balanza de los mares? Guardería laica de Saint-Fargeau, y de repente esta estrella de calles, Borrégo-Devéria-Télégraphe, con la cervecería de la Poste y el bar estanco Le Cantal, sí, de repente estás seguro, era a la izquierda, en una de esas HLM bastante leprosas, con un buen tiro de escalones para subir hasta el hall y la puerta color sangre de buey del ascensor... arañadita con dibujos de pollas y culos... Enfrente de la tasca Le Mercure... Ibas a hacerte unas triples gemelas con la esperanza de llevarte el gordo... y sobre todo eran la ociosidad, la desesperación, hay que llamar a las cosas por su nombre, las que te llevaban allí, a soplar copones de riberas... a empalmar las partidas de máquina... solito. Judith, menos inútil que tú, o más pragmática, trabajaba. ¿Dónde? Ya no sabes. Tú probaste un poco de camionero, conductor de reparto en el tugurio más sórdido de la estación de Tolbiac, enseguida te largaron. Fue también en aquellos años cuando Trece empezó a chutarse. Ya no erais revolucionarios pero por nada del mundo queríais volveros, a la chita callando, unos burgueses. Ya no creíais en nada, no teníais el menor objetivo. De pronto la historia del teniente te parecía muy cercana, su absurda muerte en un rach del Mekong, despedazado por su propio obús, en acto de servicio, servicio a los plantadores de caucho, después de haber sido un héroe de la guerra antifascista. *Fair is foul and foul is fair*, tenían razón las brujas de *Macbeth*. Qué cachondo, delante de Le Mercure están aparcados precisamente dos coches de aquellos años, un AMI 8 y un Simca 1000. El Simca 1000, con flancos blancos y baca.

Un viejo Tiburón gris plateado, tendría que verse de lejos, coño. Un automóvil histórico... El general retirado Chalais tenía uno igual, un Pallas gris perla... Cuando aparcó y se bajó del coche, en la Rue des Marronniers (aunque otros dicen que era en la Rue des Belles-Feuilles), le plantaste el cañón

de la metralleta en el vientre, una vieja Sten de la guerra, con cargador horizontal, de las que los aliados tiraban al final a millares con paracaídas. Aquella Sten os la había pasado André, con una provisión, además, de barrenos de dinamita que procedía de la mina, se la había trincado al capataz. Los explosivos te ponían de los nervios. Habías leído en algún sitio (no en Proust, eso seguro) que la dinamita no petaba con los golpes. Eso era la nitro, el salario del miedo. Daba igual: una cosa es leerlo y otra estar seguro. Máxime cuando también habías leído, en el mismo librito (exactamente un manual del ejército suizo), que la dinamita se volvía peligrosa, inestable, cuando era demasiado vieja y «sudaba». Vaya usted a saber si un barreno de dinamita, examinado a la luz de esta consideración, no suda... ¿un poco? ¿un poquito? Parece que no y, luego, mirándolo bien... ¿una leve condensación, quizá? Cojones, ya no sabe uno si no será la propia transpiración la que... ¡Cabrón! Ah, desde luego, en *Por quién doblan las campanas*, Robert Jordan se andaba con menos remilgos... Esa provisión de dinamita, menos algunos barrenos que sirvieron para hacer saltar un periódico de extrema derecha, fuimos a enterrarla al bosque de Fontainebleau Trece y yo, cuando acabó todo, le dices a su hija. Fueron nuestros adioses de Fontainebleau, en cierto modo. Su madre vivía por allí. Tu abuela, by the way. Una chiflada, como sabes. Pensó que era una buena ocasión para ir a ver a «la vieja», como decía él. Ella dirigía una secta borrosamente inspirada en Reich, Wilhelm, no el tercero, Dios era la energía sexual, el orgón, en fin ya no recuerdo la doctrina pero evidentemente, con semejantes premisas, te puedes imaginar cómo se accedía a la santidad, y ella vivía en un coqueto chalet, con el césped bien cortado y enanos de jardín, en la linde del bosque, en compañía de su gran sacerdote, un antiguo poli de estatura colosal. No le quedaba muy lejos la choza de la casa del padre de Nesim, aunque nada que ver, vamos. Bueno supongo que la conoces, ¿no? No, nunca ha estado allí. La papisa del orgón quemó las naves tras

la muerte de su hijo. Ahora estáis otra vez en la Rue du Télé-
graphe, sigue lloviznando pero por suerte tienes un paraguas
en cuya cúpula azul oscuro están representadas unas estrellas,
Altair Vega la Cruz del cisne Casiopea y qué sé yo, y así cami-
nas bajo una pequeña bóveda celeste doméstica en compañía
de la hija de Trece, casi se te ha olvidado que estás buscando
al viejo y divino* Remember, eres un sol precopernicano en
el centro del cosmos, vas un poco a trompicones pero no de-
masiado del brazo de la hija de tu amigo eterno, sientes su
seno (y unas serpientes que te silban en la cabeza) pegado al
brazo y como eres un pedantón sales con una frase archifa-
mosa sobre la ley moral y el cielo estrellado, pero lo cierto es
que no andas pensando en la ley moral precisamente. La llo-
vizna hace ondular, a la luz naranja de las farolas, unas gasas
perladas que te hacen pensar en el agente naranja cayendo so-
bre el Mekong, quemando las hojas bajo las que se ocultan las
serpientes, los monos, las grandes mariposas, las aves iridis-
centes y los guerrilleros vietcongs. La papisa os invitó al aperiti-
vo a su hijo y a ti, y mira tú por dónde que al antiguo made-
ro le dio por probar el coche vuestro. Era otra vez un Citroën,
os gustaba mucho esa marca, un BX. Estaba con la idea de
comprarse uno, precisamente, así que ya que se presentaba la
oportunidad de dar una vueltecilla conduciéndolo... Vaya putada.
Tuvisteis que dejarle las llaves, para que no diera el cante. La
dinamita seguía en el maletero. Aparentemente sin sudar,
pero como le embistieran por detrás, vaya usted a saber la que
se podía preparar... Vosotros sí que sudabais. El ex poli se fue
a dar una vuelta por el barrio al volante de la bomba rodante,
vosotros os quedasteis tomando Cinzano (o a lo mejor era
Campari) en compañía de la papisa, esperándoos que de un
momento a otro una enorme explosión pusiera fin a la broma,

* Juego de palabras intraducible: el francés utiliza términos femeninos para el concepto «coche», y DS, el nombre en francés del «Tiburón», se pronuncia igual que *déesse* («diosa»), que es la palabra que utiliza aquí Martin. (N. del T.)

y de repente a Trece le entró un ataque de risa, pero vamos un ataque del copón, le salían una especie de gañiditos epilépticos, se cayó de la silla, y tú con las mismas allá que fuiste tú también, y cuando regresó el ex poli, muy contento con la estabilidad del coche, dando vueltas a las llaves en el dedo índice, estabais los dos presas del hipo por el suelo con la madre entre ambos, encendida de indignación, y su perro —porque obviamente tenía un perro—, su asqueroso caniche (a menos que fuera un bóxer) que iba de uno a otro, sobreexcitado, soltando chillidos y lametazos, pensando que estaba tratando con unos congéneres, seguro. Y os marchasteis así, doblados, llorando, balbuciendo excusas que os hacían partiros de risa cada vez más, dejando a la madre escandalizada y al ex poli perplejo. Y todavía os venían arrebatos de risa mientras enterrabais la dinamita en un pequeño claro, tomando puntos de referencia para el día en que, al igual que Jean Valjean cuando desenterró su cofrecito en el claro de Montfermeil, volveríais a recuperarla: porque no teníais la menor duda de que «pasarían los malos días», como decía la canción de la Comuna, y habría una revancha. Y ahora, le dices a la hija de Trece, tu padre ha muerto, yo soy un viejo literato, decididamente la Revolución no está al orden del día, y en algún lugar bajo el humus del bosque de Fontainebleau (¿dónde? lo he olvidado por completo, naturalmente: a lo mejor ni es el bosque de Fontainebleau, sino el de Sénart, por ejemplo), en algún lugar bajo la tierra de un bosque de Île-de-France hay unas docenas de cartuchos de dinamita que tal vez exploten cuando un bulldozer las desentierre, a finales del siglo XXI o más tarde, cuando se lleven por delante los árboles para construir una barriada nueva o un aeropuerto o un campo de internamiento o qué sé yo qué de lo que no tengo ni puñetera idea: y nadie entenderá qué hacían ahí esos explosivos, dirán que databan de la Segunda Guerra Mundial, o de la Tercera, si entretanto tiene lugar. Y resultará que nos los dio André, un día de la segunda mitad del siglo XX, tras enajenárselos a un capataz de

Houillères du Nord et du Pas-de-Calais, con una vieja metralleta Sten procedente de un lote lanzado en paracaídas por los ingleses en 1944. Bueno te decía, le dices a la hija de Trece, te decía... ¿qué coño te estaba diciendo? Volvéis a recorrer la Place des Fêtes, que ya no se merece el nombre que tiene, CLÍNICA VETERINARIA COLEGIO GUILLAUME-BUDÉ LAVANDERÍA TINTORERÍA SANTA MONICA PIZZA PARRILLA VIDEOCLUB, cruzáis una especie de foro extraordinariamente calamitoso con una pirámide aguada de plexiglás opalescente y una crujía sobre unas canijas patas de forja en medio de los bloques de hormigón tirados a la buena de Dios, desperdigados, feotes, meados, incoherentes, unos tipos encapuchados pasean un pitbull, ¿qué te estaba diciendo? preguntas a la hija de Trece, entre los postes del mercado de la Place des Fêtes, en la siniestra Place des Fêtes mojada e inclinada como una playa del infierno. Ah sí. Te decía que le planté el cañón de aquella Sten en el vientre al general retirado Chalais cuando se estaba bajando de su Tiburón Pallas. Había que empujarlo al interior de la camioneta que conducía Fishauí alias Julot. ¿Y Trece qué hacía? te pregunta su hija. Nos cubría con una carabina yanqui de la guerra, una especie de trabuco que nos había pasado André, cómo no (o lo mismo fue Walter). Pero antes, en otra ocasión, estuvo en un tris de mandar al pedo la operación. ¿Y cómo? Le asusta la idea de que una debilidad, una cobardía... No, no, tranquila, nada serio. Le entraron unas ganas tremendas de mear mientras esperábamos en la camioneta, y nos dio tal ataque de risa que tuvimos que levantar el campamento. Pensábamos que Chalais iba a oponer una resistencia encarnizada, así que le empujé todo lo fuerte que pude con la Sten hacia la puerta abierta de la camioneta. Pues mira al revés casi se desmaya, hasta el punto de que llevado por mi propio impulso lo arrojé y fuimos a caer los dos al suelo conmigo encima. ¡Vaya cirio! Y en la movida se desbloqueó el cargador de la Sten (aquella metralleta era una antigualla) y salió disparado a la re-

guera: el muelle, el eyector, todo tintineando por la reguera. La balas no, que no cargábamos las armas para evitar tonterías, «chapuzas» que se dice, precisamente en ese tipo de circunstancias. En fin ya ves el cuadro. El general y yo tendidos en el asfalto, y el armamento de picos pardos... Bueno, recogimos toda aquella chatarra, y al general por el cuello del paletó, más muerto que vivo, y señores al tren. Fishau hizo un demarraje de Gran Premio. Es curioso, le dices a la hija de Trece, pero cada vez que lo pienso el entierro de la dinamita fue un poco como el entierro de nuestra juventud. Una ceremonia mágica. Todos aquellos barrenos explosivos en el fondo del agujero eran como una representación, unos fetiches de lo que habíamos sido y no volveríamos a ser. A lo mejor por eso nos atacaba aquella risa nerviosa a Trece y a mí. Y pocos años más tarde murió, ¿en qué año fue? 1980 claro, o sea que seis años más tarde íbamos a meterlo a él bajo tierra, en el pequeño cementerio del villorrio donde vivía su madre, la papisa del orgón, en la linde del bosque de Fontainebleau o de Sénart, no lejos de la tumba olvidada hace tanto tiempo de la dinamita. Y tú ese día, Marie, ¿cuántos años tenías entonces? ¿seis? No, cuatro, ah sí, cuatro, y en todo caso harías como que no entendías lo que estaba pasando, harías piruetas en la hierba del cementerio riendo a carcajadas, ya habrías decidido reaccionar a base de felicidad. Tu madre tremendamente violenta, pese a su dolor, sin saber qué hacer. Había deslumbrantes hojas de otoño en el bosque, me acuerdo, fuentes de fuego brotando en lo oscuro, como el día en que Trece y yo enterramos la dinamita.

Ahora que estáis respaldados en el murete granuloso del metro, frente a una floristería, la escalera baja a las tinieblas entre dos pasamanos cromados, dos paredes alicatadas con azulejos blancos, más allá de la verja la sombra lo devora todo. La escalera a los Infiernos, piensas. No en vano la floristería de la superficie, al otro lado de la calle, se llama «Jardin d'Éden». En

su rótulo pone «Nacimientos, bodas, defunciones». El ciclo completo... «Edén» es también el nombre del hotel de Berlín donde los *Freikorps* fueron a detener a Rosa Luxemburgo. Ahí abajo están todos, piensas, al final de las escaleras. Rosa Luxemburgo y el Che con el rostro ensangrentado, y el miliciano derribado frente a Córdoba, y Gilles el joven estudiante de instituto que quedó a la deriva en el curso del Sena como Rosa en el Landwehrkanal o como Tamara alias Tania en el río Grande (¿o era el río Masicuri?), con la cara vuelta hacia el cielo cambiante como el rey de Apollinaire, el filósofo que estranguló a su mujer, y Nesim, el teniente y Trece y Jean d'Audincourt y todos los demás... Y el hombre que fue el héroe de tu juventud (y que sigue siendo el de tu vejestorismo), Jean Cavaillès. Filósofo, lógico, saboteador, detenido, autor en la cárcel de un libro de epistemología, liberado, otra vez la dinamita, de nuevo preso, torturado, fusilado en 1944. Enterrado en la ciudadela de Arrás con la inscripción: «Desconocido número cinco». Figura sabia y tranquilamente heroica que nos impedía creer del todo lo que te he dicho hace un momento, le dices a la hija de Trece: que no había intelectuales valientes. Y que por tanto nos contenía para no ser unos bárbaros completos. Ese tipo, entiendes, no fundaba como Sartre una tertulia en Saint-Germain-des-Prés, no, no era un listillo, hacía saltar puentes, se introducía, vestido con un mono, en la base de la Kriegsmarine en Lorient. Filósofo, lógico, saboteador. Un héroe, sí, la palabra no me despelleja para nada la lengua, al contrario. Procede de lo más recóndito de la historia humana, del momento en que el hombre se emancipa de los dioses. Una de las cosas degradantes, una de las cosas desesperantes de esta época es su rechazo del heroísmo. Eso quiere decir que ya no se cree en la humanidad. Un héroe no es otra cosa que un hombre plenamente humano, lo contrario del hombre-mercancía. Y lo contrario también de la criatura humillada ante Dios. Una humanidad sin heroísmo es carnaza a merced de Dios o del mercado, cosa que no pa-

recen ver algunos cínicos contemporáneos de poca monta. Sigue largando: siento que es lo que le apetece soltarme a la hija de Trece. Y por lo demás es lo que hago: continuo rajando. La escalera baja a las tinieblas entre dos pasamanos cromados, frente al jardín del Edén y la siniestra chimenea de los baños- duchas. Hay allí un bar, abajo, le dices a la hija de Trece, el bar de los muertos. Ciento veintitantos metros más abajo, justo por encima del nivel medio de los mares. Allí están todos, sentados en sillas de bejuco, a la sombra. El agua negra chapotea en la playa. No dicen nada o mejor sí, murmuran, algunos canturrean bajito. Viejos cánticos de guerra y esperanza, la libertad guía nuestros pasos, desde las filas unos ojos claros clavan la mirada en nuestra bandera, que Budienny nos lleve por las viejas rutas, «El ejército del Ebro», ahora cantan eso como si fueran nanas. ¿No oyes? Ella no oye nada. Que sí, escucha. ¿Tienes los oídos taponados o qué? La arrastras a la escalera, entre los azulejos de cerámica blanca, hasta la verja. Escucha. Subid de la mina, bajad de las colinas camaradas. Pero nosotros pobres tejedores de la seda no tenemos camisa. *Bella ciao. Dong-fan-ang hong, tai-yan-ang sheng...* ¡Ah no, eso no! ¡Piedad! ¡Oriente Rojo no! Y también André está ahí abajo, en el bar de las aguas negras. El que nos pasó la dinamita y la Sten. Un proletario auténtico, en estado puro, de los históricos, minero resistente con un acento *chti* como para cortar con sierra, no un enfermo mental como Lucien ni un soplón como Gustave. Un camarada del glorioso Charlie Debarge, tipo de valor legendario, organizador del «trabajo particular» en las minas, muerto en 1942 con las armas en la mano. Esto, entonces, nos impresionaba, y a mí sigue impresionándome. André... fue la silicosis lo que acabó con él, su enorme cuerpo ya casi no respiraba, murió asfixiado como un pez que surge en la superficie desde las profundidades de la tierra. Le tocó un tiempo bien malo para irse, fue su único punto en común con madame de Pompadour. Caían chuzos de nieve que se fundía en los escoriales, se embarraba todo.

Fue entre Roubaix y la frontera belga, en esa región que es la de *Germinal*, por donde os escapasteis Trece y tú después de la movida del general Chalais: pobres patios comunes de ladrillo, campos de remolacha, macizos campanarios de pizarra, gabarras engalanadas con coladas de ropa interior, platabandas de adoquines donde resplandecía la gloria de los corredores ciclistas, chatarras de las armazones de extracción, donde seguían girando las norias de los pozos, Flandes de bruma y escorias de hierro apenas destripado aún por las autopistas. El cortejo fúnebre de André se encaminaba hacia el cementerio bajo chaparrones de nieve fundida, a través de un barrio de pobres patios comunes que los filantrópicos patronos de Houillères, en el siglo de Zola, habían adornado con nombres exóticos: seguramente se les ocurrió que era más llevadero asfixiarse en la Rue de Panama o ser viuda en la Rue du Détroit-de-Magellan. Detrás del coche fúnebre, con el puño en alto, enarbolando desgastadas banderas rojas que parecían cortadas de viejas cortinas, avanzaban deprisa, paso corto, jubilados de las minas, antiguos FTP,* jugadores de bolos y colombófilos, o criadores de pinzones, y vosotros, que erais de esa generación a la que aquellos símbolos empezaban a hacer reír, pero todavía hacían llorar. Amédée (lívido, encerrado en un abrigo largo y oscuro) ya era un gran periodista, Gedeón (quien con su plumífero recordaba a un punto sobre una «i»), rabino en Montluçon, tú (trenca), literato, Foster (abrigo, guantes de lana) ambicionaba morir siendo prefecto. Trece hacía unos años que estaba criando malvas.

Fue en la Rue de la Terre-de-Feu, te acuerdas tú, respaldado en el murete del metro Place-des-Fêtes, entre descenso a los Infiernos y Jardin d'Éden, bajo el cielo estrellado del paraguas y la lluvia que gotea del cielo malva, fue en la Rue de la Terre-

* Siglas de «francotiradores y partisanos» franceses. (N. del T.)

de-Feu (¿o más bien en la Rue du Rio-de-la-Plata?) donde Roger el Belga hizo su teatral aparición: sin afeitar, con los puños hundidos en los bolsillos de una vieja parka manchada de grasa y mazut, sin poder apenas distinguir el mundo a través de sus enormes cristales de culo de vaso, uno de los cuales estaba estrellado como por una bala del 22, pero en realidad era sencillamente porque un día, en el ardor de una discusión política, Rolge (era su diminutivo), quitándose de sopetón las gafas de la frente (de tanto que le habían sacado de sí las argucias socialdemócratas de su interlocutor), las estrelló sin querer enérgicamente contra una jarra de Pils. Dados sus antecedentes y su facha, Rolge era probablemente el tipo más controlado por las diferentes policías políticas entre Amsterdam y París, e incluso bastante más allá, seguramente bastaba con que apareciera en cualquier sitio para que se encendiera un intermitente entre los polis locales, no obstante jamás se movía sin un extraordinario despliegue de precauciones, saltando en marcha de los tranvías, comprándose un billete de tren para Knokke cuando tenía previsto plantarse en París, acomodándose en un cine para volver a salir un cuarto de hora más tarde, metiéndose por direcciones prohibidas con su viejo 4L: y fue así, como un personaje de espía en una película cómica, como hizo su aparición el día del entierro de André, tras cruzar la frontera a través de los jardines obreros, andando a paso de lobo por la nieve fangosa, lanzando a todo quisque, desde detrás de sus cascados ojos de buey, unos guiños que significaban que estaba allí de incógnito, que bajo ningún concepto le diéramos la mano. Coño, eso me recuerda a un tipo, le dices a la hija de Trece respaldado en la pared de la escalera a los Infiernos: figúrate que sigue viviendo en la clandestinidad, ahí, a fecha de hoy, a comienzos del siglo XXI, porque se imagina que en su día hizo cosas horribles, tremendamente ilegales. Se llama Denis: Denis Masseclous. Por más que le explicas que aunque hubiera matado a alguien —lo que evidentemente no es el caso: lo peor que hizo fue participar en algunos repartos

de octavillas algo expeditivos—, hasta en un caso así el asunto habría prescrito hace mucho: pues nada, menea la cabeza, nos mira con aire compasivo, él sí sabe que lo que hizo es infinitamente más grave que todo eso, que un simple asesinato, que además el derecho burgués... ¿De verdad hemos olvidado nuestros principios marxistas hasta el punto de confiar ahora en el derecho burgués? No no, «ellos» le siguen la pista. Y a nosotros también, claro, «ellos» simplemente aguardan el momento favorable para atraparnos. Si nos hemos vuelto tan flojos como para estar tranquilamente a la espera de que nos echen mano, es cosa nuestra. Pero a él, «ellos», no le pillan. Nos mira con conmiseración. Vive con nombres falsos, cambia de dirección dos veces al año, tiene buzones en casa de amigos, malvive con traducciones y currando de negro. Pero joder, Denis: ¿al final qué hiciste que fuera tan grave? se mosquea uno. Nos mira con aire de complicidad: lo que hizo, bien que lo sabemos. Y si no lo sabemos, no va a ser tan gilipollas de decírnoslo. Aparentemente, ha perforado una mina formidable hasta el corazón del viejo mundo, pero si no estamos al tanto, no va a ser él quien nos entregue los planos. Para lo que haríamos con ellos... Creo, le explicas a la hija de Trece, que así está bastante contento: ha asumido un presente algo complicado a cambio de un pasado fabuloso, que se refleja en el presente y lo vuelve grandioso. Así se las apaña con el tiempo. Me topé con él hace un mes en la barra de un café del Odeón, e hizo como que no me conocía. ¿Cómo, no me reconoces, Denis? le solté a gritos. ¡Denis Masseclous! Yo vociferaba su nombre adrede. El bobo los huevos estaba aterrado, literalmente huyó.

Rolge, la primera vez que te lo encontraste, te señaló un edificio alto en una gran avenida de Bruselas con un movimiento de barbilla (iba al volante de su 4L —¿o era un R6? De todos modos, un carro de nada, no un Aston Martin): «La OTAN, te dijo con sobriedad, va a saltar por los aires esta noche». En el

tono profesional de un guía que hubiera anunciado a los turistas de un autocar: «La OTAN. El edificio fue construido en 1950 en puro estilo internacional». Con una leve sonrisita de soslayo un tanto fatua del estilo «¿has visto que controlo informaciones de la hostia?», pero nada más. En aquellos tiempos en que nada parecía imposible, aquello la verdad te había estomagado, pero sabías mantener el tipo, no mostraste sorpresa ni le hiciste ninguna pregunta indiscreta. Cuando llegó la noche, por supuesto no pasó nada, se frustró la Tercera Guerra Mundial. Así era Roger el Belga: charlatán, fanfarrón, peligroso, pero eficaz pese a todo en ciertos terrenos. Le gustaba prestar servicios, sin preguntarse gran cosa sobre el tipo de servicio. Era en el fondo del corazón un portador de maletas que no se preguntaba qué había en las maletas. O más bien lo sabía de sobra, pero dejaba a los demás, a los destinatarios, la responsabilidad de las consecuencias imaginables. Comenzó su prodigiosa carrera a los catorce años como correo de la Resistencia. «Mozo de los recados», como decía él, con una vieja expresión caída en desuso. Detenido, torturado, deportado, logró evadirse, gracias a un bombardeo, del tren que lo llevaba a Dachau, y cruzó Alemania a pie entre la nieve y el fuego del invierno 44-45. En Moscú, a los veinte años, le enseñaron a falsificar documentos y le dio la mano al camarada Stalin. De todo aquello conservó una foto mala recortada del *Komsomolskaia Pravda*, y un talento de falsificador y bebedor de vodka que él ponía gustoso a disposición de los demás. Esa doble especialización estuvo a punto de costarle la vida una noche de 1960, en la que, después de achisparse, fabricó para un clandestino del FLN-Francia un pasaporte sueco técnicamente irrefutable a nombre de Sigbjorn Wilderness (o a lo mejor... en fin, un nombre así), estatura 1,86 m, cabello rubio ojos azules: los hermanos argelinos, que no cultivaban ya gran cosa el sentido del humor, tuvieron que contenerse para no degollarlo vivo. «Se lo tomaron bien, recordaba Rolge: se limitaron a cascarme una multa. Una buena multa.» Por entonces se gana-

ba la vida haciendo bolsos en los barrios finos de Bruselas y pintando Delvaux y Magritte falsos, pintores que ponían la metafísica al alcance de los burgueses y cuya cotización empezaba a subir en consecuencia. Para salvar el pellejo pintó y vendió, carísimas, las dos telas de Magritte catalogadas irónicamente con los títulos idiotas de *Un poco del alma de los banduridos* y *Memorias de un santo*. Rolge pretendía también que durante sus andanzas de ratero le había mangado la cartera por casualidad, en la Avenue Louise (otras veces decía en la Place de Brouckère), a una burguesa que resultó ser la madre de Henri Michaux. La verdad es que Roger el Belga se hacía querer. Era un tipo eminentemente poético, un anacronismo, un viejo pecio histórico. Lo único que frecuentar tanto tiempo los pequeños tráficos de la Revolución mundial, o lo que quedaba de ella, lo había vuelto escéptico e incluso algo cínico. Seguramente ya no creía demasiado en todas esas historias, pero a la larga se habían convertido en su fondo de comercio, o en todo caso en su carta de visita. Como un Bloch cualquiera exhibiendo sus buenas migas con los Guermantes, él alardeaba de sus relaciones con los Black Panthers, el IRA, ETA, los Tupamaros, los Montoneros, los Zengakuren, los Weathermen y otras bandas donde se conjugaban aspiraciones a la santidad y una clara tendencia al asesinato. Os hablaba de Eldridge o de Ulrike como de viejos compañeros de farra. Eso os sacaba de quicio, y os preocupaba, pero también os impresionaba. De creerlo había pilotado al Che, en 1965, hasta las junglas del ex Congo belga, y a lo mejor era verdad, ¿cómo saberlo? La escapada de Guevara a África resultó una histrionada tan grande... «Yo era su pareja al ajedrez, estaba loco por el ajedrez, con él se le pasaba la rabia que le producían el amateurismo y la corrupción de los congoleños. Tenía la manía de jugar dándole la espalda al tablero, me indicaba su movimiento, yo le movía la pieza, le decía mi respuesta, él retenía y visualizaba todas las posiciones de memoria: en la vida he visto nada parecido. Pero yo era sobre todo su encargado de asuntos sexuales. Le

ofrecían chicas por todas partes, a la entrada de cada pueblo por encima del lago Tanganika», me contaba en los bares sobrecargados de Mouscron o de Tournai, donde a veces quedábamos para arreglar asuntos turbios: «vírgenes magníficas, oscuras y brillantes como los discos de vinilo, con senos en forma de obús, y nada amedrentadas, al contrario muy contentas de ser entregadas al gran revolucionario blanco. Lo que pasa es que Ernesto era terriblemente puritano y, por si fuera poco, asmático, como sabes: así que a mí me tocaba cepillármelas a todas por él, estaba en juego el porvenir de la Revolución en África, ya me entiendes: rechazar a aquellas chicas habría sido un grave insulto, y el pueblo se nos habría puesto en contra. Y ya de por sí teníamos poco apoyo...» ¿Y los jefes, le preguntaba yo, no veían como una ofensa que fueras tú el que desflorara a sus Ifigenias en lugar del Che? «Claro que no, porque creían que yo era el gran jefe cubano, y no aquel barbudo ensimismado y sudoroso, y jadeante, al que llamaban *Tatu*, “Tres” en suajili, y que ni siquiera hablaba belga.» Rolge se había vuelto también un poco verde con el tiempo y el desencanto, dejaba entender que cambiaba encantado una carga de plástico en Atenas, camuflada en las puertas de un Volkswagen («el más abombado de todos los coches, puedes forrar cada puerta con treinta kilos»), por una noche con una joven egeria de la resistencia a los coroneles. Pero cómo no iba a hacerse querer un tipo que había cruzado a pie la Alemania nazi, le había dado la mano a Stalin y se había acostado con las *majorettes* destinadas al Comandante. A su manera aquel viejo harapiento era la Historia, y la Historia era a vuestro juicio el gran libro donde estaba escrito todo, pasado presente y porvenir, la recopilación de las tradiciones y las profecías.

Era como Demetrios: también él se hacía querer y respetar. Siendo muy joven, en la Grecia ocupada, fue partisano, miembro de un grupo dirigido por un inglés de los SAS. Cuando los alemanes lo atraparon le pusieron en la cabeza un casco

con unos tornillos a cada lado que el interrogador iba apretando despacito. En aquel torno, Demetrios se quedó ciego. Fue liberado en el 43 por partisanos comunistas del ELAS. Ya no podía combatir, así que cantaba para los camaradas en los vivacs. Parece un poco demasiado homérico para ser cierto, pero resulta que efectivamente es cierto. A veces la vida imita a las letras. En el curso de la primera guerra civil, a la Liberación, volvieron a apresarlo y torturarlo, esta vez los monárquicos, cuyo instructor era el mismo SAS que mandaba su primer grupo de partisanos, espero que me sigas, le dices a la hija de Trece. Después, Demetrios se hizo marino. Radio en un carguero: estaba ciego, no sordo. Un día de 1947, su barco había aparejado en Port Said con dirección a Marsella cuando recibió un mensaje instándole a desviarse hacia el Pireo. No se lo transmitió al comandante. Había comprendido. Acababa de estallar la segunda guerra civil, y la tripulación era una pandilla de rojos, marineros al estilo de los del crucero *Aurora*: querían arrojarlos a todos a unas mazmorras, si no a unas fosas comunes. En Marsella, los estibadores de la CGT hicieron huelga para que pudieran desembarcar él y sus camaradas y se les concediera el estatuto de refugiados políticos. Fue pocos meses antes de que muriera el teniente en un rach del Mekong, en la otra parte del mundo, despedazado por su propio obús. Ninguna relación entre ambos hechos, salvo que era el principio de la guerra fría. El teniente y Demetrios, a un lado y otro de la Tierra, se encontraban en campos opuestos de esta guerra. Habían estado en el mismo contra el fascismo. Pronto desembarcaría un transporte en el puerto de Marsella, con entre otros el féretro del teniente cubierto con una bandera tricolor. No tendrías un año. El ciego no vería el barco de las Messageries salvando las escolleras, pero tal vez oiría su sirena. Como todos los ciegos era atento a los ruidos, y especialmente a los ruidos de los puertos entre los que había discurrido una parte de su vida. Más tarde abriría un restaurante en L'Estaque. Mucho después, tal vez veinte años

más tarde, alguien —quién, ya no te acuerdas— te daría su dirección, diciéndote que podría ayudaros. Irías a comerte una paella en aquel restaurante, con Trece (el cocinillas era un viejo rojo español, como la mujer de Demetrios). El mar lanzaría salpicaduras sobre las paredes. Habría en una percha un loro cuyos horribles estridores reproducirían vagamente el himno del quinto regimiento de la República española, el brazo armado de los estalinistas en Madrid: *con Líster y Campesino, no hay miliciano con miedo*. Todos los loros son estalinistas, la verdad, le dices a la hija de Trece: estalinistas o fascistas, ¿no lo sabías? Ese pico, esas garras, esas cizallas, ese ojo inexpresivo... Ese gusto por el alarido, esa pasión por la imitación... En fin, por supuesto en la época yo no pensaba exactamente así. Me parecía que aquel loro hacía bien en berrear el himno del *quinto regimiento*. Me encontraba en una especie de connivencia con él, como si fuéramos miembros de una misma sociedad secreta. ¡*No pasarán!* Luego, en el momento de pagar, preguntamos por Demetrios. Venimos de parte de... de ya no sé quién, vamos. Del camarada Schmoll, pongamos. Aunque a lo mejor era Fishauí, ahora que lo pienso. Y fue así como empezamos a colaborar. Demetrios es el tipo más valiente con el que me he topado. Su casa siempre estaba abierta para los amigos perseguidos, cargaba con nuestros utensilios, de noche, a través de los cordones de policía, en su coche, que conducía el cocinero español, confiando en el respeto que debía inspirar a los polis su placa GIG, gran inválido de guerra. Eso no quitaba que si lo pillaban le caía la expulsión, y Grecia, entonces, era la dictadura de los coroneles. Demetrios se jugaba la vida por ocultar a nuestros compañeros o acarrear nuestras alcancías porque pensaba que éramos más sus hijos que su propio hijo. Me acuerdo de una tarde en la parte alta de Marsella, le dices a la hija de Trece, a nuestros pies se desmoronaba la ciudad en sombras y luces bruscas hacia el mar, donde los cargueros iban tirando de su estela, ya no sé dónde era exactamente pero me acuerdo del muro malva rayado con

trazos blancos, y que aquel paisaje estaba enmarcado por una pérgola en la que se enredaba un emparrado. Y me acuerdo de haber pensado con pena que aquella belleza le estaba vendada a Demetrios para siempre. Ese recuerdo me sorprende porque, como ya te he dicho, no éramos sensibles a la belleza. Y sin embargo, estoy seguro de esto: la serenidad que emanaba de aquel luminoso crepúsculo en el que volaban como plumas las estelas, y sobre el que se perfilaba el rostro devorado por la sombra de Demetrios mientras me decía que le decepcionaba su hijo, que lo traicionaba su hijo, que aquel idiota sólo tenía interés por los coches y las chicas, que no era como nosotros. Y formar parte de aquel «nosotros» se me antojó, aquel atardecer, a la vez un honor y una injusticia, y el sufrimiento de Demetrios, a quien la luz del crepúsculo y sus ojos muertos prestaban una máscara trágica —una máscara de viejo Edipo—, me pareció a la vez hermoso e insensato. Me hacía, me nombraba su hijo por decreto —sin saber que mi padre había, como suele decirse, «encontrado la muerte» antes de encontrarse conmigo— en sustitución de un hijo que, así lo sentía yo en contra de mi austero sectarismo, lo único que pedía era vivir, con el imprescriptible derecho que asiste a todo quisque de ser un perfecto gilipollas. Que Demetrios, el mártir al que habían dejado ciego los fascistas, el aedo partisano que cantaba en los vivacs, que ese hombre me hiciera miembro de su familia me colmaba de orgullo, y también de temor (*Domine, non sum dignus...*), y hasta me resultaba violento, porque me parecía que era a costa de una usurpación. Pensaba todo aquello contemplando las estelas que surcaban el mar. El carguero mixto de las Messageries que repatrió a Francia el ataúd del teniente, me enteré muchos años más tarde, cuando «tuve edad de saber esas cosas», se llamaba *Galapagos*. Quizá tenía edad de saber esas cosas, diez, doce años o así, le dices a la hija de Trece, lo cual no quitaba que me entrara la risa con ese nombre, «Galápagos», y aquellas ganas de reír me resultaban horriblemente violentas, me daban muchísima vergüenza.



Me lo repetía en la cabeza, durante horas, «Galápagos, Galápagos», intentando llorar, o al menos mantenerme serio, pero dentro de mí se me formaba un tremendo descojono que acababa por explotar. Por suerte, mi madre no estaba al tanto del motivo de mi hilaridad, pensaba que estaba trastornado de los nervios. Y seguramente era verdad, claro.

Pensaba también en eso, aquel atardecer, contemplando las estelas que surcaban el mar. Y las Galápagos me hacían acordarme de aquella historia increíble que cuenta Jan Valtin —era un alemán, un marino rojo, un dirigente del Komintern. ¿Y el Komintern? Oye, mira, eso lo buscas en una enciclopedia. En Internet si quieres. Se embarca en un viejo paquebote, en Hamburgo (o quizá es en Bremen) en la primavera de 1919. Los espartaquistas han sido aplastados, Rosa Luxemburgo asesinada, su cadáver arrojado al Landwehrkanal. El barco está repleto de revolucionarios, de rebeldes de todas las obediencias, hombres feroces que huyen de los pelotones y los grupos paramilitares. Una vez en el mar, dan un golpe de mano. Los oficiales se atrincheran en el puente de mando y en la sala de máquinas, en el resto del barco reina una libertad salvaje. Hay burdeles, timbas, tatuadores, mítines y asesinatos políticos. Se somete a votación qué hacer. Unos plantean hacerse piratas en el Atlántico Sur, pero la propuesta que aglutina la mayoría de los sufragios es establecer una república soviética en las islas Galápagos, y pedir a los bolcheviques armas y mujeres. Es curioso, esto me hace pensar en una idea peregrina que tuvimos Trece y yo, cuando acabó todo. Ya te lo he dicho, estábamos la verdad desesperados. Aliviados y desesperados. No teníamos la intención de volvernos burgueses, pero sentíamos que iba a resultar difícil. Entonces, al tiempo que nos pimplábamos unas cervezas en el bar belga, en Port-Royal —era nuestra parroquia—, se nos ocurrió preparar un adiós burlesco a la Revolución. Toda la peli por última vez, desde el prin-

cipio hasta el final, a cámara rápida. Desembarcábamos unos cuantos, a bordo de una zodiac, en una islita anglonormanda, Sark. Esa isla es un juguete, entre diez en una hora, hasta con pistolas de plástico, podíamos controlarla por completo. Hay una especie de soberana, la derrocábamos y la embastillábamos. Izábamos la bandera roja en la morada de la Lady, proclamábamos el poder de los soviets, la colectivización integral de las tierras, y la cerveza y el whisky por la cara: primer día. El segundo, cierre de fronteras, prohibición de venta de periódicos, instauración por decreto de la industrialización a ultranza y la planificación, y puesta del puerto (del tamaño de una pista de tenis) a disposición de la flota cubana (los rusos nos parecían demasiado blandengues, demasiado razonables, y los chinos nos quedaban demasiado lejos). El tercer día, inventaríamos un complot y detendríamos a algunos de nosotros. Tú serías Trotsky-Lin Piao, le decía yo a Trece, intentarías escaparte en balsa neumática. Él prefería que fuera yo. Ya veríamos. El cuarto empezarían los procesos. Requisaríamos una granja para convertirla en campo de trabajo. No previmos nada más para los días siguientes, porque nos parecía que la paciencia de la Corona británica tenía sus límites y nuestro espectáculo no aguantaría en cartel más de cuatro días. Nos defenderíamos heroicamente con metralletas de fulminantes y pistolas de agua. Una vez más, la Revolución sería asesinada. ¿Y qué pasó? te pregunta la hija de Trece. Nada. No tuvimos cojones de hacerlo. Demetrios se equivocaba al hacerme hijo suyo. También nosotros éramos tigres de papel. ¿Y el barco alemán? Ah, eso es más novelesco. En medio del canal de Panamá, a la mitad de los candidatos a las Galápagos le entraron ganas de desembarcar. La luz, las Américas, la naturaleza... Eran todos proletas alemanes, no se te olvide, venían de un mundo en ruina y llamas, un mundo regadito de millones de muertos, que apestaba a cadáver, así que imagínate... los loros, las mariposas... toda aquella virginidad... No pudieron resistirse. Saltaron por la borda, cada uno con su pe-

tate, y nadaron hasta la orilla del canal. Y allí empezaron a caminar por la jungla, completamente empapados y perdidos. Se topan con una vía férrea, se desnudan y ponen las cosas a secar en los raíles. Pasa una locomotora, y de pronto se ven uno con un short, otro con un pantalón con una pata sólo, un tercero con una camisa cortada en diagonal, en fin todos más o menos en pelota. Y así los detuvieron. Esa historia me venía a la cabeza aquel atardecer mientras contemplaba las estelas surcando el muro azul del mar, enmarcado por las parras, aquella belleza crepuscular que ya no podía apaciguar al espíritu atormentado de Demetrios. Aquella cara de estatua con los ojos vacíos... ¡Galápagos! ¡Galápagos! Ya no me entra la risa con el nombre, pero con la historia de los espartaquistas en pelota en plena jungla de Panamá, sí. Demetrios no se reía nunca. ¿Ignoraban la risa los héroes? Yo tenía miedo de no ser un hijo a la altura de las circunstancias. Y es lo que ocurrió, porque a fin de cuentas me he convertido en una especie de literato, imagínate... Una de las cosas que me hicieron apreciar hasta qué punto había pasado, cambiado el tiempo, y yo con él, fue cuando regresé a Marsella, una vez que terminó todo, y no me atreví a ir a verle. Estoy seguro de que no entendería, despreciaría mi escepticismo nuevo, él que nunca cejó de creer en la Revolución mundial. Se pasaba las noches, después de cerrar el restaurante, manipulando un enorme y antiguo aparato de radio con el que escuchaba las ondas revolucionarias del mundo entero. Aquí Radio Pekín. Venían a continuación los primeros compases de *Oriente Rojo*. *Dong-fan-ang hong, tai-yan-ang sheng*, «Oriente es rojo, sale el sol». Una tarde, en el Harry's, Angelo borrachito perdido se puso a entonar esa especie de jipíos chinos, era la tarde de un tremendo Francia-Gales, el negocio estaba abarrotado de jugadores de rugby berreando viriles melopeas celtas y la cosa estuvo a punto de ponerse muy fea. ¡Camaradas! *Comrades!* ¡Compañeros! ¡El presidente Mao es el más grande medio melé del mundo entero! *Indeed!* ¡La Larga Marcha: un paso

atrás, dos adelante! ¡Como en el rugby! Ya ves... Los cachas con corbata de rayas oblicuas no lo entendían así. No era desde luego el tipo de recuerdo que se le pudiera contar a Demetrios. *Zhong-guo chu le yi ge Mao Zedong*... Los revisionistas soviéticos han levantado una gran piedra para dejársela caer en los pies. Los revisionistas son tan tigres de papel como los imperialistas yanquis. El Buró Político del glorioso Partido Comunista Chino, bajo la dirección del gran camarada Mao Zedong, revela que el complot de la camarilla antipartido del architraidor Lin Piao... Aquí La Voz de Vietnam emitida desde Hanoi. Arriba parias de la Tierra. Los heroicos combatientes de la DCA de Haiphong, animados por la voluntad de defender la patria socialista contra los agresores imperialistas yanquis, han abatido... Dos divisiones fantoches aniquiladas en la provincia de Quang Tri... Aquí Radio Habana. Un complot de emigrados contrarrevolucionarios a sueldo de los... Aquí A Voz da Liberdade. Contra o fascismo. Contra a guerra colonial. Por um Portugal livre e democrático! Aquí Radio Magallanes. En respuesta al sabotaje de la patronal de los camioneros, el presidente Salvador Allende decreta la ley marcial... Me acordaba del viejo rostro de Demetrios, doliente y radiante, los párpados cerrados, apretados como puños sobre sus ojos muertos, me acordaba de su rostro crispado por la atención mientras pugnaba por captar, llegados desde África, Asia o América del Sur a través de tormentas de interferencias, tan deformados, degradados, como si vinieran del planeta Marte, los raudales de la retórica revolucionaria. ¿Cómo querías que volviera a verlo? Estoy seguro de que renegaría de mí como de un mal hijo, y yo no sería capaz de hacerle comprender que un mal hijo es pese a todo un hijo. Yo no quería ver la pena que pudiera causarle, porque sabía de sobra que le costaría muchísimo desheredarme moralmente. Tenía la impresión de haber abusado de la debilidad de aquel hombre valeroso, de que era como si me hubiese aprovechado de su ceguera para robar algo en su casa. Sin contar con que

me habría preguntado por Trece: ¿y qué querías que le dijera? Que había muerto, de acuerdo, pero ¿cómo? ¿Crees que la muerte de tu padre era presentable? Mucho más tarde, hace unos años, volví a L'Estaque, había transcurrido bastante tiempo, estaba dispuesto a ver otra vez a Demetrios, busqué su restaurante, pero en su lugar había una sucursal bancaria.

Y ahí estás, ahí estáis, tú tirando de ella bajo la bóveda celeste portátil del paraguas, de nuevo estáis en la Rue des Solitaires, en sentido bajada esta vez, hacia el oeste o sea RUE DE PALESTINE CIRUGÍA DENTAL ABOGADOS DEFENSORES ESCUELA MUNICIPAL DE NIÑAS FARMACIA DEL PUEBLO CARNICERÍA BELLEVILLOISE RESTAURANTE LA PERDRIX ROUGE ¿qué te parece que es: el punto de encuentro de las perdices revolucionarias? Oh perdón se me escapó. La iglesia de Jourdain, que da la impresión de una pequeña catedral. Joder, ¿adónde ha ido a parar ese carro? ¿Nabéis visto a Mirza? Y sin embargo juraría que lo aparqué por aquí. En fin, entre Jourdain y Télégraphe, digamos... en una calle en cuesta... Guipa bien, Marie, que tienes buenos ojos, tiés buenos ojos sabes... Un Tiburón, te das cuenta cómo es: se asienta sobre sus cuartos traseros, como si fuera a saltar, el morro de escualo estirado hacia delante, sí, un animal híbrido, anfibio, medio esfinge medio tiburón, con grandes ojos giratorios. Gris metalizado, una pieza de platería. Lo reconocerás de lejos. Un buen coche también, dicho sea de paso, para cargar como quien no quiere la cosa sustancias fulminantes: tiene las puertas muy abombadas, quizá hasta más que el Escarabajo. Rolge ocupaba un chalet a las afueras de Bruselas, en Waterloo. Me ponía negro esa dirección, porque siempre he sido un tanto bonapartista, incluso entonces. No alardeaba de ello, eso no se hacía en nuestro mundillo. El pueblo de París, en la época en que era revolucionario, saludó no obstante con barricadas los funerales de un general del Em-

perador, Lamarque: precisamente en esa movida es cuando matan a Gavroche. Pero ¿quién se acuerda ahora de eso? El pueblo bonapartista erizó toda la zona de barricadas, en 1832, le explicas a la hija de Trece, extendiendo el brazo hacia Pyrénées, Rigoles y Cascades y todas las calles que bajan hacia Ménilmontant. Una casucha de pedernal atiborrada de viejos periódicos hasta el desván, eso era la guarida de Rolge, había que circular por allí dentro recogiendo con precaución los hombros como en las trincheras de una excavación, una tumba antigua que tuviera por tabiques pilas amarillentas de gacetuchas y revistas, millones de hojas, de líneas de plomo sedimentadas, toda la historia de Europa y el mundo desde la Liberación, ese era el tesoro de Rolge. Y era una tumba, la verdad, una inmensa fosa común contenida en aquellas murallas de papel. Fue en aquellas colecciones roídas por los ratones de Waterloo donde viste mencionada por primera vez, en pequeño en un número de *Le Monde* del año 1948, la muerte del teniente en un rach del Mekong, no lejos de My Tho, «en el curso de una acción entre elementos del cuerpo expedicionario y rebeldes vietminh». Fuiste buscando, mediante calas sucesivas, ese año en que, apenas nacido, quedaste marcado, como una pieza de carnicería abierta en canal, con la tinta violeta de la muerte. De la muerte o de la ironía del destino. Los espartaquistas en pelota en medio de la jungla, los resistentes muertos por su propio obús en los canales de un río de Extremo Oriente... así deliraba la Historia. Aquel suelto de *Le Monde* hacía pasar la muerte del teniente del estado de desgracia doméstica al de *res gesta*, acontecimiento inscrito en el Gran Registro, hazaña casi: así de conchabado está lo escrito (no la imagen) con la Historia. ¡Galápagos! ¡Galápagos! Cuando algo más tarde os preparabais para trincar al general retirado Chalais, director general de Atofram, le pondrías el nombre en clave de «Galápagos»: porque las tres primeras letras formaban la abreviatura de su grado, pero también por razones que venían de mucho más lejos. No te atreviste a contarle tu descubri-

miento a Roger el Belga, como tampoco te atreverías a contarle a Trece, unos meses más tarde, mientras te echabas con él unos cigarrillos en el Citroën blanco robado, lo que te sugería ese nombre de My Tho que citaban en la radio. Rolge estaba entonces dando cuartel a un desertor del ejército estadounidense, un negro alto que había huido de Vietnam con la ayuda de una puta pacifista de Frankfurt. Black Jack, así lo llamaban, dormía sobre un montón de *Humanités* de la época grande, entre *Esprit* y *Temps modernes*. Cuando uno llegaba donde Rolge con el crepúsculo veía de lejos su caseto al final de la carretera, en la llanura de Waterloo, especie de chalet de bruja iluminado como un Magritte cotizado, y auténtico, este sí.

Una vez bombardeé Vietnam, le dices a la hija de Trece. Fuera de bromas. Me acuerdo de las rejillas parpadeantes de Hai-phong ascendiendo desde el horizonte a mi encuentro, la hierba que me había fumado y el silbido terebrante de los ocho reactores me habían dejado medio tarumba, cinco horas ya con aquel cisco desde que despegamos de Guam, Bob Dylan canturreaba con sordina in the darkness of the night I seem to wander, to wander ¿cómo seguía? ¿unhappy? ¿unrestly? en la cabina del B-52 que los indicadores luminosos de los instrumentos ocelaban con fulgores pobres. El B-52, una de las poquísimas cosas que no han cambiado desde aquellos tiempos. ¿Ya te lo he dicho? Da igual. Lo digo otra vez. Nada más acabarr otra vez a empezar.* Damos vueltas alrededor de la ciudad, en torno al pasado, al negro sol de la melancolía. La anémona y la aguileña. La ciudad del Gran Cadalso y de la Rueda. Si acaso un pequeño cambio de look, el B-52, y en marcha sin escalas de ¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú a Desert Storm. Es un avión que te da la ilusión de no haber envejecido, que data de los tiempos en que se circulaba en

* Estribillo de una canción de Léo Ferré. (N. del T.)

dosca con pegatinas contra la guerra en los cristales. Un bombardero que te acaricia la moral en el sentido del pelo, si se me permite la expresión. Yo estaba en la cabina trasquilán-dome una Budweiser no demasiado fresca cuando los congs apagaron todas sus putas luces, como si se bombardeara a ojo, Paulina L. (yo había bautizado a aquel cacharro volador con el nombre de la mujer a la que quería) estaba todavía a cuarenta millas náuticas del objetivo, el puerto de Haiphong. Me acuerdo de las bombas haciendo brotar fuentes de llamas en la noche azulada a lo lejos, muy lejos bajo nosotros, columnas de llamas en la noche sepia bajo las alas color hojilla de afeitarse, las largas alas flexibles, las tan gráciles y turbadoras alas bien torneadas tornasoladas de luna de Paulina L. al tiempo que yo iniciaba, a 35.000 pies, el impecable viraje que nos devolvería allá por el alba, mal afeitados y un poco stoned, exaltados y cansados y no demasiado orgullosos, en el fondo, al océano Índico, los chiringuitos de playa y las chicas para soldados. Abajo los «heroicos combatientes de la defensa antiaérea de Haiphong» disparaban cohetes a ciegas, se veían sus algodonosas estelas haciendo tirabuzones en pos de los señuelos. Tontos de congs... Aquello parecía unos lamentables fuegos artificiales de Memorial Day en el más lamentable de los villorrios del Mid-West. I'm beginning to doubt, I'm alone and there is no one by my side. Era en la *Fête des Loges*,* cerca de Saint-Germain, y yo andaba enfrascado con una máquina, una Bombing Vietnam, que desde luego me había parecido más atractiva, más irónica que el Death Ring de Indianápolis o la caída en kayak a las cataratas del Niágara. Paulina L. estaba a mi lado, todavía; en el óvalo de su rostro se sucedían expresiones de entusiasmo juvenil y otras de insondable tedio burgués. Toda vestida de negro, como solía. Otras veces yo la llamaba Leila, mi pequeña noche. Ella tenía... es curioso, sí,

* Gran feria veraniega que sigue existiendo, desde 1825, en el bosque de Saint-Germain-en-Laye. (N. del T.)

tenía la misma edad que tú ahora, le dices a la hija de Trece. Yo la quería y creo que también ella a mí y sin embargo era como si ya no nos quisiéramos. La quería porque era guapa, sencillamente, pero también porque en mi fuero interno personificaba esa inexperiencia que me apetecía instruir, quizá con gran presunción por mi parte, despóticamente quizá. La quería porque era la juventud que yo estaba abandonando entonces, sin percatarme de ello, una especie de porvenir radiante que a diferencia del otro, el abstracto, el grandioso, podía amoldar a la forma de mis brazos, de mis piernas: pero que perdería de un modo aún más brutal que el otro. Y luego en fin la quería porque estaba escrito, porque tenía que ser así, era mi destino. ¿Es irracional? De acuerdo. ¿Y por qué resulta que ya no os queráis? te pregunta la hija de Trece. Eso... Vivíamos en mundos muy alejados uno del otro. Yo, sabes, seguía metido en todo aquel teatro... teatro de sombras... aquella mitología, si quieres. Era un viejo fantasma. Ella quizá estaba más metida en la realidad, no sé. En otro sitio, seguramente, muy lejos. En fin ya ves, no soy muy listo, sigo sin aclararme.

Ahora bajas por la Rue de Belleville, como arrastrado por la cuesta ZHEN FA COCINA ASIÁTICA PARA LLEVAR CARNICERÍA DE BUTTES CASQUERÍA CINQ À SEC JOYERÍA CHAPADO EN ORO Y PLATA MACIZA QUESERÍA FRUTERÍA el cielo está entre amarillo y rosa ni que fuera una rodaja de foie gras, perlas de lluvia en el parabrisas de los coches, BAR TABERNA DE VINOS BUFFET FRÍO LA CAGNOTTE AUX JARDINS DE FRANCE LE DRAGON GOURMAND COCINA ASIÁTICA PARA LLEVAR CARLA ZAPATERÍA CARNICERÍA HALLAL un torso de hombre de yeso con un slip a rayas negras y blancas en el escaparate de una farmacia te sugiere, aunque eso sí muy confusamente, un pasaje muy tortuoso de una novela de Nabokov, ¿no sería *La dádiva*? de todos modos

ya no te acuerdas y además no entendiste gran cosa, de eso te acuerdas, CONSUMA CASQUERÍA AHORRE DÍA A DÍA. Jean d'Audincourt vivía por ahí antaño, con Clara. Por ahí, pero ya no sabría decirte dónde. Por lo demás es probable que el edificio haya sido destruido. Era uno de esos pequeños edificios de dos, tres alturas, con desconchadas persianas de madera sobre la calle, tejados inclinados de zinc, que debían de estar ya allí en los tiempos de la Comuna. No puedes imaginarte lo distinta que era la ciudad entonces, Marie, le explicas a la hija de Trece. Y sobre todo por aquí, se estaba en pleno siglo XIX, había una densidad de espectros que era casi palpable. Eran casitas, trocitos de jardín, talleres, escaleras, callejuelas con adoquines... Ese París antiguo casaba de maravilla con nuestros paisajes interiores. Fue en la época del presidente Pompe cuando empezaron a arrasar todo el pasado. El presidente Pompe había compuesto una antología de la poesía francesa, pero detestaba el pasado. Muerte a la Historia, enriqueceos... se acabaron imponiendo sus consignas. Al final resultó ser bastante moderno aquel pedazo de auvernés. Lo que pudimos detestarlo... A de Gaulle, antes, por más que nos empeñábamos... para los menos gilipollas de nosotros, por lo menos, era difícil. Pero a Pompe, en cambio... Jean y Clara, cuando vivían por aquí fue antes de marcharse a Sochaux. Ya te dije, Sochaux, entre nosotros, era un poco como Siberia. La inmensa fábrica, las milicias Peugeot, el frío, la ruralidad... Ni una ciudad grande en el horizonte. La noche, vaya. Si los mandaron allí, fue para «reeducarlos», como decíamos entonces. Ya ves... Siguieron yendo de vez en cuando al cine, se negaron a vender un piano vertical con el que Clara tocaba cada tanto un *Estudio* de Chopin, conservaron en su escasa biblioteca, bien a la vista, los *Escritos* de Lacan (tras el que tenían escondido un revólver). Todo esto era de lo más herético. Hasta la pachorra de él resultaba sospechosa, la pinta que tenía de Gaston Lagaffe: en aquellos años ni el cuerpo podía dejar de reflejar la pureza de las posiciones de clase. Jean era

más bien girondino, se notaba nada más verlo. Tenía el aire plácido y desdeñoso de un camello. Así que los largaron allí en plan reconstituyente. Mucho después, hace poquitos años de hecho, tras la muerte de Jean, Clara me narró la barriada obrera de tránsito de Audincourt, le dices a la hija de Trece. Los trapos para el suelo plagaditos de cucarachas. Los regresos del curro de madrugada, con los platos sucios muertos de risa de la cena de los «camaradas», el olor a salsa de tomate y tabaco fríos, las colillas plantadas en la salsa de tomate reseca, la tinta de la *ronéo* vietnamita en las sábanas, las latas de cerveza vacías en el cubo de la ropa sucia. Las ganas de llorar y de dormir, pero no, no hay tiempo, hay una «reu» ahora mismo, en el cuarto de ellos. El vecino yugoslavo al que deja sólo su mujer cinco minutos, y cuando ella vuelve se lo encuentra colgado con la tele puesta. Aquella minuciosa tristeza, con la bruma ejerciendo de tampón sobre todo aquello. La dureza de quienes ellos creían que eran sus amigos. Y yo también fui entonces un cabrón con ellos, le confiesas a la hija de Trece. En realidad, lo más fastuoso que tuvo en su vida Jean d'Audincourt fueron sus exequias. Porque también se murió. La muerte no conoce ley. Exequias en Saint-Louis-des-Invalides: como un mariscal de Francia. Había, bajo las banderas acribilladas por la metralla y el sol invernal, generales, prefectos, curas, antiguos izquierdistas (esto se convirtió en una tarjeta de visita). Todos retirados. Allí estaba yo, antiguo izquierdista retirado, asistiendo a los funerales religiosos y militares de mi amigo Jean d'Audincourt, antiguo izquierdista rigurosamente muerto. Para descojonarse. Hojas de roble, pabellones republicanos, sables e hisopos, legiones de honor, estrellas rojas, bajo las banderas de los reyes y los emperadores. Tanta pompa patriótica era debida a su padre, compañero de la Liberación. Aquellos viejos señores emperifollados, aquellas señoras con pieles que sugerían la edad de las cavernas, algunos de ellos tuvieron que ser en su día jóvenes como mínimo igual de intrépidos, y por mejores razones, que nosotros.

Un 18 de junio de antaño, uno de aquellos ancestros heroicos invitó a Danton a colocar una corona de flores en compañía suya en el memorial de la Resistencia de Mont-Valérien. Bo-casas cristiano de izquierdas, Dedieu era famoso por haber «liberado la catedral de Chartres». ¿Y qué era eso de «liberar la catedral de Chartres»? te preguntabas tú (incluso en la época en que, en cuestión de preguntas, te hacías las mínimas). ¿Los alemanes se habían acantonado en los confesionarios? ¿Lanzaban los V2 desde la cripta? Hombre, la catedral de Chartres no era lo que se dice el Alcázar de Toledo... Decididamente los intelectuales eran incurables. Hasta cuando eran valientes seguía quedándoles un poso de charlatanismo. Era como Hemingway «liberando» el Ritz. En aquel momento buscaban a Danton por incitación al asesinato de agentes de la fuerza pública. La verdad, una vez más se pasaron en la catalogación, pero el ministro del Interior, el infame Saint-Marcelin, no se andaba con sutilezas retóricas y había que reconocer que Danton, en su calidad de director de vuestro periódico, había asumido la responsabilidad de artículos cuya delicadeza no saltaba a la vista. Si aquel liberador de Chartres lo invitó, fue para dar por culo al presidente Pompe, quien había declarado que por lo que a él hacía los resistentes le daban por culo. Con su corona de flores en los brazos, pues, Danton os representaba a vosotros, el desmadre* izquierdista, los «vándalos», los presuntos «nuevos resistentes». Porque cuidado, le dices a la hija de Trece: también a nosotros nos iba el énfasis, y hasta la ampulosidad, desgraciadamente. Todo discurrió como cabía esperar, los polis se abalanzaron sobre Danton en el momento en que estaba colocando su corona, él se resistió un poco, lo que creó todo un revoltijo de pétalos escarlata y diafragmas foto-

* *Chienlit* en el original; alusión a la frase supuestamente pronunciada por De Gaulle durante los acontecimientos de mayo del 68: «La réforme, oui; la chienlit, non». (N. del T.)

gráficos, de porras y condecoraciones, gafas volando e insultos históricos, lo arrastraron por el suelo y le pusieron las esposas al son del *Canto de los partisanos*; total un escándalo monumental que encantó, más que a nosotros si cabe, al compañero de la Liberación. A Danton lo enchironaron, por descontado, pero como de todos modos habría caído tarde o temprano, ya puestos, mejor así. En Saint-Louis-des-Invalides yo contemplaba a aquellos viejos resistentes, Dedieu ya no estaba entre ellos, había muerto diez años antes, y yo me preguntaba qué aspecto habría tenido el teniente. Seguramente habría estado allí. Sin duda entre los asistentes figuraba gente que llegó a conocerlo. En cualquier caso, no era al hijo a quien enterraban aquellos condecorados, era al padre, a título preventivo. En efecto, no iba a tardar en tocarle a él. Su hijo le había posibilitado el privilegio de asistir a sus propios funerales. Él, Jean d'Audincourt, ¿qué tenía que ver con todo aquello? Órganos de iglesia, *Réquiem alemán* de Brahms, jeremiadas de la elocuencia católica contemporánea. Bajo la lencería fina de la historia de Francia, rebosante de polvo dorado y de venablos de sol azul, estaba toda nuestra chocheante cuadrilla, Amédée, muy a gusto él con los rinocerontes, Angelo, Fishau, Judith, Chloé, Foster, y hasta Gedeón: embutido en una cazadora de Prisunic, barbillas, la calvicie coronada por una kipá, con esa curiosa manera neandertal de estar, un poco encorvado, brazos colgando —él que era tan poco prehistórico, tan profundamente histórico. Como ausente, igual que antaño, pero afectuoso: con un afecto torpón, casi tímido, que era la marca de los años, de las distancias que nos habían separado. Gedeón era rabino en Montluçon, nunca había tenido mucho humor y no era su nuevo empleo lo que iba a dárselo, pero quería manifestar mediante algún detalle de familiaridad que no se había olvidado por completo de nosotros, que seguían quedando entre nosotros los jirones de un vínculo antiguo. Lo único, eso sí, que todo su ser se hallaba tan alejado de la familiaridad que sólo conocía, de los usos y

expresiones de cortesía, unos pocos estereotipos probablemente espigados en los *Tintines* de su infancia (porque no obstante, por extraño que resultara, existía una época muy remota en que forzosamente tuvo que leer a *Tintín*). «Hombre, ¿qué tal?», así fue como me saludó, sacudiéndome una pal-mada tremenda entre los omóplatos, en el atrio donde espe-rábamos cortados, tras el *Ite missa est*, el féretro: pura bollería fina barnizada, con adornos grabados entrecruzados, remata-da con perendengues y piñas, que semejaba una carroza o una tarta gigante de exposición, y que me producía una vergüen-za horrible porque me sentía un poco responsable.

Jean d'Audincourt se hizo periodista, reportero de riesgo, que dicen, y al final en Sarajevo se lo llevó por delante la metralla de un obús. Fuiste a buscar su cadáver, al menos podías hacer eso por él. Recurriste a un avión alquilado por una ONG francesa, un Iliushin 76 (¿o era un Antonov?) pilotado por ucranianos. La gruesa ballena de duraluminio estaba llena de palets de sardinas en aceite encorsetados dentro de unas ma-llas; todos aquellos montones de latas de conserva se inclina-ron hacia atrás en el despegue de Ancona. Mientras sobre-volábamos el Adriático, los ucranianos en mono de trabajo caqui mariposeaban por la cabina, lata de cerveza en ristre, contemplando con mirada perpleja aunque fatalista aquellos apilamientos bamboleantes cuyo derrumbamiento no sólo podía despachurrar a unos cuantos gilipollas de benditos occi-dentales entre los que figurabas tú (no hubieran visto en ello mayor inconveniente), sino sencillamente provocar que el avión se fuera al pedo. *Nievazmozhna, nievazmozhna*, nada que hacer: tus vagos recuerdos de ruso te permitían captar aquello. No obstante, dado que la evaluación del riesgo varía enormemente en función de las tradiciones nacionales, a aquellos tíos la cosa básicamente se la traía floja. Habían sido alquilados por unos franceses para acarrear papeo a unos mu-

sulmanes, lo que ya de entrada no les entusiasmaba. Si de ellos hubiera dependido, habrían preferido beber Slivovic en compañía de los serbios que en cuestión de minutos, tiroteando desde las colinas en torno a aquel fucking Sarajevo, decían ellos a los benditos occidentales, obligarían a su avión de carga a efectuar una caída en picado que no convenía ni a su edad ni a sus michelines. Los millares de latas de sardinas en aceite estaban destinados al enclave de Srebrenica; cuando acabaran por llegar allí los asediados no tendrían ya oportunidad de chuparse los dedos con ellas dando las gracias a la Unión Europea y a sus estrellas mariales: haría una semana larga que yacerían bajo la cal viva. El cipote en la cabina del Iliushin, iluminado por una cristalera con rejilla como los bombarderos de la Segunda Guerra Mundial, sugería más una habitación de estudiantes que la idea que se hace uno de un avión militar (incluso eslavo): fotos de actricillas pegadas con celo en las paredes, tipos repantigados a derecha e izquierda apagando sus cigarrillos en latas de Coke o de cerveza, que con la inclinación de la panzuda chatarra aérea se iban rodando hasta los pies de los pilotos. Una peluca de hilos eléctricos que serpenteaba por el piso de chapa perforada (algunos empalmados con esparadrapo) enlazaba al navegador con el resto del mundo, por medio de un anacrónico manipulador morse. En fin. Pese a las apariencias, aquellos tipos debían de conocer su curro, imagino. La obesa máquina volante, suspendida de la cimbra del ala, iniciaba su descenso hacia Sarajevo. A través del acristalamiento veíamos desfilas furiosos guiñapos de nubes. Se puso a aullar una sirena, y como tenías en tu haber miles de horas de vuelo en el cine o en los libros (también habías bombardeado la fábrica de gas de Teruel a los mandos de un Potez de la escuadrilla *España*), sabías que era la alarma de pérdida de sustentación. El ucraniano en jefe dio gas y abrió los alerones, los reactores volvieron a agujerearnos los tímpanos, toda aquella especie de veranda acristalada del Iliushin rompía con exceso de velocidad entre la pluma, em-

pujada en el culo por las mastabas de sardinas en aceite que, inclinadas ahora hacia delante, amenazaban con volcarse como una avalancha y largaros a todos bien revueltos, mercenarios ucranianos y benditos occidentales, al cielo bosnio en medio de una gloria de latas doradas. Se puso a berrear una segunda sirena, a esa te la estabas esperando de un momento a otro con la cabeza metida entre los hombros, era el indicador de proximidad del suelo. Había un tipo tocado con auriculares arrellanado delante del todo en el mirador, el ángulo del picado lo comprimía inexorablemente al fondo del cristal, parecía que estaba allí para pisar el freno a tope en el último momento. Entretanto se persignaba frenéticamente, al revés, a la ortodoxa. El gris se abría, reventaba, prorrumpía alrededor del narizón acristalado del avión, que parecía hundirse casi en vertical. De pronto, el lapso de un pestañeo, se precipitaban hacia vosotros las ruinas de Dobrinja en medio de aquella sopa amarillenta: las luces de la pista ahogadas en la bruma, hacia las que se iba enderezando el avión entre cabeceos. Al final, pies en el barrizal, pito en los morros, manos en los bolsillos de su chupa de campaña, siniestro, te estaba esperando Angelo.

Ahora se las daba de Malraux, lo que después de todo no era la peor manera de envejecer. Ese tipo cuya ausencia de sentido práctico era proverbial, le explicas a la hija de Trece, que destrozó un coche intentando sacarse el carnet de conducir y nunca más reparó su despropósito, ese tipo al que le dio por llamar a un electricista para cambiar una bombilla, que tomaba su vaso de cerveza por un cenicero, y al revés casi, que perdía las llaves y las tarjetas, olvidaba sus claves, echaba la ropa sucia en un lavaplatos, en fin, la lista de sus meteduras de pata era larga y pintoresca, ese tipo había sido capaz de montar pillando cosas de aquí y de allá una especie de centro cultural en Sarajevo: la cosa era de traca y hasta a él le entraba la risa. Seguramente estaba en aquel valle siniestro en busca de algo ya

inencontrable, nuestro pasado. No un pasado íntimo y ombli-
guista, sino al contrario lo que le había hecho comunicarse
por momentos, en sueños, con grandes y violentas historias
ahora casi olvidadas, los garibaldistas, las Brigadas Internacio-
nales. Sí, eso es, le dices a la hija de Trece: el corazón mismo,
la belleza de la Revolución era el internacionalismo, la his-
toria de las revoluciones está repleta de horrores e incluso de
ignominias, lo que no es lo mismo, pero esa idea, el interna-
cionalismo, no la hay más grande, ni más sublime incluso, en
toda la historia moral de la humanidad. Ya ves que no me
muerdo la lengua. Un internacionalista, uno de verdad quie-
ro decir, uno puro, uno que va a jugarse la vida por otros a los
que no conoce, que toma la libre decisión de ponerlo todo
en el asador sin ningún interés personal, Orwell en Cataluña
o Malraux en Alcalá de Henares (sí, él, mal que le pese a los
paladares finos, a los culos prietos), esto tiene que ver con esa
parte de la humanidad que se mide con los dioses y que se
llamaba, y que yo sigo llamando, heroísmo. Y si vuestro pasa-
do era inencontrable, pensabas tú en el vehículo blindado que
os trasladaba a Angelo y a ti hacia el edificio de Correos, el
cuartel general de las fuerzas de la ONU, no era sólo por ser
pasado, que únicamente la literatura, quizá (y encima, la ver-
dad, no te lo creías demasiado), permitiría repensar fugitiva-
mente, era porque ya en la época misma en que era presente
su esencia radicaba en ser quimérico. Hacía ya una bue-
na temporada que el mundo había renunciado a medirse con
los dioses. Lo que a veces hacía parecer a Angelo ridículo a los
ojos del mundo es que era menos fútil que los demás, menos
cínico. Estaba «pasado de moda» porque no creía que la His-
toria, en otras palabras el relato de los espectros, la lección de
los fantasmas, estuviese pasada de moda. O, creyéndolo, consta-
tándolo, «no quería saberlo», como suele decirse. En el VAB*

* Siglas de «Véhicule de l'Avant Blindé», la tanqueta blindada en que
viajaban. (N. del T.)

pintado con los colores de oca blanca de la ONU, que iba traqueteando sobre sus enormes neumáticos hacia el edificio de Correos, Angelo contemplaba devotamente una célebre foto de su héroe, pito en los morros y mechón en la frente, una copia firmada por Gisèle Freund que le había costado un huevo, mandó que enmarcaran en los muelles y te encargó que le llevaras para adornar su centro cultural. Tenía el icono encima de las rodillas, amarrado con una mano (la otra aferrada al asa que colgaba de la lata de conservas blindada), el cigarrillo calado en la comisura de los labios (de los suyos, no de los de la foto), los ojos húmedos de emoción, se sentía que había transustanciación en el ambiente, lo que te mosqueaba un tanto. Lo que me mosqueaba un tanto, le cuentas a la hija de Trece. No tengo nada contra Malraux, al contrario, yo era estudiante universitario y ya izquierdista cuando pronunció su oración fúnebre por Jean Moulin, era ministro de De Gaulle pero aun así fui a oírle a la Rue Soufflot, con un viento glacial, y no sólo no me da vergüenza decir que esa tarde lloré mientras le escuchaba, sino que me apetece decirte que se me vuelve a hacer un nudo en la garganta cada vez que oigo ese discurso o simplemente lo leo. Estoy contento que te cagas de haber ido a oír a Malraux aquella tarde y no a François Mite a la Bastilla en mayo del 81. Así que ya ves. Pero hombre esa manera que tenía Angelo de absorber el alma de su ídolo con los ojos nublados, eso ya me mosqueaba. Desde que se desmayó en presencia de Mao, no le había abandonado el gusto por la veneración. Podías por lo menos haberle hecho una foto al Che Guevara, le dije para que se mosqueara también un tanto, la famosa en que está tumbado muerto, con los ojos abiertos, parecido a un Cristo de Mantegna, rodeado de asesinos militares, en el lavadero del hospital (¿o tal vez de la escuela?) de Valleggrande: ¿no? No me toques los cojones, vocifera él para contrarrestar el rugido del motor: sabes de sobra que viene a ser lo mismo. Excepto que Guevara no dejó obra literaria. No resulta fácil charlar en esos aparatos cuya insonorización no figura entre los argu-

mentos de venta. Y como no se ve la carretera, las curvas, los cambios de marcha te pillan a traición. En ciertos momentos, encerrado en esa cabina ciega, tiene uno la impresión de que el tipo que va a los mandos —él sí ve, vagamente, algo— ha decidido subirse por los escombros de algún edificio, en otros por razones desconocidas se detiene y entonces no se oye más que el jadeo del voluminoso motor y el chisporroteo de la radio. Por supuesto está prohibido fumar, pero Angelo se ha vuelto tan popular entre los militares franceses, una auténtica mascota, que le dejan infringir todos los reglamentos de seguridad: ahuma la atmósfera sobrecalentada del VAB, sacude la ceniza encima de las cintas de la ametralladora, luego entreabre una escotilla y ofrece su careto de mapache (tiene muchas ojeras, las orejas despegadas) a los posibles francotiradores.

En la época en que voy a buscar a Sarajevo el cadáver de Jean d'Audincourt, Trece ha muerto hace mucho, ya lo sé, le dices a su hija: pero si aun así te cuento esto es porque tu padre era una parte de nosotros, de ese ser múltiple, entre héroe y payaso, que llamábamos «nosotros». Ya me he enterado, te responde ella, ya lo has dicho. Sí, pero espera: como una parte de esa especie de esponja del «nosotros» sigue viva, tu padre vive en parte a través de eso, ¿vale? Y a la inversa estamos un poco muertos a través de él y Jean d'Audincourt y Nesim. Es una especie de sociedad de seguros fraternal y novelesca, para bien y para mal hasta la muerte, ¿entiendes? Se pone todo en común, se comparte el pan y la sal. Unos nos ayudan a morir —un rudo aprendizaje, muy necesario—, otros ayudan a los muertos a sobrevivir. Eso es el auténtico comunismo: a cada uno según sus necesidades. No estoy bromeando. A propósito, a tu padre, ¿sabes por lo menos de dónde le venía el mote...? ¿No? ¿En serio? ¿Tu madre no te lo...? Ella detestaba esa época, de acuerdo, pero de ahí a... Yo la verdad pensaba... Bueno pues mira, la cosa tiene que ver con una foto,

una de las rarísimas fotos de aquellos tiempos. De hecho, no tengo ninguna más. La hicimos durante el verano de 1969, fíjate, siete años antes de que nacieras, ya no hacíamos fotos, nos sabían demasiado a vacaciones burguesas, primas en la playa... Rohmer... Y luego, además, no era cosa de facilitarle el trabajo a la policía. Pero esa vez no sé por qué, el verano, el entusiasmo, unas copas quizá en el buffet de la estación... hicimos una foto de grupo desembarcando del tren de París a Guingamp. Guingamp o Saint-Brieuc, pero creo casi seguro que era Guingamp. Íbamos a trabajar donde unos labradores, a endurecernos, aprender a meter las manos en la mierda al tiempo que ganábamos el campo para la Revolución, a aquello lo llamábamos «largas marchas», en referencia a la Larga Marcha china por supuesto, de una nadería hacíamos una epopeya, era a la vez ridículo y hermoso, así es como lo veo hoy en todo caso. En esa foto, delante de la estación, parecemos un equipo de fútbol, está Jean, que todavía no es D'Audincourt, con cara de camello algo asqueado, o de llama quizá, gafas negras, chaqueta de lana escocesa con unas solapas que le llegan hasta las orejas, Clara, pelo corto rizado, nariz respingona, vestido indio, Angelo, con sus grandes bucles, rechoncho, orejas despegadas, chaleco de piel de leopardo, Fishaui alias Julot, bajito, las manos en los bolsillos, mechón ya gris, Judith con vaqueros desflecados, boca grande, el pelo recogido en la nuca. Bombabirra cara sanguínea, bigotes lacios, recuerda de manera sorprendente a Flaubert, Momo Zampacerrojos, cabeza rapada, parece un astuto presidiario, yo tengo un poco pinta de mosquetero, con unas buenas napías y media melena, Victoire y Laurent están abrazados (mientras que yo ni siquiera estoy al lado de Judith), ambos muestran una sonrisa radiante, Danton está ya un poco regordete, se ríe, se ve que tiene los incisivos superiores separados, ¿llamaban a eso los «dientes de la felicidad»? Ya van once. El duodécimo es Delacroix. Guapetón, chuleta, Perfecto negro, pañuelo blanco al cuello, cierto contoneo en el estar... A ese sí que le mo-

laba la ropa de pasta, como a Nesim, salía de una familia de grandes industriales y se le notaba más de la cuenta. Pues bien por raro que parezca cuando terminó todo no se volvió con los ricos, se quedó bastante tirado, de periodista dedicado a los sucesos en un tabloide sensacionalista, brujuleando entre polis y quinquis, colega de unos y de otros, lo justo, informante quizá de unos y de otros, no sé si lo hará, pero si se da el caso estoy seguro de que es por deporte, por la emoción de ir de agente doble, the fun of it, no por otra cosa. Especialista en patinazos que te cagas y bluffs totales, transmisor de primicias alucinantes. Hubo una época en que volví a verle algo, me hacían falta sus contactos para pillar una pipa porque extraña, estúpidamente, no he conservado de esos años ningún utensilio. ¿Para qué? Oh, para nada en especial. Pero un día habrá que acabar con esto, Marie. Antes de que el cáncer o la cirrosis se encarguen de mí. O la enfermedad de las vacas locas (la forma humana, que dicen)... Y me sentía bastante alejado de él, los chulos, los camellos, los de la social, los estupas, las máquinas tragaperras, las sangrantes batallitas de toda esa peña, sus pactos secretos, no es mi mundo, ni siquiera mi imaginario, no tengo nada de lector de policiacas, y encima me parecía un guarro de cojones, con sus Nike apestosas y mochila, a los cincuenta tacos, con un resto de belleza todavía pero ajada, hinchada, nada chic ya; un tipo que escribía sus lúgubres historias en un papelajo que no leería nunca ningún burgués, ningún intelectual; que se creía con razón o sin ella amenazado por un gang, sometido a escuchas por algún servicio del Quai des Orfèvres, y hablaba en clave al teléfono, paranoico y bastante mitómano seguramente: y yo me decía que había algo absurdo en su vida —y quizá eso en particular: ser absurda— que no dejaba de guardar relación con nuestra vida de antes, del periodo de La Causa. Lo cierto es que Delacroix, con cazadora de motorista, pañuelo blanco al cuello, es el duodécimo de la foto. El número de los apóstoles, fíjate (si es que eso de los apóstoles te suena, le dices a la hija de Tre-

ce: y la chica vuelve a sacarte un triangulito de lengua rosa), que inspiró a Aleksander Blok un famoso poema. La nieve vuela el viento arrulla Doce hombres salen de patrulla Tirantes negros de los fusiles Entre las luces de la ciudad, ¿lo conoces? No. La verdad es que tampoco a mí, a tu edad, eso de Blok, *Los Doce*, me hubiera sonado a nada, a nada en absoluto. Perdona. Ya sé que a veces pongo nervioso a la gente. Muchas veces, incluso: de acuerdo. Por supuesto, que ese día fuéramos doce bajando del tren en la estación de Guingamp (o de Saint-Brieuc) para ir a evangelizar al mundo rural, fue pura casualidad. Ese mismo tren París-Brest del que tiraban largas locomotoras negras con ruedas motrices rojas hacia la Costa Esmeralda de mi infancia. Éramos doce o mejor trece: doce posando y Chris, el decimotercero, haciendo la foto. Excluido del campo para «inmortalizar» a los demás, que se dice: pero excluido también como si una superstición nos hubiera vedado salir trece en aquel retrato de grupo, el único que testimonia, creo, que todos aquellos individuos, vivos y muertos, coincidieron un día. Un día de julio de 1969, en la estación de Guingamp, o de Saint-Brieuc, en Côtes-du-Nord, que ahora llaman D'Armor. De ahí el mote de tu padre, que ya no le abandonó nunca: número trece, luego simplemente la cifra, porque si no era demasiado largo. El invisible, el que no sale en la foto. Te cuento esto, la historia del origen del nombre de tu padre, pero la había olvidado por completo. Ya no recuerdo si llegué a tener una copia, seguramente, pero debí de romperla enseguida: como ya te he dicho, no nos fiábamos de las fotos. Así que ya no sabía por qué se llamaba así. Fue en Sarajevo donde se me refrescó la memoria. En la cartera de Jean d'Audincourt, que me entregaron, estaba la foto. Amarilla por el tiempo, negra de sangre. Se le habían desvanecido las sales fotográficas, teníamos el aspecto en la oscuridad de una banda de espectros bañados en oro.

El Che no era un escritor, de acuerdo, chillabas a Angelo por encima de los bramidos del motor, pero así y todo la última frase de su diario, «salimos a las diecisiete con una luna muy pequeña», era tan perfectamente hermosa como la última frase de Rimbaud, «dígame a qué hora han de llevarme a bordo», ¿no? Frase dirigida al director en Marsella de las Messageries Maritimes, la compañía, dicho sea de paso, que repatriaría el cuerpo del teniente unos sesenta años más tarde. ¿No era la literatura a fin de cuentas un montón de variaciones más o menos profundas, más o menos verídicas, sobre el tema de la última frase, una manera de darle vueltas a lo mismo, al punto donde se paran las palabras? Angelo soltaba un haz de chispas al aire nevado, cerraba la escotilla, carraspeaba y te soltaba, sarcástico él también, pues mira vaya, esa especie de vasta consideración... ahora eres tú el que va de Malraux... En el edificio de Correos, castillo de las corrientes de aire que era el final de trayecto de las líneas militares, todo el mundo, hasta los oficiales superiores, se llevaba la mano a la sien para saludar a Angelo. El general, un gran presumido de húsar que se las daba de intelectual, bajaba las escaleras desde su despacho de cuatro en cuatro para chocarle cortésmente los cinco. Unos tiarrones con el cráneo rapado y mirada infantil se acercaban a darle cuenta de hazañas cuya modestia no quitaba que fueran medio imaginarias. Habían demolido con un cañón de 20 el cuarto de baño desde el que disparaba un francotirador, cosas de ese nivel. Plantado en la nieve regada de mazut, manchada por los tubos de escape, labrada por los orugas, Angelo recibía afable los homenajes, intercambiando un pitillito por aquí, una guasa por allá. Le halagaba la familiaridad con que le trataban aquellos pequeños funcionarios, en quienes se esforzaba por ver, pero ni asomo, a soldados del año II. Le redimía (como antaño la camaradería de los proletarios) de su vieja vergüenza de ser un intelectual, de modo que aceptaba sin discutir sus baladronadas. Y ellos, al ver que se las tragaba, terminaban por creérselas un poco y encontrarse vagamente

heroicos. Todos contentos. A ti, en cambio, que te resbalabas en la nieve, apurado con el retrato de Malraux que te había encasquetado, y que de buena gana le hubieras estampado en la cabeza a ese capullo que le pasaba revista a las tropas, aquello te resultaba grotesco. Pero al mismo tiempo, le dices a la hija de Trece, el sueño que perseguía aquel chiflado era quizá el que los más inquietos, los más exigentes de nuestra generación, nacida justo tras la guerra, habían anhelado sin saberlo (o, sabiéndolo, sin confesárselo) a través de las figuras barrocas de la Revolución: que no hubieran sucedido junio del 40 y todo lo que se derivaba de ahí, todas aquellas marranadas que tanta vergüenza nos daban sin que fuéramos responsables, que eran como una putrefacción, una gangrena en el cuerpo de Francia. Con toda su credulidad, sus imaginaciones marciales, Angelo intentaba convencerse de que había recuperado, más allá de las infamias del siglo, una fuerte y generosa patria, que *La marselesa* era de nuevo un canto de guerra para la libertad. A mí también me hubiera gustado crérmelo, le dices a la hija de Trece, a la que notas bastante alejada de esas nostalgias (deben de resultarle «carrozas»). Hubiera sido más comfortable. La vida, todo eso.

Y de repente, allí, casi en la esquina de Pyrénées, delante de la valla de una obra junto a la que va andando un moro con una bolsa de plástico en la cabeza para protegerse de la lluvia, reluciente, afilado, salpicado de gotas, sentado como un dogo sobre sus cuartos traseros, aparece el Tiburón Remember. Ah... Por fin conseguís sentaros en el viejo cuero negro la hija de Trece y tú. ¿Notas el olor? le preguntas. ¿Eh? Es el olor a tiempo. Olor a tiempo brizna de brezo No nos veremos más en la Tierra. Es otra vez Apollinaire. El poema más bello de la lengua francesa, quizá. Eso me hace pensar... es curioso pero no hace mucho, en un tren, me encontré con Paulina L. a los setenta años. Estaba sentada al otro lado del pasillo. Era ella,

exactamente, con la nariz levemente respingona, los ojos profundamente hundidos, los bellos pómulos, sus rasgos tan delicados, surcados de arrugas... Paulina tenía la piel terriblemente fina y frágil, ya tenía a los veinticinco años, cuando me dejó, dos pliegues en torno a la boca, como dos paréntesis; creo que se esforzaba por no reírse demasiado para no acen-
tuarlos (lo conseguía bastante bien). Allí, al otro lado del pasillo, superpuesta al paisaje que iba pasando al revés, aquella vieja señora con boina blanca sobre el pelo gris rizado, suéter burdeos, falda escocesa beige, era de manera alucinante Paulina L. toda ajada por el tiempo, todavía bonita aunque toda ajada por el tiempo. ¿Qué edad tendrá? me pregunté. Setenta, setenta y cinco, seguramente. O sea que estamos en... más allá del 2030. ¿Hace cuánto tiempo que me he muerto? ¿Sigue pensando en mí de vez en cuando? ¿Lamenta no haber vivido su vida conmigo? Y ese tipo frente a ella, ese viejo que duerme manchándose de babas la corbata, ¿es el gilipollas por el que me dejó? En un momento dado ella se levantó para ir al vagón-bar, y no sé si podrás entenderlo, le dices a la hija de Trece, pero la seguí y se dio la circunstancia de que entonces el tren empezó a bambolearse y ella estuvo a punto de caer y la sujeté, y no sé si podrás entenderlo pero yo estaba al borde del llanto al estrechar en mis brazos a la mujer a la que tanto había querido, por la que tanto había sufrido yo al no poder ya abrazarla, cincuenta años después de que me dejara, muchísimo después de mi muerte... Ella me dijo gracias señor con una bonita sonrisa agotada, no dio la impresión de reconocerme pero es normal porque yo hacía tiempo que estaba muerto. Ya ves mi pequeña noche, me entraron ganas de decirle, has esperado demasiado tiempo, ahora estoy muerto, qué ironía... No nos veremos más en la Tierra Y acuérdate de que te espero. Contacto. El majestuoso rugido del motor del Tiburón, la suspensión que se eleva entre clics, el volante de un solo ramal que tiembla con pequeños suspiros, todo tan voluptuoso... los ojos que giran, se ponen en blanco... Faro-

las blancas sobre el cielo malva, Simon Bolívar arranca y se sumerge en curva hacia Buttes MEGA KEBAB ESPECIALIDADES TURCAS un McDonald's en la esquina con un negro alto en chándal que pasa una escoba por los baldosines blancos, qué hora es las dos, la Rue de Belleville se sumerge entre los torrentes de las regueras hacia el lago oscuro de Paris FRAÎCHEUR DE VIE COSMÉTICOS PERFUMES fachadas cremosas ruedan por la cuesta bajo un cielo azul verde de pizarra estrellado con farolas rosa, allí al fondo el gran penacho herrumbroso de la Torre con el haz de luz azul que viene de tan lejos, de mi infancia, iluminando la ropa interior, los faldones de las nubes, un destello treinta segundos, el cielo parece de mármol. Te estaba esperando el ataúd de Jean d'Audincourt, apoyado en unos caballetes, en el patio del edificio de Correos. Envuelto en un gran saco de yute, y al ver lo raro que se erizaba el tejido, que parecía recubrir no un ataúd sino una carroza, empezaste a sospechar que los jodíos de la funeraria habían colocado a Jean en el modelo más caro, el más grotescamente alambicado, una cosa kitsch que debía de quedarles en existencias desde la época austrohúngara, y que no habían querido ni los nuevos ricos más nuevos entre los *apparátchiks* de la difunta Yugoslavia. La guerra siempre sirve para algo. Había que espabilar, los ucranianos del Iliushin (o el Antonov) tenían prisa por volver a marcharse. Una especie de agente consular con traje príncipe de Gales y pajarieta, agazapado entre dos transportes blindados, puso a hervir en un cámping gas una cazuela de lacre a fin de sellar el bulto con las armas de la República. Caía un poco de nieve. Malraux, en gabardina, pitillo en los morros, estaba apoyado contra el enorme neumático de un VAB. A Malraux el de verdad, no su retrato, al comandante de la brigada Alsacia-Lorena, espárrago atacado de tics, con canadiense y boina, metralleta terciada, parece que el teniente se lo encontró durante el terrible invierno 44-45, en un momento en que ambos ocupaban posiciones vecinas alrededor de Estrasburgo, ame-

nazada de nuevo por la contraofensiva alemana. La leyenda alimentada por tu madre pretendía que habían organizado juntos una batida de conejos destinada a mejorar el condumio de la tropa. Evidentemente, era menos prestigioso que debatir sobre Martin du Gard o el *Ramayana*, pero aun así eran recuerdos presentables. Caza del conejo con metralleta en los maquis brillantes de escarcha de Erstein. Tu madre contaba aquello por enésima vez en el Renault Frégate (¿o era un Once Ligero?) circulando hacia la Costa Esmeralda. Los carros Tigre de Rundstedt alrededor de Estrasburgo. Tu tío golpeaba nerviosamente con los dedos en el volante de plástico crema. Malraux, el coronel Berger; aquello no te sonaba a nada, entendías justito que era un tipo importante, aunque mal cazador de conejos. Demasiado atacado de tics para apuntar bien, según ella. Pensabas en aquella partida de caza en las colinas de Alsacia mientras mirabas el retrato de Malraux, que descansaba en el enorme neumático de un transporte blindado frente al saco de yute que envolvía el ataúd, o la carroza, de Jean d'Audincourt. El agente consular intentaba no quemarse los dedos, que tenía largos y cuidados, con el lacre. Angelo estaba en posición de firmes, o poco le faltaba. Más tarde estarías sentado en la bodega vacía del Iliushin, ensordecido, entontecido por el graznido de los reactores. Arrellanado en un bastidor de lona a tu lado, eructando, un borrachuzo ucraniano iría mamando un bote de cerveza. Delante de vosotros el ataúd de Jean d'Audincourt, hirsuto bajo el yute como una catedral embalada por Christo, estaría cinchado en el lugar en que a la ida se amontonaban los palets de latas de sardinas. En esa extraña capilla funeraria te vendría a la cabeza el nombre de un libraco que ganó el Goncourt tiempo ha: *Los funerales de la sardina*. Y de nuevo surgida de muy lejos, de tu infancia, retumbaría dentro de ti la risa ante la muerte, la risa contra la muerte. ¡Galápagos! ¡Galápagos! Era, pensarías, como estar en la cala del carguero que repatrió al teniente cuarenta y siete años antes.

Muerto pues, el teniente, en un rach del Mekong, pocos meses después de que nacieras: hacía la tira que conocías ese término, rac o rach, mucho antes de leer *Un dique contra el Pacífico*. Término hoy desaparecido, entró en la lengua seguramente con la conquista de Cochinchina, y salió de puntillas tras Dien Bien Phu. Salió a la chita callando de la lengua francesa igual que esta se retiró de Vietnam, reducida para los restos a unos rastros mucho más escasos, mucho más muertos que los del latín entre nosotros, un «veston» expuesto en el escaparate de un sastre, una «Villa Les Roses» olvidada bajo las guirnaldas malva de las buganvillas, unas iniciales «RF» mal pulidas en el frontón de una oficina de Correos. El tiempo de tu vida era precisamente el tiempo que había necesitado tu lengua para convertirse en una rareza arqueológica en aquella parte del mundo: y desde luego ella no lo había robado. Caído en el rac o rach Kim Son, «en la milla 64 del Mekong», decían los documentos militares. Hojas de papel amarillentas, quebradizas, coriáceas, escarificadas con rajas menudas, blasonadas con tampones, impresas con tinta violeta como las cartas de los restaurantes obreros de antaño, o las canales de carnicería, y que tú releías en la habitación 501 del hotel Huong Duong, en My Tho, cuarenta y cinco años después de su muerte. Huong Duong, llegaste a enterarte, significaba girasol, heliotropo, así que tu regreso a los orígenes se hacía a la vista del sol rojo. Paredes leprosas, húmedas, algo mohosas. Tres

camas con mosquiteras, pero como habías apoquinado la suma de siete dólares, tenías derecho al cuartucho para ti solo. Bajo la crujía a la que daban las habitaciones, a la entrada de un canal, racimos de embarcaciones de pesca dando de banda, derrengadas una encima de la otra, banderas rojas con estrella de oro ondeando en el mástil, iluminadas por tubos de neón blancos y verdes, producían un pendorreo con todos sus grupos electrógenos. Los tejados en forma de pagoda de un gran edificio colonial se recortaban sobre la negrura del Mekong. «Flotilla anfibia Indochina Sur. Señora, tengo el honor de notificarle las circunstancias de la defunción de su esposo el teniente R. Había salido en misión por el río como hacía a menudo. Zarpó el 14 de marzo por la mañana en la VP 42 que se dirigía hacia Vinh Long.» ¿Qué significa VP? Imagino que lancha patrullera.* «Hacia las nueve la VP 42 hubo de intervenir contra una fuerte banda rebelde que copaba uno de los puestos ocupados por el ejército. Fue en el transcurso de esa acción cuando su esposo resultó alcanzado en el corazón por la metralla de una bala explosiva en la pasarela de la lancha. Moría en el acto...» «Flotilla anfibia Indochina Sur. Asunto: defunción personal oficial. Señor ministro, tengo el honor de comunicarle las circunstancias de la defunción del teniente R. El 14 de marzo de 1948 a las ocho horas quince minutos la VP 42 sale de My Tho para desplazarse a Vinh Long y Cai Be. El teniente R. toma pasaje a bordo para arreglar, con el jefe de escuadrón al mando del subsector de Cai Be, los detalles de una operación que estaba previsto emprender. A las nueve en la milla 64 del Mekong un nutrido tiroteo atrae la atención del capitán de la VP, el alférez de navío D. Se dirige hacia el puesto del rach Kim Son, que es atacado por una fuerte banda rebelde. Penetra en el rach y abre fuego con los dos cañones de 20 de proa y popa y la ametralladora de 12,7 de babor. Los rebeldes se retiran. Para ponerlos definitiva-

* *Vedette patrouilleur* en el original. (N. del T.)

mente en fuga y despejar el puesto más ampliamente, la VP 42 se interna más adelante en el rach y reanuda sus disparos. En el transcurso de estos disparos un proyectil del cañón de 20 de popa, que disparaba sobre la amura, estalla en pleno obenque de babor del palo. Un granizo de metralla se abate sobre la pasarela, hiriendo mortalmente al teniente R. y al segundo contramaestre G. El teniente R. moría en el acto. La VP 42 da de inmediato media vuelta y regresa a My Tho para desembarcar a sus heridos. El segundo contramaestre G. fallecía en el hospital a las trece horas cuarenta y cinco minutos. Le adjunto copia de la carta que dirijo a la esposa...» Cierta sentido del relato. Eficaz. Presente de narración. Añadiduras (letras, cifras) con lápices rojo y azul en el documento. Marca oxidada de un clip. Y luego también esto, en el margen izquierdo, con lápiz negro, en un recuadro: «clasificar». ¿Clasificar qué? ¿Las circunstancias de la muerte? ¿La muerte misma?

Bajando hacia el Mekong, los canales eran un hervidero: sampanes de proa adornada con un gran ojo bermellón para espantar a los demonios, provistos de portas por las que asomaban cabecitas de críos risueños, desdentados, rapados contra los piojos; gabarras que alborotaban el agua en el extremo de sus largos árboles de hélice aplastadas por el peso de vegetales desconocidos; y una especie de góndolas cargadas con las mismas leguminosas, casi fosforescentes en el crepúsculo, y que se deslizaban sin sacudidas merced a la acción de unas mujeres que de pie, en la popa, tocadas con el sombrero cónico de hojas de latania, echaban el remo lo más adelante posible y lo recogían con un movimiento de repliegue de los brazos hasta dejarlo flotando en la estela, un poco como si se tratase de una red, reanudando aquel gesto lento, perfectamente idéntico cada vez (¡oh, trilladísima eternidad de Asia! ¡oh, lugar común!). Con el atardecer iban encendiéndose fanales de petróleo, en las riberas, en las embarcaciones, dando a todo aque-

llo un lejano aire de fiesta veneciana. Un tipo muy delgado con pantalón corto y camisa verde oliva se acercó a hablar contigo, en el sampán, se acordaba de algunas palabras de *phap*, de francés. Era el alcalde de una aldea del delta. Soy un viejo pobre: fue así como se presentó. Los comunistas todos ricos, señor, la gente de los campos pobres. Se me pegaba, esquelético, confiado en que aparte de él y de mí nadie entendía el *phap* en aquella barcaza. Mi padre comunista, en la resistencia a los franceses desde 1938, señor. La gente de Tonkín lo dirige todo. No nos quieren. Tonkín... Utilizaba el viejo nombre colonial para referirse al Norte. «En Tonkín los hombres están en la trena»: te venía a la cabeza ese estribillo, allí, en la cubierta del sampán, en medio del viento pegajoso, una vieja criada cantaba aquella canción triste, tú eras pequeño, en la casa de la Costa Esmeralda, ella había nacido al final del otro siglo, cuando la conquista. Tú buscabas en lo más recóndito de tu memoria otros trocitos de aquella canción, pero nada que hacer. Un olor a tierra, a podredumbre, a humo de leña flotaba en el atardecer. ¿Dónde quedaba el rach Kim Son? ¿No estaríais pasando precisamente por allí? No sabías dónde estabais, ahora navegabais en una noche picada de débiles fulgores, escrutabas la oscuridad o mejor las oscuridades, y es que había un trajín de sombras, unas negras de verdad, otras poso de café, o imperceptiblemente doradas, o incluso aterciopeladas como la piel de las setas, algunas líquidas, otras mates y terrosas, velas de hollín, pabellones de ceniza, se sentía un bullir de formas tenebrosas como cuando cambian el decorado en el escenario de un teatro, os cruzabais con sampanes negros y macizos como ataúdes. Flotilla anfibia Indochina Sur. Todo aquel asunto era bastante shakespeariano, hasta la especie de brujas de *Macbeth* que se atareaban, en el castillo de popa, preparando un infame rancho, iluminadas en contrapicado por los rojos resplandores de las brasas, envueltas en una humareda. Tuviste que jamarte la grasienta tripaza regada con un matarratas que sacaron de un cubo de plástico, bajo la mirada de

soslayo de los campesinos, y te dio la impresión de que todo aquello, la agitación de la noche, la bazofia de las brujas, participaba de una iniciación, de un descenso a los infiernos.

«República Francesa. Informe facultativo. Teniente R., Fuerzas Anfibias Sur. Muerto a consecuencia de las heridas sufridas por accidente en acto de servicio. Importantes daños en la región escapulovertebral izquierda por metralla de obús. Firmado: capitán médico N., jefe médico del hospital, tachado, la Enfermería de My Tho.» «República Francesa. Ministerio de Francia de Ultramar. Enfermería de guarnición de My Tho. Certificado de causa de defunción. N., capitán médico de las tropas coloniales y abajo firmante, certifico haber examinado al teniente R., que se encontraba al mando de la flotilla anfibia. Este hombre padecía importantes daños en la región escapulovertebral izquierda por metralla de obús. En prueba de lo cual expido el presente certificado para que conste a los efectos oportunos.» Las partes manuscritas de este certificado están rellenas con tinta azul, con una letra bastante bonita y rápida y, podría decirse, moderna: es posible datar la letra como las caras. El formulario lleva arriba a la izquierda, impresas, estas precisiones sobre sí mismo, que demuestran que la burocracia no deja nada al azar: «Altura: 0,360 m. Anchura: 0,230 m». Seguramente, con semejante cuidado del detalle es como se mantienen imperios contra viento y marea. No podrás dormir, esta noche, en el hotel Huong Duong. Demasiado sobreexcitado por la proximidad del lugar donde aconteció el suceso que muy a pesar tuyo te moldeó. El centro oscuro de tu vida, labrado aquí, a orillas del Mekong, cuando apenas habías nacido. Es a partir de aquí desde donde se extienden las ondas de la melancolía que ha bañado tu infancia, es en esta agua negra donde se forman sus círculos concéntricos. La caída de un cuerpo, aquí, o no lejos de aquí, en la milla 64 del Mekong, con el cuello y el hombro izquierdo

segados como por la hoja de la Dama de la Guadaña. «Este hombre padecía importantes daños en la región escapulovertebral izquierda por metralla de obús. En prueba de lo cual expido el presente certificado para que conste a los efectos oportunos.» Surte efecto esta noche, con otros papeles amarillentos, quebradizos, impresos con tinta violeta, para esta vigilia que ha esperado casi medio siglo. Aquí es donde terminó todo para él, empezó todo para ti. Este lugar al que los azares de la toponimia dieron el nombre de My Tho, al que los azares de una guerra olvidada convirtieron en el centro de tu mitología personal. No lo sabías, tardaste mucho en entender eso. Aquellas historias te daban por culo, aquella tristeza, tu madre enclaustrada en su luto. ¡Galápagos! ¡Galápagos! Tú querías reírte a cuenta del nombrecito. Pero no, no ibas a salirte del apuro así como así. La certeza de que no había victoria, de que la valentía siempre acababa perdiendo y a Trintignant lo liquidaban siempre en la nieve, al final, los malos, de que lo importante era comportarse con dignidad, hundirse con el pabellón alto, como aquel navío, el *Vengeur du peuple*, cuyo heroico final durante las guerras de la Revolución, bandera clavada en lo que queda de mástil, reproducían los manuales Mallet-Isaac: esa era la lección que de manera inconsciente iba calando en ti, sin necesidad de que te la inculcaran, más bien por una especie de capilaridad moral. Ponte a ser «moderno» con semejante bagaje... Los ejemplos que aprendías, con los que te quedabas, eran los de hermosas derrotas. Padre, protegeos a la izquierda, Padre, protegeos a la derecha. Todo se ha perdido menos el honor. La Guardia muere y no se rinde. Ganar era una ambición bastante vulgar, y además no venía a cuento. No sobresalía en eso el genio de tu país (todavía se decía eso, «mi país», y hasta «mi patria»). Otros sabían hacerlo pero el tuyo, de Azincourt a junio del 40, no. Así que había que ser Charles d'Orléans o Charles de Gaulle, o Cambronne, en fin gente capaz de sacar alguna penosa belleza del fracaso, artistas de la derrota. La Revolución, su cortejo de

asesinados, «golpeados, machacados, encadenados en los presidios», como afirmaban las palabras de *El llamamiento del Komintern*, en el fondo era seguramente por ese lado trágico por lo que te había seducido. Rosa, el Che. Cuando por casualidad triunfaba, evidentemente, la perspectiva cambiaba. Pero, a Dios gracias, lo más normal es que siguieran aplastándola. En la habitación 501 del hotel Huong Duong continuabas hojeando aquel pequeño legajo de papeles que databan de hacía medio siglo, que te habías traído en el equipaje pese a sabértelos hace mucho de memoria. De todos modos no te habrían dejado dormir el cacareo de las embarcaciones de pesca y el calor húmedo. «Flotilla anfibia Indochina Sur. Saigón, 7 de abril de 1948. Inventario de las pertenencias del teniente R.: 1 baúl de madera 2 toallas de baño 16 camisas blancas con cuello 3 chaquetas blancas 2 pares de calcetines negros 6 pantalones caquis 2 pantalones cortos caquis 1 pajarita 1 maleta de fuelle de cuero 1 chaqueta de oficial de paño 1 par de babuchas 2 botes de talco 4 pantalones blancos 5 pares de calcetines blancos 1 par de hombreras...» Te sabías esa lista de memoria, le dirías más tarde a la hija de Trece: no era más difícil que aprender *El cementerio marino* o *El barco ebrio*, ¿eh?, y en el fondo era lo mismo. El teniente era una de las figuras de la inmensa procesión. No un revolucionario, no: pero un hombre valeroso, un antifascista. Un patriota, como se decía todavía. Quién creía en aquellas cosas surgidas del fondo de los tiempos, de la República romana, que se aprendían entonces en la escuela. Quién creía que en Tito Livio y Plutarco había con qué definir lo que hacía humana a la humanidad. Así que había sido francés libre, combatiente de Libia a Alsacia y hasta en el corazón de Alemania, y luego enseguida voluntario del Cuerpo Expedicionario. Era Leclerc el que estaba al mando, uno de los escasos jefes incontestables. Para Extremo Oriente se alistaron muchos resistentes, hasta comunistas, FTP. El hermano de Raymond de la RATP, por ejemplo. Existía seguramente, se te ocurre, una voluntad de

continuar aquella vida ascética, peligrosa, fraterna, que habían compartido durante los años trágicos, un miedo de volver a caer en la cloaca de los intereses, es decir, de la vida sin interés. Y luego también probablemente la idea falsa, aunque extendida en la época, de la «misión civilizadora de Francia», etc. Después de todo, fue el creador de la escuela pública, Jules Ferry, el que también estuvo en el origen de la conquista de Indochina. Y además sencillamente la fascinación que suscitaban esas palabras, «Extremo Oriente». Y que siguen suscitando, pese a la trivialización del mundo. *Far East...* Extremo Oriente... Los rusos dicen *Dalnyi Vostok...* Uno no es para nada Cristóbal Colón cuando se marcha a América, pero se sigue siendo un poco Marco Polo cuando se va hacia Extremo Oriente. Así que se marchó allá, a Indochina, para morir allí, a las nueve de la mañana, en la milla 64 del Mekong, caído en una guerra injusta, como se diría más tarde. Una guerra colonial. Una guerra imperialista. Muerto por la explosión de un obús de 20 disparado por la lancha a bordo de la cual se encontraba. Todos los imperialistas son tigres de papel. Levantan una gran piedra para dejársela caer en los pies. Cualquiera diría que fue para evocar la muerte del teniente por lo que Mao halló algunas de sus imágenes más célebres. «... 8 calzoncillos 1 corbata negra 1 corbata de paisano 1 par de guantes de cuero 1 par de zapatos blancos 1 brocha 1 maquinilla de afeitar 1 cepillo de dientes 1 cruz de guerra 39 1 medalla de la Resistencia 1 revólver Colt 1 pistola automática con cargador.» «Zarpó el 14 de marzo por la mañana en la VP 42 que se dirigía hacia Vinh Long»: es estúpido, pero ves algo raciniano en esa frase administrativa. «Apenas salíamos de las puertas de Trecén...» Muerte de Hipólito.

Hacia las doce de la noche, el canal por el que navegaba el sampán desembocó en el brazo norte del Mekong. Del río irradiaba una vaga luminosidad. En el entrepuente dormía el

alcalde, acurrucado; parecía un bebé viejo. Una lámpara de petróleo hacía brillar pies, piernas desnudas, caras con la boca abierta asomando bajo los sombreros. Debajo de tus nalgas (ocupabas una especie de tumbona) se estaba moviendo algo. Algo encerrado en un saco debajo de tus nalgas, un ser nada chillón, algo movedizo. ¿Una gallina? ¿Un demonio? Miedo a que el ser en cuestión te mordiera el culo, pero no. Flotaba un olor agrio en el ambiente, ¿a qué? ¿A pescado seco, excremento, fruta podrida? A sudor también. Olor a Extremo Oriente. Viste ante ti aquel halo débilmente luminoso sobre el que las palmas de las arecas, estallando al final de su largo y grácil tronco, dibujaban una especie de estrellas negras. Subiste a cubierta. A la derecha brillaban las luces de una ciudad: My Tho. Allí estaba, al fondo de aquella fosa de sombra levemente húmeda. El sampán pasaba por delante de bungalows con veranda, cualquiera de ellos podría haber sido la casa del teniente tal como mostraba una pequeña foto en blanco y negro de bordes dentados: una veranda sobrealzada bajo un tejado en el que extrañas escotaduras recortaban escamas como en el de una pagoda, una escalera al pie de la cual seis marineros llevaban al hombro el ataúd envuelto con la bandera tricolor. «Moría en el acto. La lancha dio de inmediato media vuelta y regresó a My Tho. Todos aquí echamos de menos a ese oficial lleno de decisión y calma reflexiva.» Una foto amarillenta muy pequeñita, con los bordes dentados: el ataúd está al pie de la escalera, bajo la veranda, llevado por seis marineros de uniforme claro, en medio, y a la izquierda dos fantasmas que parecen dos vestidos blancos. Altos, esbeltos árboles sobre el cielo blanco. La lejanía y la noche no permitían discernir, desde la cubierta del sampán, de cuándo databan los bungalows con veranda. ¿De la guerra francesa? ¿De la americana? Eso tan increíble, inaceptable pero al tiempo increíble al producirse tan lejos, en las antípodas, la muerte, la muerte de un hombre de treinta años, increíble, inverificable al sobrevenir en un tiempo en que el Sureste asiático era todavía un

mundo infinitamente remoto, un tiempo en que la distancia no había sido abolida por el transporte aéreo, las telecomunicaciones, la televisión, etc.: ¿cómo se lo creyeron, te preguntas en la cubierta del sampán, en la noche pegajosa, cómo hicieron para aceptar, encajar esa creencia, tu madre, la madre de él, cómo se creyeron eso tan increíble, la muerte de un hombre de treinta años, su marido, su hijo, en un lugar del mundo del que no tenían la menor idea, la menor representación? «No es posible», se dice comúnmente: pero ahora, en la época del «tiempo real», mil testimonios nos demuestran, en el instante casi de la muerte, que no es sino demasiado cierta. Pero ¿entonces...? ¿Esa irrisoria foto pequeñita, esas letras en tinta violeta provenientes de la «Flotilla anfibia Indochina Sur», llegadas cuánto tiempo, cuántos días, semanas después de que la guadaña de la Muerte le separara casi la cabeza del hombro izquierdo? «N., capitán médico de las tropas coloniales y abajo firmante, certifico haber examinado al teniente R., que se encontraba al mando de la flotilla anfibia. Este hombre padecía importantes daños en la región escapulovertebral izquierda por metralla de obús. En prueba de lo cual expido el presente certificado...» Eso tan inaceptable, increíble, pero que tuvieron que creerse. En esos papeles que te sabes de memoria, pero que aun así te has traído contigo como si constituyeran una especie de salvoconducto para estas regiones extremas de la memoria en que te aventuras, esas antípodas de la memoria en que te embarcas, hay una carta del teniente a su mujer, tu madre: y sobre los sellos bistre de 37 céntimos con la leyenda «Indochina-Correo aéreo», en los que se ve, bastante mal dibujado, un avión monoplano, monomotor, de tren fijo, un poco estilo *Spirit of Saint-Louis*, se leen muy bien los matasellos de correos: My Tho, Cochinchina, 10.30, 14-3-48. Si la República tiene un talento, seguramente no es el de las armas, ni el del comercio, tal vez ha sido —aunque está más que acabado— el de la Escuela, pero es con mucha más seguridad el de Correos (nada más hermoso por

cierto, en Saigón-Ho Chi Minh, que la oficina central de Correos, obra al parecer de Eiffel). En el matasellos de Correos de Cochinchina, pues, se lee con toda claridad, medio siglo después, la hora y la fecha de franqueo de la última carta del teniente: 10.30, el 14 de marzo del 48, o sea, una hora y diez minutos después de su muerte en el rach Kim Son, en la milla 64 del Mekong. Su cabeza se encontraba medio separada del hombro, en la lancha que volvía a bajar a toda velocidad el Mekong, en la base del cuello se le abría una gran agalla sangrienta, cubierta de espuma como la de los peces que ibas a ver desembarcar, cincuenta años más tarde, por debajo del hotel Huong Duong —eso tan inaceptable, increíble, ellas se lo creyeron— mientras que en el sobre azul telegrama la inexorable administración postal matasellaba la primera hora de su vida eterna.

En la cubierta del sampán no eras capaz de apartar la vista de aquel hervidero de destellos en la sombra, aquello era la nebulosa primitiva de donde procedías. Aquello era estar al lado del big bang. «En el transcurso de estos disparos un proyectil del cañón de 20 de popa, que disparaba sobre la amura, estalla en pleno obenque de babor del palo. Un granizo de metralla...» Allí fue, en aquella ribera, donde apenas nacido te decapitaron, arrancaron a tu padre de ti como a la cabeza del padre de sus hombros, y todo lo que se derivó de aquello. Y entre lo que se derivaba de aquello, le dices a la hija de Trece mientras, al llegar al Boulevard de Belleville, haces dar media vuelta al divino Remember, y es que acabas de percartarte de que te has confundido de dirección y te estás internando en París como un bómbrice fascinado por la luz de la torre Eiffel cuando resulta que lo que querías era ponerte en órbita periférica, entre lo que se derivaba de aquello figuraba la certeza de que la Historia era una matarife irónica, que podíamos e incluso debíamos soñar con convertirla en nuestra amante pero

que siempre acabaría cobrándose nuestro pellejo, con la sonrisa en los labios. Uno de los marineros del sampán quería obligarte a toda costa a bajar al entrepuente, no entendías por qué dado que te exhortaba en vietnamita, te agobiaba con suavidad, cogiéndote de la mano, luego del brazo, tratando de arrastrarte hacia la escalera, dejándolo, regresando un minuto más tarde, volviendo al ataque, obstinándose, empecinándose, humilde, infatigable, en un tejemaneje que en cualquier circunstancia habría resultado exasperante pero que allí, al distraerte de la contemplación fascinada de aquellos fulgores nocturnos, donde veías el auténtico comienzo de tu vida, te daba ganas sin más de tirarlo por la borda. Imagínate, le dices a la hija de Trece (mientras el divino Remember enfila la Rue de Belleville esta vez en el buen sentido, con el morro apuntando al cielo y a levante), imagínate aun criado que, en la biblioteca del príncipe de Guermantes, viniera todo el rato a molestar con una bandeja de canapés, una taza de té, una llamada inoportuna, a Marcel absorto en la revelación del Arte, de la auténtica vida, del Tiempo recuperado. La verdad es que la hija de Trece no se imagina nada en absoluto. Bueno, por lo menos eso no. Da igual. Tiempo tiene de informarse. De instruirse, como se decía antes. A aquel marinero le dejabas claro con crudeza que no deseabas que te molestaran, que tal vez tu vida entera había transcurrido a la espera de ese momento, que había allí, en algún rincón en medio de la noche, un fantasma cuya existencia inquieta podría verse apaciguada con tu presencia en cubierta, por encima de los negros remolinos. Tú eras, intentabas hacerle entender a aquel marinero, como Ulises bajando a los Infiernos al encuentro de las sombras de Anticlea, su madre, y de Tiresias. Que te den por culo. El tío no pescaba ni una sola de tus consideraciones. Al final, sin esperanzas de convencerte, se fue a despertar al alcalde. El esquelético viejo te explicó que el sampán no se detenía en My Tho, sino que, remontando más arriba la oscuridad y el Mekong, se internaba más adentro en el delta de

la noche hacia Vinh Long y Cai Be, que eran también el destino de la VP 42. En el entrepuente estaba abierta una porta al ras del agua negra, lacada de luz. Una piragua iba navegando en paralelo. Joder, en este caso, ¡era la barca de Caronte! «Moría en el acto. La lancha dio de inmediato media vuelta...» Destellos de la orilla pasando ahora muy cerca, lámparas de petróleo, tubos de neón sobre los que se perfilaban cascos de embarcaciones de pesca, bosquecillos de palmas, selvas de pilotes, tejados de chapa. La piragua estaba pegada al casco, el marinero te tiró adentro la bolsa, te invitó a subir, saltaste, un instante continuó ceñida al sampán, succionada por su estela, acelerabais inmóviles, con el motor pedorreando a fondo, sobre una ola negra y tornasolada, el movimiento se antojaba paralizado como en una pesadilla, luego os fuisteis alejando lentamente del sampán, que se sumía en la noche, remontando el Mekong hacia Vinh Long y Cai Be, hacia el rach Kim Son, con el marinero y el alcalde haciendo grandes gestos de despedida en la porta. La violenta corriente formaba olas por donde se desperdigaba la luz, la silueta anacrónica del sampán, con su tajamar encorvado y su castillo de popa, se esfumaba en la noche, navío fantasma cuyas líneas sugerían el galeón en el que naufragó Camões, poeta y soldado, frente a las bocas del Mekong, no lejos de allí, hacía cerca de cinco siglos.

La piragua iba pasando frente a racimos de embarcaciones de pesca amarradas todas juntas que, tumbadas unas sobre otras, vivamente iluminadas, cacareaban con todos sus grupos eléctricos y llevaban en el palo la bandera roja con estrella de oro; recordabas haber visto un ejemplar igual, de percal, junto a una bandera escarlata cuartelada con la cruz gamada negra, en la casa de la Costa Esmeralda: eran, te explicó tu madre, botines de guerra del teniente. Así fue como te formaste tu primera idea de la guerra: un juego consistente en apoderarse de las banderas del enemigo. En Saint-Louis-des-Invalides, por

encima del ataúd kitsch de Jean d'Audincourt, comidas por las polillas y la metralla, atravesadas por rayos de luz donde bailaba el polvo, colgaban las banderas rusas de Austerlitz. Habían visto el sol de Napoleón y el gran cielo azul del príncipe Andrés, le dices a la hija de Trece. Por aquello de puntualizar. ¿Te suena eso del gran cielo azul, del príncipe Andrés en Austerlitz? lanzas a continuación, pero no en tono sarcástico esta vez, no, más bien en plan de quien sólo pretende ayudar. ¿El príncipe Andrés? Pues la verdad, francamente... no mucho. Así que ahí vas tú con tu pequeña explicación, porque tienes alma de pedagogo, de Pigmalión, porque rebosas de historias e Historia, porque ya no sabes muy bien a quién regalar todo eso, pero ahí vas tú a tientas porque a decir verdad hace mucho que... en fin mezclas un poco Kant y Tolstoi, la ley moral y el gran cielo azul, las vertiginosas profundidades del alma, la mezquindad de la gloria y el poder humanos... Todo eso podría ser también un tanto Bossuet, te embarullas un poco. Total que todas aquellas banderas rojas flameaban en la noche, adquirirían una tonalidad rojiza en los halos de neón y acetileno, y había bajo una de ellas un tipo completamente en pelota, sentado en la tapa de regala de una embarcación de pesca, que estaba cagando tan ricamente en el agua, separándose las nalgas con las dos manos, y que se soltaba una nalga para decirnos hola, y luego volvía a lo suyo. Asia no es pudibunda. Y aquella bandera roja con estrella de oro, pensabas tú mientras respondías al saludo del cagón, aquella bandera que el teniente le había arrancado a alguna «banda rebelde», según la terminología oficial de la época, y que ahora era la bandera de los pescadores de cangrejos de mar y de los cagones nocturnos, era también la que tú enarbolaste en las manis, y por ejemplo aquel día en que te desencajaron los morros pero conociste a Chloé. Todo eso había sido aquella bandera: un «botín de guerra», un manifiesto, un trapo. El teniente vio en ella un guñapo sangriento que arrancar al enemigo, como la bandera del Reich nazi. Tú, la gente de tu generación, creísteis reco-

nocer en ella el estandarte de los pobres del mundo alzado contra los poderosos del mundo. Los pescadores del delta veían en ella un banderín como los que señalaban la posición de sus nasas. La piragua se adentraba en un canal bordeado de elevados pilotes de troncos de arecas; debajo era un hervidero de cangrejos de mar azules y ratas, al fondo había una escalera: era allí donde desembarcabas.

Remember tomaba altitud, rehacía todo el camino recorrido poco antes en picado, el McDonald's donde el negro en chándal seguía barriendo los baldosines blancos, MEGA KEBAB SIMÓN BOLÍVAR valla de obra había desaparecido el moro de la bolsa la lluvia un poquito los limpiaparabrisas (en el Traction había una rueda dentada para accionarlos manualmente pero no era un Traction era un Renault Frégate, ¿no, en la carretera de la Costa Esmeralda?) ATOUT CŒUR REGALOS GADGETS CARNICERÍA HALLAL CONSUMA CASQUERÍA CARLA ZAPATERÍA LE DRAGON GOURMAND COCINA ASIÁTICA PARA LLEVAR AUX JARDINS DE FRANCE SERGENT MAJOR BAR TABERNA DE VINOS BUFFET FRÍO «LA CAGNOTTE» JOYERÍA CHAPADO EN ORO Y PLATA MACIZA 5 À SEC CHOCOLATES FRANCESES DE NEUVILLE por qué ese «franceses» se pregunta uno, el chocolate refugio del patriotismo quizá, no somos todavía completamente suizos no obstante aunque no somos mucho mejores, CARNICERÍA DE BUTTES ZHEN FA COCINA ASIÁTICA PARA LLEVAR. Al día siguiente recorriste primero los pasillos del mercado, junto al canal, entre barreños donde bullía la carne nacarada de ranas desolladas vivas, con patos y lechones chapoteando en el barro, y puestos de peces gato que palpitaban sobre hojas de banano. Una bruma luminosa cubría el Mekong, navíos fantasmas, similares al que te había dejado allí, pasaban por aquel plasma. Sumido en aquel semiembo-

tamiento que el cotorreo tonal, el hedor abigarrado, el caleidoscopio de Extremo Oriente comunican inevitablemente a las sencillas mentes occidentales (tan inevitablemente que te preguntabas si una parte de la ebriedad que te embargaba no procedería del hecho de reconocer aquel formidable lugar común y verte invadido por él), te pusiste a husmear entre las existencias de viejos papeles que vendían al peso, a mil dongos el kilo: con la esperanza de toparte con algo, carta, foto, página de periódico, documento administrativo, cualquier cosa que datara de la época en que el teniente partió de allí una mañana. «Había salido en misión por el río como hacía a menudo. Zarpó el 14 de marzo por la mañana en la VP 42 que se dirigía hacia Vinh Long.» De hecho, en medio de legajos de papel cebolla y tinta violeta mecanografiados en vietnamita, que a ti te daba por imaginar, de manera absolutamente gratuita, que eran informes de policía, diste con un ejemplar en francés de los *Cuatro ensayos filosóficos* del Gran Timonel. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1966. Aquello sí que te traía recuerdos. Lo que pudisteis machaconear aquellas sandeces... «¿De dónde surgen las ideas justas? ¿Caen del cielo? No. ¿Son innatas? No. Sólo pueden surgir de la práctica social.» Cráneo privilegiado... «En general, es justo lo que tiene éxito, es falso lo que fracasa.» Ibas hojeando el opúsculo de estilo grandilocuente en el que los mejores cocos filosóficos de tu generación habían pretendido encontrar el más elevado de los pensamientos. ¿Cómo os dio por ahí? «Cuando esos datos sensibles se han acumulado lo suficiente, se produce un salto mediante el cual se transforman en conocimiento racional, es decir, en ideas.» Así de simple. Bien que lo veías tú, el salto... el gran salto hacia delante de los datos de la experiencia brincando en el pensamiento, ¡hop! ¡A pie juntillas! ¡Canguros! ¡Impagable, el bueno de Mao! Te descojonabas leyendo aquello a la orilla del canal, la gente empezaba a mirar con cara de flipar a aquel *phap* solito que se partía leyendo a Mao (sabían que era él, en la portada se veía en grande su

nombre y su retrato). Jamás se había visto a nadie que encontrara virtudes humorísticas a la prosa del Gran Timonel. A veces el estilo, sin dejar de ser grandilocuente, se teñía de matices dieciochescos debidos seguramente a los estudios clásicos de los traductores: «Ahora bien, si el proletariado pugna por conocer el mundo, es para transformarlo; no otro es su objetivo». Ese «no otro» antepuesto era admirable. Te acordabas de haber tomado notas sobre aquellas vacuidades igual que unos años antes las habías tomado sobre Kant o Hegel. Y todavía tú... tú no eras de verdad un filósofo. Pero ¡Gedeón! Ahora se te antojaba que lo que os fascinaba en aquellos textos era precisamente su rusticidad. Hay un encanto de la fealdad, una seducción del no-pensamiento, hay una voluntad de ser débil e idiota. Machaconeando los versículos obtusos del Gran Timonel, seguramente teníais la confusa impresión de hacer el sacrificio de vuestra inteligencia. Eso era bueno, ya que vuestra presunta inteligencia os convertía en intelectuales burgueses: primer pliegue. Pero, por otro lado, si verdaderamente era preciso sacrificar la propia inteligencia para sacar algún provecho de las obras de Mao, es señal de que eran...: segundo pliegue. ¿Es señal de que eran qué? te pregunta la hija de Trece, a quien le cuesta seguirte en el dédalo de semejante pensamiento masoquista. De que eran un revoltijo de lugares comunes, coño. Sospecha, duda inconfesables. Te decía: segundo pliegue. El pensamiento fanático, al contrario de lo que se cree, de lo que podría creerse, nunca es de una sola pieza, monolítico. ¡Cuidado! Es importante esto que te estoy contando, le dices a la hija de Trece, quien, arrellanada contra la puerta de su lado, te mira de soslayo con ironía. En fin, una ironía amable. Para hacer mejor tu demostración, has estacionado al divino Remember en doble fila frente a la iglesia de Jourdain. El pensamiento fanático es un pensamiento replegado sobre sí mismo, en zigzag, en acordeón (y lo mizas con las manos), y su violencia viene de ahí, del hecho de que el último pliegue trata de mantener a todos los demás

apretados, comprimidos, aplastados debajo de él. Odio a los judíos, o a Occidente, o a las mujeres, porque los admiro, o los temo, o los envidio, porque me desprecio, etc. Cosas inconfesables. Comprimamos bien el muelle. La brutalidad de la invectiva es proporcional a ese esfuerzo por aplastar las espiras de pensamientos inconfesables. Vas mimando como puedes todo eso con las manos. ¡Cuidado! Eso son ideas justas, le dices a la hija de Trece, en plan bufón, para atenuar lo que tenía de solemne tu anterior apóstrofe. De hecho no caen del cielo, me vienen de la práctica social. Ah sí... Me vienen dando brincos de la práctica social de los capullos y los fanáticos. Y también lo mimas, ¡hop!, y mientras apretada contra la puerta te mira ella de soslayo, con una simpatía un tanto irónica, distraes tú a hurtadillas unas miraditas a sus piernas, estiradas hacia el centro del coche (el Tiburón, informo a quienes no lo supieran, lleva tracción delantera, y por tanto el suelo es liso y está despejado entre los asientos), piernas que... sí, en fin, que brillan un poco en la noche. Mucho, incluso. «Innumerables fenómenos del mundo objetivo tienen su reflejo en el cerebro por conducto de los cinco órganos de los sentidos.» Sí. «Los órganos de la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.» ¡Cielo santo! Pensamientos inconfesables. Filosofía en el tocador.

Los ensayos supuestamente filosóficos de Mao (quien, además, practicaba a título personal la filosofía en el tocador, haciendo que le trajeran, el viejo verrugoso, jóvenes guardias rojas: si en la época alguien hubiera sostenido eso delante de vosotros, podíais haberlo matado), los ensayos supuestamente filosóficos y toda aquella milonga china: fue en nombre de eso, machaconeando eso, embruteciéndoos, drogándoos con ello, como acabasteis respetando a proletas que eran unos psicópatas, unos chuloputas, unos soplones o, sencillamente, unos mitómanos. TEE, Juju, o Gustave, por ejemplo. Falsamente,

claro: los respetábamos falsamente. No olvides lo que te he dicho, le dices a la hija de Trece: el pensamiento en espiras. Los respetábamos, en el fondo, porque los despreciábamos, porque los despreciábamos por respetarnos, porque nos despreciábamos por despreciarlos, y así sucesivamente. Ese Gustave era un viejo asqueroso, un antiguo minero también, como André, pero vamos para nada del mismo temple. Lo suyo eran las gayumbadas. Por ahí lo tenían pillado los polis, con rollos de lo social por cierto bastante lastimosos, algunos flagrantes delitos de exhibicionismo. Lo ignorábamos, claro, sólo lo supimos años más tarde, cuando acabó todo y Foster tuvo acceso a expedientes del Ministerio del Interior. El viejo sinvergüenza nos había vendido alegremente, a él le debía Foster por ejemplo su estancia en la Santé. Personalmente, le dices a la hija de Trece, no es lo que más le reprocharía, pero a Foster, obviamente, aquello le desagradaba. Ese gordo de Foster estaba todo orgulloso de hacernos ver que ahora tenía acceso a ciertos secretos de Estado de cuarta categoría, a ciertas polizontadas. Nos convocó —a Gedeón, Amédée, Danton y a mí, a Trece, ah no, Trece había muerto hacía unos años, estamos ya después del 81, te recuerdo— el famoso 10 de mayo de 1981, ¡la aurora radiante del presidente Mite! El chilliditos de Foster cotilleaba sacando a relucir sus pequeñas revelaciones. Había cambiado de campo, estaba en el poder. En algún sitio de las habitaciones del servicio del poder, pero bueno. Era como si lo hubiera tomado; el poder, me refiero. Se acariciaba la barba de puro gozo. Tenía expedientes, los conserjes del inmenso edificio del poder, en el que él ocupaba una buhardillita, le pasaban informes. ¡Ojo! le dices a la hija de Trece: lo que voy a decirte sigue siendo una idea justa, surgida de la práctica social: no hay peores primos del poder que ciertos antiguos revolucionarios. Te acuerdas de esa frase de Victor Serge que te he citado hace un rato —hace una eternidad: «Qué contentos están de ver por fin desfiles desde las tribunas oficiales». Así que estábamos allí, en esa cervecería de Bastille (o a

lo mejor era de République), para enterarnos por boca de Foster que Gustave nos había vendido en toda la medida de sus posibilidades. Y aquello no me sorprendía mayormente, pero había detalles pintorescos, podría decirse incluso novelescos. Por ejemplo, cuando el comisario de los RG* iba a recoger a aquel topo de campeonato a la estación del Norte, se lo llevaba pitando a un club de los Campos Elíseos (sabía, le pagaban para saber que a Gustave le excitaban las cachas) donde lo invitaba a champagne: y el otro que no, que prefería beberse una cerveza. ¡Esto sí que era grande! ¡Así era el Pueblo! ¡Zolesco! El poli pimplándose su champagne Mercier, el otro su Kronenbourg, el poli encorbatado, pajarita aflojada para cuadrar con el estereotipo, chaqueta marrón seguramente, Gustave sudando embutido en su lana gruesa con cremallera, las cortinas de terciopelo granate, la chica en tanga, con buenas tetas turgentes pululando alrededor de las nupias carmesí de Gustave, el poli penando para entender aquellas delaciones propaladas con un abominable acento *chti*, Gustave estrujándose el coco para ver si no podía encontrar alguna cosa más que largar... rascando bien... Parece que, cuando uno se pone, acaba siendo un alivio continuar... como cuando se echa la pela... pero más que nada a Gustave le apetecería otra Kro... otro pequeño manoseo de culo... pues claro que sí, hombre... 'te cortes. Y el poli paga y se mete la factura en la cartera y Gustave ahoga un eructo y de repente se pone melancólico, sabe que ahora va a tener que ir a juntarse con nosotros... la reunión del buró político, donde ciertamente no hay stripper que valga... ni Kronenbourg lo más seguro... y luego, qué quieres, le violenta un poco ser un soplón... y además va a haber que esforzarse por guardar lo que pueda interesar al señor comisario la próxima vez. Porque los polis no son como esos gilipollas de alumnos de las grandes escuelas que forman

* Siglas de Renseignements Généraux («Informaciones Generales», servicios de la prefectura de policía y de la dirección de la Seguridad. (N. del T.)

lo esencial del buró político de La Causa, no admiran sistemáticamente lo que les cuenta, al revés, cuestionan las cosas, lo aprietan, exigen pruebas: razón por la cual él, Gustave, tiende a respetar a los polis, que lo desprecian, y a despreciar a los intelectuales, que lo respetan. En fin, etc.: espero que hayas asimilado lo del pensamiento-muelle, Marie, le dices a la hija de Trece. Y al final el comisario de los RG cuenta todo eso, los elementos factuales de todo eso, en sus informes, y Foster, diez años después, está todo orgulloso de ponernos en el ajo. Y nosotros, naturalmente, le dices a la hija de Trece, estábamos bien encabronados. ¿Y ahora qué hacíamos? ¿Ir a Lens (o a Douai, ya no sé) a reventar el bar estanco del que aquel viejo desecho había recibido la concesión en pago a sus chivatazos? Desde que se había hecho cabalista, Gedeón dejó de sentirse concernido por aquellas historias de juventud. Amédée por su parte se dedicaba ahora a política seria, estrategias de comunicación, reposicionamientos, caladeros electorales, cuantificaciones de los programas, cotas de popularidad, en fin cosas con entidad propia. Cenaba con Excelentísimos, eran ellos quienes se lo rifaban, le rogaban que asistiera a sus cenas, ya no se veía participando en una miserable expedición de castigo. Danton siempre había sido un blando, no iba a cambiar ahora de repente. Tú, si Trece hubiera seguido estando ahí, te habrías planteado seriamente un viajecito a Lens (o a Douai) a romper unos cuantos platos. Te lo imaginabas como una película de vaqueros (en la materia no hay nada superior), habríais llegado con las manos en los bolsillos al barreto del gargajero (porque además de chivato, Gustave iba soltando lapos por doquier), qué tal, Gus, ¿nos sitúas? Trintignant te habría cuadrado perfectamente en el papel de ti haciendo tu papel. Habríais hecho durar el placer, pidiéndoos unas cañas, bebiendo por los viejos tiempos, dejando que el asqueroso se fuera haciendo despacito en su propio jugo, y de repente ¡zas!, una barrida con el antebrazo y toda la cristalería al carajo, qué gozada la verdad... Ya ves, le dices a la hija de Trece: tu padre

era el tipo con el que habría hecho eso, esa venganza a la vez pueril, traviesa, anacrónica y, aun así, justa, para mí era ese tipo de tío, no soy capaz de decirte nada más verídico. ¿Me entiendes? Gesto de que sí, de que no hace falta que se lo dé más masticao. ¿Y al final qué hicimos? Nada. Mal hecho. Por lo menos teníamos que haberle mandado un pez muerto por correo, o algo así. No hacer nada era como decir que toda nuestra historia había sido una fantasía, un sueño, si traicionarnos no se merecía siquiera una patada en el culo. No hacer nada era aceptar hacer borrón y cuenta nueva con nuestras vidas. Ese día nos convertimos de verdad en fantasmas. Habría bastado con un pez podrido por correo... ¿Y por qué no lo hicisteis? Pues porque ya no había un «nosotros», un «vosotros», precisamente. Ya sólo había «yoes». ¿Adónde vas con eso? ¿Y en nombre de qué? Estando Trece, habríamos hecho algo: estando Trece, nos acordábamos de la horda, de ese olvido de sí, de ese valor que se saca de los demás... A lo mejor ya no éramos más que una vieja pareja, pero antes, antaño, en otra época habíamos sido miles, millones... Nuestra amistad era lo que quedaba de la gran fraternidad, de la fraternidad universal. Éramos supervivientes, habíamos sobrevivido a la hecatombe de la fraternidad. Así que estando él, sí que habríamos hecho algo. Pero solo...

A Gustave lo que le fascinaba de la burguesía eran sus supuestas indecencias. TEE se creía que los burgueses se parecían todos al barón de Rothschild, él los veía más que nada entregados a un desenfreno, a un follerío permanentes. La burguesía le encendía tremendamente la imaginación, la lucha de clases para él era una inmensa película clasificada X. Entonces cuando encontraron muerta y violada en un descampado a la hija de unos mineros, y un juez algo grillado, excitado por la prensa de cloaca, inculpó al farmacéutico más rico del lugar, Gustave sintió que había llegado su hora. El sórdido suceso

iba a convertirse en un símbolo de la lucha entre los oprimidos y sus opresores. El asunto multiplicó en él los recursos de esa «inteligencia proletaria» a cuya escuela había que apuntarse. Crepitaba de ideas, los ojos le hacían chiribitas, la saliva le burbujeaba entre los raigones mientras os iba dando cuenta, en el buró político, de sus especulaciones. El farmacéutico vivía maritalmente sin estar casado, eso era una prueba como un piano. Su zorra era una tortillera, lo había oído decir en el bareto, de ahí a pensar... Había oído decir en el bareto que llevaba bragas de seda y a veces, no lo íbamos a creer... a veces ni bragas ni nada. Se había enterado por el mozo de la carnicería de que el farmacéutico encargaba en ocasiones chuletones de ochocientos gramos. ¡Ochocientos gramos! ¿Tenía que decírnoslo más clarito o qué? Gedeón, que había sido el más brillante de los jóvenes filósofos de la Escuela, el discípulo de aquel viejo maestro cuyo nombre no sonaría al gran público hasta el día en que estranguló a su mujer, Gedeón meneaba la testa con gravedad. A veces le pedía a Gustave que lo repitiera, como si su pensamiento fuera demasiado complejo para él: ¿ni bragas ni nada? ¿Ochocientos gramos, en serio? Gedeón, acariciándose la perilla, observaba un largo silencio a fin de dejarnos meditar sobre las enseñanzas que acababan de servirnos cual chuleton en la barra. Apuntarse a la escuela del proletariado era comprender *concretamente*, como Gustave, lo que era el enemigo de clase. La teoría, la extorsión de la plusvalía, todo eso estaba muy bien, pero lo que contaba era la *vida*, y la *vida* era que la burguesía no llevaba bragas y se metía entre pecho y espalda un kilito de carne para cenar. El tío se volvía hacia Danton, que no se atrevía a exteriorizar demasiado su consternación: habría que hacer un artículo al respecto en el periódico, ¿de acuerdo? En el lenguaje de las amplias masas francesas (era como para Vietnam y para todo). Danton farfullaba que sí, claro, que se haría. Toda la historia en un lenguaje *vivo*, claro. Aquella muerte.

Sabes... vas a ver lo carroza que soy, le dices a la hija de Trece. Remember se ha vuelto a poner en marcha, sobre cojín de aire, platillo volante gris plateado, silver ghost con pilotaje automático. Explora la noche con sus ojos inteligentes, a derecha e izquierda volviendo a subir Belleville, las carnicerías hallal las pescaderías los chocolates franceses las comidas preparadas asiáticas el estanco La Gitane las aves de corral los productos regionales REGALOS TÓRTOLA CERRAJERÍA CHEZ PETIT LOUIS CAFÉ-BAR una chica negra en una jaula de cristal habla por teléfono parece que estuviera duchándose a la luz, volamos silenciosos (tú no) hidroneumáticos. A través del espesor nocturno de la ciudad. Silenciosos... tú no, tú, al revés, torrente de palabras, de historias, de consideraciones a la buena de Dios, a la ahí queda eso, a lo chorras. Escucha, le dices a la hija de Trece: vas a ver lo carroza que soy. Lo que creo es que hemos sido la última generación que ha tenido sueños de heroísmo. Ahora eso parece ridículo, os parece que es cosa de mentecatos, y a decir verdad ni siquiera entendéis qué quiere decir eso, ya sé. Pero el mundo no siempre ha sido tan enemigo de lo romántico. El mundo no siempre ha sido tan cínico, tan taimado. Tan de vuelta de todo, burlón, «a mí no me la pegan»... Antes, los jóvenes tenían gustosos ese tipo de imaginación. La vida tenía que ser épica, si no ¿para qué? Había que estar al borde del abismo, afrontar el misterio. Es un viejo deseo humano, hay un montón de mitos y poemas que cuentan eso. Medirse con los dioses, con los monstruos, descubrir tierras insospechadas, explorar esa región desconocida que es uno mismo ante la muerte. La *Ilíada* y la *Odisea*, joder. Hace dos mil años no pocos jóvenes soñaron con ser Aquiles, o Héctor, o Ulises. Y al contrario de lo que se cree ahora ese deseo podía muy bien conjugarse con el de escribir, pensar. Hasta sucedía que uno difícilmente fuera sin el otro. Había una raíz común de rechazo a la monotonía. Ha habido poetas, novelistas, filósofos, soldados, agentes secretos, y no eran la gente más calamitosa, sabes. Sin remontarnos hasta

Cervantes y Camões, Faulkner, que no era así y todo, entre los escritores del siglo, el más ceporro, el menos profundo, Faulkner se quedó tremendamente decepcionado de que el armisticio de noviembre de 1918 le impidiera ir a hacer de moderno caballero a los cielos de Europa. Así son las cosas. Y Hemingway, más rápido, se largó sin dudarlo a los campos de batalla. Cendrars ya no está muy de moda, lo cual no es óbice para que inventara la poesía francesa moderna con Apollinaire, y era legionario, se alistó voluntario. Y Apollinaire, también se podría hablar de él... Sé que vosotros sois ahora todos pacifistas. Y yo también, si quieres que te diga que es más agradable vivir en paz. Y también lo dicen los que han conocido la guerra y logrado sobrevivir. Pero mira, no se escribe con lo que es agradable, no se piensa con eso. Se escribe y se piensa con lo que hiere, con lo que mata. Y hasta es con eso con lo que se vive de verdad. No con el «principio de precaución». Escribir (o pintar, etc.) no es intrínsecamente filantrópico. Progresista, todavía menos. Un gran escritor verde, ya ves, ya me gustaría verlo. E incluso un gran pintor. Bueno, entonces la Revolución ha sido la última epopeya occidental, y después todo el mundo se ha ido a acostar. La Revolución, hoy por hoy, se ha convertido en un gadget, una pacotilla burguesa. Un perendengue. Mira, escucha, lee a tu alrededor, Marie: ahora nuestras élites se dicen todas «revolucionarias». Hablo de la burguesía moderna, la que fabrica imágenes, historias, no los atrasados que se empeñan en fabricar raíles o chapas, por supuesto. Hablo de los auténticos señores, los que inventó mi generación, lástima. La Revolución se ha convertido en su decorado, sus hermosas galas. La burguesía moderna es «revolucionaria», ha inventado ese tremendo espejismo para disimular sus privilegios. Pero antes de que se convirtiera en un estilo apreciado por las páginas de «tendencias» de las revistas *chic*, la Revolución era el último avatar de los viejos sueños de heroísmo: me refiero para un joven intelectual de los años sesenta, para quien no primaban las exi-

gencias económicas, hablo de lo que conozco. Y sentíamos tanto más esa necesidad de heroísmo cuanto que la Francia de nuestros padres, en general, había carecido tan abominablemente de ella... Nacer justo después de Vichy, sabes, invita a la epopeya... Así que vender café y armas en Abisinia, conducir un ejército de camelleros junto al mar Rojo, una escuadrilla sobre la sierra de Teruel, una banda al asalto de La Habana, morir a la orilla de un canal en Berlín, tal era el confuso horizonte de nuestras ambiciones. Confuso, estetizante, pero no lastimoso. Romántico, sí, creo que puede decirse. ¿Incorporaba una superchería, dado que ignorábamos lo que era la explotación económica? De acuerdo. Y también porque nuestra voluntad de eclipsarnos en un ser colectivo tenía por origen el clásico deseo individualista de tener un destino. Seguramente fue por eso, para expiar ese pecado literario, ese defecto «burgués», por lo que después fuimos tan crédulos, tan ridículamente humildes frente a tipos como Gustave o Juju. Seguramente fue porque sentíamos que en el fondo de nosotros había algo así como una mentira por lo que fuimos de modo tan deplorable unos obsesos de la culpa, unos maniáticos de la culpabilidad. Y también fue por eso por lo que el instrumento de nuestro castigo ha sido la ironía: deseábamos demasiado tener un destino, pues bien, hemos tenido destinos de *Pieds Nickelés*.* La tragedia se repite como comedia, y a fuerza de querer drama en demasía uno acaba comiéndose una farsa. Es la ironía del destino.

GÉNÉRALE CASHER CONGELADOS ESPECIALIDADES TURCAS Y GRIEGAS el papeo al menos ignora la guerra lavadoras blancas iluminadas en la noche con los ojos de buey abiertos LE BEL AIR LAVANDERÍA ALMACÉN TRUEQUE BARATIJAS BRONCES RELOJES DE PA-

* «Los Holgazanes», tebeo francés muy popular. (N. del T.)

RED OBJETOS DECORACIÓN RETIRADA GRATUITA tubos de neón azul exactamente del color de esos aparatos antimoscas que se ven en el tercer mundo VIDÉO FUTUR N.º 1 DE LOS VIDEOCLUBS EN FRANCIA ALIABED SUPERBAZAR FRANPRIX, metes quinta después de Pixécourt, cambio de marchas en el volante esto ya no lo hacen, el morro de raya plateada levanta el vuelo en medio de un rugido de aspirador aunque enseguida tienes que reducir y es que la calle se empina de repente hacia Télégraphe a 128 m 508 mm exactamente sobre el nivel medio de los mares, acantilado de mármol en cuya cima viviste con Judith cuando el pelo le resbalaba sedoso entre unos pequeños senos que te encantaba acariciar, neones muy azules todavía muy intermitentes TRECA EPÉDA DUNLOPILLO SIMMONS SOMIERES COLCHONES MUEBLES SALONES DE CUERO SOFÁS CAMA MOBÉCO MAYOR Y DETALL LAS GRANDES MARCAS A LOS MEJORES PRECIOS muy azules todavía muy intermitentes SÁNDWICHES GRIEGOS PATATAS FRITAS FALAFEL sus pequeños senos que te encantaba acariciar y también mordisquear, sí seguro. ¿Dónde nos habíamos quedado? Ah sí los proletarios. Juju era brutal, esa al menos era la reputación que tenía. Que él promovía, y que os convenía. Un proletario de Sochaux, de entrada, no podía ser cosa para tomarse a guasa. Las fábricas Peugeot, en la época, tan al este y en el frío, tan duras, eran un poco, para los pequeñoburgueses que erais vosotros, lo que debían de ser los bosques de Germania para un romano de la decadencia: allí se estaba gestando un porvenir feroz, entre las danzas bárbaras y los sacrificios humanos. Ni las minas de Norte-Paso de Calais, demasiado cercanas a París, demasiado sindicalizadas y politizadas, demasiado civilizadas, por tanto, revestían ese pavoroso prestigio. Renault-Billancourt, ni comparación. Meterse en Sochaux era sumirse en una grieta del espacio-tiempo: provincianismo absoluto, sin una capital, patronal de derecho divino, clima siberiano. El Jura: el propio

nombre tenía algo de salvaje, entre rugido y estertor. ¿Quién se aventuraba a ir por el Jura? Los Alpes, los Pirineos, eran los deportes de invierno, los Vosgos, viñedos e imágenes de Epi-
nal, pero el Jura... Se sentía que los Urales no quedaban lejos. Entre los militantes de la «base obrera» había uno, un tal Wal-
ter, un gordo coloradote bastante plácido con patillas y labio
leporino, que pescaba el pez gato en el Doubs. El siluro,
exactamente. Jean d'Audincourt se marchó una vez con él de
expedición por las brumas heladas. Volvieron con el morral
vacío pero te contó, le dices a la hija de Trece, que Walter uti-
lizaba bidones de gasolina de veinte litros como flotadores
para sus sedales, lo que da una idea de los bichos que espera-
ba pescar: porquerías viscosas, pustulosas, con bigotes y ojos
eréctiles, especie de babosas gigantes de los grandes fondos,
negras como submarinos atómicos pero nerviosas y malvadas
como cocodrilos, trepaban por las riberas, se arrastraban so-
bre sus garras-aletas para ir a zamparse patos, lechones, pe-
rros... niños pequeños, decían... Walter, especie de Ahab del
Franco-Condado, se lo había soplado a Jean d'Audincourt sin
perder de vista sus bidones bailando en la niebla. Por lo que
hacía a los niños pequeños, según él, exageraban. En fin así
era el Jura: el corazón de las tinieblas, la prehistoria, un país de
monstruos metafísicos donde se acumulaban, se creía, las
energías catastróficas necesarias para el alumbramiento de
las Revoluciones. Juju era el jefe de la «base obrera» de So-
chaux. Un bajito fornido, de músculos compactos de arriba
abajo y voz ronca, un marinerito que le habría gustado mu-
cho a Genet. Unos años más tarde, se mataría magníficamente
en una carretera de esa comarca que por mor del rigor de sus
inviernos recibe el nombre de «pequeña Siberia»: su coche
segaría todo un bosquecillo de abetos antes de detenerse, en-
sartado por el techo, en un tronco roto. En su armadura auto-
móvil, Juju rigurosamente despachurrado. Una muerte de ca-
ballero de rebajas, de don Quijote de tercera mano, pero aun
así era algo, un pasito hacia la epopeya, como la captura del

pez gato. Había tristeza y belleza en todo aquello: el buga amorosamente retocado en el patio de la barriada obrera, personalizado, con el motor trucado, adornado con llamas pintadas como crines, engalanado, ataviado para el último torneo, el gran sol por encima de la nieve, el cielo azul, los árboles negros, y luego nada más. Un enorme estruendo que vuelve a desvanecerse, regreso del silencio bajo las ramas. Telón. Sabes, le dices a la hija de Trece, a menudo da la impresión de que me mofo, pero... Había muchos que no me gustaban demasiado, es cierto, Juju por ejemplo, pero aun así todos perseguían algo más grande que ellos. La fraternidad, la Revolución, la aventura, algo. Si no, no valía la pena. Este Juju creyó encontrar en nosotros, gracias a nosotros, a los retazos de Historia que aprendía de nosotros, a su autobombo, a nuestra credulidad, el medio para ser más grande de lo que era. Luego tocó volver a la realidad, y entonces su modesta imaginación hubo de conformarse con su Ford Escort. El lapso en que devoraba una recta pisando a fondo el acelerador, o se marcaba una curva con un derrapaje controlado, se creía Jo Schlesser, Jean-Pierre Beltoise... las figuras automovilísticas de la época. Hay algo más que ridiculez en esto. Todos procurábamos montarnos mejor o peor un destino, eso era lo que nos unía. Bueno. *Requiescat*. Juju no se hacía de rogar demasiado a la hora de contar, como confidencialmente, que había formado parte del grupo de ligeros de cascos que, en junio del 68, defendiendo la fábrica ocupada, arrojó a unos CRS a unas cubetas de ácido. Ese hecho fabuloso era una de las leyendas que circulaban después de Mayo (como un supuesto motín en el portaaviones *Clemenceau*). A lo mejor fuimos nosotros, en La Causa, le dices a la hija de Trece, los que la inventamos, capaces éramos. Lo mismo fue cosa de Trece. O de Angelo, una noche de farra en el Harry's, o de Danton, para que Gedeón no le anduviera jodiendo. Muy probablemente fue uno de esos rumores que surgen de la nada, de esa nada que llamamos el aire del tiempo: y a Juju, al oírlo, se le ocurrió que le asig-

naba un papel que le sentaba como un guante, que lo exaltaba. Ya que otros, nosotros, eran lo bastante idiotas para que les pareciera exaltante... En cualquier caso, le rodeaba la aureola de la dudosa gloria de haber disuelto a unos CRS en H_2SO_4 .

El recuerdo que guardas de él, de aquel temible Juju, está de todos modos bastante alejado de esa mitología. Un verano, organizasteis un «cursillo obrero», una especie de escuela en la que los proletarios «intercambiaban sus experiencias», por repetir las palabras de la época. Lo divertido del asunto, le cuentas a la hija de Trece, lo incongruente es que el sitio que nos prestaron era un castillo de los alrededores de Illiers, en Beauce, que fue el modelo del castillo de los Guermantes en *En busca del tiempo perdido*. En fin el modelo, la verdad, no sé muy bien qué quiere decir eso dado que ese castillo de los Guermantes no se ve nunca, si no me equivoco, en Proust: caminan hacia él cuando dan un paseo junto al Vivonne, con sus niñas, pero creo que no van nunca hasta el castillo, ¿tú te acuerdas? le preguntas a la hija de Trece. Y como ella no se acuerda, pero vamos para nada, prosigues: el mundo de los Guermantes, en realidad, no tiene fin, límite, es la corriente, el espejo del agua, el espejismo del nombre, de la Historia. En fin todo eso parece muy alejado de Juju de Sochaux, pero de eso nada, espera, vas a ver. La propietaria del castillo, la duquesa de Guermantes de nuestro tiempo, en definitiva, era una burguesa hippie, una pelirroja más bien vivaracha y graciosa que llevaba largos vestidos indios llenos de volantes y revolantes, creo recordar. En fin por lo que hace a los vestidos, ya no estoy seguro, le dices a la hija de Trece, pero de lo que sí estoy seguro es de que estaba separada de su marido, que era seguramente un conde, una cosa de esas, aunque no necesariamente, y de que en todo caso estuve bastante tentado de traicionar a La Causa para intentar convertirme en señor del castillo de Illiers, pero como de costumbre no me atreví. Aquella

condesa Nicole (¿o quizá era Juliette? Aunque creo que era Nicole) era pues más bien una Verdurin, en resumidas cuentas. Del conde, o del marido, el vestigio más visible era un Oldsmobile descapotable encerrado en un granero. Un Oldsmobile o un Buick, un Roadmaster, es posible. ¿Qué más da? Azul, eso sí. Todos mis deseos inconfesados de salacidad y de traición de clase los había centrado en el artefacto de largos muslos brillantes. Me hubiera encantado, gilipollas de mí, dar una vuelta por el parque al volante del voluptuoso *roadster*. Hacer que ronronearan los doce cilindros en forma de V. V como Vietnam. V como el sexo femenino, y un libro desplegado. ¿Lo he dicho ya antes, quizá? Lástima el coche estaba equipado con dirección y montones de chismes asistidos eléctricamente, lo que se llamaba en la época *servodirección*, creo, y que aún no existía en los pequeños automóviles europeos, y con el tiempo que hacía que no había vuelto a aparecer el capullo del conde la batería estaba descargada. Y las ruedas deshinchadas, y el Oldsmobile o el Buick enterrado en el heno donde me hubiera encantado revolcarme con la condesa Nicole, o Juliette, sin atreverme a decírselo, ni siquiera a decírmelo, ¿te das cuenta? le preguntas a la hija de Trece. Hombre, darse cuenta, claro que se da cuenta. Tontolhaba... Así que el cursillo obrero plantó sus tiendas bajo los árboles del parque. Especialistas de las cosas que requerían cierto grado de profesionalidad (sofisticadas camadas de hostias, secuestros, papeles falsos, transporte de materias peligrosas, picnics revolucionarios), a Trece y a ti os encomendaron la logística del asunto. Os pasasteis noches y noches husmeando la guía Chaix y maquinando itinerarios ferroviarios capaces de despistar a los esbirros del Quai des Orfèvres: había que evitar que pudieran seguir a algún imprudente, o distraído, hasta el mundo de los Guermantes. A Juju, por ejemplo, lo tuvisteis dando un voltio por Dijon, luego de allí a Lyon, donde a toda carrera logró atrapar, en sentido inverso, el tren de París, del que se bajó en Laroche-Migennes, donde le esperaba un coche. Antes los

trenes se paraban en Laroche-Migennes. Laroche-Migennes, departamento de Yonne. Perdíaís un tiempo bárbaro en aquellos numeritos, Trece y tú, y Fishauí, y Judith, y todos los que se encargaban en La Causa de los marrones chungos, zigzagueando por todo París como gorriones enloquecidos, teniendo al día vuestro listín de edificios de doble salida, entrando por una puerta saliendo por la otra, saltando de los vagones del metro en el momento del cierre de puertas, atravesando con los codos pegados al cuerpo los grandes almacenes o las estaciones en las horas punta, para ir de un punto a otro estaba prohibida la línea recta, el laberinto era vuestra especialidad, desplazaros era una actividad que requería un rato de imaginación y paciencia. Al final nadie perdió ninguna conexión, nadie, a primera vista, y según la delicada expresión, llevaba una lapa pegada al culo, todo el mundo llegó al castillo: Reureu el Hirsuto, al que le crecían unas cerdas de jabalí hasta en las arrugas de los codos y las rodillas (le enseñaba gustoso a Nicole semejante maravilla), Bombabirra, Momo Zampacerrojos, otro a quien los estragos intestinales causados por el tintorro le habían valido el poco envidiable mote de Cagalera, y en fin la horda de Issy-les-Moulineaux al completo, Gustave el gargajero, el viejo asqueroso, André de las minas, al que iba asfixiando la silicosis, un día nos tocaría ir detrás de su ataúd, en la Rue de la Terre-de-Feu, TEE y su careto de payaso siniestro, Juju H_2SO_4 , algunos más, no había tantos proletarios en La Causa pero habíamos cubierto el cupo, Simon (¿o se llamaba Gérard?), un joven obrero especializado de Billancourt, melancólico y enclenque, que disimulaba como un vicio vergonzoso que tocaba el violín, y que acabaría veinte años más tarde en el Frente Nacional, Said, un enganchado a los caballos que se olvidaba por un rato de la esclavitud asalariada dejando sonar en la cabeza el estrépito de los cascos de su infancia en la playa de Rabat. Y luego estaba Raymond, un jubilado de la RATP, uno de los poquitos de los que guardo un recuerdo emocionado, le dices a la hija

de Trece. Tenía un hermano que después de ser FTP se enroló en el Cuerpo Expedicionario en Indochina, seguramente llegó a conocer al teniente, y terminó desertando, desapareció y cuando volvió a oírse hablar de él se había convertido en una especie de rey en Nueva Guinea según Raymond que a decir verdad no estaba ya muy seguro, pues las últimas cartas se remontaban a más de diez años atrás. Aquel destino fabuloso, tragado por la jungla, le hacía fantasear sin que la menor sospecha de celos viniera a empañar la evocación del rey de los papúes, que Raymond era un tipo muy generoso. Seguramente le habría encantado que le hubieran descubierto a Conrad antes que a Mao. Sus ojos azul desvaído, su dulcísima, modesta sonrisa traslucían todo el pesar del mundo por una educación que no había tenido y que admiraba en nosotros, los jóvenes intelectualillos de La Causa —decía «intelectual» recalcando mucho la «u», y era el único que no utilizaba esa palabra como un insulto, al contrario, la degustaba como una mermelada exquisita. Y eso nos violentaba y nos ponía un poco furiosos ya que nuestra educación era precisamente de lo que queríamos purificarnos y redimirnos en la escuela del proletariado, como se decía entonces. Entre Raymond y nosotros el quid pro quo era total. Su pasión por las letras le incitaba a escribir pequeñas composiciones al estilo Sully Prudhomme que ponían a Gedeón, el encargado de juzgarlas, en un brete. Raymond lo hacía todo al revés, respetaba el saber que nosotros deshonrábamos, si había que actuar se inclinaba siempre por la solución más pacífica cuando lo que esperábamos de los obreros es que nos enseñaran la violencia. Desde ese punto de vista, Juju sí que resultaba tranquilizador. Con él el mundo estaba al derecho. Arreando que es gerundio, como le gustaba decir.

RESTAURANTE ASIÁTICO LE MAOFA MIAMI CA-
FÉ RESTAURANTE FRANCO-LIBANÉS lavadoras verde
turquesa iluminadas en su escaparate como putas de Hambur-

go SOLEIL DES DRAGONS DEGUSTACIÓN RÁPIDA
COMIDA PARA LLEVAR, la Rue de Belleville baja en pica-
do hacia Haxo y sube luego hacia Lilas SANDHU BRENDA
PRÊT À PORTER FEMENINO FLORES TINTORE-
RÍA LAVANDERÍA CARNICERÍA MUSULMANA LES
TROIS FRÈRES FLEUR DE LYS BODAS FUNERALES
BAR RESTAURANTE DES MOULINS LE ZODIAQUE
BAR PMU* PARISTAMBUL SÁNDWICHES PIZZAS
TURCAS. De todos modos había cosas con las que no po-
díamos Trece y yo, le dices a su hija. No nos lo tragábamos
todo, no te creas, pero cerrábamos el pico, eso sí. De eso sólo
hablábamos entre nosotros, y tampoco de todo, seguramen-
te. Apuntarse a la escuela del proletariado, había veces en que
resultaba complicado. Los entrecots de ochocientos gramos
del farmacéutico, las bragas de seda roja de su querida... fran-
camente nos importaban un huevo. Y no era sólo que nos
importaran un huevo: nos repugnaba hacer como que nos in-
teresaban. Me acuerdo de una vez en que hablamos de ese
asunto Trece y yo. Fuimos a la pequeña ciudad de Norte don-
de se habían producido los hechos, Gustave y Gedeón nos en-
cargaron que preparáramos «el arresto», que decíamos, del far-
macéutico. Fuimos para allá, abrumados, vimos la casa, cerca
de la maciza iglesia de ladrillo, el descampado, la carretera na-
cional, que atravesaba derecha los escoriales, rectilínea; encon-
tramos una buena razón para quitarnos de encima el trabajito:
la gendarmería a quinientos metros en línea recta, sin una cur-
va, un cambio de rasante, un semáforo entre ella y el lugar del
crimen, los picoletos allí enfrente, nosotros en la línea de mira,
por así decir. Demasiado arriesgado: nos inventamos esa mala
excusa para escaquearnos. A Gedeón, en el fondo, me lo con-
fesó años más tarde, nuestra espantada le quitó un peso de en-
cima, no insistió lo más mínimo. Me acuerdo, le dices a la hija

* Siglas de Pari Mutuel Urbain, la popularísima quiniela hípica francesa.
(N. del T.)

de Trece, de haberlo hablado unos días más tarde con tu padre —me resulta curioso llamarlo así, «tu padre». Me acuerdo de que estábamos cruzando el puente Mirabeau y había bruma en el Sena. O quizá era el puente de Grenelle, o el de Garigliano, pero, es curioso, de lo que estoy seguro es de la bruma en el Sena. Y Trece me preguntaba por qué habíamos mentido, por qué no habíamos tenido el valor, la honestidad, sencillamente, de decir que nos negábamos a esa misión porque era imbécil, deshonrosa, en lugar de inventarnos excusas. Y yo le contestaba, cabreado, que yo qué sabía, que además lo principal lo habíamos hecho: negarnos a ir. Que no que no nos negamos, insistía él, no nos negamos, lo sabotamos, que no es lo mismo, moralmente. ¡Moralmente! No me hagas reír, le dije. ¡Moralmente! Y el muy gilipollas, tu padre, le dices a la hija de Trece, que se pone a pegarme puñetazos, allí, en todo el medio del puente. A pegarme puñetazos como de broma, pero sí sí. Y entonces... ¿a qué venía esto? Ah ya, eso: la escuela del proletariado. Claro que queríamos apuntarnos, pero coño había límites. Veces en que resultaba complicado. La banda de Issy, por ejemplo, cuando se habían puesto morados a Kiravi (o a Préfontaines), les daba por irse a la caza de maricas a los meaderos de la Porte de Versailles. Porque en la época también había de eso: meaderos. Mingitorios. Vespasianas, ahora me viene la palabra, se me había olvidado. Especie de pequeños torreones de chapa calada, color vagón, en cuyo interior corría el agua sobre hojas de pizarra. Curiosamente fue la liberalización de las costumbres, o liberación, que ya no sé cómo se dice, lo que supuso el fin de aquellos útiles edículos. Otra cosa que desapareció, como las hojillas Gillette y los clavos de los pasos de peatones, y la Historia. Pero los B-52 no. Lo cierto es que Reureu el Hirsuto, Bombabirra, Zampacerrojos y Cagalera se largaban de vez en cuando de expedición, bien kiravizados, o geveorizados, o kronenburizados, según, hacia los meaderos de la Porte de Versailles. Respecto a los maricas, los mariquitas, que se decía,

no puede decirse que nuestra tolerancia hacia ellos se elevara muy por encima de la inteligencia media de la época, pero de eso a organizarles emboscadas... A Trece y a mí no nos entraba en la cabeza por qué había que apuntarse a semejante escuela... Y eso que nosotros estábamos dispuestos a sacrificar nos lo que fuera, a esmerarnos, pero lo que nos costaba admitir es que el propio Gedeón tragara también frente a aquellos palurdos. Hiciera como que aprendía de ellos. Nuestra humildad voluntaria debía al menos ser redimida por la gloria de Gedeón. Era en cierto modo nuestro delegado en lo incontestable. Nosotros, se daba por supuesto, éramos intelectuales burgueses o pequenoburgueses (aunque... a decir verdad, le dices a la hija de Trece, se me antojaba un tanto pretencioso tomarme por intelectual; en cuanto a ser un burgués... Nesim, de acuerdo, pero ¿yo?). Pero Gedeón se había elevado desde aquella condición miserable a la de *dirigente*. Y un dirigente, por lo menos mientras siguiera siendo dirigente, quedaba al margen de los determinismos de clase. Lenin, Mao no eran pequeños nobles, campesinos medios de la capa superior: eran dirigentes, «Grandes Dirigentes», incluso, con mayúsculas. La milagrosa encarnación del Hombre Nuevo. La perfección de los dirigentes era, para el hombre antiguo y corrompido, un motivo de esperanza. A nosotros, que estábamos dispuestos a jugarnos el pellejo atacando convoyes de CRS, trincando a patrones de empresa, Gedeón nos echaba la bronca como si fuéramos los burros de la clase: pero eso estaba dentro de lo normal, esa regla del desamor propio la habíamos elegido nosotros. Lo que no estaba dentro de lo normal era que él, cuya infalibilidad era como la transmutación de nuestra imbecilidad, se rebajara a pensar en los ochocientos gramos de piltrafa... en la ropa interior de seda roja... Eso ya no nos entraba en la cabeza. Sobre todo a Trece. Era más rebelde que yo, creo, le dices a su hija.

Total que todos los camaradas obreros llegaron a buen puerto hasta las tiendas del parque. Autocares de cultos turistas japoneses provocaban polvaredas en los caminos y el asombro de los proletarios, que se preguntaban qué coño podía llevar a unos nipones al castillo de una progre chalada. Gustave el soplón se encargaba con Gedeón de dirigir los debates. «El cátedro de huelgas», así era como por darnos gusto se autodenominaba el jodío asqueroso. Reureu el Hirsuto, Momo Zampacerrojos, Bombabirra, Cagalera, Simon, Juju, Said, Raymond, TEE, Walter y otros, una veintena larga, sentados en una gran tienda militar, escuchaban. Cuando la banda de Issy le había dado más de la cuenta a la priva, apostrofaba al orador con groserías. Gedeón se esforzaba en descubrir en aquellas invectivas algún elemento sensato a partir del cual trataba de apañar una reconciliación: era lo que se llamaba, en francomaoísta, «resolver las contradicciones en el seno del pueblo». Tom, el escribano de los debates, también alumno de la Escuela, era de un natural mesurado y cortés que estaba lejos de valerle la consideración general. Cuando el pensamiento de uno u otro resultaba difícil de seguir, hacía como que tosía, alzaba tímidamente la mano y rogaba que precisáramos un poco: camarada, ¿qué quieres decir, *concretamente*? En semejante casa de Tócame Roque que a menudo sugería el Club de los cordeleros tal como lo describe Chateaubriand en las *Memorias de ultratumba*, aquello sonaba a Cámara de los Lores. Veinte años más tarde acabaría dándose a conocer entre una minoría con obras eruditas sobre el infinito en los escritos cabalísticos. Hablábamos, nos insultábamos, «intercambiábamos experiencias», «sistematizábamos», «extraíamos lecciones». Es una pasada la cantidad de lecciones de todo que podíamos extraer. Jugábamos al voleibol, los jóvenes, no los silicosos. Nos papeábamos el sempiterno arroz con salsa de tomate que Roselyne y Karin, envueltas en vapor de almidón, habían preparado con amor en las grandes cocinas de hierro colado del castillo. Roselyne, en la vida civil, tocaba el



violín en un circo, de pie en la grupa de un caballo. Su padre había sido uno de los héroes del gueto de Varsovia. Cuando se trataba de ir a la Rue des Rosiers a pegar carteles que exaltaban la «justa lucha del pueblo palestino», era ella la que se sacrificaba. Con el miedo en el cuerpo, me confesaría mucho más tarde, años más tarde, sobre todo porque no estaba tan segura de estar de acuerdo con los textos simplistas de los carteles de marras. Pero también ella había aprendido aquella gran y perversa lección según la cual lo que conviene hacer es precisamente eso para lo que no estamos preparados, que no se espera que hagamos. Eso me diría años más tarde, le cuentas a la hija de Trece: mucho después de que terminara todo, tuvo un accidente, se le desbocó el caballo por culpa de una fiera y se hizo polvo la columna vertebral. Ya no puede andar, se mueve en silla de ruedas, malvive dando clases de violín. Tiene unos ojos azules muy hermosos. Karin los tiene negros. Su padre era un diplomático del Reich nazi, desapareció durante un bombardeo al final de la guerra, en Prusia oriental, en Königsberg. Era funcionario del Reich pero no nazi, al parecer. Simplemente un servidor del Estado alemán. ¿Por qué no? Más bien socialcristiano, al parecer. A los diplomáticos se les da con gusto el crédito de una elegante inutilidad, que los disculpa de los crímenes esenciales, ¿no es cierto? Aquel padre desaparecido era la vergüenza y la esperanza de Karin. Alto funcionario del Reich nazi, pero no nazi quería autoconvencerse ella. Muerto, por supuesto, en un bombardeo ruso, aunque no habían encontrado su cuerpo y con los rusos nunca se sabía, cabía imaginarse cualquier cosa, incluso que estuviera vivo en un gulag siberiano, se habían visto casos. El padre de Karin era nazi-no nazi, estaba muerto-a lo mejor vivo. Un desaparecido absoluto: suprimido mucho más radicalmente que el teniente o Trece, le dices a su hija. Desintegrado. Y por tanto explosivo del todo. Karin era mayor que nosotros, pero tampoco era vieja precisamente; pues bien en su corta vida llevaba ya lo suyo en el colete, había sido

obrero en una fábrica de Chemnitz, en la RDA, de donde sa-
lían los famosos Trabant, esos velomotores con carrocería en
plan lata de conserva a los que la caída del Muro convirtió
en objetos *chic*; luego consiguió pasar al oeste, donde se colo-
có de gancho en un bar de Munich (o de Hamburgo, pero
me parece que fue en Munich, le explicas a la hija de Trece),
después prosiguiendo su marcha hacia el oeste llegó a Francia,
donde hizo un poco de comedia. Su acento le vedaba para
siempre la posibilidad de interpretar a Celimene, a cambio la
llamaban encantados para encarnar a Marlene o a Mata Hari.
Le propusieron un contrato de oro para hacer de Eva Braun,
pero se negó. Tuvo la suerte de que en aquellos años se pu-
siera en boga el teatro brechtiano. Todo aquello la abocó a ser
la amante de un industrial un tanto viejo galán, un tanto mece-
nas, un tanto sobón, y a la postre, del modo más natural, una
sesentayochista exaltada. En La Causa expiaba sus pecados.
Quería convertirse al judaísmo, de lo que Roselyne, mientras
removía con ella los perolones de arroz, en las cocinas del cas-
tillo de Guermantes, trataba de disuadirla. En la actualidad
Karin es profesora de gimnasia en un club. Ayuda a los viejos
bobós a conservar un poco de músculo. Tiene sesenta años, está
más chupada que un palillo, pelo rapado, musculosa, sólo
bebe agua mineral, no fuma, ha votado rosa y luego verde, nos
enterrará a todos, a ti no, claro, le dices a la hija de Trece: sino
a mí, a Judith, Roselyne, Fishau, a nosotros.

PÈRE-LACHAISE a la derecha MESÓN DE PEKÍN PLA-
TOS PARA LLEVAR LE CLAIRON LA TABERNA DE
LOS MOTEROS CON TRAGOS A CUESTAS AU MÉ-
TRO DES LILAS CAFÉ HELADOS CERVECERÍA MC-
DONALD'S COMIDA PREPARADA ASIÁTICA BANG
PHANG AUX DÉLICES DES LILAS PASTELERÍA BO-
CADILLOS PANADERÍA Remember lo va devorando
todo, los semáforos están en verde PERIF INTERIOR

FLUIDO PERIF EXTERIOR FLUIDO verde esmeralda sobre azul oscuro. Así que nos comíamos su puto arroz con salsa de tomate. La banda de Issy se quedaba dormida en torno a sus botellas vacías, la banda de Issy daba cabezadas con sus caretos carmesíes, como una hidra hecha polvo. Pronto se despertaría, y con ella las contradicciones en el seno del pueblo. A Trece y a mí, por suerte, le dices a su hija, no nos tocaba participar en aquellas lides. Lo nuestro era la logística, la protección, la intendencia: ciencias exactas. Por eso éramos responsables de la durmienda. Y mira por dónde teníamos un problema: faltaban camas. Ni contando unas cuantas del castillo que ponía a nuestra disposición Nicole, además de las camas elásticas de las tiendas de campaña, cuadraba aquello. Habría que compartir. Yo tengo claro con quién me hubiera gustado compartir, le dices a la hija de Trece, pero las cosas no ocurrieron así, y por la noche tuve que vérmelas en una piltra matrimonial con Juju, el terror de Peugeot. No sé si puedes imaginarte lo cómico de la escena, mi cabeza y la del asesino de polis hermanaditas encima de la almohada, bajo un baldaquino color poso del vino, con el inevitable grabado licencioso tipo «el cerrojo» y el no menos inevitable retrato de una antepasada con cuello almidonado en la pared... Bueno, a mitad de la noche, resulta que me despierto... ¡No, no es posible! Esa mano que se me pasea por los huevos... No, debo de estar dormido todavía, sufriendo una pesadilla... Qué va, no hay duda. O sea que es el otro, el ilustre gladiador de Montbéliard, que debe de estar soñando. Venga, apartémosle la mano despacito, sin despertarlo, no vaya a morirse de vergüenza al descubrir lo que le han empujado a cometer los demonios de la noche, los abominables súcubos, abusando de su adormecida voluntad... Pero ¡aquí vuelve otra vez la mano del proletario rojo! Tanteando, cautelosa, pero a la postre insistente, ¡sabiendo de sobra lo que hace! ¡Cojones! ¡Así que el dirigente de la base obrera número 1 es maricón! ¡Un sarasa! Revelación tan alucinante, para la que estoy tan poco prepa-

rado, que por un rato largo, quieto como un muerto, conmocionado, dejo que me sobe las pelotas Querelle del Este. Sabes, le dices a la hija de Trece, has entendido bien, éramos el colmo de convencionales y puritanos. Y machistas, lo que viene a ser lo mismo. Un obrero, y sobre todo un obrero revolucionario, no podía ser maricón. En teoría, por supuesto, era posible, pero en la práctica... Arreando que es gerundio, según la fórmula de Juju. Así que ahí me tenía puesta la mano... ¿Qué hacer? ¿Saltar sobre el infame, echarlo de la cama, del castillo, de la Historia? Claro que el escándalo, la desmoralización de los camaradas con la terrible noticia... ¡El nuevo Espartaco es un mariquita! Entonces, ¿dejar que el sodomita continúe deshonrando la Revolución? Veamos, tranquilidad. «Basta con fruncir el ceño, decía un genial pensamiento del Gran Timonel, y te viene a la cabeza una estratagema.» Al final me limité a rogar crudamente a Juju (cuyo ridículo mote me parecía ahora formado a partir del nombre de Jupien) que me dejara dormir. Me imaginaba, compadecía incluso su bochorno por la mañana, su terror a ser desenmascarado, estigmatizado, pues no, para nada, le daba bastante menos vergüenza que a mí, arrastraba las alpargatas con total impudicia por las cocinas del castillo, tazón de café en ristre, hablándole a Nicole de emboscadas del copón en las junglas mecánicas de Sochaux-Montbéliard. Y yo, para quien el sexo era el ámbito de lo secreto, de lo secreto y del miedo, yo que no me atrevía a dejar la mano encima de la de la condesa Nicole, quien mariposeaba con su larga falda india, riendo, echándose para atrás cada tanto alguno de sus mechones pelirrojos, yo pensaba amargamente, tomándome mi tazón de aguachirle, viendo a aquel tiparraco enredando, que no le faltaba descaros —no ese descaros asesino del que tanto se jactaba, y que nos impresionaba con sólo imaginarlo, pero descaros al cabo, y del que yo me sentía perfectamente incapaz. Y en medio de mi desprecio había una especie de admiración. Al final era verdad que se aprendían cosas en la escuela de los proletarios.

Las cinco de la mañana. ¿Cuánto tiempo llevamos dando vueltas? ¿Dos, tres horas? ¿Cuántas revoluciones hemos hecho la hija de Trece y yo a los mandos de Remember? Qué sé yo. Alrededor de la gran bola oscura cosida a destellos eléctricos, azul rojo verde azul rojo rojo blanco verde azul rojo. Arco iris desquiciado. Estelas estroboscópicas. ¿Siete, ocho? Ojo con la gasolina. ¿Cansada? No, voy bien. A la derecha están levantándose. Ventanas que se iluminan, la noche guiña. ¡Pijamas en pie! Y en el cielo, allí, ¿no hay levante? Sí, un poco, parece. Están en ello. Hay movimiento. Fulgores verdosos. De un momento a otro esa hora abominable a la que los proletarios salen pitando hacia el agobio, en la madrugada ventosa, hora de las telarañas en los ojos, las náuseas, las acideces de estómago... Rebufos de los semirremolques hacia Rungis. Rebufos de los semirremolques orbitando hacia Garonor. La barba a la carga. ¿Te cargo? ¿No? ¿Cansada? Que no, que te he dicho que no, que voy bien. Vale pues seguimos CASINO CASTORAMA PORTE D'IVRY NANTES BURDEOS ORLY RUNGIS ÉVRY LYON PORTE D'ITALIE CHAMPION CAMPANILE IBIS verde esmeralda sobre azul oscuro PERIFÉRICO INTERIOR FLUIDO PERIFÉRICO EXTERIOR FLUIDO azul rojo blanco verde aurora boreal el campanario de Montrouge se erige negro sobre el cielo rojo, cohete en su rampa de lanzamiento. V2-catedral de Chartres. Al general retirado Chalais, director general de Atofram, com-

pañía que despidió a unos huelguistas y producía además ciertos componentes electrónicos de base que se empleaban en la fabricación de las bombas que la US Air Force largaba sobre Vietnam, a ese Chalais, pues, acabasteis cargándolo en la furgoneta y Fishauí pegó un demarraje de Gran Premio que os mandó a todos a freír espárragos, lo que se iba volviendo un leitmotiv, le cuentas a la hija de Trece. La continuación de las operaciones era extremadamente delicada, consistía en ponerle a Chalais una intramuscular con un producto anestésico. No teníais la intención de retenerlo, sólo de encasquetarlo en un baúl, depositarlo en la estación de Saint-Lazare y llamar a los periodistas. Para eso había que dejarlo un poco sonado, y de ahí lo de la inyección. Fue Klammer quien te suministró el producto. Klammer era un personaje dostoievskiano de pura cepa, lo siento por el tópico, te disculpas ante la hija de Trece, pero es como si de verdad hubieran inventado a Dostoievski para dar cuenta de Klammer, no a Klammer para encarnar a Dostoievski. Era hijo de una familia de diamantistas judíos de Amberes que lograron refugiarse en América durante la guerra gracias a aquella red de la Resistencia en la que Rolge haría de «mozo de los recados». Klammer detestaba aquella riqueza. Sin él, las arcas de La Causa habrían estado peladas, pese a todos los «demócratas» o «progresistas» o «simpatizantes» (esas palabras eran sinónimas, y ligeramente despreciativas en nuestra boca) a los que invitábamos a aflojar pasta. Pero puedes figurarte que a Marguerite Duras, por ejemplo, costaba un triunfo sacarle con qué tirar las copias de una octavilla. Otros eran menos rácanos, de vez en cuando un pintor vendía un cuadro, yo le pegaba sablazos a Nesim, pero aun así, en conjunto, no les hacía mucha gracia desprenderse del percal. No forzosamente por tacañería, sino más bien porque les humillaba que sólo nos dirigiéramos a aquella parte de ellos, la cartera. En todo caso Klammer era el único —la única persona que me he encontrado en la vida, la verdad— que quería deshacerse de su pasta como de una inmoralidad. De-

bía de decirse a sí mismo que su familia se había salvado por ser rica, y no lo podía soportar. Creo que sableándolo le dábamos un alivio, en serio. Jamás he conocido a nadie tan negativo —ojo, no te confundas, le adviertes a la hija de Trece: uso la palabra en un sentido tremendamente positivo, si se me permite. Es la inquietud, la insatisfacción, la insumisión. Es la duda, la inteligencia, en definitiva, lo verdaderamente humano. Klammer era rico y quería acabar con esa injusticia de la herencia. Era más bien guapo, a mi entender, la cara alargada, chupado, huesudo, con algo de ruso, no la belleza de un socorrista o un playboy, desde luego, de hecho no he conocido nunca a nadie que tuviera como él lo que podríamos llamar un careto de intelectual. O de artista, pero entonces de músico. No, de pintor no, era muy poco material, en mi opinión. Era guapo y se encontraba espantosamente feo —eso lo supe más tarde, por supuesto: en la época no se hablaba de esas cosas. Klammer era un joven jefe de clínica, una esperanza de la cirugía cardíaca, y lo mandó todo a paseo para dedicarse en cuerpo y alma al aborto por el método Karman, no digo que eso no fuera útil, que no hiciera falta que alguien se encargara, pero en fin especializarse en la bomba para fetos en los laboratorios del MLAC* cuando se había sido un gran cirujano, me parece que había ahí una voluntad de rebajamiento, de mortificación. Y al mismo tiempo la ironía del asunto es que, entregándose a esas tareas sin gloria, y hasta un tanto asquerosillas, Klammer era quizá el único de nosotros que iba en el sentido de la Historia, como se decía, el único en participar en su invisible, imprevisible movimiento. Él empujaba con todos los anónimos e, imperceptiblemente, iba moviéndose la enorme máquina social. Cuando se contemplan las cosas casi treinta años después, le dices a la hija de Trece, hay motivos para descojonarse. Nosotros con nuestros

* Siglas de Mouvement pour la Liberté de l'Avortement et de la Contraception («Movimiento por la Libertad de Aborto y Contracepción»). (N. del T.)

golpes a lo Robin de los Bosques estábamos completamente fuera del tiesto, íbamos incluso a contracorriente, en sentido contrario, a toda mecha hacia el pasado, a fondo hacia las quimeras. Mientras que Klammer, tirando del émbolo de su bomba para fetos, en el cuarto de baño de un piso burgués del distrito XIV, estaba participando a lo tonto (y sin saberlo él mismo) en el movimiento del mundo.

He guardado algunos papeles de entonces, le dices a la hija de Trece. Algunos han desaparecido, como *L'Aurore*, una hoja la hostia de reaccionaria pero que nos gustaba porque si rompíamos unos cristales en algún sitio salía una página en *L'Aurore*, era un diario que nos ayudaba a sentirnos importantes, con él teníamos la impresión de estar en la buena vía. Cuando piensas que era la cabecera del diario de Clemenceau... del diario donde Zola publicó «Yo acuso»... En los años setenta, *L'Aurore*, era realmente Vichy mal maquillado. Guardé el número de *L'Aurore* del día en que trincamos a ese Chalais. Bueno, por supuesto no lo guardé entonces, hubiera sido demasiado peligroso, hombre no éramos tan imbéciles, no quien me lo dio, unos años más tarde, fue Rolge, con *Le Monde* y algunos más. La última vez que lo vi fue después del entierro de André, quedó conmigo en el bar de un gran hotel de Bruselas, ¿cómo se llamaba? ¿Puede ser Métropole? Con techos vertiginosos, frescos, arañas tan altas como campanarios, bosques de forja y ascensores con rejas doradas manejados por botones tipo Spirou. En Place de Brouckère, creo (¿o era más bien en Place de l'Albertine?). Bueno allí quedó conmigo Rolge, la última vez que quedamos. Después no sé qué habrá sido de él. Me han contado que había hecho sus pinitos en el tráfico de armas con países africanos «progresistas», Angola y así, pero a lo mejor son sólo chismes. Había engordado mucho. Seguía igual de guarrindongo, aunque con el tiempo se había cambiado de gafas, pero le había cogido gusto al lujo,

fumaba Partagás, supuestamente por el Che, y bebía Knokkando, por Knokke-le-Zoute supongo. Era en el bar de aquel hotel, pretendía Rolge —pero me había contado tantas historias, desde aquel lejano día en que me anunció que por la noche iba a saltar por los aires la sede de la OTAN—, quizá incluso alrededor del velador en el que el camarero le servía su *pure malt* (y a mí el mío, en la misma ocasión), donde se había decidido liquidar a Patrice Lumumba, uno de los poquitos revolucionarios auténticos africanos del periodo de la descolonización, uno de los escasos íntegros, torturado hasta la muerte, cortado en pedacitos y disuelto en ácido en Elisabethville en 1961, seis meses después de la Independencia. Pues bien el crimen se decidió allí mismo, según Roger el Belga, en el bar del Métropole, tal vez en el sitio que ocupábamos, entre un viejo nazi que servía de instructor a los mercenarios de Moïse Tschombé, un representante de la Unión Minera de Alto Katanga, uno del Chase Manhattan Bank y un responsable de la CIA que era también obispo *in partibus* de la Iglesia romana, según Rolge, aunque Rolge contaba tal cantidad de historias imposibles de comprobar... Lo cierto es que lo largaban de su chalet de Waterloo para que pasara por allí una autopista, llegaban los tiempos modernos y prosaicos, así que no le quedaba más remedio que deshacerse de sus archivos y me donaba algunos papeles susceptibles de interesarme. En el paquete no figuraba desgraciadamente aquel *Le Monde* de 1948 en el que un suelto daba cuenta de la muerte del teniente «en el curso de una acción con un grupo de rebeldes vietminh». Yo nunca había hablado con Rolge de aquella historia; por lo demás no le hubiera resultado interesante. Ciertas palabras pesan menos que una pluma, dijo el Gran Timonel. En cambio sí figuraba la prensa del día en que trincamos a Chalais. Papel amarillento, aterciopelado, quebradizo, rasgado por el doblez, que hoy parece remitido desde una zona del espacio-tiempo tan remota como aquella de donde proceden los informes, cartas, parte de defun-

ción e inventarios que certificaban la muerte del teniente. Ves, es curioso, le dices a la hija de Trece: la piel humana, en su juventud, la tuya por ejemplo, es pura y lisa como el papel bueno, la vitela. Dan ganas (pero miedo también) de escribir encima. Y el papel, al envejecer, empieza a parecer piel curtida, pergamino. Un diario costaba menos de un franco en la época. *L'Aurore*, setenta céntimos. En la primera página, bajo el titular que denuncia «el terrorismo maoísta» y al lado de un editorial que hace a Sartre responsable de esas «costumbres dignas de tribus primitivas» (lo que tuvo que gozarla Sartre leyéndolo...), hay una foto de la boda de la hija de Franco con no recuerdo ya qué bobo los cojones de Borbón. Todos aquellos tarados vestidos de punta en blanco, «el caudillo y su esposa», dice el pie de foto, rodeando a los dos tortolitos, con todo hasta arriba de galones y puntillas y espadas y sombreros de plumas. El «cabrón latino» con Sartre en la misma portada. Yo soy contemporáneo del caudillo, en cierto modo, y también de Eddy Merckx y de Nixon, Merckx disputaba la París-Niza y Nixon ya no sé qué primarias, aquellos días. Merckx era un tío que no se andaba con chiquitas. Fíjate, su rival de entonces, Ocaña, español precisamente, tampoco era cojo. Luis Ocaña, no te suena, ¿eh? Y Franco menos, ¿verdad? preguntas a la hija de Trece. ¿Te acordarás por lo menos de su muerte, medio descompuesto, todo piezas sueltas, vieja piltrafa pasada erizada de catéteres, forrada de tubos? Se puede decir que tuvo el final que se merecía. En el titular de *Le Monde*, al presidente Pompe también le parecía que el secuestro de Chalais era «un acto digno de un país de salvajes». Pero lo que sorprende casi tanto en esa página, lo que confirma que estamos ante un documento llegado de la noche de los tiempos, son dos cosas: el número de teléfono del periódico, en la faja: PRO 91 29, Provenza 91 29. Tres letras, cuatro cifras, así era un número en la época. ¡Esto es el desplazamiento hacia el rojo! ¡La prueba de que todo se aleja de todo, la estela del universo en expansión! ¿No? Y la segunda cosa

antediluviana es un recuadro sobre un decreto que acababa de aparecer y autorizaba la colocación del DIU en ciertos supuestos. ¡Te das cuenta! En la época, no existía la contracepción. Aquello era antes de la ley Veil y los tiempos ilustrados del giscardismo... Y así Klammer con su bomba para fetos contribuía a escribir la Historia, empujaba el gran pecio ennegado de la sociedad en la buena dirección, esa por la que quería ir, por donde iría de todos modos, mientras que nosotros con nuestras metralletas Sten y nuestros postizos intentábamos desesperadamente hacerlo retroceder, datábamos de la época del caudillo y de Durruti y a la vez de la de don Quijote.

Y aparte de eso, le cuentas a la hija de Trece, en ese número de *Le Monde* había además una información que te abrumó cuando la leíste al día siguiente del ajetreado arresto del general retirado Chalais. Roger el Belga os dio cuartelillo al otro lado de la frontera, en Estaimpuis seguramente (¿o fue en Néchin?), un enorme sol rojo se desgajaba con pena de los tejados mientras pasabais la frontera Trece y tú, que hasta os hizo reír y os pusisteis a cantar Oriente es rojo, sale el sol, tirorirorá, hacía frío y vuestro aliento emitía señales de humo en el amanecer belga, en la bruma invernal flameaba un enorme sol granadina. Por allí precisamente enterraríais a André una buena docena de años más tarde (tú, Trece no, le recuerdas a su hija: él llevaría ya un rato largo criando malvas cuando enterrarais a André no lejos, cerquita incluso del lugar por donde cruzabais la frontera). Rolge os alojó por separado en viviendas de «progresistas» belgas, en Ixelles, en los barrios buenos. Los tuyos vivían en una casa flamenca de ladrillo oscuro, de alto frontón triangular con resaltos, y tú te acuerdas sobre todo de que la joven señora de la casa estaba más que maciza y llevaba bajo sus abrigos de piel vestidos bastante descapotables. Pero en fin te daba la impresión de que no era el mo-

mento de hacer el gilipollas. En la tele belga, que veías en compañía de tus anfitriones (y por tanto de Mrs. Encaje de Malinas, a la que controlabas de reojo), en las noticias de la RTB salió la crisma del general Chalais con la verdad sea dicha los ojos bien a la funerala, lo que te sorprendió desagradablemente, y luego el careto de tupinambo del ministro del Interior, el infame Saint-Marcellin. «Un héroe de la Resistencia», así llamaba Saint-Marcellin a Chalais. ¿A qué coño venía aquello? Saint-Marcellin (quien por lo que a él se refería pertenecía más bien al club de los que habían cantado todas las mañanas, en posición de firmes y pantalones cortos, «Presentes Mariscal»), Saint-Marcellin era conocido por ser un mentiroso redomado, un tipo de baja propaganda, pero aun así... El efecto en todo caso fue inmediato en Encaje de Malinas y su esposo (él era abogado), que opinaban que los responsables de aquel golpe debían de ser fascistas. El golpe de ponerle los ojos a la funerala a un héroe de la Resistencia antes de encerrarlo en un baúl. Desde luego, planteada así... la cosa no resultaba defendible. Tus anfitriones no conocían el motivo que te llevaba a su casa, Rolge les había contado una historia edificante de defensa de inmigrantes expulsados, ya entonces era la canción que adormecía automáticamente la desconfianza de los burgueses de izquierda, dices lanzándole a la hija de Trece una mirada sarcástica, una mirada que busca la camorra. Y no falla. ¿Eres racista o qué? te pregunta ella. Si repites eso te bajas aquí mismo, en pleno perif y en el acto, le contestas afablemente. Perdona, añades en cualquier caso. Odio a los racistas, fíjate tú. Pero los buenos sentimientos obligatorios me horripilan, el conformismo progresista no es menos idiota, menos ciego que el reaccionario, como es culturalmente dominante es más desquiciante, y puede ser igual de dañino: ya sabes con qué está empedrado el infierno. Bueno. Continúo. Había un fuego en la chimenea, whisky en la mesa baja, del bueno, del que huele a humo de turba, con ejemplares del *Nouvel Obs*, reproducciones de Magritte en la

pared y las obras completas de Mao en la biblioteca, entre Mallarmé y Marcuse, era una casa de lo más adecuado. Un perro de ya no me acuerdo qué modelo, pero de lujo. Encaje, graciosamente enroscada en la alfombra persa, a los pies del sillón de su abogado, con las piernas recogidas bajo su propio cuerpo, apoyada en un brazo, era de los dos la más convencida, la más virulenta, habría fusilado sin juicio a los autores de aquello. El abogado, más proclive por su oficio al relativismo, era algo menos categórico. Tú, por miedo a desenmascararte (y deseoso además de gustarle), abundabas en el sentido de Encaje. Entre concupiscencia frustrada y renunciación, no fue una buena velada. Entonces al día siguiente a primera hora te fuiste corriendo hasta la estación del Sur a comprar *Le Monde*. Y allí se confirmó el desastre. ¡Cagüendiós! «Un combatiente de la Francia libre.» Era *Le Monde* el que lo decía, no Saint-Marcellin. Prisionero en el 40, se evade, logra llegar a Londres y luego desde allí se traslada a Oriente Próximo, se une a la Iª DFL,* herido en Garigliano... Herido otra vez frente a Estrasburgo... Hostia puta... Era aquel tío, un patrón quizá, pero antes que eso combatiente antifascista (lo mismo un camarada del teniente, pensabas), al que habíais puesto a caldo en una camioneta... Porque no os quedó más remedio que llegar a eso, no era vuestra intención, por supuesto, pero a todo el mundo le importaban un huevo vuestras intenciones, y con razón. No eran nuestras intenciones, le dices a la hija de Trece, sólo queríamos meterlo en un baúl y dejarlo en la sala de los pasos perdidos de la estación de Saint-Lazare, porque por allí pasaba mucha gente y porque era de Saint-Lazare de donde salían los trenes que llevaban a la fábrica Atofram, donde habían despedido a unos huelguistas. Y que producía componentes electrónicos de base que se usaban en la fabricación de ciertas bombas que largaba sobre Vietnam la US Air Force. Klammer nos había suministrado

* Iª División Francesa Libre. (N. del T.)

un producto anestésico. Un anestésico ligero, deseo precisar, le dices a la hija de Trece: Klammer nos explicó que con un producto más potente había un pequeño riesgo, pero riesgo a fin de cuentas, de problema cardíaco, así que elegimos el producto flojito, una especie de manzanilla enriquecida. No pretendo decir que fuera una amable atención, eso no, pero en fin para ser unos fuera de la ley actuábamos con miramientos. Pero ¿puede que fuera porque teníais miedo? te replica ella. Miedo por vosotros. Qué va, Marie, si hubiéramos tenido miedo sencillamente no nos hubiéramos dedicado a ese tipo de cosas. Cuando se llega a eso uno ya no siente miedo por él. O en todo caso ya no resulta para nada disuasorio. Al contrario, el miedo forma parte de la droga. Total que aquella manzanilla no era para nada como los «soporíferos» de Tintín, aquella especie de producto del que un tipo con la barbilla mal afeitada echa tres gotas en un vaso y pffff, adiós a to quisque. No, había que inyectársela en el culo, y además para pincharle un resultado más que aleatorio, y en una furgoneta en marcha. Judith era la encargada de la operación. Es curioso hasta qué punto estábamos sometidos a los prejuicios: para pincharle hacía falta la delicadeza femenina, etc. En un asunto particularmente carente de ella. Bueno, además había que bajarle los pantalones a ese Chalais. Y ahí se rebotó. Y eso que le explicábamos, intentábamos ser persuasivos, desdramatizar, pero qué va, nada que hacer. Y tenía razón, claro. Se da una antigua y bárbara relación entre la desnudez y el suplicio. Los legionarios romanos se juegan a los dados las ropas del crucificado. A los nazis les gustaba colgar a sus víctimas desnudas. Los chequistas desvestían a sus prisioneros en las bodegas donde iban a volarles la tapa de los sesos. En fin imagínate lo grotesco de la situación. Nosotros aferrándolo por la cintura, él igual, Judith blandiendo la jeringa, tratando de guardar el equilibrio en la bamboleante carlinga. En medio de la refriega se me cayó la peluca rubia. Al final se cabreó Momo Zampacerrojos, creo que fue él. O a lo mejor fue Trece, pero

creo más bien que fue Zampacerrojos. Era un pequeño bo-
xeador, Zampacerrojos, y le largó un buen estacazo en la cres-
ta de la nariz. No le tiro la primera piedra, cuidado, le dices
a la hija de Trece: en el punto en el que estábamos, creo que
era lo único que se podía hacer. Chalais se tranquilizó de
golpe y Judith pudo ponerle la inyección. Sentimos un gran
alivio, pero no orgullo precisamente. Y no quedamos en mu-
cha mejor forma que él. Santo Dios... De haber sabido que
aquel tipo había sido camarada de combate del teniente...
amigo a lo mejor... Cuando nos enteramos, en nuestro Ga-
lápagos, de sus servicios prestados, nos entró una depre. Esa
fue la primera vez que se nos pasó por la cabeza la idea de
abandonar (la segunda fue cuando lo del farmacéutico). Si iba
a resultar que nos jugábamos la vida para hacer semejantes
chapuzas... Trece y yo nos reunimos en un café, un bonito
café en una galería cubierta por donde la Grand-Place, fui yo
el que le dio la noticia. Qué se puede pensar de nosotros, qué
se puede pensar de nosotros, repetía el tío, como si el proble-
ma fuera ese. Fuimos a la Grand-Place a ver la «Casa de los
pintores», que en 1852 ocupó Victor Hugo. En comparación
con él, había que reconocer que, como exiliados, no dába-
mos la talla. Después para que se nos pasaran los nervios nos
marchamos a dar un paseo a un parque en el límite de la ciu-
dad, se me ha olvidado el nombre, ¿era el bosque de Soignes?
¿O el de la Cambre? Te llevaba una línea de tranvía. O eso o
cogerse un pedo de cerveza, lo que no habría sido buena idea.
Vimos un corzo y todo. Eso a Trece le cambió un poco el
rollo, nunca había visto ni corzos ni zorros ni ningún animal
aparte de los del zoo cuando era crío, o ratas por el balasto del
metro; era el tío de ciudad absoluto, a pesar de que su «vieja»
vivía en el bosque de Fontainebleau o por allí, pero no iba
nunca a verla salvo que tuviéramos dinamita que enterrar.
Anda mira, ¡un ciervo! Y lo repetía, todo excitado, pronun-
ciando una «s» como si fuera un siervo. No salía de su asom-
bro. Y yo a fuerza de repetirle que no era un ciervo sino un

simple corzo, y que además tenía que pronunciarlo con «c», acabé cabreándolo y se puso a darme puñetazos como más adelante en el puente Mirabeau.

Sabes, le dices a la hija de Trece, hay una cosa que tienes que entender, y es que éramos unos críos. Teníamos la edad que tienes tú hoy, ¿te das cuenta? No soy una cría, te responde ella secamente. Sí en fin no es lo que quería decir, naturalmente, pero hombre un poco, ¿sí? ¿no? Al mismo tiempo le lanzas una miradita de reojo, respaldada como está en la puerta de Remember, dándole una calada al cigarrillo, con una pierna recogida bajo las nalgas, rodilla reluciente en la penumbra, y la otra estirada hacia el centro del habitáculo. Una cría no, una cría no... En fin lo que quería decir, prosigues, es que éramos jovencísimos, hacíamos cosas serias pero teníamos lados completamente infantiles. Me acuerdo por ejemplo de que mientras estábamos preparando el secuestro de Chalais en la casa que nos había prestado Blitz, en Normandía, a punto estuvimos de hacernos picadillo a cuenta de una partida de Monopoly. Qué juego de mierda, a poco que lo pienses un segundo... Eso es a lo que tienen el morro de llamar «los Treinta Gloriosos»: la época en que enseñaban a los niños a convertirse en hacendados... agentes inmobiliarios... La supuesta gloria era la pasta. Sabes, le dices a la hija de Trece, no me gusta mucho el año 2000, pero los años setenta, francamente, me resultaban execrables. Pues resulta que Zampacerrojos se había edificado con paciencia un imperio inmobiliario y entonces de repente una taimada alianza entre Trece y Fishauí le hizo perder todo, la Rue de la Paix, la Avenue Mozart, la Avenue Henri-Martin, todos esos sitios por donde merodeábamos, donde dábamos nuestros palos, donde precisamente estábamos maquinando dar otro palo, todos esos sitios que detestaba y envidiaba por igual el joven vivo de Issy-les-Moulineaux; lo habían echado de allí como a un desharrapado en

unas pocas tiradas de dados, se veía como un maharayá y se había quedado en bolas, de patitas en la calle, desvalijado, ¡y todo por la traidora alianza de dos intelectuales contra él, el proletario! Zampacerrojos no pudo soportarlo, mandó la mesa al carajo y saltó sobre Trece, que carecía de modestia en el ganar, justo es decirlo. Nos costó lo nuestro evitar que se desgraciaran en serio. Date cuenta: estábamos allí, en casa de Blitz, preparando un golpe en el que a fin de cuentas podíamos dejarnos el pellejo, una acción que iba a parecerle al presidente Pompe «digna de un país de salvajes», y nos comportábamos como en un patio de colegio.

KOREAN AIR rojo azul PANASONIC azul SANYO rojo SAMSUNG azul A1-A104 FLUIDO un puente salva las vías de la estación del Norte, gavillas de acero brillante bordeadas de violetas eléctricos, por ahí nos fugamos Trece y yo, con el tren correo, a la derecha la anémona y la aguileña, la ciudad del Gran Cadalso y de la Rueda, el pasado del que no hemos hecho tabla rasa, ST-DENIS CH. DE GAULLE LILLE BRUSSELAS PORTE DE LA CHAPELLE A1, espera por ahí hay también otra cosa le dices a la hija de Trece, agitando el brazo por la ventanilla con el cristal bajado de Remember, por donde las torres negras de la Porte de la Chapelle en cuyas fachadas refulgen las diademas AGFA y TDK, diamantes y rubíes, y más allá las llanuras de trigo, remolacha y muertos, las llanuras que se extienden bajo la negra lluvia hacia el mar. Una vez fui un cabronazo con tu padre, se me hace raro llamarlo así pero por qué no, sólo una vez pero así fue. Prefiero que lo sepas. Un día, poco después del secuestro de Chalais, tuvo una historia con Béatrice, la abogada. No era tu padre, en realidad, puesto que no habías nacido. Ni siquiera conocía todavía a tu madre, así que ya ves... Trece es el que no sale en la foto, se me va borrando de la memoria el recuerdo de su rostro, hace ya mucho que sólo es una imagen que se agota y

muere en el esfuerzo mismo por aparecer, que se desvanece en cuanto trato de fijarla con la mirada del interior, pero en fin aun así me da que era bastante guapo. Ojos grises, nariz aguileña, o más bien rota, con la línea saliente formando ángulo, pelo corto tirando a rubio oscuro. Un hoyuelo profundo en medio de la barbilla. Y sobre todo algo ardiente que teníamos todos más o menos, pero nosotros era algunos destellos y él puro fuego. De Béatrice, ya te he dicho, estábamos enamorados todos. Ojos rasgados, de un verde casi amarillo, pómulos marcados, pelo oscuro peinado hacia atrás, recogido en la nuca, que le caía por el cuello... Vestida siempre de negro. Aquel look de india y de loba. Asustaba a los jueces. Sospechábamos, también te lo he dicho ya, que algunos de nosotros se dejaban detener adrede sólo para verse con ella en el locutorio. Si no jamás hubieran tenido agallas para hablar con ella. Trece vaya que se atrevió. Le gustaba afectar cinismo, en especial con las mujeres —perdón, todavía se decía «las chicas»—, pero aquello era un farde de chaval tímido. De hecho era como la mayor parte de nosotros, un joven orgulloso y atemorizado. Total que un día se largaron juntos, sin avisar. Por ahí, a Norte, a la bahía de Somme. A Saint-Valéry, si no era a Le Crotoy. Pero no me gusta el nombre, así que digamos que fue a Saint-Valéry. En aquel tiempo, como ya te he contado, le dices a la hija de Trece, nos pasábamos la vida en «reus», su desaparición la notamos en el acto. Enseguida empezamos a mosquearnos, a temer que los hubieran detenido en algún sitio, en secreto, en algún agujero. Al cabo de dos o tres días, Trece hizo que me avisaran. Ahora, Marie, le dices a la hija de Trece, vas a tener que hacer un esfuerzo de imaginación: en la época, no hay ni teléfono móvil ni contestador, ¿vale? Luego, nosotros no tenemos domicilio fijo, ¿de acuerdo? Después, en el sitio en que residimos de manera provisional, suponiendo que esté equipado con teléfono, procuramos no usarlo para evitar las escuchas, y además, en su caso, cuando uno es muy correcto —aunque es raro— por discreción hacia el

«progre» que nos aloja, o nos presta el cuchitril. Vivimos pues en un mundo que, en lo tocante a comunicaciones, anda la verdad más cerca del soldado de Marathón o de la paloma mensajera que de Internet. Todo se apoya en una red de citas automáticas, con sus contracitas (notas que esas nociones, bastante evidentes para cualquiera que simplemente haya leído libros o visto películas sobre la Resistencia o el espionaje, se le escapan por completo a la hija de Trece, que pone ojos como platos. ¿No has visto *La orquesta roja*? le preguntas por si acaso. Menea la cabeza vigorosamente de izquierda a derecha. Hemos pasado de un imaginario a otro. Los asesinos en serie, que ocupan en la mitología contemporánea el sitio que correspondía a clandestinos y guerrilleros en la de antaño, los asesinos en serie no recurren a segundas citas, contraseñas, etc. Actúan solos. Progreso del individualismo, regresión del espíritu de organización. Léopold Trepper, ¿no caes...? Nnnnno. Bueno, lástima. Deberías. Otra vez te doy la impresión de andar examinándote, perdona. En fin, era uno de nuestros héroes. Y sigue siéndolo, en lo que a mí respecta). Así que eso: si alguien no llegaba a la cita, ni a la contracita, esperábamos a que se pusiera en contacto a través del «progre» que ejercía de enlace entre nosotros. La enlace que tenemos Trece (y Fishauí, y Zampacerrojos, etc.) y yo es Laura, una psicoanalista francoargentina —tiene la doble nacionalidad— que vive en Boulevard Edgar-Quinet, no lejos de casa de Sartre (unos años más tarde regresará a Buenos Aires. Será simpatizante del Ejército Revolucionario del Pueblo, más o menos trotskista. Unos cuantos años después, muy pocos, la raptará en su propia consulta, que es también su domicilio, en la calle Maipú, no lejos de donde vive Borges, un grupo de militares vestidos de chándal que circulan en un Ford Falcon sin placas de matrícula. No nos cabe la menor duda de que será detenida y torturada, y por supuesto violada, en la ESMA, la Escuela de Mecánica de la Marina, a orillas del Río de la Plata. Después, lo que parece más plausible es que quemarán su cadáver, en

enero o febrero de 1978, en una incineradora para reses muertas del barrio de Mataderos, en las afueras de Buenos Aires. Dispongo de estas informaciones, le explicas a la hija de Trece, por mi amigo Horacio, abogado de derechos humanos por aquellos pagos, y además gran admirador de Napoleón, coleccionista de cartas autógrafas y de soldaditos de plomo de la *Grande Armée*, un tipo magnífico que se batió en duelo a sable con un oficial torturador y le tajó un buen chuletón).

Así que, tras dos o tres días de agobio, Laura se encarga de hacerme saber que Trece la ha llamado, que todo va bien, que me llamará a su casa al día siguiente. A la hora prevista me planto allí. Espero, espero. Una de las normas elementales de nuestra existencia es la puntualidad. Sin eso todo se descuajeringa. Por fin suena el teléfono, es él. A que no tienes ni idea de qué estoy mirando, me suelta. Estupenda manera de entrar en materia. Tiene una voz curiosa, algo cascada. No no tengo ni idea, así que dime. El mar. ¡Esa sí que es cojonuda! El mar... Has de saber, le explicas a la hija de Trece, que hacía la tira que no teníamos vacaciones, evidentemente —aparte de ese tipo de «vacaciones» que inmortaliza la foto en la que no sale Trece, de donde le viene el nombre, y que consistía en ir a evangelizar a los campesinos. Así que imaginarlo a la orilla del mar... ¿Y qué haces? Nada. Mirarlo. Es bello, bellissimo. Se me había olvidado que pudiera ser tan bello. Lanza destellos, deslumbra, hay sombras que navegan en él, bajo las nubes... Es de color ostra y de golpe se vuelve de color papel de aluminio. ¿Cómo hemos podido renunciar a esto? Me dan ganas de cantar, dice. Ahí ya, flipo. No reconozco en sus palabras el lenguaje de las «amplias masas». A las amplias masas les suda la polla (tal es la creencia) la belleza del mar. No se te olvide traernos unas fotos, le digo, sarcástico. Mándale a Gedeón unas postales, hombre, que le va a gustar. Y él dale que te pego, con su tono de iluminado. Aquello le da tranquilidad, digamos. Le encanta con-

templar las nubes, las aves marinas, tan elegantes, tan llenas de gracia. Chorradas así. ¡Elegancia! ¡Gracia! Estoy soñando. Son términos que se nos han olvidado si es que alguna vez los hemos conocido. ¿Acaso los huelguistas de la fábrica Atofram tenían algún prurito de elegancia? La elegancia es una noción burguesa decadente, típica. Escucha, le digo: el mar es una herramienta de trabajo para los pescadores y los marineros, y un campo de rivalidad estratégica para los imperialistas. Punto. Vuelve a poner los pies en la tierra. Pero si estoy en tierra, me contesta. En la orilla, en Saint-Valéry-sur-Somme concretamente (o en Le Crotoy, tal vez), mirando el mar. El estuario, más concretamente. Eres tú el que no está en la tierra. Ya no somos capaces de sentir nada. Nos estamos volviendo idiotas y brutales. Ya no sabemos amar. Ya no sabemos amar... ahí ya, una cosa tan gorda... pienso que me lo han drogado. O que se ha drogado él solo, lo mismo. ¿Qué te has metido? le pregunto. Dos botellas de Sancerre y una buena cantidad de petas, con Béatrice. Porque estoy con ella, ¿os lo habíais figurado? Ella también es bella. También me da tranquilidad. Bueno tranquilidad a lo mejor no es la palabra, pero... Escucha, no te pido que me digas lo que te da. Te pido que vuelvas. Y volvieron. Se lo conté a Gedeón. Eran las normas, pero aun así era muy feo. Me lo he reprochado mucho tiempo. Gedeón se lo tomó fatal. Era imprescindible combatir la relajación de las costumbres, etc. Basta el ingenio de cualquier cretino para instruir un proceso político, y Gedeón era todo menos eso, cretino. Cargos de acusación son lo que menos falta. Donde la barba es obligatoria, pasan al hacha las caras lampiñas. Sólo teníamos que agacharnos para encontrar piedras para la lapidación. Se les abrió un proceso y fueron separados. Era la historia de Winter rediviva. Ella, supuestamente, como nos defendía a todos, no podía enrollarse con nadie en particular. La verdad por supuesto es que todos queríamos quedárnosla como el objeto imaginario de nuestro deseo. Tenía que seguir siendo un indiviso. Reina de las abejas. Y luego encima

daban el mal ejemplo de una libertad gozosa, despreocupada —despreocupada del prójimo, se diría. Yo colaboré en aquella marranada. Un día u otro todos somos Judas.

La última vez que Trece vio el mar, tuvo todo el tiempo de contemplarlo. Fue en Deauville, el verano siguiente al de la foto —el verano del 70, por tanto. Fue justo tras la invasión de Camboya y justo antes de Septiembre Negro, te lo digo para fijar las ideas, le dices a la hija de Trece. Los estadounidenses invadieron Camboya y después se retiraron, partiendo de My Tho, de Vinh Long, de Cai Be remontaron el Mekong hasta Phnom Penh y el Tonle Sap para destruir los «santuarios» comunistas. Mientras las flotillas armadas remontaban el río, los B-52 descargaban sobre las junglas próximas chaparrones de agente naranja y otros desfoliantes. Cientos de miles de jóvenes se manifestaron contra la guerra por todo el territorio de Estados Unidos, la Guardia Nacional mató a cuatro estudiantes en el campus de Kent University. Una armada de pontones y lanchas remontó el Mekong, muchos zarparon de las estacadas de troncos de cocotero que se hundían en el río bajo la veranda de la casa del teniente tal como la descubrirías el día siguiente a la noche que te pasaste hojeando, veinticinco años más tarde, en la habitación 501 del hotel Huong Duong, los papelajos amarillentos, rasgados por los dobleces, impresos con tinta violeta como las cartas de los restaurantes obreros de antaño o las canales de carnicería, los documentos blasonados con tampones descoloridos, de casi medio siglo de antigüedad, donde figuraba su muerte en el apartado «asunto»: «Flotilla anfibia Indochina Sur. Asunto: defunción personal oficial».

La mayor parte de la ciudad fue destruida y reconstruida a la buena de Dios en la época de la guerra con los estadounidenses, el hormigón leproso se multiplicaba como setas en el

centro, con arrabales de chapa y madera alrededor; las construcciones coloniales ocres, con verandas y balaustres bajo sus tejados auténticos, no figuraban ya en las calles. Te temiste que la casa del teniente hubiera desaparecido con el gran corrimiento de tierras del tiempo, arrastrada como esos troncos, esos búfalos muertos, esas balsas de hierbas que arremolinaba la corriente del Mekong, la casa más bien del ataúd ya que el único rastro que tenías de ella era aquel pequeño cliché amarillento, de bordes dentados, en el que se veía a seis marineros en uniforme claro llevando a hombros su ataúd cubierto con la bandera, al pie de la escalera que conduce a la veranda coronada por un tejado curiosamente escotado, escalonado, una variación geometrizable sobre el tema de la pagoda. Saliste temprano del hotel Huong Duong, decidido a explorar My Tho metódicamente, calle a calle. Te gustaban las calles de Vietnam, el calorazo húmedo, los enjambres de bicis, Mobyettes, scooters, rickshaws, la gracia de las chicas con *ao dai*, esa túnica deliciosamente entreabierta a un lado que permite ver un fogonazo de piel mate... sedosas ciclistas con capelinas y guantes largos para protegerse los frágiles brazos del sol, guantes que llegaban hasta el codo como los que veías antaño, de niño, en las revistas de moda de tu madre, que se llevaban con trajes de noche de Jacques Fath, de Balenciaga... cuellos de jóvenes bambúes, andanadas de flechas de los ojos negros... y también las libélulas, las mariposas de vuelo flácido, el vigor barnizado de las hojas, el cotorreo tonal, la abigarrada fetidez —¿pescado desecado, excremento de ave de corral, tubos de escape, fruta podrida? Nada más salir del hotel, te sumiste en ese semiembotamiento que inevitablemente transmite el caleidoscopio de Asia a las sencillas mentes occidentales (tan inevitablemente que te preguntabas si la borrachera que sentías no se debería, en parte, al hecho de reconocer lo que de estereotipado había en aquel estupor, y verte pese a todo invadido por él). Deambulaste por los pasillos de un mercado junto a un canal, entre barreños donde se amontonaba la carne na-

carada de ranas despellejadas vivas, los patos y los cochinillos que se revolcaban en el fango, los peces gato alineados, negros y relucientes, sobre hojas de banano. En medio de un puesto de papeles viejos que vendían al peso fuiste a dar con una edición en francés de los *Cuatro ensayos filosóficos* del Gran Timonel. Te quedaste un buen rato fascinado por un acuario en el que daban vueltas muy despacio, en sentido contrario uno y otro, dos peces largos, especie de anguilas arenques aco-razadas con anchas escamas cobrizas, mandíbula de bulldog que se cerraba hacia arriba, formas monstruosamente simples, brutas, fuselajes prehistóricos que parecían una evolución de la piedra hacia la vida. Les encontrabas encanto incluso a los paneles gigantes que exaltaban en los cruces el VII Congreso del Partido Comunista: hoces y martillos, estrellas de oro sobre fondo púrpura (como en aquel pendón de rústico calicó sobre el cual te explicó tu madre, cuando eras niño, que, con un banderón ensangrentado del III Reich, eran «botines de guerra» del teniente), imágenes de proletarios de puños formidables, alegres soldados blandiendo sus AK 47, robustas campesinas que llevaban el sombrero tonkinés, aviones de caza, chimeneas de fábricas, muy coloristas y expresionistas, de trazo acentuado, en las que otrora quisisteis ver un arte nuevo al servicio de los pueblos (hoy en día te asombra tanta ingenuidad inculta).

Si la casa existía todavía, estabas casi seguro de que la encontrarías a orillas del Mekong, eso parecía lo normal para un tipo cuya función consistía en mandar una flotilla anfibia. Y en efecto, siguiendo la calle Treinta, que bordea el río, te topaste enseguidita con ella. Al fondo de lo que debería haber sido un jardín sombreado por una gran higuera de la India la casa escalonaba sus tejados erizados como escamas de dragón. La verja que daba a la calle estaba abierta, al entrar en el jardín ibas preparándote para los peores rollos (ya te habían deteni-

do una vez cuando estabas haciendo fotos del hospital en el que el capitán médico N. certificó la muerte a resultas de «importantes daños en la región escapulovertebral izquierda por metralla de obús»; el soldado un tanto incómodo que te echó el guante sólo se decidió a soltarte, aligerado eso sí de tu cámara desechable, porque no encontró a nadie que hablara francés o inglés para interrogarte). Ante los peldaños que conducían a la veranda, había un mástil para banderas manifiestamente antiquísimo. Allí estabas, frente a la escalera, en el lugar donde se encontraba el ataúd en el pequeño cliché de bordes dentados. Nadie te preguntaba nada. Una mujer cruzaba la veranda con paso cansino, haciendo restallar las chanclas, dirigiéndote una mirada triste. Allí seguías, de pie, en el lugar exacto donde tu padre, al que no conociste, yació muerto cuarenta y ocho años antes: desde el punto de vista de la razón, se imponía admitir que aquello no tenía ningún significado particular, pero te parecía que desde otro punto de vista, que no era únicamente el de la vacua superstición, sí lo tenía. Te parecía que estabas honrando una cita largo tiempo diferida, te parecía, como a un griego de Homero, que tu presencia allí, por fin, después de medio siglo, iba a traer la paz a un alma errante (en la pagoda de la Longevidad, antes de marcharte de My Tho, te enseñarían una especie de abeto de Navidad de siete veces siete ramas que era, te dijeron, «el árbol de las almas errantes»). Algo así era lo que habías ido a cumplir, un rito muy antiguo que, no por incomprensible o indecible que resultara ahora, tenía un menor carácter de exigencia absoluta. Venías a hablar con los manes, a presentarte ante ellos. Eso es lo que habías tratado de explicarle, la noche anterior, al marinero del sampán (y a él, de haber hablado tu lengua, no le habría costado mayor esfuerzo entenderlo). Envalentonado, jugándote el todo por el todo, ibas subiendo la escalera. Más allá de la sombra interior, en el marco de los tres vanos que daban a la veranda opuesta, donde rutinaba la luz del río, se veían sillas y mesas de plástico blanco, y

a unos tipos en camiseta bebiendo cerveza y echándose unos cigarrillos. La casa del teniente se había convertido en una tasca (que pertenecía, te enterarías enseguida, a la marina vietnamita, que la explotaba para «hacer business» —la pasión dominante de los últimos regímenes comunistas). Bueno, pues no dejaba de ser una buena noticia esa de que el lugar donde el teniente había vivido sus últimos días, donde te marcó, apenas nacido, con el sello violeta de la muerte, era una tasca junto al Mekong. ¡A tu salud, teniente! Reencontrarse en el bar, nada mejor para romper el hielo entre vivos y muertos. No conocías sus hábitos al respecto, no era el tipo de hazañas de las que te hablaba tu madre, pero ciertas historias que te contó en Beirut el médico militar retirado permitían suponer que chupaba algo más que helados. Sin contar con que haber engendrado a un borrachuzo como tú... De los tabiques derecho e izquierdo de la amplia sala central colgaban telas monumentales que representaban, una unas cumbres nevadas, la otra unos caballos galopando por un torrente. En Saint-Flour o Quimper habrían resultado de una banalidad horrorosa pero aquí, oceladas de luz por los reflejos del Mekong, alcanzaban un grado de ridiculez casi conmovedor. Detrás de una barra se encontraba una camarera de cara mofletuda y había además en esta sala, a la que daban otras cuatro más pequeñas, unos sillones de escay acribillados a quemaduras de tabaco y un aparato de televisión. Tuvo que ser aquí, forzosamente, donde se produjo el levantamiento del cadáver. Allí, ante la barra, unos caballetes, y el ataúd abierto extendido encima, seguramente. La cabeza casi separada de los hombros. «Daños en la región escapulovertebral izquierda por metralla de obús. En prueba de lo cual expido el presente certificado...» ¿Estaba también desfigurado? ¿Quién se acercó a darle el último adiós, con qué ánimo? ¿Deber militar, amistad, amor? Odio saciado también, a lo mejor. No hay vida, por joven que sea, que no suscite odios. Sobre todo en un medio rígido como el ejército. ¿Un subordinado con el que se hubiera mostrado ás-

pero, injusto (ciertas historias que te contó el médico militar retirado en la bodega de Beirut donde os cogisteis un ciego con arac, dejaban entrever que no era precisamente incapaz de algo así), un superior ante quien hubiera dejado traslucir su desprecio, un vichysta por ejemplo, un oficial giraldista nor-teafricano reciclado deprisa, corriendo y mal en «francés libre»? ¿O simplemente un tipo a cuya mujer hubiera cortejado? ¿Que hubiera ido a constatar que ya estaba tranquilito para los restos? ¿Y entonces a lo mejor también la mujer, inclinándose hacia el rostro (reconstruido, quizá, mal que bien), pero con sentimientos muy distintos? ¿Uno de los dos vestidos blancos que se distinguían, mal, a la izquierda de la pequeña foto de los bordes dentados, bajo los altos y gráciles fustes de las arcas? Saliste a la veranda que elevaban sobre el río unos pilotes. Amarrados a unas estacadas de troncos de cocotero, racimos de embarcaciones de pesca engalanadas, proa color berme-llón, tumbadas unas contra otras, con toldos de lona embrea-da y banderas que restallaban en lo alto de grandes astas de bambú, estrellas de oro sobre fondo púrpura que el teniente creía su deber arrancar a los «rebeldes», y que vosotros clava-bais antaño en la punta de mangos de picos para hacer frente a los maderos —aquel día por ejemplo en que conociste a Chloé después de que te desencajaran los morros. El emblema de los pobres del mundo que resisten frente a los poderosos del mun-do, pensabais. Alrededor de las embarcaciones de pesca, de las que descargaban cestos de cangrejos azul y oro, banastas de pescado con las agallas sangrantes, abiertas como si fueran lla-gas, bullía un enjambre de barcazas.

Cogiste una mesa en una esquina de la veranda, sobre el cabri-lleo del agua, y te pediste una cerveza Tiger. Enseguida se te acercó un tío viejo repleto de arrugas, de grandes orejotas despegadas, casi transparentes, que le daban un simpático aire de murciélago, a preguntarte si podía sentarse a tu mesa. Ha-

blaba un francés tirando a carcomido pero muy comprensible. Te puso al corriente de que había sido pianista en bares de hoteles de Viang Chan y Luang Prabang, en Laos, luego en Saigón, y había luchado contra los franceses en las filas del Vietminh. No teníamos elección, te dijo como para disculparse, y tú le diste toda la razón: no tenían elección. Incluso durante la guerra, te aseguraba, tuvo ocasión de tocar, en el vivac, en plena jungla, con pianos conseguidos por aquí y por allá y acarreados varios días a lomos de mula: canciones de Fréhel, Damia, Maurice Chevalier, Trenet. E incluso de un compositor cuyo nombre al principio no entendías debido a la pronunciación de tu interlocutor, nombre que tomaste por el de un músico vietnamita, Nal Do Anh o algo así, y que al final resultó ser, para tu estupefacción, Reynaldo Hahn. ¡Reynaldo Hahn en la jungla! ¡En plena guerra! Te hubiera encantado asistir a algo así. ¿Por qué no la sonata de Vinteuil? En fin todas aquellas piezas no tenían nada que ver con las canciones francesas de ahora, según él —salvo que lo que él llamaba así era un infame batiburrillo que databa te parecía de los años preyeyés de tu adolescencia, y que largaba en ese preciso instante el radiocassette de la barra: «Azul azul azul el cielo de Provenza / blancas blancas blancas las gaviotas». Él, el viejo murciélago, canturreaba «Yo caaanto de la noche a la mañana» tecleando en la mesa con sus dedos descarnados. Entusiasta. ¡Ah, Trenet! Gran poeta. «Me acuuuesto en la hierba del bosque, las moooscas no impiden mi goce...» El antiguo vietminh estaba radiante de alegría por haber ido a toparse con un *phap*, un francés. Después de De Gaulle, la verdad, se había desconectado un poco de la vida política francesa. Pero De Gaulle... ¡Gran jefe! en su opinión (en el fondo, pensabas divertido, tenía una idea de Francia que apenas era más anticuada que la tuya). Cuando le explicaste el motivo de tu viaje a My Tho, pareció lamentar sinceramente que el teniente, tu padre, no hubiera guardado un buen recuerdo de Indochina. Aquel tipo era realmente encantador. Os tomasteis otras Ti-

ger y pedisteis unos cangrejos. La camarera gorda de cara mo-
fletuda los echaba vivitos —azul y oro, correteaban con sus
grandes patas— en un lecho de brasas al rojo vivo dentro de
medio barril metálico, y pese a no sentir la menor simpatía
por los cangrejos había algo penoso en aquella visión. Al vie-
jo pianista, en cambio, le hacía reír a carcajadas desdentadas.

Como seguramente había corrido el rumor, por la calle
Treinta y más allá, de la presencia de un extranjero, en esas
estábamos cuando en la veranda desembarcó un tipo con una
pitón alrededor del cuello que andaría por los tres metros cin-
cuenta de largo y cuyo diámetro superaba ampliamente el de
una de tus nalgas. Naturalmente vino derecho hacia vosotros,
la atracción era para ti. Las serpientes (a diferencia de las ara-
ñas) no te inspiraban un pánico horroroso, pero de ahí a decir
que te apetecía ceñirte aquella bufanda fría, apestosa, suscep-
tible además de convertirme el cuello en carne de salchicha...
Y por si fuera poco lo que te molestaba eran todas aquellas
miradas sobre ti. En fin tuviste que pasar por aquello, levan-
tarte con aquella haltera adaptable encima de los hombros
(debía de andar por los cincuenta kilos la cabrona), dejar que
te hicieran una Polaroid, aceptar los aplausos. Después el due-
ño de la pitón tuvo a bien quitártela de encima, el animal se
enroscó a sus pies como un perrazo pasado por un trefilador,
y tú le pagaste una Tiger (al dueño). Y él se lanzó a una con-
versación animadísima con el viejo pianista de la que este te
iba traduciendo lo esencial. Resulta que había sido tanquista
(el dueño de la pitón) en el ejército norvietnamita durante la
guerra contra los estadounidenses. Vio cosas tan horribles que
después de la victoria se hundió en la depresión y el alcoholis-
mo. De la ofensiva final contra Saigón, en la primavera del 75,
que debería haber sido la hora de la gloria de su vida de sol-
dado, guardaba recuerdos particularmente atroces. Los solda-
dos del Sur, los «fantoques» en la terminología comunista, se

retiraban en desbandada, en masa, perseguidos por los blindados. En la carretera del delta, su T-54 aplastó un viejo Dauphine donde se habían apelotonado media docena de fugitivos. La carne humana, decía, salía proyectada literalmente fuera de la chatarra. Era... era según él como cuando se pisa sin querer un tubo de pasta dentífrica. Tuvieron que ir a limpiar a un río las orugas del carro. El viejo pianista te traducía todo eso. A la pitón, tranquilamente enroscada, lo único que se le movía era la pequeña lengua negra, pero eso sí muy deprisa, y todo el rato. El ex tanquista se tomó otra Tiger, y tú igual. Cayó en el alcoholismo, y lo metieron en la cárcel por elemento antisocial. Luego lo soltaron gracias a su hoja de servicios. Ahora se ganaba la vida con esa pitón y la Polaroid, y también era jardinero. Cuando no había turistas no vendía fotos, o una de tarde en tarde a algún burgués comunista, pero los burgueses comunistas pagaban en patadas en el culo y la pitón tenía que comerse sus tres patos semanales, si no, le entraba hambre y entonces... y entonces resultaba contraindicadísimo pasársela por el cuello. Por el curso de la corriente bajaban formando remolinos hacia el mar de China islas de esmeralda, búfalos muertos con las patas apuntando al cielo como los caballos que vio Isaac Babel, una noche de invierno, en la perspectiva Nevski. Por encima del río avanzaban nubes brillantes como el mercurio. «Vivir muy difícil», comentaba con aire triste el viejo pianista.

¿Por dónde iba? le preguntas a la hija de Trece. Quiero decir, antes de hablarte de la casa del teniente. Ah, ya, sí, te estaba diciendo lo que pasaba durante el verano del 70. Tú ni habías nacido, así que... tendré que pintarte el panorama. Una armada de pontones y lanchas estadounidenses y fantoches invadió Camboya, remontando el Mekong, para destruir los «santuarios» comunistas. Los palestinos se disponían a hacer saltar tres aviones sobre el desierto jordano, los beduinos del rey

Hussein a desalojarlos de Ammán a cañonazos, a cuchilladas. El mundo estaba en guerra y nosotros, escucha que es de traca, le dices a la hija de Trece, nosotros decidimos joderles las vacaciones a los ricos. Les pintarrajeábamos las villas, los yates, los coches, les volcábamos purín en las alfombras de sus hoteles. Era, digamos, bastante infantil. No estaba a la altura del mundo. Trece dirigía a un equipo de primera que tenía como misión guarrearles diversos lugares de Deauville, casino, hipódromo, puerto deportivo, etc. En fin, digo «puerto deportivo», pero esas marinas que se ven ahora por todas partes son como las autopistas, los supermercados, todos esos chismes que en la actualidad forman parte del paisaje, constituyen su centro, dan la impresión de estar ahí desde hace tanto como las colinas o al menos las catedrales: todo eso no existía, estaba apenas empezando. Un «puerto deportivo» era un puerto de pesca en el que había yates. El grueso de la tropa estaba integrado por los siete hermanos Disparate, una camada de jóvenes muy musculosos, poco propensos a la especulación intelectual, nacidos de varios matrimonios de un chatarrero capaz de fabricarse tantos enemigos que acabó encontrando a uno que se lo cargó de un disparo, y de ahí el nombre de las criaturas. Los siete Disparate eran en realidad medio subnormales pero no era por su inteligencia por lo que interesaban (o, sobre todo, se huía de ellos). Si tomados uno a uno ya eran de temer, formados en falange familiar representaban una capacidad de devastación casi irresistible. La muerte de su padre, que ellos atribuían sin mayor matiz a las maquinaciones de los peces gordos (categoría donde se mezclaban periodistas, garajistas, jueces y policías), convertía a aquella sarta de cachas en subversivos sin saberlo: pero Trece lo sabía por ellos. Así que para empezar los inició en el destrozo de unos cuantos Porsche o Jaguar, luego los puso a macular con alquitrán el casco de una veintena de yates. Este asuntillo estuvo ya a punto de torcerse más de la cuenta. Uno de los hermanitos se tropezó con un cabo, se cayó al agua y obviamente no sabía nadar. Aquellas expedi-

ciones no disgustaban a los Disparate, aunque hubiesen preferido una ración mayor de hostias. Y de violaciones, a poder ser. ¿Que no? ¿Y por qué? Ellos solos no veían motivo para abstenerse, pero Trece, como puedes imaginarte, le cuentas a su hija, se mantuvo intransigente a ese respecto. A cambio le dio morbo lanzarlos contra un concurso felino organizado por el Cat Club de la Costa Ópalo en el hotel Normandy (¿o era en el Grand Hôtel de Cabourg?). La irrupción de la banda patibularia en los salones del hotelazo de lujo causó sensación, y no sólo entre los camaretas y las viudas ricas: también entre los mininos. Uno de los animales presentados a concurso, el lomo en ojiva, el pelo crepitando de chispas, emitió un bufido demoniaco e hizo como si fuera a saltar sobre Eddy, el mayor y más macizo de los Disparate. Aquel presuntuoso de nervios frágiles, y me refiero al gato, le aclaras a la hija de Trece, se llamaba Casanova von Amorsbrunn, era un Short Hair Silver Shaded y pertenecía a la condesa del Paty de Clam (de estos detalles se enteraría Trece al día siguiente leyendo *Paris-Normandie*). Aquel snob, sigo refiriéndome a Casanova, comisqueaba con el alpiste que le habían puesto, seguramente foie gras, entre aquellos descendientes del acusador de Dreyfus. Total que esa fiera de salón antisemita hace como que va a saltar sobre el gigantesco Eddy. La fuerza física no previene en absoluto contra el miedo a las criaturas ínfimas; hay una fábula de La Fontaine al respecto, «El elefante y el ratón», o quizá «El león y la rata», ya no recuerdo. Hay también cosas en Mao, en otro estilo, otro registro, pero a fin de cuentas es la misma moraleja, tan alentadora: los pequeños pueden triunfar sobre los grandes. El imperialismo americano es un tigre de papel, la guerra del pueblo es invencible, etc. Eddy Disparate, con sus hermanos, habría puesto en fuga jugando limpiamente a un pelotón de CRS, pero aquí, ante el simple amago de ataque de un gato mundano, se lleva las manos a la cara y se echa a correr lanzando el alarido de un gigantesco niño de teta. Eddy Disparate, en esa tesitu-

ra, es un tigre de papel. Los hermanitos desconcertados, acostumbrados a seguir ciegamente al mayor, se atropellan tras sus pasos. La salida por las puertas giratorias es una retirada desastrosa, los batientes que tantas veces empujó Proust con mano ebúrnea, invadidos de golpe por medio equipo de rugby lanzado a toda pastilla, se bloquean y estallan, se quiebran los contramarcos, se desploman los cristales, mana la sangre, tres de los hermanos quedan a merced de los camaretas. Hay que hacer notar —haces notar a la hija de Trece— que los susodichos camaretas se habían puesto prudentemente a cubierto cuando irrumpieron los Disparate, treinta segundos antes. Pero la estampida provocada en solitario por Casanova von Amorsbrunn (a menos que se tratara de Valmont von Thurn und Taxis, o Bazin de Guermantes, ya se me ha ido un poco el nombre al día de hoy; de todos modos no fui yo el que lo leyó en *Paris-Normandie*, o en *Ouest Éclair*, ya no sé, sino Trece), aquella desbandada, pues, reavivó en un plis plas la ferocidad natural de los servidores del orden. Y así, tumbados sobre el picadillo de vidrio, los tres Disparate encajan la avalancha. Y es que, fenómeno inverso, continúa haciéndole notar a la hija de Trece, lo repentino de la debacle ha ablandado por completo la fuerza moral de los formidables hermanos: unos reciben sin el menor asomo de dignidad ni de resistencia, chillando y revolcándose convulsivamente en los fragmentos de cristal, los porrazos que les reparten los camaretas; los otros salen pitando por las calles de Cabourg (o de Deauville, ya no sé), despavoridos, jadeando, perdiendo por aquí, por allá un objeto, una bota, una gorra, las llaves, la documentación. Lo que permitirá a la pasma ir a buscarlos con toda comodidad, derrotaditos todavía, a su campamento a orillas del Touques, o del Dives, o sea a sus caravanas, las caravanas descuajeringadas de la tribu Disparate. Durante ese tiempo Trece, que, viendo el desastre, se ha (como Angelo en Argenteuil) refugiado en los váteres, vuelve a salir como si tal cosa y se marcha del hotel de puntillas. En fin espero que te hayas dado cuenta, le

dices a la hija de Trece, esta historia gilipollesca del concurso felino de Deauville o de Cabourg conlleva bastantes enseñanzas (diferencia entre la ferocidad y el coraje, efectos dialécticos de la sorpresa, superioridad de la astucia frente a la fuerza, etc.) para ilustrar un tratado de estrategia de Sun Zhu —o de Mao Zedong. Lo mejor que hizo. *Problemas estratégicos de la guerra de partisanos* era nuestro libro de cabecera. No sólo para nosotros, por cierto. Hasta los burgueses lo leían. Eso y Lacan. En fin, los burgueses de izquierda, claro, no los lectores de *L'Aurore*. Como puedes imaginarte, los Disparate cantaron de plano. Ellos que soñaban oscuramente con asesinatos, estaban aterrados por las consecuencias de sus actos a fin de cuentas bastante modestos. Y era precisamente la modestia de las fechorías a las que se habían dejado arrastrar lo que hacía que les resultaran incomprensibles, y por tanto aterradoras. Resumiendo, cargaron las tintas en Trece, atribuyéndole no sólo la paternidad de las depredaciones efectivamente perpetradas, sino incluso la de diversas exacciones debidas a granujas de su mundillo, robos de bugas, atracos de poca monta, etc. Y llegaron hasta a inventar algunas mucho más sangrantes, incendios, violaciones, calentamientos de pies con soplete, que seguramente esperaban cometer bajo su dirección. Trece, convertido en un auténtico demonio, un Stavroguin llegado de París para arrasarse en Baja Normandía, no se atrevió ya a poner los pies fuera del zulo donde unos «progres» lo tenían a cubierto —en el antiguo hotel de Roches-Noires, creo recordar, donde también vivía Marguerite Duras, o sea que era más bien en Trouville y no en Cabourg o Deauville. Su foto salió en todas las portadas de los periódicos regionales, reinaba una especie de histeria en la ciudad balnearia. De día, los ciudadanos honrados lo habrían reconocido en el acto. De noche, la policía multiplicaba los controles. Así fue como se pasó todo el final del verano mirando el mar desde la ventana, el ir y venir de las mareas, echándole el ojo a las hermosas bañistas (había gemelos en la habitación), zampándose los spa-

guetti que sus anfitriones tenían la bondad de ir a comprarle con tarros de salsa boloñesa. Se quedó allí hasta que los polis se cansaron y la gente como Dios manda tuvo tiempo de olvidarse de su careto, un mes largo más tarde. Se evadió, lo recuerdo bien (sin que medie relación entre ambos hechos), el día en que Salvador Allende ganó las elecciones en Chile.

Durante todos aquellos años, la verdad, le cuentas a la hija de Trece, las únicas vacaciones que nos tomamos, es extraño, más bien agrio, fue también la única vez en que nos propusimos cargarnos a un tío. Normalmente, ya te he dicho, ni siquiera les metíamos balas a los trabucos que teníamos para no arriesgarnos a matar o herir a alguien por error, pánico o tropezón en la alfombra. Pero en aquella ocasión el tipo era un antiguo jefe de la milicia, había organizado razzias, ejecuciones de rehenes, y se decía que el presidente Pompe protegía a aquel viejo cabrón, se formó un escándalo enorme. Dedieu, el liberador de la catedral de Chartres, estaba en el colmo de la indignación. Por eso invitó a Danton a colocar una corona de flores en Mont-Valérien. A mí me fabricó una cita con un cardenal, te juro que es cierto. Un cardenal ex resistente, existe. No a mogollón, seguro, pero en todo caso estaba él. La cita fue muy sofisticada, era en el vagón-restaurante del tren París-Roma, en la época en que había vagones-restaurante con manteles blancos y cubertería de plata, soperas repletas de consomés humeantes; todos aquellos perifollos ferroviarios duraron bastante menos que los B-52. Yo me maqueé todo lo correctamente que pude, creo que estaba un poco menos ridículo que cuando estuvimos de plantón delante de casa de Chalais. Dedieu me explicó que no hacía falta ninguna señal para reconocerse, que era raro, por no decir rarísimo, que varios cardenales coincidieran en el mismo vagón-restaurante, pero en fin que, en un tren a Roma, nunca se sabía: entonces, en ese improbableísimo caso, reconocería al mío por su pinta

más bien de jugador de rugby. Y era verdad, era una eminencia con una planta imponente, cara maciza, nativa del suroeste. Se parecía bastante a René Char, la verdad. Mientras se comía su pichón con guisantes (o su escalope milanés, quizá), me confió rápidamente, en voz baja, que el viejo cabrón se había ocultado en un convento cuyo nombre no podía decirme, pero que sabía de fuente absolutamente segura que volvería a pasar tarde o temprano por su casa, cuando se hubiera calmado la emoción pública (todavía no se decía «mediática», creo). Para recoger unos documentos en un escondrijo que sólo conocía él. Ya ves, eso era todo, pero era una pasada. Un miembro de la curia romana nos daba por adelantado la absolución por un asesinato que él mismo nos invitaba, implícitamente, a cometer. Después hablamos de esto y de lo otro, más de cosas de la Revolución que de las de la Religión, por cierto, y es que mi interlocutor conocía mejor aquellas que estas. Como me cayó enseguida simpatiquísimo, le dices a la hija de Trece, y además no le hacía ascos al coñac, ni yo tampoco, le propuse entre guasas que se hiciera capellán de La Causa. Ya me encantaría, me contestó, en todas partes hay almas que salvar, pero quizá más si cabe en el Sacro Colegio que entre los camaradas de usted. ¿Qué quiere decir, le pregunté: que las almas de sus colegas son más dignas de compasión, o que la necesitan más? Creo que me ha entendido usted, me dijo. Después de todo, Dios vino a la Tierra por los pecadores, no por los justos.

Se endilgó un último lingotazo de coñac y allí me dejó plantado, le cuentas a la hija de Trece. El sentido de lo que acababa de decir el cardenal, aunque yo no fuera muy versado en casuística, no se me escapaba: suministrándome cierta cantidad de información que podía desembocar en la muerte de un cabrón, pero de un hombre a fin de cuentas, acababa de cometer un pecado, e incluso bastante gordo, desde su punto de vista. Pero, por otro lado, a Dios no lo habían crucificado

en balde. A lo mejor te estoy aburriendo con estas historias, le dices a la hija de Trece, seguramente la palabra «pecado» carece de sentido para ti, pero ojo con la arrogancia de lo contemporáneo, esa palabra, para lo bueno y para lo malo, se ha mantenido rebosante de sentido durante casi veinte siglos, ha inspirado a genios, a Dante, Milton, Dostoievski, a tantos otros. Me pregunto cómo puedes leer a Dostoievski si esa palabra no significa nada para ti. La hija de Trece me saca un triangulito de lengua rosa, placa que significa «¡Cuidadito, viejo capullo!», yo le hago, soltando la mano derecha del volante unicornio de Remember, un gesto obsceno, con el anular alzado sobre el puño cerrado, que significa en (viejo) morse: «Vale, recibido, te estoy jodiendo la marrana». A la izquierda quizá por décima vez, los baluartes de burgo hugoliano de los Grandes Molinos de Pantin, pasada la Rue de la Clôture, mira, eso me suena, luego el canal del Ourcq, trazo malva en la noche que me hace pensar en el cuerpo aún caliente de Rosa Luxemburgo arrojado al Landwehrkanal un día de enero de 1919, el canal está helado y el cadáver, tirado por encima del pretil, rompe la costra de hielo, que se tiñe de rojo y rosa, desaparece en el agua negra, los miembros de los *Freikorps* vigilan la sumersión del cuerpo en el agua negra, la melena un tanto desplegada, igual que el vestido, y eso les hace reír abundante, abyectamente, y hundiéndose, melena y vestido se escurren bajo el hielo, que se cierra de nuevo alrededor de una salpicadura roja y rosa, y los miembros de los *Freikorps* se dan la vuelta, encendiéndose un cigarrillo, hacia su vehículo blindado, Rosa Luxemburgo pensaba que el socialismo se perdía al no quedarse con algo de la profundidad metafísica del pecado, dije yo sin prueba alguna, al tuntún, de todas maneras no va a ser la hija de Trece la que va a contradecirme, a la derecha el Zénith como un zepelín amarrado a su palo, las balizas azules del parque de la Villette y los invernaderos reflectantes de la Ciudad de las Ciencias, antes había ahí mataderos gigantes que no funcionaron jamás, eso fue un escán-

dalo tremendo de la V República, N3 PORTE DE PANTIN por ahí es por donde nos fabricábamos la documentación falsa, el bastidor de serigrafía estaba escondido debajo de un cambiador de bebé, había un crío auténtico para que la cosa fuera más plausible, evidentemente las emanaciones de tricloretileno no debían de ser el colmo de la salubridad pero qué quieres no éramos ecologistas por entonces, ni de coña, las mujeres embarazadas fumaban Gauloises y cosas así, y ahora a estribor de nuevo la gran medusa melódica, el radomo observatorio de la música de las esferas... mira, hecho también por un ex de La Causa, te saludo al paso, ¡y fraternidad!

La casa del miliciano estaba en Chambéry, o Annecy, bueno una ciudad en la montaña, y cerca de un lago. Te acuerdas de que había por allí una fuente, formada por cuatro semielefantes de piedra opuestos dos a dos, que recibía el ingenioso nombre popular de «los cuatro sin culo» y había sido edificada, como por lo demás buena parte de la ciudad, por un aristócrata aventurero que fue general de un gran maharayá indio, en el siglo XVIII. Se casó con una mujer que iba a hacerse famosa en el mundo de las letras, la duquesa (¿o era condesa?) de Boigne, y esta petrucia despreciaba a su marido, que no era para ella más que un militarote. La idea de que pudiera considerarse la condición de literata —o literato— muy superior a la de general de un maharayá, te parecía (y te sigue pareciendo) extravagante. Semejante inversión de los valores sólo podía darse, a tu entender, en Francia. En Inglaterra, por ejemplo, era inimaginable. La casa del viejo asesino, pues, se encontraba hacia una de las salidas de esta ciudad, y dominaba una vaguada. Tuvisteis suerte, si es que puede decirse en este caso: al otro lado de la carretera había un edificio nuevo con ventanas y balcones desde donde se controlaba su refugio. No resultó difícil alquilar un piso. Ya sólo hacía falta esperar: Trece, Fishaui, Judith, Zampacerrojos y tú. A lo mejor se te olvida

alguien. Lo habíais hablado con Gedeón, por supuesto: como, unos años antes, cuando fuisteis a plantearle, en la Escuela, vuestro plan de ataque a un convoy de CRS. Esta vez os pusisteis de acuerdo. Matar a un hombre, por muy ultracolaboracionista que fuera, no era una decisión para la que estuvierais preparados. Pero la protección que le concedían el presidente Pompe y una parte de la Iglesia os obligaban un poco a ello, a vuestro entender. Así que alquilasteis el piso y allí estabais esperando Trece, Fishai, Judith, Zampacerrojos y tú. Con un fusil con mirilla. Los días se hacían largos, la tensión era grande. Si de repente le veíais salir de un coche, empujar la portezuela de madera y recorrer los pocos metros entre nogales que conducían hasta el umbral de la casa, ¿tendríais la sangre fría (la dureza) de quitar el seguro, llevar el arma al hombro, apuntar y tirar? ¿Sabríais estar «a la altura»? ¿O, al contrario, caeríais lo suficientemente bajo para perpetrar algo así? Porque después de todo, matar a un viejo... o a un perro... y desde luego que lo era, ninguna duda vamos: un jefe de la milicia, un tipo que organiza razzias contra niños judíos, manda ejecutar a resistentes, era un perro como una casa. Eso sigo pensándolo hoy, le aclaras a la hija de Trece. Pero ¿nos correspondía a nosotros...? Las horas pasaban muy pero que muy despacio mientras, apostados detrás de la ventana con las cortinas echadas, observábamos por el intersticio, de pie, quietos, fumando cigarrillo tras cigarrillo, con el fusil a mano, cargado. Eran, aún te acuerdas, unas cortinas naranja. El naranja era el color de moda en aquellos años. Fumando cigarrillo tras cigarrillo detrás de la tela naranja preguntándoos si... que no, nada de preguntarse nada, al acecho, concentrándoos en la vigilancia sabiendo de sobra que hay, bien a mano como el fusil, una pregunta obsesiva, tan obsesiva, tan presente, negada, como la conciencia de la vigilia en quien pugna desesperadamente por eclipsarse en el sueño. Pasábamos por bestias pero teníamos un fondo de buenos chicos, le dices a la hija de Trece, restos de tiernos jovenzuelos... Al final no tuvimos la

oportunidad de saber cómo habríamos reaccionado de haber tenido a aquel cabronazo en el punto de mira. El soplo del cardenal hacía agua o nosotros no tuvimos suficiente paciencia. Estuvimos esperándolo dos meses en balde, después levantamos el sitio. Con gran alivio por parte de todos.

Detrás de las cortinas no se podía aguantar mucho rato, así que nos relevábamos cada dos horas. Era verano, los que no estaban de guardia se marchaban al lago. Ya no recuerdo qué lago, el de Lamartine lo mismo. Un lago azul entre las montañas, con lunas de arena blanca entre praderas. Hacía calor, había sombrillas en las praderas, barcas de pedales en la quieta agua azul, donde se reflejaban las montañas y algunas nubecillas aborregadas, chiringuitos en las orillas, jugadores de voleibol, todo un paisaje de vacaciones que nos resultaba ya completamente ajeno, que teníamos ya casi olvidado. De golpe y porrazo aquella imagen nos retrotraía al pasado, nos transportaba hacia lo que habíamos querido dejar atrás, nuestras infancias burguesas, despreocupadas, dedicadas sin saberlo a la fabricación de una felicidad egoísta. Las vacaciones de verano en la Costa Esmeralda. Y a pocos kilómetros de allí, tras las cortinas echadas, nos esperaba el teatro del porvenir que habíamos elegido: la conspiración, la violencia política, las cuentas de la muerte dada y recibida. Matar a un viejo asesino, ser matados por la policía. Ese futuro, por mucho que lo hubiéramos escogido, nos era en realidad tan ajeno como el pasado al que habíamos renunciado. El pasado nos asqueaba, el porvenir nos aterraba. No estábamos en ningún sitio, en ningún tiempo. Esto te lo digo ahora, a finales de la primera primavera del siglo XXI, le dices a la hija de Trece, en la época yo no habría dicho, pensado las cosas en estos términos, en la época nuestro pensamiento y nuestras palabras eran confusos pero aun así sentíamos, y sobre todo aquellos días, en la orilla del lago, entre las imágenes de una vida antigua y las de una

muerte en vísperas, entre una especie de felicidad rechazada, repudiada, y un terror al que resultaba difícil acostumbrarse, que teníamos una carencia, una parte de vacío y quizá incluso un gusto por el vacío. Así que nos emborrachamos del instante, nos embriagamos sin escrúpulos con los modestos placeres que se nos ponían a mano, nuestra angustia era tal que acabó convirtiéndonos, unas horas al día, cosa extraordinaria, en jóvenes normales (que seguramente se parecían, en aquellos momentos, a aquel hijo de Demetrios que «no era como nosotros»): contentos de tirarnos al agua desde lo alto del espigón, de beber vino blanco fresco bajo las sombrillas de los chiringuitos, de decir chorradas y mondarnos de risa bien alto, de besarnos tumbados en el césped. Seguramente yo no había besado nunca en público a Judith, imagínate... Una vez, recuerdo, alquilamos una barca de pedales Judith, Trece y yo —Fishau y Zampacerrojos estaban de guardia en el piso. Estábamos en medio del lago, en un estado de indolencia, de feliz ligereza, que nos liberaba un rato de nuestra comezón. No sé qué mosca me picó, me puse a hacer de guardia rojo, a sugerir que tal vez no deberíamos divertirnos así, que estábamos relajando demasiado nuestro estilo de vida y otras farfugas rigoristas. Me interrumpió Trece: nos estás dando por culo, Martin, en ningún sitio del librito rojo pone que no haya que subirse a una barca de pedales. Y con las mismas, entre risas, me tiró al agua con ayuda de Judith, mientras yo también me partía. Al volver a la orilla —había que ir pensando en relevar a Fishau y Zampacerrojos— improvisamos una cancioncilla que podía habernos acarreado algún marrón, Gedeón exigía autocríticas por mucho menos que eso: «El Presidente Mao/ En barc'a pedaleao/ Como hace'l populao», el autor de esos ripios fue Trece, le dices a su hija, yo empalmé así: «¿Buscas cambio y buen rollito?/ Repasa'l rojo librito/ Pero en el mejor garito», y Judith, que estaba sentada entre los dos, disposición clásica, se inventó la mejor estrofa: «Aunque prestos a morir/ Si nos dejan elegir/ Preferimos sonreír».

Fuimos al rastro a buscar un baúl de gran tamaño para meter dentro al general retirado Chalais, director general de Atofram, no encontramos nada que nos viniera bien del todo pero terminamos echándole el ojo a un arcón así y todo bastante amplio, un arcón de madera del estilo del de Billy Bones en *La isla del tesoro*. Total que en cuanto Judith le puso la inyección se quedó tranquilito y conseguimos meterlo allí dentro. La cabeza apoyada en un lateral, con un cojineté por lo del confort, los pies en el otro, las rodillas dobladas. La camioneta llevaba circulando dos o tres minutos, probablemente ya estaría denunciada a la policía, tocaba cambiar de montura, teníamos previsto un cambio de posta al fondo de un garaje subterráneo, no lejos de allí. Montacargas nos estaba esperando al volante de una furgoneta de color y modelo distintos. No sé por qué no te he hablado de Montacargas hasta ahora, le dices a la hija de Trece. Bueno sí, sí que lo sé: él vivió antes con Judith. Y nos pilló con las manos en la masa, en fin no del todo pero casi. En unos preparativos nada ambiguos. La verdad es que me comporté a la sazón como en un vodevil, de haber tenido tiempo de esconderme en un armario lo hubiera hecho, farfullé lo primero que me vino a la boca, todo rojo y sofocado y despechugado, que si el cansancio, que si nos habíamos dormido, que si estaba soñando... Montacargas me dijo que no me cansara, que no era idiota. El mote le venía de que, cuando estaba en Citroën, con motivo de una huelga sal-

vaje, logró bloquear durante todo un día, con un grupo de obreros especializados marroquíes, un montacargas que alimentaba la cadena de los Dos Caballos. Y hacer eso en Citroën era jodido del copón. Luego, obviamente, los echaron a todos. Ahora Montacargas se encargaba entre nosotros de fabricar los papeles falsos, especialidad que aprendió junto a Roger el Belga y en la que no tardó mucho en demostrar gran ingenio. Después de aquella movida podía haber decidido ceder los trastos, no habría sido yo el que le hubiera puesto problemas, pero no, continuó. Detestándome quizá, no sé, es probable pero no fijo, con no poca ironía seguramente respecto a mí, en todo caso. Así que manteníamos una relación curiosa, más compleja que la que existía entre la mayor parte de nosotros. Puede que la experiencia común del ridículo —aunque en ella no tuviéramos los mismos papeles— creara entre Montacargas y yo una especie de complicidad paradójica y secreta, al margen de las imágenes heroicas con que nos alimentábamos a diario. Y por otra parte yo admiraba la ecuanimidad que había demostrado. Además, no sólo había tenido sangre fría en aquella ocasión, era uno de los pocos, con Fishauí, en los que yo tenía plena confianza. Total que nos estaba esperando al volante de una furgoneta 4L al fondo de un garaje subterráneo del distrito XVI. Seguramente también estuvo en Annecy, o Chambéry. Y hay muchas posibilidades de que figure en la foto que nos sacamos frente a la estación de Guingamp, o Saint-Brieuc, en el verano de 1969. Y hasta es seguro. Además, en 1969 no se había producido todavía la historia entre Judith y yo, eso debió de ser, no sé, ¿un año más tarde, quizá? Así que como éramos doce en la foto —de eso, por lo menos, estoy seguro— sobra uno entre los que te he dicho. Creo que Danton. ¿Estaba quizá ya entonces en la trena? Ojo, le aclaras a la hija de Trece: no hay que fiarse de todo lo que cuento. Y no es que yo intente disimular, deformar lo que sea: es que ya mi memoria no es más que disimulo y deformación.

Fue justo bajando la rampa del garaje cuando se produjo lo irreparable. Chalais salió del más que pasajero letargo en que se hallaba sumido. De golpe y porrazo recobró toda su energía, estaba encendido. Encogido, en tensión, forzó el arcón con las piernas y lo desfondó. La madera estalló con un crujido tremendo. Joder, por lo menos podíamos haber comprado uno de hierro, dijo Trece en tono siniestro. No fue por ahorrar, es que no vimos ninguno, gilipollas, le repliqué de mala leche. Fishauí aparcó junto a la furgoneta 4L y vino detrás con nosotros. De pie en torno al baúl abierto, desvencijado, nos estábamos preguntando qué hacer cuando Chalais empezó a intentar salir de allí. Aquello debía de sugerir, en plan grotesco, una escena de resurrección, ¿te imaginas? Hombre, en ese momento, se estaba pasando un poco. Podía haber tenido un poco de paciencia. Quieto, cojones, déjanos reflexionar tranquilos, le soltó Fishauí cerrándole la tapa en la cabeza. Era admirable aquel «reflexionar tranquilos»: del mejor Fishauí. Pero ya podíamos darle vueltas: no había solución. Ya no se podía candar el baúl, y bastaba con que Chalais presionara un poquito más para que el pie le saliera limpiamente entre la madera. No quedaba más remedio que dejarlo allí y pirarse rapidito. Y así lo hicimos. Y cuando estábamos volviendo a subir la rampa, amontonados en la furgoneta 4L, Fishauí se acordó a grito pelado de que no había cerrado con llave las puertas, y bajamos otra vez a hacerlo. Menos mal que Chalais no había salido todavía. Al ver que nos largábamos se concedió unos instantes de respiro. Enseguida Montacargas nos descargó en el metro de Porte Dauphine, o quizá fue en Trocadéro, a Trece, a Judith y a mí. Dentro del vagón, Trece se sentó enfrente de nosotros y allí le vimos el careto... Llevaba torcido el bigote postizo, medio despegado. Eh, buen rey Dagoberto, le susurré, tienes el bigote torcido. Se lo arrancó con aire digno, como un viejo esparadrapo, y la cola le dejó en el

labio superior una especie de baba de caracol negruzca. Poco le faltaba para ser lo más gracioso que había visto en mi vida. Todavía te topabas con burgueses en el metro, en aquella época; había uno, al otro lado del pasillo, un tío con loden verde y un sombrerito pata de gallo que estaba leyendo *Le Monde*, pero no las páginas de «Empresas» o «Tendencias financieras» o «Dinero», no, esas páginas todavía no existían, por increíble que pueda parecer: estaba leyendo las páginas de «Agitación y subversión», que eran como el *Boletín Oficial* de los jodedores de la marrana de toda observancia. Pero aun así hay que reconocer que en La Causa alimentábamos la parte del león de las crónicas, los demás cubrían el relleno. La ceja de aquel tipo se le iba arqueando por encima de las páginas, el ojo se le disparaba furtivamente hacia nosotros, patidifuso, vagamente aterrado. Nos cruzamos las miradas: el ojo, como un molusco, se ocultó precipitadamente en su concha de papel.

PERIF FLUIDO PORTE DORÉE 600 M VOLVO LA REVOLUCIÓN esa sí que es buena PORTE DORÉE 150 M METZ NANCY MR. BRICOLAGE para bricolajes tú, ¿cuántas revoluciones lleváis la hija de Trece y tú, diez, doce, desde que estáis dando vueltas a la gran bola oscura cosida a destellos eléctricos? Azul blanco rojo DISNEYLAND DIRECCIÓN METZ NANCY 32 KM rojo blanco verde azul estelas estroboscópicas quizá debería ir pensando en... ¡Hostia! ¡La gasofa en las últimas! Dentro de poco Remember va a salirse de su órbita, quizá debería ir pensando en llevarte a casa antes de que nos quedemos colgados sin gasolina, le dices a la hija de Trece. Explotó el depósito de oxígeno del *Apollo XIII*, la nave, que circulaba en medio de la noche y el frío, estuvo a punto de perderse, el 15 de abril por la mañana se reincorporó a la zona gravitacional de la Tierra, hizo plof en el Pacífico justo antes de que la armada americano-fantoché remontara el Mekong en dirección a los «santuarios» viet-

congs y los templos de Angkor Vat y la vía real adonde se marchó el joven Malraux a recortar con sierra algunas divinidades de gres rosa. Al final los tres cosmonautas estadounidenses regresaron de la Luna apretando el culo y conteniendo la respiración, más felices que muchos de sus compatriotas, que no regresaron de las junglas de Camboya. Va siendo hora de que te acerque, le dices a la hija de Trece, si no vamos a quedarnos tirados y desintegrarnos en la atmósfera. A4 A5 400 M NANCY METZ MARNE-LA-VALLÉE CRÉTEIL BERCY 2 CARREFOUR DARTY ÉTAP HÔTEL vamos rumbo a los humos de la gran incineradora, encendemos los retrocohetes, eclipsamos las gavillas de hierro brillante de la estación de Lyon, las largas carlingas de hierro naranja y azul gris que empapa el rocío, a la derecha la fortaleza noctiluca del Ministerio de Finanzas, el cielo palidece por encima del Sena, a la derecha parpadean las torres de lanzamiento de la BNF, PARÍS CENTRO PORTE DE BERCY N19 300 M QUAI D'IVRY salimos después del puente atirantado por encima de las vías de Austerlitz. Después viene Maurice-Thorez, luego una plaza presidida por una gigantesca pieza de fontanería, un tubo en codo, un sifón cromado o algo así, es arte municipal; habría quedado mejor pero menos moderno evidentemente una estatua ecuestre de Maurice Thorez. En la época en que el Partido era estalinista sin escrúpulos no se habrían cortado un pelo a la hora de levantarle una estatua a Maurice Thorez a lo emperador romano, levantársela en plan sifón o grifo es lo que podía haber costado caro. Maurice Thorez, ¿sabes quién te digo? le preguntas a la hija de Trece. No bueno no te preocupes, no te pierdes nada, aunque algunos de nuestros grandes poetas hayan escrito odas en honor de ese Stalin de cabaré. En otros países los jefes comunistas lucharon contra los nazis, pero él, nuestro Maurice, se pasó toda la guerra en Moscú. Maurice Thorez-Maurice Chevalier, ¡eso es Francia! ¡Eso es París! Después de la Avenue Maurice-Thorez viene la Rue Baudin, un diputado al que mataron en

una barricada, lo que no resulta tan frecuente. Y entonces, estaba visto, a Remember le da un acceso de tos y tienes el tiempo justo de atracar en la primera acera que llega y el motor farfulla y se cala. ¡Mierda! Sequito. Por rajar tanto; te has debido de tirar hablando quinientos kilómetros... Bueno, que no cunda el pánico, le dices a la hija de Trece, voy a acompañarte andando a tu casa, ¿queda todavía lejos? No. Luego ya me buscaré la vida, a fin de cuentas pronto va a ser de día. Os extirpáis del Tiburón Remember, que se ha tumbado en un suspiro, asentado sobre sus cuartos traseros, fauces de escualo al acecho, medio esfinge medio tiburón. Por un empinado y estrecho camino llegáis a su calle. Ah, toda la belleza heteroclita, toda la poesía descuajeringada del viejo arrabal, la de Céline y Cendrars, y de Tardi, en esta calle... En la esquina, detrás de una balaustrada decorada con estatuas naifs, un cómico chaletito cuya fachada neogrutesca se adorna con un almocárabe de falsos ramajes de cemento, todo ello ajado, alabeado, arrancado; luego hay una especie de chimenea de ladrillo de tres pisos, un tocón incongruente y canijo, torre andrajosa que se eleva por muy poco sobre unos árboles cuyas copas engalanan unos altos muros negros, calados por tragaluces enrejados, que se antojan los de una fortaleza. Al otro lado, unas cuantas casitas con persianas carcomidas, rematadas por tejas sombrías y cubiertas de musgo, transportan al París de *Los miserables*, cuando Ivry era un pueblo de campo y las vacas mugían por allí; luego una cuesta escarpada, a la que se agarra un pequeño hayedo, rueda hasta unos cuchitriles donde cuelga ropa tendida. Más allá, más abajo todavía, hacia el Sena, cuyo curso apenas se adivina en medio de un revoltijo de luces naranja, entre el que se desliza la oruga de semáforos del perifluído, titila la gran incineradora como un paquebote, sus dos chimeneas plantan trenzas de espeso humo en el cielo, cuyo malva verdea al este, por encima de Charenton, Montreuil, Le Perreux, Le Raincy, por encima de Nogent, Villemomble y Romainville, una populosa lontananza de ba-

rriadas, aparcamientos, supermercados, chalets, jardines obreros, veteada, inervada de autopistas, de raíles, de canales, por todo el Marne, que viene de levante. Ahí vive ella, en las al-
turas de Ivry, en esta calle que es como un balcón sobre las
edades de la ciudad, donde el tiempo se repliega y se anuda,
se levanta a contrapelo con figuras aleatorias como las de una
bola de papel chafado. Calle, también, que surca una topo-
grafía de batalla, le haces notar a la hija de Trece: en la ladera
del collado, dominando el valle, la confluencia, las puertas
orientales de París. Seguramente hubo aquí combates en 1814,
durante la campaña de Francia, luego en 1870, y durante la
Comuna. Debía de haber molinos en la cima, prados más
abajo, salpicados de bosquecillos, el Sena, que se distinguía
mucho mejor que hoy, bordeado de sauces entre los que hu-
meaba el vapor de Montereau, grandes villorrios por donde
pasaba la carretera de las invasiones, y luego a la izquierda el
confuso hervidero de la ciudad: humos de día, fuegos de no-
che, detrás del cinturón de los fuertes. Y también un gran
guirigay. Ah, por aquí huele a pólvora de cañón, le dices a la
hija de Trece, no sin cierto entusiasmo que ella nota y desa-
prueba evidentemente: aquí está en su medio, y ella no ha
olvido eso en la vida. Por cierto ¿a qué huele eso de la pólv-
ora de cañón? Eh... pues no sé. A fuegos artificiales, supongo.
Las bromas y chascos de la Historia.

Os echáis un pito junto a su bloque, que, suspendido sobre la
sombra hormigueante, sugiere una especie de casino de costa.
Se van desperezando las afueras, el cielo palidece, parpadean
las luces, pronto será la hora a la que los proletarios, en fin los
que quedan, se van corriendo al agobio. El malva del cielo
cambia a verde luego a amarillo, el rosa se le va infiltrando, los
humos de la gran incineradora adquieren tonos encarnados,
nacarados, matices de vísceras, de carne de ranas desolladas
vivas, el día muy suavemente se disuelve en la noche. Las tar-

des de vacaciones en la Costa Esmeralda, tu madre os llevaba a ti y a tu hermano hasta una punta cercana a la casa. Sentados en un banco, en silencio, contemplabais la puesta de sol. No era él el que caía, os explicaba ella, sino la Tierra la que giraba, se daba la vuelta; al otro lado del mundo, en aquel país que se llamaba entonces Indochina, estaba el sol saliendo en ese mismo momento, resultaba inquietante y difícil de creer. Esperabais ver el rayo verde, pero nunca lo visteis. Regresabais decepcionados y perplejos. Pegas una calada. Te gustaría decir algo pero no sabes muy bien qué. En Barcelona los anarquistas fusilaban a los burgueses a orillas del mar, al amanecer. Mirad, decían, mirad bien, por primera y última vez, holgazanes que nunca habéis visto despuntar el sol. Y los mataban. En Norte, durante la guerra, los comunistas encarcelados compusieron un canto para acompañar a sus camaradas a la guillotina: «Venga reíos, burgueses, veis que despunta la auro-
ra. Venid todos a ver cómo muere un militante de verdad». Nos lo contó André. Sabes... dudas tú. Sabes, suelo resultar cabreante. Soy consciente de ello. Doy la impresión de despreciar a la gente de tu generación. De no tener más que sarcasmos para ellos, para vosotros. Pero no es cierto, es una actitud. Lo que desprecio es la demagogia de la generación mía respecto a la vuestra. No tenemos por qué pretender que se nos quiera, ni imitaros, ni admiraros. Pero no queremos envejecer, no queremos ver que el sol se pone sobre nosotros, que se alargan nuestras sombras, y entonces os cortejamos, a vosotros, nuestros hijos. Es obsceno. Prefiero buscar cosquillas, provocar, prefiero correr el riesgo de ser detestado. Prefiero ponerme mi salsa demasiado picante. Pero la idea de una juventud del mundo, eso evidentemente tiene que ver con la Revolución. El año II... (digo el año II, porque el año I suena mal, y luego además el año II es más heroico que el I). E incluso la idea de que los que supuestamente no saben nada enseñan a los que saben es un gran sueño. Creímos que China era eso. Evidentemente, ahora, nuestra ingenuidad produce

risa. Hay una hermosa frase de Mao —alguna hay, hombre: «Me vuelvo con gusto el búfalo del niño». Una Revolución era la revancha de los mocosos: el pueblo, ese niño eterno, irresponsable, irreflexivo, maleducado, rechazaba la autoridad de los maestros, de los «mayores». Precisamente por eso Gavroche seguirá estando más vivo que Lenin.

Tiras la toba a la reguera, te enciendes otro pito, ya no sabes muy bien dónde quieres ir a parar, todo está bastante embrollado. ¿Por qué no has tenido un hijo? te pregunta ella de repente. Ah... Buena puntería. La bala atraviesa el corazón. Su preciosa boquita de asesina en los borbotones del alba. Pues... Hace mucho, en la época de La Causa, existía la idea de que el porvenir era demasiado peligroso, demasiado incierto. Pero después... la verdad, no sé. Ya ves que soy alguien distinto de mí. ¿Quizá porque me marcaron con la tinta violeta de la muerte pocos meses después de nacer? ¿O con el objetivo insensato de huir del tiempo, de todo lo que entraba en el orden de sucesión: generación, corrupción? Huir de esta contingencia, este poder del mundo sobre nosotros. No entregar las armas al realismo. Nuestra historia, cuando éramos un «nosotros», se desarrolló durante bastante tiempo fuera de los límites de lo real: aterrizar ahí dentro, con los dos pies en el tiesto de lo real, arrojados en paracaídas desde la región de las quimeras, es algo de lo que algunos han sido capaces, la mayoría, pero yo no. Yo no acerté con el tiesto, y bien sabe Dios lo grande que era. La dosis de irrealismo fue demasiado fuerte, o si no entonces no tenía yo suficientes anticuerpos, no sé. En todo caso, desde aquellos nada razonables tiempos en que Trece y yo, y los demás mal que bien, formábamos equipo, es curioso pero nunca me he tomado ningún sitio en serio, o por mejor decir no me he vuelto a creer nunca más que estaba de verdad en alguna parte. Lo que se llama «estar». Esto me ha parecido siempre una broma, en el fondo. Más o menos

divertida, pero una broma. La Causa, aquella nave de los locos, va a ser al final mi único fondeadero de verdad. Un día llegará la tumba. Entre una cosa y otra nada estable. Creo no obstante que podría haber amado, por pura cobardía, deseo de parar, descansar, pero no, nada duraba, yo siempre pasaba de largo. Podría haber estado Paulina L., pero se marchó. Porque debía de sentir eso, que yo no tenía amarre. De todos modos, si se marchó, fue seguramente porque me lo busqué: cuando la desgracia se nos mete en casa, es raro que no le hayamos dado la llave nosotros mismos. Así que ya ves, he seguido siendo un irresponsable, un niño viejo. Es bastante ridículo. No he crecido. Pero ¿cómo quieres tú con esas que desprecie a los niños? le dices dándole un papirotazo en la nariz. No soy una niña, te replica ella en tono de desafío. Ya lo sé, dices tú. Empiezan a brincar, a ladrar furiosamente unos pensamientos fuera de sitio, más o menos atados hasta ahora. Sé de sobra que no eres una niña, sueltas, en plan canalla. Hasta te puedes imaginar las ideas que se me disparan a cuenta de eso. Sí quizá, dice ella riéndose, encendiéndose un cigarrillo. Se ha sentado en el murete que bordea la acera por encima de la cuesta, con las piernas cruzadas, como al principio de la noche, hace una eternidad, donde Bombabirra. Su silueta menuda, su carita sobre el hormigueo de las luces, la tinta aclarada del cielo, los humos tirando a rosa de la gran incineradora. Con los labios acanalados larga el humo del tabaco en mi dirección. Estoy soñando o qué. Bueno venga, tranquilito. Algo, no sabes qué con exactitud, te sugiere que no estaría bien. Pero sin demasiada convicción. ¿Lo mismo la duda te viene sencillamente de que ahora acarreas el cuerpo como un viejo traje sucio, raído, deformado? *Caution! This program is more than 50 years old!*, como diría tu ordenador. A fin de cuentas, le dices a la hija de Trece, he sido mi propio hijo, lo cual es ridículo. Y si al menos me entendiera bien con él... Pero no, me gustaría que se fuera al carajo. Ah sí, ¡que desapareciera el muy gilipollas! ¡Lo desheredo! Naturalmente no

me disgustaría ver en esta falta de descendencia el efecto de una maldición, soy lo bastante engolado para eso, me acuerdo de mis autores griegos... Los dioses han castigado en mí a mi linaje por algún pecado cometido: tal vez por mí, pero más probablemente por alguno de mis antepasados. El teniente murió justo después de procrear, y yo moriré justo antes —salvo que procreé justo después de morir, vete tú a saber. No, en serio, siento en el alma no haber embarcado a nadie en vuestro barco —el de tu generación, de tu siglo. Me da la impresión... no sé cómo decirlo... de haber sido un traidor, de haberos dejado. Me gustaría saber dónde atracaréis. Lo que me interesa de vosotros es la profundidad del futuro que abrigáis, todo lo irresoluble que lleváis dentro. Sois todavía un poco simplones, es inevitable, es normal, y al mismo tiempo cada uno de vosotros es una faceta del único misterio que nos queda, el del porvenir. Y no puedo decir que admiro eso —como no digo que hay razón para admirar la belleza. Pero la belleza como el porvenir son apasionantes, dices posando la mano en su brillante rodilla, aunque la quitas en el acto, ¿cómo se te ocurre? Estáis preñados de cosas que no habéis hecho, sigues diciendo, que aún no existen —pero es un vacío fecundo, el hueco que queda libre en vosotros para el mundo. De nosotros está todo dicho —y mal dicho casi siempre. Vosotros estáis en inmejorables términos con el enigma. Seréis a lo mejor arriesgados, poéticos —¿quién sabe? Nosotros estamos en prosa. Y luego vosotros sois infinitamente más curiosos y tolerantes de lo que lo éramos nosotros. Nosotros estábamos cuajaditos de certezas, y muchas eran idiotas. No da la impresión de que te guste tu época, te dice ella. Qué va. La aborrezco. Y sin embargo fuimos nosotros, nuestra generación, los que la modelamos. Su abulia, su religión del confort, su conformismo hipócritamente disfrazado de «liberaciones» diversas, fuimos nosotros, sin saberlo, sin quererlo —¡pobres pardillos!— quienes los instalamos. Pero entonces, ¿no eres moderno? ¿Y por qué, vamos a ver, es absolutamente im-

prescindible ser moderno? Eso no está escrito en ninguna Constitución. En fin supongamos: ¿acaso Flaubert, que abominaba de su época, era menos moderno que, no sé, Paul Bourget, que debía de encontrarse en ella tan a gusto? Ser moderno significa proponerse sabotear los lugares comunes del tiempo que le toca a uno. Vasto programa: el nuestro tiende a no ser más que una proliferación de lugares comunes. El espíritu del tiempo, si todavía podemos llamarlo así, es un montaje sin pies ni cabeza de lugares comunes. Un poco como ese anillo de carteles publicitarios en cuyo interior hemos estado dando vueltas toda la noche, en cuyo interior queda encerrada, anillada la ciudad. Oh y luego... ¡bueno vale ya! ¿Por dónde iba yo?

Ah sí. Estábamos en el metro. Después, por la noche, cogimos el tren correo en la estación del Norte para refugiarnos en Bélgica. ¿Por qué aquel tren carreta que se paraba en todos los sitios? Ya no me acuerdo ahora, le dices a la hija de Trece. ¿Quizá para llegar a primera hora de la mañana a la frontera sin necesidad de hacer escala en Lille? Ya no sé. El tren tenía que ponerse en marcha a eso de las once o las doce de la noche, si mal no recuerdo. Había en los vagones quintos entontecidos de cerveza, cansancio, tristeza. Cráneos pelados de presidiarios que se entrechocaban con el traqueteo. Vagones que databan de los tiempos de las locomotoras de vapor, podían bajarse los cristales y ponía encima «Cuidado con la carbonilla». «Carbonilla», estoy seguro de que no sabes qué es, le dices a la hija de Trece: eran virutillas de carbón ardiendo que volaban en la estela de la locomotora. Si te asomabas afuera —a pesar de la famosa inscripción *È pericoloso sporgersi*, que fue para muchos niños de mi generación el primer contacto con el misterio de una lengua extranjera—, si sacabas la cabeza por la ventana, pues, había que tener cuidadito para no comerte una en el ojo. El convoy se paraba haciendo rui-

do de chatarra en todas las estaciones, se quedaba en el andén una eternidad, el tiempo de cargar las sacas de correo, o descargarlas, o ambas cosas, no sé. Luego se ponía en marcha sin avisar, entre un follón impresionante de topes, un jaleo de chirridos. Había toda una poesía de las estaciones nocturnas que hoy en día se ha perdido casi por completo: balanceos de farolillos al ritmo de los brazos, hombres embutidos en sus abrigos caminando por las vías, lejanos avisos de altavoces, jadeos de las locomotoras maniobrando, descargas de aire comprimido, claros tintineos de los martillos contra el acero de las ruedas, como en *Ana Karenina*... En fin arrancábamos de nuevo, luego nos deteníamos un poco más lejos, cruzábamos el territorio de las remolachas, llegábamos al del carbón. Buisigny Cambrai Douai Pont-de-la-Deûle Ostricourt Libercourt Phalampin Seclin Wattignies Ronchin (o a lo mejor Arras Bailleul Vimy Avion Lens Sallaumines). De pie en el pasillo, con la ventana bajada, Trece y yo íbamos fumando, en silencio, contemplando el lento desfile de estaciones, fábricas, caseríos de mineros, escoriales, armazones de extracción, canales, los pálidos acristalamientos de una fábrica de hilados, una carretera de adoquines húmedos que dividían la luz como si fueran escamas de pescado, y de nuevo chimeneas de ladrillo empenachadas a la manera de la gran incineradora, ahí, delante de nosotros, le indicas a la hija de Trece, caseríos de mineros, escoriales, armazones de extracción, un canal bajo un puente de hierro que el tren cruzaba entre gruñidos. En medio de la noche, por allí, a un lado y al otro de la vía, no lejos, Lucien soñaba con hacer descarrilar un TEE, Winter quizá lloraba en silencio, a André le estallaba el pecho por un ataque de tos, se tomaba un vaso de leche para tratar de calmar el ardor del sílice, Gustave dormía roncando, ciego de cerveza, Victoire y Laurent tiraban con la «ronéo vietnamita», uno a uno, panfletos que anunciaban a las «masas» el gran éxito que había sido el «arresto» del general Chalais, director general de Atofram, lacayo de los imperialistas americanos y

explotador del pueblo. Con la cadencia que permitía el rústico aparatito (un cuadrado de tul tensado en un bastidor, una rasqueta), imprimirían la última hoja justo antes de salir al «repar», tambaleándose de sueño, con las manos negras de tinta. Terminarían el día en la gendarmería, seguro.

Trece tenía uno de aquellos mecheros-caja de música chinos en los que sonaba *Oriente Rojo* cuando se abría la tapa, la la lalá, la lalá lalá, Oriente es rojo, sale el sol, la la lalá la la lalá lalalalá, en la tierra de China surge Mao Zedong... A cada pito que se encendía frente al paisaje nocturno resonaban los primeros compases del ridículo cántico. ¿De verdad crees que es necesario? le pregunté con aire taciturno. A la hora que era los flashes de las radios versan todos sobre el secuestro fallido de un empresario gordo relacionado con lo que entonces se llamaba «el complejo militar-industrial», la noticia debía de copar las primeras páginas de los diarios de la mañana, todas las policías de Francia debían de estar pisándonos los talones. Era justo el momento de hacerse notar. Trece se descojonaba en silencio, dándole al cigarrillo. Tarareaba la letra en chino macarrónico, *Dong-fan-ang hong tai-yan-ang sheng Zhon-guo chu le yi ge Mao Zedong...* El tren se estuvo quieto en la estación de Lille durante un lapso que nos pareció interminable. Luego volvió a arrancar con un tremendo rechinar de chatarra, con dirección Croix-Wasquehal Croix-l'Allumette Roubaix, donde teníamos que bajarnos, justo antes del final de trayecto, Tourcoing. Cuando salimos a la plaza delante de la estación el cielo estaba amarillo y verde como el interior de una hoja de lechuga. Iban encendiéndose los bares, parpadeaban los luminosos, Jupiter, Stella Artois, era esa hora abominable a la que los proletarios salen pitando hacia el agobio, el agrio amanecer en que de pie en la barra, el bolso al hombro, la gorra calada hasta el ojo, uno va bebiéndose sin decir palabra un brebaje hiperhervido, mierdoso, sucio y repleto de

burbujitas, y humeante como un agua de fregar. Cogimos un tranvía en el bulevar industrial, Trece se volvió a encender otro pito allí dentro —en la época, le aclaras a su hija, se fumaba en todos los sitios, y en especial entre los proletarios, no era eso lo que podía llegar a llamar la atención, era la musiquita imbécil. Oriente es rojo... A la mayor parte de los viajeros les arrancó pálidas sonrisas, bajo las lámparas macilentas, pero bastaba con que hubiera habido en el tranvía un tipo del PC que conociera aquel sonsonete y empezaban los problemas. Los «maos» eran sus bestias negras. Ese gilipollas lo hacía adrede, para tentar al diablo, y también para ponerme los nervios de punta. Pero yo no podía decir nada, si acaso apretar los puños y las mandíbulas. Él se descojonaba en silencio, amusgando los ojos, dándole al cigarrillo. Nos bajamos al pie de una voluminosa iglesia de ladrillo oscuro con aguja de pizarra en torno a la cual volaban unas cornejas. Le eché una bronca, después de todo yo era su jefe, joder. Luego entramos en el café Le Limitrophe. El dueño estaba pasándole una bayeta al mostrador, tenía cara de mal despierto pero quizá era la cara que llevaba todo el día. Nos trincamos dos cafés fétidos y repletos de burbujitas como un agua de fregar. Esta vez encendí yo los pitos con mi Zippo. Luego en la esquina de Roger-Salengro cogimos la Chaussée de Néchin (o d'Estaimpuis, ya no sé, le dices a la hija de Trece). Hacía frío, echábamos humo por la boca. Pasado el cementerio a derecha e izquierda se extendían campos labrados de tierra negra escarchada. En el fondo de los surcos el agua estancada reflejaba el cielo púrpura. Un tropel de gaviotas picoteaba las lombrices. A la derecha, al final de una acequia, las naves de una fábrica serraban los vestigios de la noche. Ante nosotros, dominado por un silo y un campanario, se extendía el pueblo extrañamente llamado Gibraltar. Te juro que es cierto, lo de ese nombre, le dices a la hija de Trece. Mira en un mapa, está en el extrarradio de Roubaix, por donde Wattrelos, por esa parte. La frontera pasaba por allí. Roger el Belga nos estaba esperando, en

la Rue du Congo, en el Bar des Sports. Cuando ya distinguíamos los carteles amarillos enmarcados en rojo donde ponía el nombre de la Tierra Prometida, *Province de Hainaut, Province Henegouwen*, de un banco de niebla asentado en los tejados de Gibraltar surgió un enorme sol granadina. «Oriente es rojo, sale el sol»: empezamos los dos a berrear aquello, agarrándonos de los hombros, soltando las piernas en un grotesco *french-cancan*, soltándolas luego cada vez menos arriba, demasiado partidos de risa, «En la tierra de China surge Mao Zedong», andando o más bien dando brincos y enseguida huyendo casi a cuatro patas hacia Gibraltar, con la cara maquillada por el sol naciente, en todo el medio de los campos deslumbrantes de escarcha. «Él busca nuestra dicha, él es nuestra salud.»

El sol rutilaba también en el horizonte, bajo baldaquinos de nubes púrpuras, cuando entrasteis en Saigón-Ho Chi Minh Driver y tú. Driver era un listillo provisto de ciertos rudimentos de inglés y una Honda 125, te abordó en My Tho, en el muelle desde donde observabas el trajín del Mekong, para proponerte llevarte de vuelta a Ho Chi Minh. *Want driver, Mister? Me best driver, not expensive. Yu atkuda?* (conservaba también algunos recuerdos de ruso). *American? Phap? Fuancés very good*, y tal. Cerrasteis el trato en quince dólares. Salisteis de My Tho al atardecer, los setos de hibisco flameaban en la sombra, a ambos lados de la carretera pescaban unos tipos, quietos en medio del verde arroyo de los arrozales. Al principio la cosa no fue del todo mal. Sólo había el pavor que suscita normalmente el hecho de circular en moto por una carretera de Asia, algo así como pasearse con las manos en los bolsillos en medio de una manada de elefantes en tromba. Sanguinarios autobuses de morro cromado, voluminosas motos rusas con sidecar, bandadas de Mobylettes tiñosas, bicis bamboleantes, albardadas con largos bambúes como para en-

sartarte, carretillas, camiones chinos sin frenos, rickshaws, de vez en cuando un Mercedes negro que acarrea a toda pastilla a algún boss neocomunista, todiós pitando con claxon o bocina, ululando, largando traquidos, y en los dos sentidos de la circulación, desplegándose por todo el ancho, no considerable, de una carretera que fue construida para los raros Citroën B2 o Léon-Bollée del tiempo del dique contra el Pacífico, para replegarse en el último momento, justo antes del choque frontal. Por no hablar de los cerdos, patos, búfalos, viejos o niños lunáticos que cruzan sin avisar, por no hablar de las toneladas de arroz o de hojas de banano puestas a secar en las orillas de la calzada. Navegabais en medio de un bombardeo de proyectiles chillones, de un flujo de enemigos de repetición empeñados en pulverizaros, más que una carretera aquello sugería uno de esos juegos de vídeo que entusiasman a los niños de hoy. Driver estaba casi acostado encima del manillar, con los codos levantados a ambos lados cual alerones, la cabeza de pelo negro bruñido en la vertical del faro. Proyectado hacia delante como una gárgola, devorando la carretera. Su posición aerodinámica te enviaba de lleno un chorro de alta presión de aire, polvo y minucias volantes, probablemente bichitos, que se te arremolinaba alrededor de las gafas antes de precipitársete entre los párpados y chascártelos como la lengüeta de un instrumento. De vez en cuando Driver se volvía y te preguntaba qué tal, *OK, jarashó, Mister?* y se echaba una risa entre hipidos que le abría de par en par la boca desdentada, desatornillada hacia ti, que le suplicabas que mirara hacia delante, *vsio jarashó, no problem, but look ahead PLEASE!* Ya era bastante peligroso sin más como para andar encima circulando marcha atrás.

No obstante a medida que caía la noche ante nosotros, al norte, hacia Saigón, barriendo todo el delta y la carretera que se enquistaba en él, iba hinchándose un monstruoso *soufflé* de

nubes. Gigantesco gratén de coliflores fluorescentes. Bibendum* de rayo espasmoso. ¡Hostia! Unos genios de cola escamosa, de ojazos furibundos, que averrugaban caretos maqueados de escarlata, debían de estar encendiendo todos los bornes de la máquina de bolas celeste, allí arriba, ante nosotros. Parasteis un rato en un bareto de la carretera, Driver necesitaba reponer fuerzas antes de lo que se anunciaba. En el patio había un busto de Ho Chi Minh, un Manneken-pis y una Venus de Milo. En el mostrador se alineaban bombonas de alcohol en las que flotaban animales muertos, serpientes y escorpiones sobre todo. Esas decocciones eran consideradas un remedio soberano contra más o menos todos los males y, por descontado, además, afrodisíacas. *Want bum-bum in Ho Chi Minh, Mister?* te preguntaba Driver con cara de cachondo, mientras se pimplaba un vaso de una guarrería en la que se maceraban dos pequeños cocodrilos. *Want girls very good?* No era cuestión de momento. Por ahora, a ver si llegamos, pensabas tú. En el mostrador había una bombona más gorda que las demás que sólo contenía en apariencia un jugo negruzco. Sin embargo, como te llamaba la atención una especie de medialuna pequeñita que, desde ciertos ángulos, brillaba un poco entre el alquitrán de hulla, te acercaste y allí... allí, detrás del vidrio, aplastada contra él, de cara a ti, estaba la cosa más horrorosa, la más manifiestamente satánica que has visto en tu vida. Lo que brillaba eran unos dientes entre los que salía un trozo de lengua violeta. Por encima, unos párpados blancos, con largas pestañas, daban paso a unas órbitas vacías. Disimulado por los reflejos del cristal y la negrura del infame licor, apretujado, comprimido en la bombona, sentado sobre una serpiente enroscada, ibas distinguiendo poco a poco a un mono, un gibón. Su cara de plácido torturado estaba enmarcada por dos cabezas de pájaros de ojos blancos. Alrededor del cuello le habían puesto de bufanda una salamanquesa. Driver,

* Bibendum es el célebre hombre-rueda símbolo de Michelin. (N. del T.)

notando tu espanto, no cabía en sí de gozo, pegaba brinquetes entre hipidos alrededor de ti, *very good for bum-bum, Mis-ter, want a drink? monkey-wine good for bum-bum*, quería convencerte de que te tomaras un vaso de aquel infernal «vino de mono». Lo tenía claro. Se te antojaba que aquella horrible visión tenía algo que ver con lo que habías ido a hacer a My Tho, pero ¿qué? Lo que estaba encerrado allí dentro, esa carroña de ojos vacíos, era la muerte, eso seguro —pero ¿qué pretendía significarte ella: que le habías arrancado la sombra del teniente, que iba a volver a encontrarte en la carretera, recuperar lo suyo y llevársete a ti al tiempo antes de que llegaseis a Saigón? Al salir de la tasca viste pasar despacio ante ti, a la luz de los relámpagos, a dos esbeltas jóvenes con *ao dai* escarlata que viajaban a lomos de una Mobylette. La que manejaba la moto llevaba una gorra, y se cubría la nariz y la parte baja del rostro con un pañuelo como si fuera a atracar un banco; la otra, sentada a mujeriegas, sostenía por encima de ella una sombrilla blanca. Ah, llenas de gracia, peligrosas... Sus negras melenas, recogida en moño la de la que conducía, en trenzas la de la que iba de paquete, parecían surcadas de chispas. Toda la belleza del mundo, de súbito, después de aquella infamia.

La lluvia comenzó a caer en el momento en que volvíais a montaros en la moto, no de golpe, no, administrando sus efectos, justo unos pizzicati para atacar la obertura de lo que iba a ser, presentías, una ópera de Wagner. Gotero de tinta tibia. Ahora la oscuridad era total, quienes disponían de faros en buen estado los encendieron, no eran la mayoría y no era precisamente el caso de Driver, ya te hubiera extrañado. No *lights, Mister*, se mondaba: *too expensive*. Y comentaba a continuación: *Vietnamese people no money, communists many money*, y lo repetía, absolutamente partido de risa, *no money, many money, oh, many many many money*, soltando las manos

del manillar para mimar las formas redondeadas de lo que debían de ser sacos de oro, volviéndose hacia ti para ver si pillabas, yes, yes, suplicabas, aullabas en la noche, *I understand BUT LOOK AHEAD PLEASE!* Una especie de juncos con ruedas navegaban en la oscuridad, con todas las luces apagadas, rickshaws cargados de muebles, de montones de madera, que arfaban en paralelo, de a tres o cuatro, sobre las olas de asfalto abollado, reventado, se echaban a un lado con frenéticas pedaladas cada vez que surgía en frente, aureolado de gotas luminosas, un viejo autobús Desoto (o Dodge) de la época de los yanquis adelantando a un camión militar ruso que a su vez restallaba con todas sus válvulas para quitar de en medio a un Dauphine (o un 203) que rodaba sobre las llantas, pedicío de la colonia. Con las falanges soldadas al chasis en arco de tu sillín, las rodillas clavadas contra el asiento por temor a que alguno de aquellos Moby Dick de chatarra te arrancara una pierna, la espalda crispada a la espera del mazazo de los amortiguadores, el cuello encogido, tu cuerpo era ya sólo una bola de canguelo. Te perseguía la visión de la horrorosa cara negra con los ojos vacíos. ¿Ibas a tener que apurar aquello hasta las heces? ¿Ibas a reventar allí, regresando de My Tho, en aquella carretera que jalonaban, cada tanto, viejos mojones franceses, blancos y con copa roja? ¿Habías transgredido algún tabú yendo al encuentro de un alma errante? La lluvia no acababa de decidirse, cruzabais flojas cortinas de gruesas perlas de agua. El cielo en cambio era ya un puro hervidero, una orgía de relámpagos de todos los modelos, flashes, rayos láser, zigzags, rejillas, rizomas de fuego, en todas direcciones: los había incluso que volvían a subir. Los arrozales refulgían bajo aquella metralla eléctrica, se veía corriendo por los minidiques a siluetas embutidas en plástico translúcido de color caramelo. *No need light, Mister, nie nuzhna*, se entusiasmaba Driver, mimando los relámpagos con sus manos bien abiertas, agitándolas a un lado y otro de la cabeza: no había necesidad de luz. Aquel tío era un artista.

Cuando se abrieron de golpe las compuertas del monzón, le cuentas a la hija de Trece, se acabó el cachondeo. Cataratas. Driver intentó un poco luchar, al principio, se lanzaba al ataque de los charcos, rodeado de riadas amarillentas, la moto se le calaba, él bregaba con sus cortas patas, a la derecha a la izquierda, poniendo todo su pundonor en que yo no echara, si puede decirse, pie a tierra. Empapados, saturados de agua como estábamos, era un poético detalle por su parte. Alcanzamos un pequeño montículo, aguardamos en aquel islote con docenas de otros individuos, intentando prender un pito bajo el cuenco de una mano, desmontamos la bujía, soplamos. *Many rain*, decía Driver con gesto cariacontecido, *many many rain*. Luego, para animarme: *Ho Chi Minh not far*. Estás tú bueno... De todas formas, aquel diluvio no me disgustaba en absoluto, nada me hubiera hecho más feliz que regresar a nado, se me antojaba mucho menos peligroso. Volvíamos a ponernos en marcha, volvíamos a las mismas. Al final la moto no quiso saber ya nada más. Estábamos a las afueras de Saigón, en la confluencia de la carretera estratégica construida por los surcoreanos durante la guerra americana. La lluvia amainó, pero la calzada estaba completamente inundada. Yo me metí en un rickshaw que transportaba ya un gorrino. Con pinta de ir muy a gusto, el gorrino. Interesado, con el morro al viento, de turismo. Driver tumbó la moto atravesada en otro rickshaw, como una pieza cobrada un día de caza. Así entramos en Saigón, por Binh Chanh, Mien Tay, Cho Lon. Al gorrino le pasé el brazo por encima del hombro. Pobre. Nunca habían tenido con él tantos miramientos. No perdía nada por esperar. ¿Por qué le hacían concebir tantas ilusiones? Yo me notaba cierta simpatía hacia él, y hasta una especie de fraternidad. Tenía el ojo vivo y redondo, con hermosas pestañas rubias. A Driver le chocaba tanta familiaridad, pasaba chapoteando de su rickshaw al mío para ponerme sobre avi-

so: *Pig not good, Mister. Pig* —y se tapaba la nariz para indicarme que mi compañero apestaba. A ambos lados del fangoso río de las calles iban colocando ya la mercancía: gorras, gafas de sol, máquinas de coser, embellecedores, baterías, tubos de escape, futbolines, billares, ataúdes, neumáticos de bici, maletas, korosoles, caquis, durianes, sandías, frigoríficos, balanzas, relojes, etc. *This pig is my brother*, le contesté a Driver, le dices a la hija de Trece. Puso cara de patidifuso. *Pig brother Mister?* inquiría, tratando de entender, y luego como aquello no le resultaba nada aceptable, pronunció estas palabras que resumían su desaprobación: *Oh, not good...* Como en cada ocasión en que asistía, en una ciudad, al nacimiento del día, yo tarareaba maquinalmente *Paris s'éveille*,* pero fue una canción muy distinta la que me vino a la boca cuando de repente el sol desplegó su bandera roja por encima de los manglares del otro lado del río, por encima de los rótulos gigantes HITACHI DAEWOO CANON IBM TOSHIBA TELTS-TRA HEWLETT-PACKARD TIGER BEER, por encima del mar de China del Sur: *Dong-fan-ang hong, tai-yan-ang sheng, Zhong-guo chu le yi ge Mao Zedong*, «Oriente es rojo, sale el sol...». Yo seguía con el brazo alrededor del cuello del gorrino, y cantaba esto, *ta wei ren-min mo xingfu, ta shi ren-min da qiu-xing*, «él busca nuestra dicha, él es nuestra salud». ¡Y cómo! ¡Iluminación! Dado el amor plurisecular que el heroico-pueblo-vietnamita siente por el pueblo de la-China-roja-por-la-eternidad, Driver interpretó a su manera mi familiaridad con el gorrino, que al principio le había chocado: ¡era una puesta en escena antichina! ¡Ah, entonces, de acuerdo! ¡Estaba entusiasmado! ¡Se partía el culo de risa! *Chinese pig, chinese pig!* se despendolaba, *this pig Mao Zedong!* Y soltaba unos cloqueos, brincando alrededor del rickshaw, levantando espuma. Esto le ayudó a recobrar su humor ex-

* «Il est cinq heures, Paris s'éveille» («Son las cinco, París se despierta»), de Jacques Dutronc. (N. del T.)

pansivo, que el desfallecimiento de su moto le había alterado un poco.

Y era otra vez ese himno ridículo el que berreábamos Trece y yo la noche, o más bien el amanecer, en que hicimos la ascensión de la torre sur de Saint-Sulpice. Era por cierto uno de los objetivos en aquella empresa que tenía tantos, y un tanto embrollados: ver la salida del sol desde allí arriba. Ver al rubicundo zafarse de las oscuridades, rodar por encima del bosque de Vincennes y de la populosa lontananza de Montreuil Le Perreux Le Raincy Villemomble Romainville, de los antiguos locos de Charenton y de los antiguos chiringuitos de Nogent, porque el sol sale también sobre el pasado, le dices a la hija de Trece. Y los aparcamientos, los barrios de casitas de las afueras, las ciudades dormitorio, las chabolas y los jardines obreros, las gavillas de autopistas, de raíles, de canales, todo eso azul y carmín al alba, y el Marne, que viene de levante. Por supuesto estábamos completamente pasados. Nos habíamos tirado toda la noche en los bares del Barrio Latino. En aquella época, hace veinte años, ya no hacíamos mucho más aparte de eso. De Grandes Timoneles y soles rojos que iluminaban el radiante porvenir estábamos ya cenados, ya nos valía, ya, y al mismo tiempo no teníamos ninguna gana de convertirnos en burgueses, como si no nos hubiéramos rebelado, diez años, quince años atrás, contra aquel porvenir prefabricado, como si no hubiéramos incubado toda aquella ira y toda aquella esperanza. Nuestras creencias estaban en ruinas, pero eran un engorro de ruinas sobre lo que no había vuelto a crecer nada, ni se había reconstruido nada. Total que estábamos perdidos, en realidad sin sitio, y éramos tremendamente sarcásticos y muy curdas. Trece se dedicaba vagamente a la música, yo planeaba escribir un libro. No nos parecía que la vida fuera a comenzar con aquello. Yo me había separado de Judith, Trece había conocido a tu madre, tú tenías, ¿cuántos años me habías dicho? ¿Cuatro? Éramos un tanto pecios, y por

otro lado no, eso no: y no sólo porque nuestros cuerpos jóvenes aún estuvieran lejos de marchitarse, sino sobre todo porque teníamos mucha energía, aunque fácilmente fuera la de la desesperanza. Él se metía de todo, yo no probaba más de la cuenta, tenía una especie de prudencia en la locura que había hecho de mí un aceptable jefe de banda en la época de La Causa. La verdad, creo que nunca he vuelto a hacer nada así de bien. Lo que ya es decir... Mira, no debes sentirte dolida, le dices a la hija de Trece, y me gustaría también que intentaras no guardarme rencor. Yo no era su instrumento ciego, o lo éramos el uno del otro, si quieres. Claro que te quería, pero no lograba reanudar su vida a partir de ti, quizá porque estaba todavía demasiado atada a nuestra extraña historia, demasiado atada a lo que ya no era más que un pasado descompuesto y el recuerdo que había habido del porvenir, no sé si me explico. No estábamos acostumbrados a concebir el porvenir como el crecimiento de un hijo, ni lo real con los visos de una familia, no era tan fácil para él admitir eso en medio de nuestras ruinas.

En fin resumiendo, aquel amanecer, a la hora a la que se despierta París, a esa hora abominable a la que se encaminan los proletarios al agobio, estábamos pedo, y además Trece debía de haberse metido lo suyo, qué no sé, yo no quería ni saberlo. Yo cerraba los ojos, no le veía los suyos. Llegamos a Place Saint-Sulpice procedentes quizá del Boulevard Saint-Germain, de un bar estanco bastanteapestoso que se llamaba el Old Navy y estaba abierto toda la noche (todavía existe creo pero ya no como estanco y tiene que cerrar a las dos, si no es antes, el mundo se ha vuelto mucho más higiénico). Y allí, en Place Saint-Sulpice, vimos los andamios. La torre sur, la bonita, la que está inacabada, estaba cubierta por un batiburrillo de tubos, ni que fuera la torre de lanzamiento del *Saturn V* y eso fue precisamente lo primero que nos entusiasmó, aquella elevada escalera de metal erigida hacia el cielo. Íba-

mos a colarnos en la cápsula *Apollo* y marcharnos a la Luna, en la Tierra no teníamos ya nada que hacer. Por cierto, le preguntas de pasada a la hija de Trece: ¿sabes por qué son distintas las dos torres de Saint-Sulpice (en las que me hago pis, que dijo no sé quién)? ¿No? Pues debido a la Revolución. En un principio las dos eran como la del sur, así de despojadas, de romanas. Y luego a los curas les pareció que aquello quedaba un tanto pobre, y encargaron a un arquitecto que les pusiera un cacillo. Y aquel tipo, de cuyo nombre no me acuerdo y a quien debemos también, en el ocaso de su vida, el Arco del Triunfo, ya ves qué ligereza, tuvo tiempo de recargar la torre norte, pero en el momento en que iba a meterse con la del sur, la que mira hacia el Luxemburgo, ¡se acabó la diversión! ¡Era 1789! Las obras tendrían que esperar...

No nos costó mucho forzar una valla, con el pie, y empezamos a escalar. Teníamos una fuerza y una inconsciencia tremendas. A medida que trepábamos, íbamos alterando nuestros planes. Íbamos a embarcarnos en el *Apollo* y largarnos a hacer la revolución a la Luna. Luego surgió la idea aquella de encontrarnos con Dios. Mesa redonda allí arriba, en la cumbre. Pasamos el piso de las columnas dóricas, estábamos ya en el orden jónico. Los dos únicos cantos teóricamente justos son el Credo y *La Internacional*, sostenía un servidor trepando como un mono, todo lo demás son canciones. Qué chorrada. Nos parábamos, nos hacíamos un descansillo, encendíamos un cigarro y berreábamos eso de *credo in unum Deum* y arriba parias de la Tierra. Llegando a la altura de los capiteles con volutas, por encima de la galería superior, Trece hizo notar: ¡motor iónico!* El non plus ultra. Le llevábamos a la NASA unos cuantos años de adelanto. La tecnología esta-

* Juego de palabras intraducible: *ionique* significa tanto «jónico» como «iónico». (N. del T.)



dounidense no era más que un tigre de papel. Nosotros disponíamos de la propulsión iónica. Íbamos a volar como los ángeles. Ignorábamos entonces que en el nivel cero de nuestra torre de lanzamiento había un fresco de Delacroix que representa la lucha con el Ángel —y otro, a Heliodoro abatido, fulminado en el suelo. No entrábamos en las iglesias, el arte no nos interesaba salvo si era marginal, y aun así... Delacroix, para nosotros, era si acaso el nombre de un antiguo amiguete, y un retrato en un billete de banco. Seguíamos subiendo. Cuando una puerta candada nos cortaba la escalera la rodeábamos, nos elevábamos a pulso de tubo en tubo como gavieros en una arboladura. Hicimos un alto a la altura de la terraza entre las dos torres, por encima de la *loggia*. El viento zumbaba entre las vergas, estábamos en el cabo de Hornos. Rayaba el alba tras una dura noche voltejeando. Los albatros rozaban las crines de las olas. *El Saint-Sulpice* zarpaba con trapo reducido. Cantábamos: *We'll pull and haul together, we'll haul to better weather*. Arribaríamos a Valparaíso. El problema, me hacía observar Trece, es que después, ¿qué hacíamos? A nadie le interesaría la carga de libritos rojos que llevábamos en la bodega. Nos habíamos dejado colar mucha maula, según él. Y luego no teníamos dónde regresar, ningún puerto de matrícula. Al principio, en su día, tuvimos que tener alguno, seguro que habíamos salido de alguna parte, pero se nos había olvidado dónde quedaba, y hasta el nombre del sitio en cuestión. ¿Te acuerdas tú? me preguntaba él. No. Así que estábamos condenados a vagar. Entretanto, tocaba seguir trepando hasta lo alto del mástil para encapillar la gavia pequeña, que amenazaba con desgarrarse y dejarnos dando tremendos bandazos. Ya algunas ondas barrían la cubierta. ¡Adelante! A medida que ascendíamos, y despuntaba el alba, se desplegaba París por debajo de nosotros, ola a ola hasta el horizonte. Abrupto oleaje de zinc sobre el que centelleaban algunas figuras de oro, cúpula, genio, caballos alados. Campanarios, Saint-Germain muy cerquita; debajo les metimos una tunda

a los fachas de Occidente, en el 68: pretendían montar una manifestación de apoyo a los fantoches de Vietnam del Sur. Del pretendido Vietnam del Sur, se ríe sarcástico Trece. En la otra orilla L'Auxerrois, desde donde tocaron a rebato la noche de San Bartolomé; Saint-Eustache, por encima de lo que aún era un inmenso agujero, como si hubiera caído allí un aerolito; las grapas dentadas de Notre-Dame y de la Sainte-Chapelle; la torre Saint-Jacques; Saint-Étienne-du-Mont, donde reposan Racine y Pascal, a quienes saludábamos de lejos; la torre Clovis, en la que Angelo izó la bandera roja. El pilar caqui, allí, pastora oh torre Eiffel.* Trece y yo sólo conocíamos el primer piso. Subimos un día para desplegar en el vacío unas grandes pancartas que celebraban «la victoriosa lucha del pueblo vietnamita». Fue durante el viaje de Nixon a París... ¿Fue antes o después de su famoso viaje a Pekín? Antes, seguro, me recordó Trece, porque fue durante el viaje a Pekín del jefe de los tigres de papel cuando mataron a Pierre Overney, en la puerta Zola de la fábrica Renault de Billancourt: y eso fue en febrero de 1972, todavía lo teníamos fresco. Un día tendríamos que subirnos hasta arriba del todo de la torre Eiffel, me dijo. Ahora que ya no tenemos nada que hacer allí más que mirar, como todo el mundo. Ahora que nos hemos vuelto mirones. En aquella época, le dices a su hija, todavía no nos habíamos acostumbrado a esa especie de estuche para peine gigante que es la torre Montparnasse, como tampoco a la torre Zam, en la facultad de Ciencias. Era el estilo presidente Pompe. Bajo la torre Zam tuvimos también un zipizape memorable, al comienzo del curso 68-69, pero esta vez fue con los «revisos»; poquito faltó para que Trece aplastara como a una crepe, con una mesa que le tiró desde el cuarto piso, a un tipo que acabaría siendo director de *L'Huma*...** Hacia el sur

* «Bergère ô tour Eiffel le troupeau des ponts», verso de «Zone», poema que forma parte de *Alcools*, de Apollinaire. (N. del T.)

** *L'Humanité*, órgano oficial del Partido Comunista Francés. (N. del T.)

cabrilleaban las copas azules del Luxemburgo bajo las que, diez años más tarde, iría yo abrazado con Leila L., mi pequeña noche, y ahora ando solo, es la vida le dices a la hija de Trece, es la muerte que viene, las mariposas negras detrás de las que corremos. Los senos de alabastro del Observatorio. Las colinas salían de la sombra: la Butte-aux-Cailles, donde Chloé tuvo un pequeño estudio, Chaillot, donde trincamos al general retirado Chalais, director general de Atofram, Montmartre, donde funcionaba nuestra estación de escucha de la policía. Fue otra vez el cazador de agachadizas el que avió en plan casero los aparatos, pero estos iban mejor que la emisora. La chica que se encargaba, ¿cómo se llamaba, hombre? ¿La que trabajaba antes en Gévélot, donde mangaba municiones? Después, cuando pasó todo, se metió en una secta. Suzanne. Los altos de Belleville, donde viví con Judith en casa de la mercera y su hijo. Una banda de bruma lechosa delataba al Sena. A la izquierda de Montmartre, los tejados de Saint-Lazare, donde pretendíamos dejar a Chalais. A la derecha los de la estación del Norte, donde cogimos el tren correo. ¿Te acuerdas de tu mechero, el que tocaba *Oriente Rojo*? le dije a Trece, y nos pusimos a proferir chilliditos juntos: *Dong-fan-ang hong, tai-yan-ang sheng...* A través de los tubos del andamio el cielo era malva sobre el Père-Lachaise y Nation. Los aviones entrecruzaban allí estelas de escarcha rosa. Le pregunté si se acordaba de aquel pasaje de las *Memorias* de Victor Serge en el que está en los tejados de Petrogrado, fusil en ristre, y en vez de soltar una descarga sobre los infiltrados blancos contempla la ciudad en la noche luminosa. Oros y pasteles reflejados por los canales. Trece no se acordaba. Victor Serge, en la época, no era un autor recomendado. Trotskyista, oposición de izquierdas: revolucionario pequeñoburgués. Hacia el oeste, al fondo de la gran trinchera formada por las calles de Sèvres y Lecourbe, a la izquierda de la cúpula de los Inválidos, hacía unos meses que las chimeneas habían dejado de humear por encima de las naves de las fábricas

Citroën del Quai de Javel. Detrás, invisible, el barrio de Point-du-Jour, donde explicábamos las ventajas de la guerra del pueblo a las amas de casa. Encima de nosotros, importunada seguramente por nuestra presencia, la pareja de halcones que anida en la torre se elevaba piando, aleteando muy deprisa, como las libélulas, luego viraba sobre sus alas y enfilaba hacia los árboles del Luxemburgo. Oleaje de tejados que el contraluz subraya con azul intenso hacia el este, y que hace alarde hacia el oeste de grises y blancos plumosos. Hay un pasaje de Victor Hugo, le decía yo a Trece, ya no sé en qué libro pero es de Victor Hugo, en el que sube, de niño, a la linterna que culmina la cúpula de la Sorbona (¿o era la del Val-de-Grâce?), para ver el lúgubre ejército de los reyes entrando en París, tras Waterloo, y allí en la escalera se queda prendadito de las piernas de la cría que tiene delante, que corren que se las pelan a la altura de sus ojos. Ya no sé dónde era, pero lo que sé seguro es que me encanta la escena: el gran panorama, París, la Historia, el final de una época, la derrota, y allí en primer plano las piernas de una cría. Ateizadas, seguramente, seguramente con arañazos, las piernas de las crías siempre son así. Me parece que se llama Rose. No he leído tampoco al tal Victor Hugo, me dijo Trece, pero por lo que me cuentas creo que también debía de ser trotskista. En todo caso las piernas de Rose seguro que eran más excitantes que las tuyas, le dije. Se llamaba Rose, era guapa, olía maravillosamente a flor nueva, canturrea. Ahora estamos muy arriba, por encima de los frontones circulares, al nivel del último cuerpo propulsor de nuestro cohete. Trece inspecciona el módulo lunar, palpa la piedra, se asoma al interior del pozo. Todo parece OK. De pronto cambia de opinión. ¿Y Dios, entonces? ¿Dónde se ha metido ese? ¿No habíamos quedado con él? ¿No teníamos que charlar un rato? ¿Se ha retrasado? ¿O es que se esconde? ¿Nos tiene miedo, lo mismo? Estás asustado, eh, unicornio, vocifera Trece. Unicornio de los huevos. Se descojona de una manera que me resulta un tanto

exagerada. Como si acabara de decir la cosa más graciosa del mundo. Parece cada vez más excitado y yo, por contraste, cada vez más razonable, como solemos. El cansancio y el frío empiezan a poderme, y con ellos el vértigo. ¿Qué coño hago allí arriba? El circo Pinder me ha ofrecido cien mil dólares por capturarlo, prosigue, con el índice apoyado en los labios. ¿Te imaginas la gloria para sus exhibiciones de fieras? Al lado de los elefantes, de los leones Héctor y Andrómaca, de los leones marinos Mimi, Fifi y Riri, ¡el unicornio Dios! ¡El hermafrodita primordial! Ha vuelto al borde del andamio, balanceando por encima de la cabeza lo que debe de ser un lazo imaginario. Lejos, al oeste, en la cumbre de las torres del nuevo barrio de la Défense, rutilan los cristales. El sol alza su cabeza rubicunda sobre Nation, la populosa lontananza de Montreuil Le Perreux Le Raincy Villemomble Romainville, las ciudades dormitorio los jardines obreros los aparcamientos las autopistas de circunvalación los centros comerciales, todo está bañado por un culís de frambuesa. Los rótulos parpadean y se apagan en el perímetro del periférico. El sol granadina se eleva sobre los oscuros árboles del bosque de Vincennes, *gong-chan dang, xiang tai-yang*, vocifera Trece forzando un acento chino de opereta, agudísimo, gangoso, *zhao na-li, na-li ang*, el Partido Comunista es como el sol, donde él alumbra reina la luz. Ya se le ha pasado la idea de capturar a Dios. Se ríe a carcajadas, pero no con esa risa que ha jalonado nuestra vida, como cuando enterramos la dinamita, por ejemplo, hace, no sé, quizá seis años: es una risa para él solo, que no pretende en absoluto que compartamos, una risa que silba, estalla desde lo más profundo del dolor, un espasmo que no tiene nada que ver con la alegría. Y hasta me da la impresión de que el que se ríe no es él, no ese al que tan bien conozco, mi amigo eterno, sino algo, un poder que se ha apoderado de él. Sale el sol sobre el zoo de Vincennes, los monos deben de estar poniéndose sus gafas negras aramismo, berrea, y se saca unas gafas negras y se las pega sobre la nariz, con un papirotazo, y

de repente se lanza a toda velocidad por el andamio, berreando que el presidente Mao es el rey de los monos, el mono de oro, que desea la dicha del pueblo, *ta wei ren-min mo xingfu*, la dicha del pueblo de los monos, de los Bandar-Log. Así es exactamente como sucede todo, Marie, le dices a la hija de Trece. Y cae al vacío.

Bueno, se acabó. Ya no sabes qué decir, te sientes violento, te enciendes un cigarrillo. Ha salido el sol, los humos de la gran incineradora son negruzcos al alba, sus luces parpadean, parece un navío en llamas. De todos modos ya sabías todo eso, dices por decir algo, no te descubro nada nuevo. Sí pero crees que... No. No lo sé pero no creo. Creo que estaba muy pasado y se cayó, sin más.

Fumáis en silencio. Los luminosos parpadean y se apagan por todo el periférico. Un primer tren de cercanías se desliza entre destellos, abajo, en el valle, hacia Austerlitz. Le das una palmadita en la nuca, bajo el pelo. Piensas que en pocos días será el primer solsticio del siglo XXI.

¿Y luego? Luego, nada. Cada uno por su lado, que nadie se apure.

El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América. El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América.

El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América. El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América.

El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América. El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América.

El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América. El presente es para todos los que se interesan en el estudio de la historia de la literatura de España y de la literatura de América.

Meditación sobre la historia, el heroísmo y las generaciones, *Tigre de papel* es una reflexión burlesca, melancólica, épica y sarcástica a la vez sobre la aventura maoísta vivida a finales de los años sesenta y principios de los setenta. En su novela, Martin, protagonista y narrador, cuenta a Marie, hija de su mejor amigo ya fallecido, cómo vivieron aquel momento histórico, «época imposible de contar», sobre la que Rolin escribe «para comprenderla desde el afecto y el rechazo» que le sigue produciendo.

Sin entrar en detalles autobiográficos, técnica que Rolin «detesta», su obra habla del compromiso político, la locura, el orgullo y la fraternidad que sin duda conoció él mismo cuando fue nombrado en 1968 responsable «militar» de la Gauche Prolétarienne y como tal encargado durante siete años de todas las operaciones violentas e ilegales de la organización.

«Épica, vigorosa, llena de metáforas sublimes, esta es una historia apasionada, humana y justa. *Tigre de papel* es una novela inteligente e inolvidable.»

avoir-alire.com

«Apasionada y reflexiva, una novela comprometida que arrastra al lector a las puertas del universo humano de Olivier Rolin. Ojalá contáramos con más autores como Rolin, que, sin duda, se convertirá en un clásico.»

amazon.fr

www.editorialmondadori.com

ISBN 84-397-1085-2



9 788439 710851